

**RICCARDO BRUNI**

**CUANDO  
FLOREZCA  
EL ESPINO  
BLANCO**

TRADUCCIÓN DE ROBERTO FALCÓ

amazon crossing 

**CUANDO  
FLOREZCA  
EL ESPINO  
BLANCO**





RICCARDO BRUNI

**CUANDO  
FLOREZCA  
EL ESPINO  
BLANCO**

TRADUCCIÓN DE ROBERTO FALCÓ

amazoncrossing 

Título original: *La stagione del biancospino*

Publicado originalmente por Amazon Publishing, Luxemburgo, 2017

Edición en español publicada por:

Amazon Crossing, Amazon Media EU Sàrl

38, avenue John F. Kennedy, L-1855 Luxembourg

Julio, 2019

Copyright © Edición original 2017 por Riccardo Bruni

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2019 traducida por Roberto Falcó  
Miramontes

Imagen de cubierta © Cyrustr © Kaichankava Larysa / Shutterstock

Adaptación de cubierta por PEPE *nymi*, Milano

Producción editorial: Wider Words

Primera edición digital 2019

ISBN Edición tapa blanda: 9782919805334

[www.apub.com](http://www.apub.com)

# SOBRE EL AUTOR

Riccardo Bruni nació en Orbetello, en 1973, año en que se publicaron *The Dark Side of the Moon* de Pink Floyd y *Storia di un impiegato* de Fabrizio de André.

Su carrera literaria empezó el día que cogió la máquina de escribir de sus padres y creó su primer cuento, un relato de ciencia ficción. Desde entonces no ha parado de escribir para revistas, periódicos y editoriales y se le considera un pionero de la autopublicación en Italia. En 2010, su libro *Nessun dolore* ganó la primera edición del concurso literario IoScrittore. En 2013 *Zona d'ombra* se convirtió en un gran éxito literario y alcanzó los primeros puestos de las listas de ventas de Amazon. Con *La última noche de Alice* fue candidato al Premio Strega 2016. Su obra se ha traducido también al inglés y alemán.

# ÍNDICE

[COMENZAR A LEER](#)

[PRÓLOGO](#)

[PRIMERA PARTE: EL RETORNO.](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[SEGUNDA PARTE: AMNESIA.](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[TERCERA PARTE: REVELACIONES.](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CUARTA PARTE: LA EVASIÓN.

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

QUINTA PARTE: LA CAZA.

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

SEXTA PARTE: CUANDO FLOREZCA EL ESPINO BLANCO.

CAPÍTULO 43

CAPÍTULO 44

CAPÍTULO 45

EPILOGO



*Lo que era la ballena blanca para Ahab ya se ha dicho;  
lo que era para mí a veces, aún está por decir.*  
Herman Melville, MOBY DICK

# PRÓLOGO

A ver si podemos poner un poco de orden en este embrollo. Empecemos con los cuerpos que se encontraron.

Los dos primeros estaban en la sala de estar. Cuando llegaron los hombres vestidos de negro, casi no podían creer lo que estaban viendo. Les pasaron canutas para arrancarlos. Estaban bien clavados. El tercero se encontraba en la habitación pequeña, envuelto aún con la alfombra. Como estaba empapada de sangre, no les costó demasiado descubrirlo. El cuarto cuerpo estaba abajo, en el cuarto oscuro. Cuando lo hallaron se había convertido en un pedazo de hielo. El quinto estaba en el bosque. Había dejado un rastro de sangre que partía de la casa y llegaba al punto exacto en que se detuvo definitivamente. El sexto estaba algo más lejos, sentado contra una roca, en mitad de aquella mancha roja sobre la nieve blanca. Le faltaba media cara y tenía la boca abierta de par en par, en una extraña expresión de sorpresa. El séptimo y el octavo estaban bajo tierra. Uno todavía se encontraba en buen estado, más o menos, pero el otro ya era pasto de los gusanos. Ocho cadáveres.

Y luego los otros dos. Cuando los hallaron, aún estaban vivos.

**PRIMERA PARTE: EL RETORNO.**  
**SOY EL GATO NARANJA.**  
**CONOZCO UN SECRETO.**

# CAPÍTULO 1

Solo blanco. Por todas partes.

El vehículo oscuro de los *carabinieri* abandona la carretera provincial. Parece un error, una anomalía, entre las hayas desnudas y cubiertas de nieve, en un paisaje inmóvil, envuelto en el manto blanco que cubre el bosque. Sin embargo, se intuye que hay vida ahí debajo, a la espera de que suceda algo. Pero arriba, y alrededor, todo es igual. Blanco.

Giulio Rodari observa la monotonía, con la cabeza embotada por la falta de sueño, apoyada en la ventanilla del coche patrulla. Lleva barba de varios días. Tiene los ojos rojos. Ojeras, la cara pálida. Una tirita en el arco superciliar izquierdo, una herida que no recuerda cómo se ha hecho. Una de las muchas cosas que no recuerda. Se masajea las muñecas. Le han quitado las esposas, pero cuando salía de la cárcel se las han tenido que volver a poner por los fotógrafos.

—¿Le duelen? —le pregunta el *carabiniere* que está sentado a su lado, en la parte trasera del vehículo. Se llama Scalise. Es el coronel de la jefatura provincial.

—Un poco.

—Se le pasará enseguida. No creo que sea necesario ponérselas de nuevo. Los periodistas no llegarán hasta aquí.

—Y ¿cómo lo sabe?

—Ahora que ya tienen sus fotografías, en los próximos meses tirarán de archivo. Aquí no lo molestará nadie. Hoy en día, los periodistas apenas salen de la redacción. Lo hacen todo por teléfono. Me llaman más veces ellos que mi mujer. Así que puede estar tranquilo, de momento no le harán más fotos.

Giulio intenta sonreír. En los próximos meses aparecerá en los periódicos con las esposas. Según el *carabiniere*, es una buena noticia, pero prefiere dejar el tema. No tiene ganas de hablar. Se le empieza a pasar el

efecto del paracetamol y nota un dolor de cabeza incipiente. Hace dos noches que no duerme y aún no recuerda nada de la noche en cuestión. El vacío. En blanco. Quizá mató a alguien. El juez no tiene ninguna duda.

—Aquí está todo cubierto de blanco —dice Scalise—. Me gusta el blanco. Es un color que destila pureza.

—¿Usted cree? —pregunta Giulio, sin mover la cabeza.

—Lo sabe todo el mundo. Si no, ¿por qué se visten de blanco las mujeres?

—Si usted lo dice...

—Los confites, el algodón de azúcar... Normalmente, lo que es bueno es blanco. ¿No cree?

—Hay cosas blancas horribles.

—¿Como por ejemplo?

—El rostro de los muertos.

El *carabiniere* asiente, no esperaba esa respuesta. Vuelve a fijar la mirada en el paisaje, pero no guardará silencio durante mucho tiempo. Es una de esas personas que no sabe estar callada.

—Entiendo por qué no le gusta el blanco —dice, en efecto, al cabo de unos minutos.

—¿En serio?

—Usted es dibujante, lo sé. ¿Sabe que le he regalado a mi hijo pequeño alguno de sus libros? El del gnomo... ¿Cómo se llamaba?

—¿El gnomo?

—Sí, el señor... no me acuerdo...

—El gnomo Teo.

—Eso, el gnomo Teo. Es muy bueno. Me gusta su estilo. Y me gustan las historias que cuenta. Las escribe usted también, ¿no es así? No solo dibuja, sino que además escribe las historias, ¿no es cierto?

—Sí, lo hago todo.

Giulio intenta despegar la cabeza del cristal, pero le cuesta demasiado y se deja caer en el respaldo del asiento.

—Pero a un dibujante, a alguien como usted que trabaja con los colores, no le puede gustar el blanco. Para usted el blanco solo es una página que hay que llenar. En el blanco no hay colores.

—Se equivoca; el negro es la ausencia de color. El blanco es lo contrario, en cierto sentido es como si los contuviera todos.

—¿En serio?

—Así es. Por eso resulta aterrador. —Giulio dirige la mirada hacia el manto de nieve que se extiende en torno al vehículo—. El vacío es blanco.

Scalise entorna los ojos. Medita sobre lo que acaba de decirle.

—Yo no diría que el blanco es un color aterrador —replica, negando con la cabeza.

—Porque usted es víctima de un tópico.

—¿Cómo dice? ¿Yo? ¿Víctima?

—¿Conoce *Moby Dick*? Hay un fragmento dedicado a la blancura de la ballena que tiene mucho que ver con lo que acabamos de hablar.

—He visto la película en la que Gregory Peck interpreta al capitán.

Giulio se vuelve hacia Scalise. El coronel es una de esas personas que nunca duda de nada. Por algún motivo difícil de comprender, Giulio siente la repentina y momentánea necesidad de desmontar la certeza de aquel hombre, aunque sea la más inútil del mundo.

—Intente, por un instante, dejar a un lado todo aquello que solemos asociar con el blanco —le dice—. La pureza, la castidad, la luz. No son más que recreaciones abstractas del concepto del bien. Déjelas a un lado, libérese de ellas. Intente separar el blanco de esa idea del bien. Y ahora mírelo. ¿No le parece algo distinto? Esa palidez albina, el vacío. Piense en algo aterrador, en algo que le dé miedo de verdad. Y ahora imagínese blanco. ¿No le parece aún más aterrador?

Scalise dirige la mirada hacia fuera. Quizá no esperaba mantener una conversación como esa. Y cuestionar su convicción, por inútil que sea, no parece una actividad que le interese demasiado.

—En cualquier caso, no creo que le venga mal —dice al cabo de unos minutos, volviéndose hacia Giulio—. Es decir, es un lugar bonito, para usted serán como unas vacaciones. Los arrestos domiciliarios no están mal. Y mientras su apartamento esté precintado, aquí estará muy bien. Podrá seguir trabajando. Me he fijado en que ha traído muchas cosas. ¿Qué lleva ahí? ¿Colores? ¿Papel?

—Un poco de material, sí. Me gustaría trabajar. Aquí uno corre el riesgo de volverse loco si no tiene nada que hacer.

—Qué me va a contar... El próximo mes me voy de vacaciones con mi familia y tendré que pagar una auténtica fortuna por estar tirado frente al mar, sin nada que hacer.

Giulio se apoya de nuevo en la ventanilla. Cada vez le pesa más la cabeza. Se le cierran los ojos, pero no puede dormir. No puede dejar de ver



aquellos rostros. Deformados como si fuera una pesadilla. Todo lo que sucedió la noche antes de su detención. El vecino de la casa de Patrizia que le grita tiene una boca enorme, un pozo en el que podría precipitarse. Patrizia. ¿De verdad la ha matado? ¿De verdad se puede matar así, sin recordarlo siquiera? ¿Es posible eliminarlo todo, como si fuera una mancha de mermelada?

«Giulio, así les harás daño a las dos». En ocasiones los contornos de sus recuerdos aparecen difuminados. Patrizia es un rostro evanescente sobre un fondo blanco, como en una imagen sobreexpuesta. No existe ningún tipo de contexto. Patrizia podría haber pronunciado esa frase en cualquier lugar. En un sitio cualquiera, en los últimos meses. La amnesia ha engullido unas cuatro horas, pero es como si el agujero se estuviera haciendo más grande. Un remolino aterrador que arrastra todo cuanto encuentra a su paso. Y el fondo es blanco. Está vacío.

—En cualquier caso, usted es de por aquí, así que esta situación es como una vuelta a casa, ¿no es cierto? —dice Scalise. Giulio tiene la sensación de que no podrá soportar mucho más los «¿no es cierto?» con los que el coronel suele rematar gran parte de sus frases. Esa forma de hacer preguntas retóricas que solo ocultan afirmaciones que ya se dan por sentadas es típica de quien se cree en posesión de la verdad. De quien no acepta la posibilidad de cuestionar la más inútil, mezquina y obtusa certeza que se encuentra—. ¿A quién no le gusta volver a casa? Además, dicen por ahí que su madre, la señora Barbara, es una excelente cocinera. ¿No es cierto?

—Lo llaman síndrome de Ulises —replica Giulio.

—¿Cómo dice?

—Nos pasamos la mitad de la vida alejándonos de casa, y la otra mitad la dedicamos a desandar el camino.

—Interesante...

—Aunque en mi caso se trata de un viaje de vuelta un poco obligado.

—En cualquier caso, Ulises es un gran personaje. Muy astuto. ¿Recuerda a aquel anciano que interpretó el actor griego? Qué bonito.

—Bekim Fehmiu.

—Sí, así se llamaba.

—Pero no era griego, sino albanés.

—¿En serio? Qué raro. ¿Albanés, dice? En cualquier caso, se nota que es usted una persona de vasta cultura, ¿no es cierto?

—Percibo un deje de sorpresa.

—Cuando tengo que arrestar a personas como usted, siempre me cuesta vincularlas con las acusaciones que les imputan.

—Quizá tendemos a pensar que las personas cultas se comportan de un modo más civilizado.

—Suele ser así.

—Yo también lo pensaba.

—Las mujeres son peores que el diablo —dice el *carabiniere* que está al volante.

—Usted no aparte los ojos de la carretera, cabo. Métase en sus asuntos —le espeta Scalise, que se vuelve hacia Giulio—. Me refiero a que usted no tiene pinta de ser alguien peligroso y me cuesta imaginármelo... sí, bueno, ya me entiende.

—¿Por eso me ha quitado las esposas?

—No me ha parecido que sea necesario ponérselas, pero si quiere lo solucionamos enseguida.

—Solo intento comprender. Según usted, ¿mi detención es un error?

—Yo no he dicho eso.

—A mí me ha parecido entender algo muy parecido.

—¿De verdad quiere saber qué pienso?

—Se lo ruego.

En realidad no era así, pero se lo habría dicho de todos modos.

—Yo también tengo una teoría, ¿sabe?

—Le escucho.

—Hace un tiempo, cuando trabajaba en otra comandancia, detuve a un tipo. Había cumplido los sesenta y hacía poco que se había jubilado. Era un hombre tranquilo, de los que pasan el día en el hogar del pensionista jugando a cartas y un par de veces al año cogen al perro y se van de caza. ¿Me sigue? Un día, al volver a casa, se quitó los zapatos, encendió la televisión, se sentó en el sillón para mirar uno de esos concursos en los que se puede ganar un montón de dinero, y cuando pusieron los anuncios se levantó, agarró la escopeta y mató a su mujer y a su hija. Aún siento escalofríos cuando lo recuerdo. Su mujer estaba en la cocina, y le disparó mientras preparaba la cena. Dos tiros. Luego recargó la escopeta. ¿Lo entiende? No fue algo que sucediera en un abrir y cerrar de ojos: recargó la escopeta. Se dirigió a la

puerta de la habitación de su hija, la abrió y la chica estaba ahí, en la cama, escuchando música con los auriculares. Ni siquiera tuvo tiempo de levantarse. Dos tiros. En el pecho. Sin vacilar lo más mínimo. No le tembló el pulso. Luego llamó a los *carabinieri*. Cuando nos lo llevamos, yo aún no podía entenderlo. Era una persona normalísima. ¿Me sigue? Pero en cierto momento, mientras miraba un programa de televisión, llegan los anuncios y decide cometer una matanza. Es de locos, ¿no es cierto? ¿Quién habría dicho que alguien como él pudiera hacer algo así? ¿Entiende lo que le quiero decir? La verdad es que siempre hay una habitación oscura. Hay una llave para cada uno de nosotros, pero esa habitación existe y podría abrirse el día menos pensado. ¿Sabe cuál es la pregunta que siempre me he hecho relacionada con toda esta historia? Nunca he dejado de pensar en cuál era la pregunta que hacían en el concurso. ¿Cree que ese hombre conocía la respuesta?

—No lo sé, pero no entiendo cuál es su teoría.

—Yo creo que el mal no tiene siempre una explicación. Basta con fijarnos en un acto. Es eso lo que lo hace aterrador. Porque cuando no podemos explicarlo, tampoco podemos sentirnos seguros.

\*\*\*

Las paredes del bar están revestidas de roble. La barra, los taburetes, las mesas con sillas acolchadas, cubiertas de terciopelo de color ladrillo, y los respaldos tallados de forma artesanal. Círculos, rombos, corazones.

El hotel La Gherarda se encuentra a mil quinientos metros, en lo alto del pueblo. Situado por encima de la carretera provincial, tiene vistas a un prado y está rodeado de un viejo bosque. Siempre lo han llamado así en aquel lugar. Antes incluso de que el censo realizado por la región diera fe de que la zona acogía la mayor concentración de árboles monumentales de la Toscana.

Barbara está de pie frente a la cristalera. La melena gris le cae sobre los hombros. Mira hacia el prado, al otro lado de la carretera. Un lecho blanco.

Sujeta contra el pecho una taza con té aromático, el mismo que toma todas las mañanas. Deja que se temple un poco mientras se deleita con el aroma a rosa canina y zarzaparrilla. El calor le relaja los dedos, afectados por los primeros síntomas de artrosis.

—Deberían estar a punto de llegar.

La voz de Akan a su espalda. Barbara observa su rostro reflejado en el cristal, que parece flotar en medio del prado. Tiene la piel oscura, el bigote

espeso y negro.

—¿Has apagado la calefacción de la segunda planta?

—Está todo cerrado abajo.

—¿Seguro que quieres quedarte?

—Ya hemos hablado del tema.

Barbara se vuelve. Ahora lo mira directamente.

—Hace tiempo que no lo veo, no creía que...

—Estate tranquila, todo irá bien.

—¿Y si es verdad que...?

—Serás la primera en darte cuenta.

—Eso espero.

Se vuelve de nuevo. El prado. El bosque. Los árboles blancos como esqueletos. En un extremo de la carretera, en la curva, aparece un vehículo. Barbara deja la taza en una mesa y sale, ciñéndose el chal en torno al cuello. Akan la sigue.

\*\*\*

Dos cucharaditas de café soluble y una de azúcar en el fondo de una de las pocas tazas que no están desportilladas. Debería comprar alguna nueva. Primer propósito del día para Grazia: comprar tazas nuevas. Pero el día es largo, surgirán tareas más urgentes y las tazas pasarán a ser un problema secundario hasta el día siguiente.

Vierte el agua y remueve la mezcla poco a poco, observando cómo se deshace rápidamente. Deja el cazo vacío en el fregadero, junto a los platos sucios de la noche anterior. El lavavajillas está lleno, ya lo vaciará más tarde, pero no puede evitar cierto remordimiento. Segundo propósito: ordenar la cocina.

Cruza el pasillo a oscuras y se detiene frente a la puerta de la habitación de Viola.

—Te he preparado el café. Hoy tengo que salir un poco antes, ¿recuerdas?

Ninguna respuesta.

—Viola, ya llego tarde. ¿Puedo entrar?

Desde hace unos años tienen un pacto: puede entrar en su habitación, pero solo cuando esté ella y siempre después de haber pedido permiso.

Llama otra vez.

Ninguna respuesta.

No piensa irse sin haberse despedido antes.

Abre la puerta. El olor acre del humo rancio. La ropa tirada sobre el escritorio. Viola está bajo el edredón. Del enchufe que hay junto a la mesita de noche sale el cable blanco del cargador del iPhone que penetra en la crisálida protectora. Se ha quedado dormida escuchando música.

Junto a la mesita hay una libreta. El dibujo de una llave de violín con la luna detrás y una araña grande que desciende de su telaraña. Al lado, una sucesión de acordes y notas en un pentagrama. Un mundo al que su madre hace tiempo que no tiene acceso.

Grazia coge la sudadera y la huele. Apesta a humo. Ayer por la noche volvieron a tocar, y cuando se encierran en el local de ensayo, el resultado es ese. Pero desde hace un tiempo el olor parece haber adquirido un matiz distinto.

El problema no es tanto que Viola fume algún que otro porro de vez en cuando, sino que para hacerlo tenga que juntarse con esa panda de estúpidos. Seguramente también anda metido en medio de todo eso Solfrizzi, el hijo de una excompañera de escuela que es la prueba irrefutable de que la herencia genética puede condenarte sin atenuantes, beneficios penitenciarios o reducciones de pena. Estúpida es su madre, estúpido es su padre, por lo que habría supuesto un auténtico desafío a las leyes del ADN que el vástago hubiera salido muy distinto a sus progenitores. Además, es él quien introduce la hierba en el pueblo, gracias a los contactos que tiene en la ciudad. La otra posibilidad es que Viola haya encontrado un contacto distinto, lo cual no es una alternativa mucho mejor porque ese tipo de interdependencia suele ser el indicio de una fase de consumo ya avanzada. A menos que sea Diego, el bajista de su grupo, quien ponga remedio a la situación. Ese chico siempre tiene los ojos rojos y parece un poco atontado. Si encontrara una bolsita... Pero aún no ha tenido suerte. Nueva prioridad.

Se acerca al edredón y lo levanta.

Viola abre los ojos. Ayer también se fue a dormir con la cara llena de hierros. En las orejas, en las cejas, en la nariz y el labio. Grazia estaba segura de que con el tiempo acabaría acostumbrándose a aquel rostro torturado por los *piercings*. Pero aún no ha sucedido.

Viola la observa con los ojos entornados y se quita los auriculares.

—¿Qué pasa?

—Te he traído el café. Hoy tengo que salir un poco más temprano.

—Pues déjalo ahí.

Agarra el edredón para taparse de nuevo, pero Grazia lo sujeta y le impide esconderse.

—Quizá sea mejor que te des una ducha antes de salir.

—Pero ¿de qué me estás hablando?

—Apesta a humo, y mucho. —Deja la taza en la mesita de noche—. Cuando vuelva esta noche ya hablaremos del tema.

Viola se incorpora y toma la taza de café.

—Es Diego el que fuma cuando tocamos. Estábamos en una habitación pequeña, es normal que yo también apeste.

—¿Sabes que podría hacerte un análisis de orina?

—¿Qué ha pasado con aquello que dijimos de que aquí dentro solo éramos tú y yo, y que tu trabajo se quedaba fuera?

Viola toma un sorbo de café.

—Deberías dar ejemplo y dejar el tuyo en la puerta —le espeta Grazia.

—Adiós, mamá. Llegarás tarde.

—Ya hablaremos esta noche.

Viola se encoge de hombros, abre los ojos de par en par y sonrío. Grazia conoce ese lenguaje. Es una forma de decir: «Va todo bien, no hay ningún problema». La opción que utiliza cuando sabe que sonaría poco convincente si lo dijera de viva voz.

Grazia se inclina sobre ella, le da un beso en la frente y le huele el pelo.

—Date una ducha —insiste, antes de cerrar la puerta de la habitación a su espalda.

Su hija pasa demasiado tiempo sola. Y después de los platos sucios del fregadero, nota la embestida del sentimiento de culpa que está a punto de embargarla. Pero acaba de empezar el día, por lo que aún tiene tiempo para otra arremetida, algo que sucederá con toda probabilidad.

Grazia se recoge el pelo en la nuca. Agarra el sombrero del perchero que hay junto a la puerta y se lo pone mientras baja las escaleras que conducen a la calle. La llama dorada. Se sube hasta la barbilla la cremallera de la chaqueta con las insignias de sargenta, y abre la puerta. Ahí delante está aparcado el vehículo de la comisaría de *carabinieri* que dirige. Sentado al volante, la espera Donato Esposito, o Esposito Donato: existen varias interpretaciones e hipótesis al respecto.



—No es la primera vez que vengo por aquí —dice el cabo que va al volante del vehículo que lleva a Giulio a La Gherarda. El *carabiniere* señala a la derecha, la carretera que sube hacia la cumbre—. Hace cuatro años, el día de la tragedia, cuando el autobús...

Aún está hablando cuando se da cuenta de que el comandante lo mira fijamente.

—Mi tía iba en ese autobús —afirma Rodari.

—¿En serio? —le pregunta el comandante Scalise.

—En serio. El Día del Puente. Lo llaman así por aquí. Es una especie de ironía involuntaria porque, en realidad, desde ese día ya no hay puente.

—Yo llegué aquí al cabo de dos años —dice Scalise—, pero recuerdo que seguí lo ocurrido por televisión.

—Yo también —asegura Rodari—. Intenté subir. Tenía que acompañarme alguien porque yo no sé conducir, pero la carretera estaba cortada por los equipos de rescate y nos obligaron a dar media vuelta. No pude llegar hasta el día siguiente.

—Fue una auténtica tragedia —dice Scalise.

—De esas de las que hablaba usted, coronel. De las que aún no tienen explicación.

\*\*\*

Viola abandona la crisálida. Va en bragas y camiseta de tirantes. Deja que el impacto del aire de la habitación le ponga la piel de gallina y que el escalofrío por el contraste de la temperatura la despierte del todo.

En el cuarto de baño se mira en el espejo. Comprueba que no haya ningún problema con los *piercings*. Le está volviendo a crecer el pelo de los lados. Tendrá que raparse dentro de poco.

—Ánimo, nos espera una larga jornada de puto trabajo.

Hace el gesto punk, enseñando el dedo corazón y sacando la lengua.

\*\*\*

—¿De qué hablará el nuevo libro?

Scalise es una de esas personas que considera lícito recurrir a los auriculares para evitar que los demás te dirijan la palabra.

—De momento solo tengo alguna que otra idea muy vaga.

—¿Le he dicho que mis hijos también tienen alguno? Ahora es el

pequeño quien los está leyendo.

—Sí, me lo ha dicho.

—Cuando supe que era usted, pensé en contárselo a mis hijos, pero luego me di cuenta de que dadas las circunstancias...

Giulio se vuelve hacia él. Busca alguna señal que delate su origen extraterrestre. Le dan ganas de preguntarle si últimamente ha dormido junto a una vaina enorme, como en aquella película de los ultracuerpos. Quizá es verdad que la gente como Scalise son alienígenas que llegaron a la Tierra con un bagaje comportamental creado en un laboratorio y hablan con la misma naturalidad que en los culebrones que se graban con toma directa, sin haber leído previamente los diálogos.

—Me refiero al hecho de que lo hayan detenido... —insiste Scalise—. Porque quizá, en otras circunstancias, podría haberme firmado un ejemplar, ¿no cree? Mis hijos... —Un estornudo le impide acabar la frase.

—¡Salud, comandante! —dice el *carabiniere* que conduce el coche.

—Gra... Gra... —Otro estornudo.

—Hace frío, comandante. Si quiere, apago el aire acondicionado.

—No, por favor —dice Giulio.

—No se preocupe —le asegura Scalise—. No toque el aire acondicionado, cabo. El caballero ya le ha dicho que si no está encendido sufre mareos. Ya entraremos en calor en el hotel.

—Por estas tierras dicen que hay que llevar una castaña en el bolsillo —añade Giulio para disculparse por obligar a los demás a pasar frío por culpa de sus mareos.

—¿Una castaña?

—Sí, mantiene el resfriado a raya.

—¡Claro, una castaña! Ahora que lo dice, lo había leído en algún lugar.

—Lo he escrito alguna vez en los cuentos del gnomo.

Scalise estornuda otra vez.

—Quizá la próxima vez que venga podría traerme un libro —le dice Giulio—, así se lo firmo. Siempre puede decirles a sus hijos que nos hemos conocido en otras circunstancias.

—Es usted muy amable. Así lo haré. —Espera un momento y continúa—: ¿Puedo preguntarle una cosa? Porque hay algo de su historia que me llama mucho la curiosidad.

—¿De qué se trata?

—¿De verdad no recuerda nada? Es decir, le acusan de un homicidio y

no recuerda nada. Amnesia parcial, han dicho. Provocada por el alcohol, si no me equivoco. Una historia muy curiosa que, al parecer, le habría sucedido ya en otra ocasión. Antes me ha preguntado si creía que su detención era un error. Pero dígame, ¿usted qué piensa? Si no recuerda nada, debe aceptar la hipótesis de que cometió un homicidio, ¿no es así?

Es así. Según la tesis de la defensa, la amnesia se debe al consumo de bebidas alcohólicas. Giulio solo ha tomado alcohol en otra ocasión. Era joven, y esa vez también se despertó con una laguna en la memoria. Pero es una posibilidad. La otra es la que defenderá la fiscalía: amnesia provocada por un mecanismo de represión desencadenado por el crimen que ha cometido.

—Disculpe, coronel —dice Giulio—, pero mi abogado me ha recomendado que no hable del tema.

—Por supuesto, le pido disculpas. Solo lo preguntaba por curiosidad.

—Ya hemos llegado, comandante —dice el cabo—. Ahí está el hotel La Gherarda.

Giulio se vuelve y el coche reduce la marcha. Su madre está saliendo con un hombre corpulento con bigote. Es Akan, el kurdo que se perdió en la montaña y que ayuda a su madre desde que se quedó sola. Giulio observa el hotel. Intenta calcular el tiempo que ha pasado desde la última vez que estuvo ahí, pero no lo sabe.

—Magnífico lugar —dice Scalise, con la nariz tapada.

## CAPÍTULO 2

La parada del autobús está en la plaza que hay en la entrada del pueblo. En la marquesina, anoraks de colores vivos, nubes de humo, alguien que habla y ríe en voz demasiado alta, una mochila que sale volando y cae en medio de la calzada.

Viola ha tomado la carretera alternativa y se ha metido en el bar Fuga, un nombre, un programa. Está prácticamente junto a la entrada. Desde la barra se ve la plaza, pero la perspectiva y el cristal garantizan cierta protección. Es mejor así porque en la marquesina, entre los demás que esperan el autobús que lleva directo a la ciudad, está Minetti, una imbécil que es capaz de meterla en problemas si la descubre. Se la imagina mientras la profesora pasa lista, y con gran ingenuidad dice algo del estilo de: «Vaya, qué raro, pero si esta mañana la he visto. Estaba en el Fuga, creo. Quizá ha perdido el autobús, la pobre...».

La cuestión es que necesita tiempo porque están avanzando muy lentamente con el tema que están componiendo, y como sigan así no podrán grabarlo. Porque los Lilith tienen fecha de caducidad. El día de su separación ya está decidido y cada vez está más cerca.

Arturo, el batería, está nervioso por culpa de los exámenes finales, que a esas alturas de marzo ya se divisan en el horizonte. Y no solo eso. Sus padres ya le están buscando alojamiento en la ciudad para septiembre, a medio día en tren, para ir a la universidad donde estudió su padre, que ya tiene el plan de estudios del título de Farmacia. Su destino está escrito a pocos metros de la plaza de los autobuses, a un par de números del bar Fuga, en caracteres que recuerdan a los de un jarabe para la tos: FARMACIA NOVELLI. No tiene alternativa. Arturo no está mal, tiene una buena relación con el tom y a veces es capaz de tocar un sonido casi tribal que te pone. Además, es el dueño del cobertizo de la granja transformado en sala de ensayos, base operativa de los Lilith. Pero es una de esas personas que toca por pasión, no por necesidad.

Una de esas personas cuyo destino la llevará por otros derroteros, un futuro sin curvas bruscas, la cuenta del banco bien provista, el coche reluciente para bajar a la ciudad los domingos por la tarde y la batería solo para desahogarse de vez en cuando, por si alguna vez se da cuenta de que todas esas cosas tan tópicas tienen el mismo valor que un castillo de arena antes de que suba la marea.

Diego, el bajista, es de los pocos con los que puede mantener una conversación seria. Sabe de música. Siempre está metido en YouTube, donde descubre lo que está pegando fuerte en otras partes del mundo. Su problema es que siempre está colgadísimo porque fuma porros como quien come caramelos. Una cosa lleva a la otra. Y a veces se ha quedado dormido en la sala de ensayos. Sus padres trabajan en el centro de bienestar del balneario, no muy lejos del pueblo. Su madre es masajista y su padre trabaja en el almacén. No es nada del otro mundo, pero a veces saca alguna entrada gratis para las piscinas de agua caliente. Su apellido, Chessa, no aparece en el cartel de la entrada de una farmacia —al menos hasta que la venta de marihuana con fines terapéuticos no se legalice—, pero quizá sea uno de esos que prefiere escuchar música, tal vez a los pies de un sofá viejo destartado, con un cubata al lado y media nuez de coco de la hierba para pipa del Viejo Toby. Así es como llama a la marihuana, inspirado, al parecer, en aquel libro de fantasía, *El señor de los anillos*, que igual también es el motivo por el que últimamente se ha dejado crecer la barba, ha empezado a usar la pipa para fumar hierba y cuando quedan para ensayar —cita a la que llega con puntual retraso—, dice que un mago nunca llega tarde porque llega exactamente cuando él quiere. Aun así, él también tiene sus planes cuando acabe el instituto: ir a ver a un primo que vive en el extranjero y pasar el verano trabajando en su heladería. Oficialmente, el motivo es adquirir una experiencia formativa en otro país, algo que hoy por hoy vale más que un título en el currículum. El hecho de que la heladería se encuentre en Ámsterdam es un pequeño detalle sin importancia.

Los Lilith tocan juntos desde hace años. Pero el grupo está a punto de separarse. Ha sido una decisión difícil, pero cada uno ha expuesto sus planes para después del instituto Galilei, y todos están de acuerdo en que alargar innecesariamente la vida del grupo no le haría ningún bien a su nombre. Sin embargo, antes de la separación, tienen que hacer algo importante. Un tema propio. No puede existir un grupo, con un nombre y una historia, por breve que sea, si no existe un tema suyo. Pero últimamente no pueden quedar tanto como les gustaría para ensayar y es extraño que toquen más de dos noches seguidas.

Por eso, como tiene que hacer otra cosa antes de la prueba de esta noche, Viola se ha tomado el día libre y, mientras espera a que llegue el autobús y se lleve a Minetti y a todos los demás, degusta el *capuccino* con cacao que le ha preparado Gerri y luego se mete en la sala oscura del bar, donde resiste una máquina del millón en una esquina, asediada por las tragaperras que han ido sustituyendo, uno a uno, a todos los videojuegos que solía haber.

Aún no hay nadie en las máquinas, pero dentro de poco la sala empezará a apestar a vino y a sudor rancio de viejos.

En las paredes, como si se tratara de un pequeño santuario, se encuentran los trofeos que ha ganado Gervaso Torloni en tiro con arco, antes de ponerse tras la barra del Fuga. En las fotos Gerri aún tiene pelo, veinte kilos menos de tripa y una sonrisa que se le ha ido apagando con los años, ajándose como el cartel del bar. La medalla de oro regional del campeonato de 1999 está entre dos fotos que son el testigo de un premio inolvidable.

Son ese tipo de cosas que ponen de los nervios a alguien como Viola. Es la peor película de miedo que pueda vivir cualquiera. Basta mirar a lo que ha quedado reducido ese tipo que acaba de prepararle un *capuccino* para comprender la mierda de vida que puede llevar la gente cuando decide vivir en el lugar equivocado. Y te embarga la ansiedad. El miedo de no hacer nada a tiempo para huir. La conciencia de que antes de irte, debes hacer al menos una cosa.

Viola se recoge un mechón de pelo con una horquilla para que no le caiga sobre los ojos. Ahora aún se ve más que lleva la cabeza rapada a los lados. Intenta olvidar los horribles pensamientos que la asaltan cogiendo la ficha que tiene en el bolsillo de los vaqueros. La mete en la máquina del millón. Roza los pulsadores con las yemas de los dedos, liberados de los mitones de lana, los mismos que se pone para tocar cuando hace demasiado frío en el local. Y empieza la partida.

Es una máquina inspirada en las Tortugas Ninja, aunque ya no está Raphael: la palanca que lo representa se ha aflojado con el paso de los años y para utilizarla se necesita establecer cierta afinidad con la máquina. Pero Viola la domina bien y al cabo de pocos minutos logra activar al Maestro Splinter, que acciona el bonus. *Cowabunga*. Después del primero, empieza la musiquita. Y la puerta del bar se cierra con un golpe, detrás de la persona que acaba de entrar.

—Has dejado el coche sin gasolina.

Viola reconoce la voz; es la mujer de Gerri, Katerina. Un metro ochenta



de rubia importada del Este a la que el dueño del bar le prometió que gestionaría el local de un centro turístico. A decir verdad, en ocasiones, cuando los establecimientos de las pistas están cerrados porque no hay nieve, baja alguien hasta el pueblo a tomar un *spritz*, pero las ilusiones que se había hecho Katerina poco tienen que ver con la desoladora realidad.

—Pero si ya ni me acuerdo de la última vez que usé el coche.

Y las ilusiones que se había hecho Gerri con ella poco tienen que ver con la triste realidad.

—Nunca le pones gasolina, siempre tengo que hacerlo yo cuando cojo el coche. Venga, ponme un café, que me han retrasado el masaje. ¿Te lo puedes creer? Me envían un mensaje de texto una hora antes para decirme que han tenido ciertos problemas y que abrirán más tarde. ¿Es que aquí nadie sabe lo que es trabajar? En mi país nunca pasaría algo así. Qué malo está el café. Como no cambies la máquina, tendré que irme a otro bar, que no quiero envenenarme cada vez que piso este antro. Dame un billete de cincuenta, que no tengo ganas de bajar del coche mientras me llenan el depósito para pagar con tarjeta.

Leonardo mete la bola en el agujero, el rostro bigotudo del Maestro Splinter se enciende de nuevo. *Cowabunga*. La puerta del bar se cierra con un golpe, el ruido de los tacones de Katerina se aleja por la calle y el tapón de la botella de vino blanco *frizzante* que Gerri tiene detrás de la barra anuncia que ha llegado el momento de romper las hostilidades y enviar sus decepciones y desengaños a tomar por saco, como Dios manda.

## CAPÍTULO 3

—Yo ya firmaría para quedarme aquí, jefa. —Donato Esposito es un chico de veinticuatro años. Lleva siempre un uniforme impecable, un corte de pelo que parece hecho con piezas de Lego, un afeitado perfecto y los nervios de punta por el ansia perenne e incontrolable de prestar sus servicios—. Me refiero a que si me confirman que puedo quedarme por un período más largo, llamo a mi mujer, la hago venir y la pongo a parir niños uno detrás de otro.

—Me parece un buen plan.

Grazia va en el asiento del pasajero, en el vehículo que forma parte de la dotación de la comisaría de *carabinieri* bajo su mando. Aún está pensando en Solfrizzi, que probablemente vende hierba a su hija. Sabe dónde vive, podría esperarlo en la puerta de casa y meterlo en un calabozo con la excusa de haber recibido un soplo. «Aléjate de Viola o esto es lo que te espera todas las noches, ¿entendido?». Podría ser una opción. O cualquier otra digna de Clint Eastwood.

—Me gustaría tener al menos cuatro. Nosotros éramos tres, todos chicos. Yo quiero dos niños y dos niñas. Pero me preocupan un poco ellas porque luego, de mayores, se echan novio y creo que yo sería un padre celoso, de esos que si ven que alguien se acerca a mi hija... En fin, ya me entiende, ¿verdad?

—Claro que sí.

Quizá ese tarado va presumiendo por ahí de que le vende hierba a la hija de la Sargenta. La llaman así: la Sargenta. Puede que lo hagan por respeto a su feminidad, al hecho de que es mujer y madre. Sea como sea, parece el título de una de esas películas antiguas de Alvaro Vitali.

—En resumen, cuatro hijos, jefa. A poco bien que vaya ya tenemos para un equipo de fútbol sala. ¿Qué le parece? También podríamos...

El coche patina en la nieve.

—¡Atento, hombre! —Grazia se agarra al reposabrazos de la puerta—.

Si quieres conseguir una plaza definitiva aquí, antes tienes que aprender a conducir en la nieve; solo tenemos un quitanieves para toda la provincia y pasa una vez a la semana. Tienes que ir más lento, con las marchas cortas y, sobre todo, no frenar de esa manera.

—Perdone, jefa.

—Ya te he dicho que no me trates de usted cuando estamos a solas, que parecemos Fantozzi y Filini.

—De acuerdo, jefa. Te pido disculpas.

—Venga, sigue avanzando con calma. La Gherarda está ahí. A ver si llegamos de una pieza.

Mientras se aproximan al hotel, por el carril contrario aparece el vehículo de la jefatura provincial que traslada a Giulio Rodari, el hombre acusado de haber asesinado a su excompañera y escondido el cadáver por un ataque de celos. Homicidio con agravantes y ocultamiento del cadáver. Grazia ya lo conoce. También había sido compañero suyo en la escuela, como Solfrizzi. Sin embargo, Giulio era un buen chico. Tanto, que la historia no deja de parecerle un poco absurda. Que alguien pueda perder la cabeza de ese modo... Y sin embargo ahí están las denuncias por acoso. Y testigos.

Ambos vehículos llegan casi al mismo tiempo. Scalise debe de estar contento con la coincidencia, ya que transmite una idea de puntualidad y sincronización extrema. Del hotel han salido Barbara, la madre de Rodari, y el kurdo que trabaja para ella. Han cerrado la estación invernal antes de tiempo, así pueden alojar a Rodari y afrontar con calma la que está a punto de caerles encima.

El cabo que ha acompañado al comandante de la compañía provincial baja del vehículo y les abre la puerta. Scalise se alisa el uniforme y se echa el abrigo sobre los hombros. Grazia y Donato se acercan hasta él para saludarlo.

Rodari es el último que baja del coche. Los demás lo observan y apartan la mirada al unísono. Grazia reacciona demasiado tarde y mira a Barbara. Se pregunta cómo debe de sentirse una madre ante una situación como esa. La mujer tiene los ojos húmedos, acaso por el miedo, y se acerca a su hijo, lo abraza. Las lágrimas se desbordan. Antes de que pueda darse cuenta, Grazia también rompe a llorar. Son cosas que una madre..., pero es una señal de debilidad que quizá no le convenía mostrar ante Scalise. Saca el pañuelo y se suena la nariz, intentando secarse las lágrimas con cierto disimulo.

—Vamos adentro, acabo de sacar un pastel del horno —dice Barbara, secándose los ojos con la manga del abrigo.

—¿Un pastel? ¡Qué bien! —exclama el cabo que acompaña a Scalise, antes de que el comandante lo fulmine con la mirada.

—Ánimo, no se puede rechazar un pedazo de pastel —le dice Barbara.

—Sobre todo si hablamos de los de La Gherarda —asiente Grazia.

—Pues vaya a por la tarta —concede Scalise.

Pasos amortiguados en la nieve mientras se dirigen a la entrada.

En cuanto Akan abre la puerta, un gato atigrado sale corriendo hacia fuera.

—Maravilloso ejemplar, enhorabuena —dice Scalise—. A mi mujer también le gustan mucho los gatos. Tenemos dos, pero nunca había visto uno tan grande.

—Nosotros tenemos tres —dice Barbara—. Eran de mi hermana, Amanda.

Akan espera a que hayan entrado todos, mira al cielo, teñido de un color pálido que no augura nada bueno, y cierra la puerta.

\*\*\*

Es el día de las carreteras cortadas y las vías alternativas. Viola se pone el casco y calcula que el camino más rápido para llegar al destino la obligará a pasar por La Gherarda, pero es justamente el hotel al que tenía que ir su madre hoy por la mañana, por culpa de aquel tipo que mató a su ex, y que tendrá que quedarse ahí hasta el final del juicio. Así que no le queda más remedio que elegir otra ruta y esconder la moto en un lugar donde no la puedan ver desde la carretera.

Repasa el recorrido mientras se pone los guantes de invierno sobre los mitones. No debería haber ningún problema.

Gira la llave, pulsa el botón. En cuanto abre gas, la rueda patina. Pero no es ningún problema para alguien que ha aprendido a conducir por esos lares. Nervios bien templados, nada de frenazos bruscos, y adelante.

Al cabo de unos minutos, la moto ya enfila la vieja carretera, la que nunca toma nadie porque está cortada un poco más abajo. Todos saben el motivo, pero es uno de esos temas incómodos de los que a nadie le gusta hablar. Y eso la pone de los nervios. Porque tiene la impresión de que a veces la gente actúa de ese modo para olvidar ciertas cosas. Y así acaban olvidándose también de las personas. Todo el mundo tiene derecho a ser feliz, pero esa es una de las formas más estúpidas de intentarlo.

Cuando llega al cruce, se detiene. A su alrededor todo es blanco. Por el camino de la izquierda la carretera sigue subiendo, y allí podrá detenerse y adentrarse a pie en el viejo bosque. Por el camino de la derecha, baja hacia el puente.

Un puente que ya no existe. Que dejó un vacío. El vacío que hace cuatro años engulló la vida de siete personas, entre las que se encontraba Michele. El cuarto miembro de Lilith.

\*\*\*

Rodari sube a la habitación. Dice que necesita darse una ducha y descansar unas horas. Los cuatro *carabinieri* se han sentado a una de las mesas del bar y ahora tienen ante sí un plato cada uno, con una porción de pastel de manzana.

—Está de miedo —dice el cabo que ha conducido el coche de Scalise—. Pero no debería tener cerrado el hotel. Es una buena época, en marzo aún se esquía, los establecimientos están abiertos y...

Repara en el comandante, de nuevo muy tarde.

—Se dice que cuando nieva en los días de la mirla, la nieve aguanta hasta finales de abril —comenta Barbara, que se ha dado cuenta de la situación y acude al rescate del impulsivo *carabiniere*.

—¿La mirla? —pregunta Scalise.

—Son los tres últimos días de enero —repite ella—. Según la tradición, son los más fríos del año. Y cuenta la leyenda que una mirla los pasó refugiada en la chimenea de una casa y que se manchó de ceniza. Por eso el plumaje de las hembras es más apagado que el de los machos.

A Scalise le asalta una intuición.

—Su hijo lo escribió en un libro del gnomo, ¿verdad? Estoy seguro de haberlo leído.

Barbara sonríe.

—Hemos cerrado un poco antes —dice volviéndose hacia el cabo— para poder hacer algunos trabajos de mantenimiento que llevábamos tiempo postergando. Al final nos ha venido bien por el tema de mi hijo, que no habría podido quedarse aquí si el hotel hubiera estado abierto.

—Por supuesto —confirma Scalise fulminando de nuevo con la mirada al cabo, que se lleva un trozo de tarta a la boca y lo mastica lentamente—. He visto la previsión meteorológica: en los próximos días nevará —advierte

cuando el silencio empieza a ser demasiado largo para su gusto—. ¿No le da miedo quedarse aislada? He oído que a veces las carreteras son impracticables.

—Tenemos una moto de nieve —dice Barbara—. Akan sabe conducirla. Suerte que está él. Yo no sé ni manejar un coche. Tengo un Ford viejo que era de mi hermana, pero de no haber sido por él no habría vuelto a salir del garaje desde entonces.

—Siento lo de su hermana. Su hijo me ha contado lo que le ocurrió —dice Scalise.

—Se lo agradezco. En cualquier caso, no creo que nos movamos mucho. Queremos solucionar los trabajos pendientes cuanto antes; así, cuando empiece la temporada de verano y esta historia haya acabado, podremos recuperarnos de las semanas que hemos perdido ahora. —Los *carabinieri* guardan silencio—. Lo sé, poco de optimismo con los plazos, pero creo que el juez se dará cuenta enseguida de que ha cometido un error.

—Espero que tenga razón —dice Scalise—. Mientras tanto, tendrá a su disposición a todos los miembros del cuartel. Confiaba en verlos a todos esta mañana, pero obviamente los demás han obedecido la llamada del deber y no han abandonado su puesto de servicio. ¿No es así, sargenta Parodi?

Grazia tarda unos segundos en darse cuenta de que el coronel no bromea.

—¿Los otros? —pregunta Donato, un instante antes de entender que habría sido más acertado que no hubiera abierto la boca.

—Los otros, claro. ¿Qué ocurre, sargenta? Parece asombrada.

Grazia deja el tenedor en el plato, se limpia los labios con la servilleta y busca las palabras más adecuadas para responder.

—Coronel, no hay nadie más —dice.

—Sí, ya lo sé, sargenta. Me gusta que los hombres muestren esta entrega a su oficio, y no voy a ser yo quien se ofenda por ello, pero es la primera vez que vengo hasta aquí y esperaba encontrarlos a todos. No se preocupe, dígalos que les agradezco el trabajo que llevan a cabo en este encantador, aunque remoto, punto de nuestra provincia.

—Mire, creo que hay un error —dice Grazia.

—¿Un error?

—Sí, coronel. No me refería a que no estuvieran aquí en este momento. Simplemente no hay más efectivos. En el cuartel solo estamos Esposito y yo.

Silencio.

—¿Alguien quiere un trozo más? —pregunta Barbara.

Grazia le dirige una sonrisa para agradecerle el intento de aliviar la tensión.

—Pero ¿cómo es posible? —pregunta Scalise.

—A Marmora le concedieron el traslado y regresó a su casa, a la región de Marcas. D'Arrigo no consiguió el traslado que había solicitado, pero lo enviaron a Palermo. Chelli solicitó su incorporación a una misión en el extranjero, y en estos momentos está realizando el curso de preparación. Y Friguglia está de baja.

—¿Está enfermo?

—No lo sé. Ya estaba de baja cuando me destinaron aquí. Quizá no esté preparado para estar a las órdenes de una mujer.

—No diga tonterías, Parodi. Investigaré la cuestión personalmente. Pero ¿por qué no me había informado hasta ahora de la situación?

—Quizá no le hayan llegado mis informes, pero le aseguro que llevo un buen tiempo denunciando lo que está ocurriendo.

—Sí, sí, me lo imagino. ¿Quién no se queja en los tiempos que corren? ¿No le parece, señora Barbara? Me apuesto lo que quiera a que antes de aprender a hacer un pastel tan exquisito como este habrá cometido muchos errores, ¿no es cierto?

—Pero los coroneles también se equivocan, ¿no? —pregunta el cabo.

Grazia ve el arrebató de ira desahorada que atraviesa por un instante fugaz la mirada del coronel. El cabo no parece darse cuenta de que el viaje de vuelta será el más largo y desgarrador de su carrera. Y ella sabe que no es el momento de abordar el tema de la permanencia de Esposito y sus objetivos procreadores.

Un ruido súbito los sorprende a todos. Parece provenir de la pared, del techo tal vez. Un gemido... metálico.

—Las tuberías —dice Barbara—. Pasa a veces. Es una de las cosas que tenemos que arreglar. Creo que mi hijo está intentando darse una ducha.

Grazia espera no verla llorar de nuevo porque sabe que ella tampoco podría contener las lágrimas. Detesta esa forma de reaccionar que tiene, de conmoverse por todo y por todos: la hace sentirse frágil, y para una mujer que viste uniforme de las fuerzas de seguridad del Estado puede ser motivo de vergüenza ante los superiores. No fue Scalise quien la propuso para el cargo. Y no cree que lo hubiera hecho nunca.

## CAPÍTULO 4

Hay un claro a los pies del peñasco que llaman Roca del Cuervo, por la forma alargada que recuerda, en cierta manera, el pico. Y hay una cueva pequeña, ahí debajo, donde dicen que se escondió durante cierto tiempo un bandolero sanguinario. No es muy profunda, pero sí lo suficiente para albergar voces, leyendas, historias, folclore y rumores de aldea que hablan de misas satánicas e inmigrantes ilegales desaparecidos. A veces hay un búho grande que sobrevuela estos lares. También hay quien dice que aquí se encuentra el centro exacto del bosque viejo, el lugar donde se concentran las fuerzas que lo habitan. Espíritus. Según antiguas creencias paganas, que se remontan a tiempos anteriores a la construcción de la iglesia de la aldea, en la cuenca del valle, cuando muere alguien que ha nacido aquí, su alma se refugia en el bosque, a la espera.

Viola está sentada sobre la mochila, que ha dejado en una roca que sobresale del manto de nieve. Tiene el iPhone en la mano y está grabando. Lo pone ante sí y gira sobre sí misma, como si quisiera captar una señal. Sonidos. Voces. La respiración del bosque, lo llaman. Quizá solo es el susurro del viento entre las ramas secas de las hayas. Quizá solo son tonterías, producto de la sugestión de las viejas historias que escuchaban los niños. Pero la aplicación del iPhone detecta algo: un sonido. Aunque Viola no lo oye, hay algo que lo produce. De eso hablan esas viejas historias. De ese sonido imperceptible que los Lilith necesitan para su tema.

Lleva más o menos una hora ahí. Ha grabado varios archivos pequeños, de pocos minutos.

Se detiene un momento y deja el teléfono en la roca.

Se le humedecen los ojos, algo que le sucede con cierta frecuencia en esa zona. Se los seca con los mitones, de los que asoman las uñas pintadas de negro. Tiene la piel muy clara y los tonos oscuros del maquillaje de los ojos y



los labios le confieren un aspecto aún más pálido.

Mira a su alrededor, el paisaje inmóvil, mientras sus dedos juegan con los siete aros de plata que lleva en la oreja izquierda.

Es el día perfecto para grabar la respiración. Ahora tiene un buen material con el que trabajar. Pero le queda poco tiempo porque antes de que acabe la escuela, antes de los exámenes finales de bachillerato y todo lo demás, los Lilith tendrán que separarse. Han decidido incluso la fecha: el 21 de junio. El solsticio de verano. Lilith, viento y tempestad, acabará con la primavera.

Viola toma el teléfono y consulta las llamadas. Ninguna de su madre: todo correcto.

Abre el WhatsApp para enviarle un mensaje a Arturo.

Tengo buen material, quiero empezar a mezclar.

Deja otra vez el teléfono en la roca. Hurga en el bolsillo, saca el paquete de Old Holborn azul, se lía un cigarrillo con movimientos rápidos y desliza la punta de la lengua por el papel para sellarlo. Lo enciende y exhala una bocanada de humo azulado que se disuelve en el aire gélido. La tristeza ha pasado, solo le queda esa extraña sensación de consuelo que le proporciona el lugar, como pocos otros saben hacer.

Oye la notificación de un mensaje.

Mi casa es tu casa. Mis padres no están. Nos vemos por la tarde.

Ha llegado el momento de empezar a grabar el tema.

\*\*\*

Giulio está sentado en el borde de la cama. La capucha del albornoz le tapa la cabeza. Tiene los ojos clavados en el suelo. Está en su antigua habitación, en la parte del hotel destinada a la residencia familiar.

—No quiero volver a verte, Giulio. Me das miedo. ¿Lo entiendes?

Están sentados a una mesa cerca del quiosco, en el parque. Patrizia siempre se pone ese perfume dulce. Son los primeros compases de la crisis. Hace poco que han quedado, ella ni siquiera ha probado el *spritz* que le han

llevado. El hielo se derrite y deshace las burbujas. Después de haberle dicho que tiene miedo de él, se irá. Giulio se quedará ahí, observando cómo se aleja, con paso vacilante. Recreándose con esa sensación lacerante mientras ella se va, como si ese movimiento le desgarrara las entrañas. Su cuerpo atravesado por una descarga eléctrica, la necesidad de destrozar todo lo que hay a su alrededor. La mesa, el *spritz* de Patrizia, su cerveza sin alcohol, el platito de patatas, el de aceitunas y el resto de ese quiosco aberrante, que parece salido de un parque de atracciones.

Tiene que respirar. Lentamente. Tiene que ir a ver a un médico y pedir que le recete algo fuerte. Está mal. Muy mal. Y esto solo es el principio.

Sentado en el borde de la cama, tiene los ojos clavados en ese quiosco. Y en todo lo que ocurrió luego. Las noches que pasó bajo la casa de Patrizia. El *tuuu* del teléfono que suena sin que nadie responda. Los mensajes enviados, las malditas marcas que se vuelven de color azul, lo que significa que ella los ha leído; entonces, ¿por qué no responde? Porque no te costaría nada responderme con un mensaje, hija de la grandísima puta. Ya está. La degeneración del lenguaje que se convierte en la primera señal del descarrilamiento emocional que se está produciendo. Sentado en el borde de la cama, observa el abismo en el que se ha precipitado.

¿Existe una cura?

En la habitación del hotel de su madre el suelo es de madera. Las tablas están dispuestas a intervalos regulares. Del centro exacto de cada tabla arranca la siguiente.

El día del quiosco, los *carabinieri* llegan y lo detienen. Hace ya un rato que Patrizia se ha ido y él ha perdido los estribos. El dueño del bar tiene una escoba con la que ha intentado defenderse. Los demás clientes están a su alrededor. Hay un par de mesas volcadas. Las palomas se están dando un festín con las patatas, entre los fragmentos de cristal que hay esparcidos en el suelo. La gente que paseaba por ahí también se ha parado a mirar a ese loco.

—El dueño del bar acepta la indemnización y retira la denuncia, pero debería calmarse.

El *carabiniere* no lleva la gorra.

El albornoz está húmedo.

Las tablas del suelo son paralelas.

Giulio levanta la cabeza. Mira a su alrededor. ¿Qué ha pasado? Esa era su habitación hace años. Frente a la cama está el escritorio y encima, las estanterías llenas de libros. Hay un estante ocupado por la colección completa

de *Las fantásticas aventuras del gnomo Teo*. Le cuesta creer que haya escrito tantos. Esas viejas historias de pueblo, las leyendas de los bosques que le contaba su tía Amanda, la bruja.

Mi nombre es Theophrastus Grimblegromble, pero podéis llamarme Teo, si lo preferís. Tengo la barba pelirroja y uno bonito sombrero verde.

El quiosco del parque fue el momento de transición. El vaso de *spritz* con el cubito de hielo que se derrite, la última cosa intacta.

Luego llegó lo demás.

El abismo.

—Señor, aquí hay una denuncia por 612 bis. ¿Sabe qué significa? Acoso. Tenga cuidado porque hoy en día podría meterse en un grave problema.

Ser un gnomo, tener el don de desaparecer.

Y luego el epílogo, el último capítulo de la tragedia.

—¿Qué sucedió la otra noche?

Vacío. Blanco. No sabe qué sucedió. Tiene una laguna de al menos cuatro horas y un corte en la ceja que no sabe cómo se ha hecho. Cuando lo dice, la persona que lo escucha adopta esa expresión: la de alguien que no se cree ni una sola palabra de lo que está diciendo.

—¿Sabe dónde se encuentra Patrizia Alberti?

# CAPÍTULO 5

Será un día largo. Como todos los demás. Grazia entra en el supermercado para comprar panecillos y bebidas. Desde que solo quedan ellos dos en la comisaría, tienen un turno único y eterno que no acaba nunca.

Avanza entre las estanterías, entre galletas y zumos de fruta, y piensa en los platos sucios que han quedado en el fregadero; en Viola, que es probable que fume porros; en la vigilancia de Rodari, que se añadirá al resto de los casos de los que debería encargarse un grupo de seis agentes.

Cuando pasa frente a los periódicos, observa la primera página del diario local. La noticia de portada es la detención de Rodari, el escritor infantil acusado de homicidio. Hay una foto suya que deben de haber sacado de internet, en la que aparece con un libro en la mano en cuya portada puede verse un gnomo. Tiene una mirada perturbada. Cuando eran niños, no hacía otra cosa que dibujar en clase.

—Solo le faltaba eso a la pobre Barbara —dice alguien cerca de Grazia.

Detrás del estante de la pasta está el mostrador de los alimentos frescos. La voz es de Fioralba, la dueña del supermercado. Grazia se detiene, ojea los titulares de los periódicos, quiere escuchar qué dice la gente.

—Pero ese chico siempre ha sido un poco raro. —Es la voz de Mirna, la mujer de Eugenio Falconi, el alcalde—. He leído en el periódico que dice que no recuerda nada. A mí me parece extraño que sufra una amnesia de ese tipo, pero si de verdad le ha ocurrido algo así, me pregunto si puede declararse inocente. ¿Puede saberlo?

—En todos estos años nunca ha venido a ver a su madre —añade la voz de Adele, su inseparable acompañante, que tiene un Panda todoterreno de color aceituna, y compañera también en sus partidas de cartas.

El sonido de la campanilla les advierte de que se ha abierto la puerta, pero el estante de los detergentes les impide ver quién es. En cualquier caso,

las voces se callan.

—¿Querías un poco de pan, Mirna?

—Una barrita, guapa, que nos llega de sobra.

Detrás del estante de los detergentes asoma Dorina. Busca algo en la bolsa. Saca un audífono y se lo pone en la oreja. Es entonces cuando Grazia repara en su presencia y le sonrío, avergonzada. Acto seguido, desaparece detrás de la pasta, se acerca al mostrador de Fioralba y se reúne con las demás.

Grazia permanece a la escucha. Las conoce y no quiere perderse los detalles. Dorina es prima de Adele y la mejor amiga de Barbara, además de su compañera en las partidas de cartas del *burraco*. En el pueblo todo el mundo conoce la rivalidad que divide a estos dos grupos de amigas. Entre Adele y Dorina, en concreto, existe alguna antigua rencilla relacionada, si mal no recuerda Grazia, con un problema sobre una herencia. Es una gran casualidad que mientras hablaban justamente del hijo de Barbara, llegara Dorina e interrumpiera sus jugosos chismorreos.

—Dorina, guapa, ¿cómo estás? —pregunta Mirna.

—De fábula, querida.

—Cuánto me alegro de que me digas eso —añade Adele—. ¿Y Barbara?

—Atareada, me temo —dice Dorina.

—«Atareada» es la palabra correcta, cielo —dice Mirna—. Y su hijo, ¿ya ha llegado? Eugenio dice que lo trasladaban hoy por la mañana.

—No he hablado con ella, pero si lo dice Eugenio...

—Cuando lo hagas, dile que no se preocupe por la partida. Si quiere la aplazamos, y si tiene problemas en el hotel, por una vez podemos jugar en mi casa.

—Ningún problema. Giulio está en otra ala del hotel. Es el apartamento donde vivía de joven. Podemos quedarnos en el bar. Además, creo que a ella le vendrá bien jugar para distraerse un poco.

—Creía que como está bajo arresto domiciliario...

—No te preocupes, Mirna. Nadie nos detendrá por echar una partida.

Grazia abandona el estante de la pasta y entra en escena.

—Buenos días, sargenta —dice Fioralba—. No la había oído entrar. ¿Le pongo los panecillos de siempre?

—Qué casualidad, sargenta —dice Mirna—. Nos preguntábamos si podemos ir al bar de La Gherarda aunque se encuentre el hijo de Barbara...

—Oficialmente el bar está cerrado —dice Grazia—. Pero Rodari se

aloja en un ala del hotel que se usa como residencia particular, así que no veo grandes impedimentos a que vayan al bar. El Cuerpo no puede poner fin a la tradición del *burraco*.

Las carcajadas alivian la tensión del supermercado y se desvanece la hostilidad entre los dos frentes enemigos. Pero no es más que una tregua temporal.

# CAPÍTULO 6

La sala de ensayos de los Lilith se encuentra en un almacén. Los Novelli de la Farmacia Novelli tienen más de uno por estas tierras. Pero este lo han consignado a las extravagancias de Arturo, que de este modo puede tocar su batería sin asustar a la gente que vive en casa. Las paredes están insonorizadas y el interior parece un centro de mando de la NASA.

Ordenadores, amplificadores, tomas de corriente. La batería de Arturo es un muro de tambores tom.

Viola ha encendido la estufa eléctrica y el aire empieza a calentarse. Aún no lo suficiente para quitarse los mitones de lana, que solo le cubren la palma de la mano y le permiten trabajar con el ordenador.

Ha descargado las grabaciones hechas con el iPhone y ahora las está pasando a un programa que le sirve para unir las. El software confirma la presencia de un sonido. Viola ha conectado el portátil a la toma de las cajas y sube el volumen al máximo, pero no se oye nada. Hay un sonido, pero es mudo. Podría ser un ultrasonido, algo que el oído humano no puede percibir.

Está preparando la base para el primer y último tema original de los Lilith. Y ese es el primer elemento, la primera pista. Nadie oirá nada, quizá, pero la respiración del bosque es el punto de partida para toda la pieza. Y mientras el programa lo desarrolla, Viola se pone los auriculares para grabar en otro archivo el segundo elemento. Una grabación. Está hecha con un teléfono viejo hace varios años, pero gracias a los programas más modernos se han podido limpiar y eliminar los ruidos no deseados. Un trabajo complejo.

Una de las varias causas para esas ojeras profundas que surcan su rostro por la mañana.

El nombre del archivo es una fecha: «09/09/2010».

Los dedos se deslizan por el *trackpad* y el puntero se detiene a pocos milímetros del icono del triángulo blanco. Percibe casi el grosor, pero aún no

lo roza. Viola busca los pendientes con los dedos, pero se toca los auriculares y no puede rozarlos.

—El pasado domingo te oí en la iglesia. Tocaste algo antes de la misa.

Viola lleva el pelo largo y va sin maquillar, como una niña de doce años. Ha llegado a casa de Michele porque tiene que devolverle unas bandejas a su madre. Ha llamado un par de veces al timbre, pero no le han abierto. Se ha acercado al cristal y detrás de la cortina ha visto a Michele, sentado frente a los teclados. Llevaba puestos los auriculares y no podía oírla. Después de recorrer aquel camino a pie bajo la canícula estival, Viola no tenía ninguna intención de volver a su casa con las bandejas vacías, que su madre había decidido que debían devolver, sí o sí, esa misma mañana. Le ha llevado un rato hacerse notar, pero al final Michele la ha visto, se ha quitado los auriculares y le ha abierto la puerta.

Es mayor que ella. Hace unos años que va al instituto.

Le ha sonreído y la ha invitado a entrar. Tiene los buenos modales de una persona anciana. Ha tomado las bandejas, las ha llevado a la cocina y le ha preguntado si le apetece beber algo. Ella tiene la garganta seca por el calor, pero la única respuesta que puede pronunciar es lo que acaba de decirle, que lo oyó tocar antes de la misa. Y en ese momento se da cuenta de que había esperado un buen rato a que no estuviera su madre para poder hablar con él.

—¿Te gusta la música? —le pregunta Michele.

—Un poco.

—¿Tocas algún instrumento?

—No.

—Qué pena.

Michele se acerca a los teclados, toma los auriculares y se los pone a Viola.

Cuando está a punto de comenzar a tocar, se detiene y se vuelve de nuevo hacia ella.

—Es una canción antigua —dice—. Se titula «A Whiter Shade of Pale».

Viola cierra los ojos. Lo hace siempre que escucha música. Le parece que así puede verla. Ahora es como si las notas que salían del órgano fueran estelas luminosas, amarillas y rojas, que aparecen y se siguen en la oscuridad. Es la música que había oído en la iglesia. No abre los ojos hasta que termina la canción. Se da cuenta de que luce una sonrisa absorta, como si fuera una



boba. Se quita los auriculares para intentar recuperar la compostura y adopta una expresión seria y ligeramente malcarada.

—¿Qué es? —le pregunta.

—Un grupo de hace muchos años.

—No está mal.

—No está mal para nada.

—Pero en la iglesia no deberías tocar música más... ¿sacra?

—No la conozco. El cura me pidió que tocara de vez en cuando y yo voy porque tienen un órgano muy bueno, eso es todo. Y tú ¿por qué vas? ¿Eres una chica creyente que reza y todo ese rollo?

—Pero ¿qué dices! Voy de vez en cuando porque me gusta lo que tocas.

Michele reflexiona sobre lo que acaba de decirle. Como si estuviera sopesando la idea que se le acaba de ocurrir. Viéndolo ahora, así de cerca, está buenísimo; si no fuera por esas gafas tan gruesas que hacen que sus ojos parezcan dos puntitos negros y esa camisa arrugada y abierta por encima de la camiseta interior. Hay algo en sus gestos, en su actitud, que parece muy típico de un anciano. Viola se da cuenta de que lo está mirando fijamente y se sonroja muy a su pesar, como si fuera una niña tonta.

—¿No te gustaría aprender a tocar la guitarra? —le pregunta Michele.

—¿Yo?

—Aquí dentro solo estamos tú y yo.

—Sí, claro. ¿La guitarra? No tengo ninguna.

—Yo sí. Más de una. Podría prestarte una y así tocamos los dos juntos.

Ven.

Al cabo de un par de minutos, Michele reaparece por las escaleras que bajan al sótano. En la mano lleva una guitarra eléctrica. El mástil es de color madera y el cuerpo, negro. Los dispositivos que capturan el sonido de las cuerdas, y que Viola aprenderá que se llaman pastillas, son del color del acero. Es maravillosa.

—Es una Fender. Como la de David Gilmour —le dice Michele.

—Ah.

—Sabes quién es, ¿verdad?

—Claro, un guitarrista.

—Si quieres, te presto algún CD suyo.

Viola no puede apartar los ojos del instrumento.

—¿A qué esperas? Si la quieres tocar, tienes que agarrarla —le dice Michele, y se la ofrece.

Pesa. No se lo parecía a simple vista. Apoya el cuerpo en la pierna y acaricia las cuerdas con el pulgar de la mano izquierda.

—No me digas que eres zurda...

—¿Pasa algo?

—Que ahora tengo que cambiar las cuerdas. Mira, hagamos una cosa: vuelve mañana a esta hora y ya la tendré lista, ¿de acuerdo?

—Vale.

—¿Te esforzarás para aprender a tocarla o solo quieres hacerme perder el tiempo?

—No tengo nada más que hacer.

Michele sonrío, debe de haber entendido que no era eso lo que quería decirle. No en ese sentido, al menos. La acompaña a la puerta. Viola está a punto de irse cuando se vuelve para aclarar una cosa.

—¿Te gustan las magdalenas de manzana?

—Sí, supongo que sí. ¿Por qué?

—Porque no tengo dinero para pagarte las clases particulares, pero he aprendido a hacer magdalenas de manzana y galletas. También sé hacer pasteles, pero ahora mismo no tengo tiempo.

—Con las magdalenas me llega y me sobra.

Viola aparta los dedos del *trackpad* del ordenador. El puntero se detiene. El triángulo del *play* sigue ahí. Pero cada vez que escucha ese archivo, cae presa de una emoción muy intensa. Tiene que tomarse un respiro.

Apoyada en la pared está su guitarra, aún en la funda. Confía en que el frío de la noche no afecte a las pastillas, pero dejarla ahí el día antes era la única opción que tenía para poder trabajar hoy por la mañana.

Abre la funda. Ahí está. Igual que el primer día, cuando se la enseñó Michele. No fue hasta más adelante cuando comprendió por qué tenía que cambiar las cuerdas para que pudiera tocarla una persona zurda como ella. Así, después de algunas clases, cuando ya se manejaba con algo más de confianza, le permitió que se la llevara a casa para practicar. Le dijo que tenía más. Por algún extraño motivo, daba la sensación de que para él era muy importante enseñarle a tocar.

—Cógela —le dijo un día—. Esta guitarra necesita que alguien la toque.

Viola la apoya en la pierna, conecta la clavija del amplificador y lo enciende. Los dedos rasgan las cuerdas para tocar el arpeggio inicial de

«Stairway to Heaven».

—¿Por qué escuchas siempre esta música tan...?

—¿Vieja?

Tiene la sensación de que Michele estaba esperando que le hiciera esa pregunta. Ya hace varios meses que tocan juntos. Y es cierto, todas las canciones que le ha enseñado tienen más años que ellos dos juntos. En este momento se encuentran en la sala; una de las paredes está ocupada por un equipo de música que aún tiene tocadiscos y una estantería llena de vinilos y CD.

—Sí, es decir, siempre tocamos canciones muy bonitas, pero solo me lo preguntaba, más por curiosidad que por otra cosa...

—Son los primeros discos que escuché de pequeño. Eran de mi padre. Son canciones muy bonitas y te aseguro que cuando aprendas a tocarlas ya no dejarás de hacerlo. Es algo que no ocurre con las canciones de hoy en día. Enseguida te aburres de ellas.

—Yo no conozco a mi padre —le suelta a bocajarro, sin un motivo concreto—. Quiero decir, sé cómo se llama y dónde vive, pero nunca nos han presentado.

—Hoy estás un poco melancólica.

—Un poco.

—Pues voy a coger la guitarra y te enseño una canción que se titula «Wish You Were Here». Y que puedes dedicar a quien te parezca.

Viola deja la guitarra sobre la funda. El ordenador ha acabado de procesar la respiración del bosque. Ha llegado el momento de introducir en el archivo la segunda pista del primer y último tema original de los Lilith. El archivo está listo. Los dedos se deslizan de nuevo sobre el *trackpad* y esta vez llegan al icono de forma triangular.

«09/09/2010.»

*Play.*

—Quiero que escuches algo que he compuesto yo, si no te importa. —Es la primera vez que Michele le confiesa que ha escrito una canción, aunque Viola lo sospechaba desde hacía tiempo—. No es una canción. No aún, al menos. Digamos que estoy trabajando en ello.

—Déjate de historias y tócala de una vez. Tengo curiosidad.

Michele interpreta el tema, un blues lento en una escala menor. Es casi hipnótico.

Viola cierra de nuevo los ojos. La canción la envuelve mientras abandona la sala de Arturo y borra el tiempo que ha transcurrido desde el día en que Michele se la hizo escuchar por primera vez. Ahora no se avergüenza de su sonrisa bobalicona, que esta vez luce en un rostro distinto, pálido y espectral por el maquillaje negro, con los *piercings* que asoman en el labio, la nariz y la ceja.

—Es preciosa.

—Solo es una primera versión. Tengo que trabajar más en ella.

—¿Te importa que la grave con el teléfono? Me gustaría tenerla.

—Ningún problema. Avísame cuando estés preparada y la toco otra vez.

El primer y último tema de los Lilith tiene su segunda pista.

# CAPÍTULO 7

El gran horno de leña se encuentra en la parte posterior de La Gherarda, orientado al bosque. De ahí parte un sendero que baja hacia el valle. Lo usan muy de vez en cuando, por eso hay que dejar que el fuego caliente bien las paredes de piedra antes de poder utilizarlo. Barbara añade algún tronco más para alimentar la llama que ha encendido con las cerillas largas de cocina. Debe prepararse para la noche del pan, una tradición que viene de antiguo.

El aire es frío. Akan ha despejado la nieve que rodeaba el horno para que puedan acercarse todos sin problemas.

Barbara estira las manos hacia el interior para sentir el calor de las llamas. No está sola. El gato naranja sube de un salto hasta la encimera de piedra. Es el más grande de los tres, el más tragón. Ha notado el calor y se ha acercado a disfrutar de él.

—¿Tú también por aquí?

El gato pasa por delante y le acaricia la cara con la cola.

—Creo que será mejor que entremos en casa. Aquí fuera hace frío, ¿no crees?

En cuanto abre la puerta, el gato entra como una exhalación y sube al primer piso. Barbara se dirige al bar para prepararse una infusión que le permita entrar en calor.

—Has cambiado algunas cosas.

Se vuelve de golpe. Giulio está sentado a una mesa, frente a una tacita de café. Se ha cambiado la tirita de la ceja. Lleva el forro polar gris de la escuela de esquí que ella le ha dejado en la habitación. Su ropa de ciudad no era la más adecuada para el clima de montaña. Se ha afeitado y su aspecto ha mejorado, pero aún tiene los ojos rojos.

—Qué susto, casi me da algo —dice Barbara, ciñéndose el chal.

—Lo siento, no podía dormir.

—¿Hacía demasiado ruido Akan?

—No, no es por él.

Barbara se sienta a la mesa, junto a su hijo.

—¿A qué cambios te refieres?

—A nada en concreto, era por decir algo. Ahí encima había una foto. De un Fin de Año, si no recuerdo mal. Estábamos todos: papá, Amanda... He venido a buscarla, pero no la he encontrado.

—Es verdad. Se cayó un día y se rompió el marco. Tengo que repararlo.

—Quizá algún día...

—Giulio, ¿cuándo me contarás qué pasó?

Al otro lado de la ventana, el prado está cubierto de nieve.

—No sé qué pasó. Estaba fuera de mí, había bebido mucho. Solo recuerdo algunas imágenes. Y no me gustan.

Sonríe. Juega con la cucharilla en la taza vacía.

—No deberías haber bebido. Pero estoy segura de que con el tiempo lo recordarás todo. Ya verás.

—No sé si quiero.

—Claro que quieres, porque estoy segura de que no le hiciste nada malo.

—Por supuesto que se lo hice. Y de muchas maneras. Convertí su vida en un infierno. Porque yo quería que sufriera, ¿lo entiendes? Quería que sufriera. Pero todo es muy confuso, como si una parte de mí que no conocía hubiera tomado las riendas de la situación. Cuando pienso en todo ello, tengo la sensación de que hablo de otra persona. Una vez entré en su casa de noche y me puse a gritar con un loco. No quiero recordar todo eso.

—¿Te apetece otro café?

—Gracias.

Barbara se quita el abrigo y lo deja en una silla. Se ciñe el chal de lana. Coge una tacita, carga la cafetera y pulsa el botón de encendido. El aroma de la mezcla arábica lo inunda todo de inmediato.

—Para mañana dan nieve —anuncia Barbara—. Quizá sea la última de la estación.

—Mañana por la tarde llega el juez —dice Giulio—. Tiene que interrogarme.

—Lo sé, me lo ha dicho Grazia. ¿Sabías que es ella la encargada de tu vigilancia?

—Creo que tendríamos que preparar una habitación.

—Ya lo he tenido en cuenta. Podéis instalaros en el comedor y nosotros

nos reuniremos debajo, en el semisótano.

—¿Tenéis timba?

—Por supuesto que no. Al *burraco* jugamos los miércoles, y mañana es martes.

—Entonces, ¿con quién quedas los martes?

—Hemos creado un comité.

—¿Un comité?

—¿No te había hablado de ello? Se ha descubierto que una sociedad ha comprado unos terrenos del viejo bosque que, no sabemos por qué, no formaban parte del hayedo protegido. Y parece ser que quieren construir una planta de almacenamiento de residuos.

—¿En mitad del bosque?

—Aquí al lado.

—¿Y pueden hacerlo?

—Tiene que decidirlo una comisión. —Barbara lleva el café a la mesa —. Van a reunirse dentro de unos días y decidirán si conceden o no los permisos. Lo más absurdo de todo es que tendrán que adaptar los senderos para que puedan circular los camiones. ¿No te parece una locura?

—Por eso habéis formado un comité.

—Un comité de defensa de nuestro bosque, claro.

Giulio abre el sobre de azúcar y lo vacía en la taza. No estaba acostumbrado a un paisaje tan blanco.

—Siento no haber vuelto más a menudo.

—Bonito eufemismo el tuyo.

—Sí, vale, casi nunca.

Quizá no sea el momento más adecuado para abordar según qué discusiones. Barbara mira el reloj de la pared.

—Dime si necesitas algo, que dentro de poco Akan irá a recoger los huevos. Ha dicho que hoy quiere hacer *tagliatelle*.

—Mamá...

—Dime.

Giulio mira hacia la ventana.

—Es como si la nieve lo cubriera todo.

## CAPÍTULO 8

El único sonido que sobrevive en el bar Fuga es la musiquita de las tragaperras que llega de la sala contigua. La chica, Viola, se ha ido. Parecía que tenía un poco de prisa. Gerri confía en que no haya oído la discusión de esa mañana con Katerina, pero es una esperanza vana. Lo sabe. Como sabe que en el pueblo la gente ha empezado a hablar de él. Lo sabe porque así es como funcionan las cosas. Llena otro vaso y se lo bebe de un trago, pues hoy el sabor es más amargo de lo habitual. Son cuarenta y cinco, Gerri. Dicen que todos, tarde o temprano, acabamos celebrando el cumpleaños solos. En general no es un día de gran alegría. Lo importante es recordar que solo dura un día. Pero es bien sabido que se dicen muchas tonterías. Lo cierto es que Gerri tiene la sensación de que si su vida fuera un partido de fútbol, estaría al final del primer tiempo, sentado en el vestuario, cansado, con un resultado contundente en contra y la conciencia, deprimente, de que se enfrenta a un rival con mejores piernas y pulmones que él. Te has equivocado en la estrategia de juego. Te has equivocado de día, de partido. Además, el campeonato es largo. La puerta del bar se abre. Los leñadores. Ahí fuera hace un frío de mil demonios y ha llegado el momento de dar una vuelta. Hoy invita la casa. ¿Por qué? Porque es el cumpleaños del dueño, que este año también ha encontrado una forma de no celebrarlo solo. El árbitro pita, o quizá solo es una maldita tragaperras que tiene hambre. El caso es que el campo lo espera, empieza el segundo tiempo. Hay que remontar el resultado. Salud.

\*\*\*

—La historia del kurdo que naufragó en la montaña.

Giulio está en la puerta de la cocina. Akan trabaja en la mesa. Se ha arremangado y tiene las manos sucias de harina. Está preparando la pasta para



los *tagliatelle*. Levanta la cabeza. Ve a Giulio y le sonríe.

—Cuando quieras escribir la historia, tienes mi consentimiento.

—¿Y revelar de este modo el secreto mejor guardado de La Gherarda? —dice Giulio, que entra en la sala—. El depositario de la tradición secular de los *tagliatelle* al ragú de jabalí procede de la otra orilla del Mediterráneo.

—De la cuna de la civilización.

—Jamás te cederé todo el mérito de la obra, infiel. —Giulio se acerca arremangándose. Observa la olla que hay al fuego en la que el ragú de Akan cuece como mandan los cánones—. Creo que es menester una cata cristiana, cuando menos; me basta con un pío trozo de pan...

—Aún está en la bolsa de la panadería —dice Akan, señalándosela con un gesto de la cabeza, y se pone a amasar de nuevo.

Giulio se acerca a la bolsa. Saca la hogaza.

—Qué decepción, Akan. Con el horno de leña ahí fuera encendido, y tú a comprar el pan...

Al sacar la hogaza encuentra también el periódico, con su foto en la portada.

—El horno de leña aún no está bien caliente —replica Akan—. Pero estará listo para esta noche. Es la del pan, ¿recuerdas? Vendrá un montón de gente, ya lo verás. Es una pena que no puedas...

Pero la voz de Akan parece llegar de un lugar remoto. De un lugar en el que todo permanece intacto.

Giulio mira el periódico. Está leyendo la noticia que habla de él. Su historia con Patrizia. Cuándo empezó, cuándo acabó. Todo por escrito. La denuncia por acoso, los mensajes que le envió, las noches que pasó debajo de su casa, la ira. Todo.

—No deberías leerlo. —Akan deja de amasar—. Han escrito una sarta de estupideces.

—Pero eran mis estupideces.

Akan se acerca hasta él. Se limpia las manos con un trapo. Le quita el periódico de las manos y lo deja donde estaba.

—Yo he atravesado mi tempestad, Giulio. Ahora tú debes atravesar la tuya.

Giulio lo mira. El kurdo tiene el rostro surcado de arrugas, la tez oscura. A veces aflora la mirada de quien ha desafiado a la muerte y ha sobrevivido para contarlo. Giulio frunce los labios y asiente. Atravesar la tempestad. Confía en que estará preparado para la travesía.

Coge la hogaza y estira la mano para alcanzar el cuchillo de sierra.

—Habíamos dicho que íbamos a hacer una cata con el pan, ¿o me equivoco?

## CAPÍTULO 9

—¿Crees que enviarán a alguien?

Donato conduce el coche patrulla. Tiene que practicar. Grazia está sentada a su lado, con la bolsa de los panecillos sobre las piernas. El encuentro con Scalise no ha ido muy bien para él. No ha encontrado el momento para hablar de su futuro. Pero si enviaran a algún agente de refuerzo a la comisaría, podría pedirse un día libre para ir a buscar a su mujer.

—No lo sé. A lo mejor nos envían a alguien para echarnos una mano con el tema de Rodari.

Grazia tiene la cabeza en otra parte. Su hija fuma marihuana y quizá presume ante sus amistades de lo fácil que le resulta burlar a la Sargenta.

—¿Cuántas veces tenemos que pasar por el hotel? —pregunta Donato.

—No lo sé. Lo haremos cuando tengamos tiempo y yo informaré del horario. Si luego alguien nos dice que no le va bien, ya quedaremos en otro momento.

El coche se detiene ante el hotel y Donato apaga el motor.

Grazia no baja.

—¿Esperamos? —pregunta Donato.

—¿Tienes prisa?

Suena el teléfono. Grazia se lo da a Donato.

—*Carabinieri* —dice—. ¿Cómo? ¿En GeoService? ¿Cómo? ¿Sangre? Pero... Sí, sí. Enseguida llegamos.

—¿Qué ocurre? —pregunta Grazia.

—En las oficinas de GeoService han encontrado la cabeza de un zorro clavada en un palo y una pintada con sangre en la puerta.

—Iremos a inspeccionarlo dentro de un rato.

—¿Dentro de un rato?

—Oye, ¿por qué tienes tanta prisa hoy?

La moto de Viola dobla la curva. Aparca frente a la entrada del hotel y cruza la carretera para acercarse al coche patrulla. Grazia baja la ventanilla.

—¿Todo bien?

—Todo bien.

—Dale las gracias a Barbara. Nos vemos esta noche.

Mientras Viola se dirige a La Gherarda, Barbara aparece en la ventana y saluda a Grazia.

—Ahora que Rodari está bajo arresto domiciliario, ¿te parece normal que Viola vaya a comer con ellos? —pregunta Donato.

—Oficialmente, Rodari está recluido en su habitación, en la otra ala del hotel, por lo que no hay ningún motivo para entrar a verificarlo, ¿no crees? Además, solo lo estamos «investigando» por homicidio. No creo que sea muy peligroso en estos momentos.

—Yo solo lo decía porque...

—Barbara es una amiga, yo no puedo ocuparme de mi hija porque nos faltan agentes y quiero que coma bien. ¿Alguna pregunta más?

—No, jefa.

—Perfecto. Pues si no tienes más dudas, podemos ir a ver esa cabeza de zorro clavada en un palo.

—Sí, jefa.

La patrulla se pone en marcha.

\*\*\*

Viola deja la bolsa en el salón, en el sofá que hay junto a la chimenea. Justo detrás está el armero con las escopetas de caza de La Gherarda. La incomoda un poco pensar que disparan de verdad. Cada vez que entra y pasa por ahí para dejar la mochila, se detiene a observar las armas.

—Remington. Aquí la caza es una religión.

Viola se da la vuelta. No imaginaba que fuera a encontrárselo ahí mismo. Su madre le había dicho que se alojaba en otra zona, en el ala del hotel destinada a la vivienda, que está más o menos separada del resto. Sin embargo, Giulio Rodari, el hombre detenido al que acusan de asesinar a su ex, y al que nadie había visto aún, ha bajado al salón.

—Perteneían a mi padre, que era el cazador de la familia. —Viola se queda en silencio. No sabe qué decir—. Mi tía también sabía disparar, tenía una puntería infalible. Pero yo me parezco más a mi madre. No podría darle a

un jabalí ni a un metro.

—Hola —lo saluda Viola. No se le ocurre qué más decirle.

—Hola. No quería asustarte, pero te he visto aquí y me apetecía saludarte.

—Yo...

—Eres la hija de Grazia. —Parece un hombre amable. Va despeinado, lleva un forro polar de los profesores de esquí y tiene cara de no haber dormido desde hace un siglo. En las manos sostiene un plato de *tagliatelle* y un vaso de agua—. Quería ver si te parecías a ella.

—Sí.

A Viola le gustaría añadir algo más, pero no encuentra las palabras.

—No te preocupes, ya te dejo. Y perdona de nuevo.

Está a punto de subir las escaleras, pero Viola siente curiosidad.

—¿Y me parezco a ella? —le pregunta.

—Un poco —responde Giulio, que retrocede—. Cuando teníamos tu edad, tu madre y yo éramos muy amigos. Ahora debo quedarme encerrado en mi habitación y a veces tengo la sensación de que he vuelto a esa época. Tenía un póster de David Bowie en la pared, pero cuando ahora me vuelvo para mirarlo ya no está. Perdona, no sé ni por qué te cuento estas cosas. No sé dónde tengo la cabeza.

Se da la vuelta para irse.

—Nosotros tocamos «Heroes»... —Viola lo retiene de nuevo.

—¿Nosotros? ¿Quiénes?

—Tengo un grupo.

—Es una canción muy bonita. *We can be heroes, just for one day...*

—No tienes pinta de escuchar a David Bowie.

—¿Ah, no? ¿Qué crees que escucho?

—Algo más clásico.

—¿Es porque tengo en la mano un plato de *tagliatelle* al ragú y un vaso de agua?

—Quizá.

—El servicio de habitaciones está de vacaciones y yo...

—Es verdad, estás... Quiero decir que...

—Estoy bajo arresto, sí. Arresto domiciliario. ¿No te parece un poco extraña como definición? Es decir, o estás bajo arresto o estás en casa, ¿no?

—De hecho... —Viola odia decir «de hecho» cuando no se le ocurre nada más. Pero sabe que no debería hablar con él y que si su madre se

enterase, se cabrearía mucho. Por eso no puede evitar hablar con él.

—Tranquila, te dejo ir. Además, no debería estar aquí y, menos aún, hablar contigo. En su escrito el juez ha especificado todas las partes del hotel a las que puedo acceder, y esta la tengo prohibidísima.

—He leído un libro tuyo. —Rodari se hace el sorprendido. Quizá sea su reacción habitual cuando alguien le dice que ha leído uno de sus libros—. O sea, no ahora, sino hace unos años. Cuando era pequeña. No estaba mal, la historia del gnomo. Era simpático, de verdad. Dibujas muy bien. Yo también dibujo, cuando me da por ahí. Me lo compró mi madre, el libro del gnomo, y me dijo que habíais estudiado juntos y todo eso.

—Gracias por decírmelo, me hace mucha ilusión.

—Me gustaba que el gnomo pudiera desaparecer porque el bosque lo protegía. Siempre he tenido el sueño de desaparecer en el bosque.

—También yo, a veces. —Ahora Rodari parece un poco triste. A lo mejor no debería haberle dicho lo de desaparecer en el bosque a alguien acusado de hacer desaparecer a una mujer—. Cuídate —le dice él, antes de subir las escaleras.

Esta vez Viola no encuentra ninguna excusa para retenerlo.

\*\*\*

#### LOS ESPÍRITUS DEL BOSQUE NO PERDONAN

Son las palabras escritas en la puerta de GeoService. Pero no las han escrito con sangre. La persona que las ha encontrado ha sido víctima del poder de sugestión de la cabeza de zorro. A Grazia le ha bastado con acercarse un poco para notar el olor de la pintura.

La oficina está en el interior de una construcción prefabricada de madera y plástico que se encuentra en el bosque, cerca del lugar en el que construirán la planta. Dentro aún no hay nadie, pero si llegan las autorizaciones para la planta de almacenamiento y tratamiento, llegarán también los empleados.

—Paso por aquí un par de veces al día, por la mañana y por la tarde.

El leñador que ha descubierto lo que en la denuncia será descrito como «acto vandálico», cuenta lo que ha visto. Junto a él se encuentra Eugenio Falconi, el alcalde del pueblo, la segunda persona a la que ha avisado el leñador. Un hombre de pequeña estatura, con un sombrero de vaquero. A su lado está también Aurelio Magliarini, llamado Maglio, dueño de la empresa Magliarini Servicios Forestales, el primero que ha recibido la noticia de su

empleado.

—Nos ocupamos del cuidado de la estructura —explica Maglio—, gracias a un acuerdo firmado con la propiedad. Limpiamos la nieve y otras tareas similares.

—Es un acto grave —dice el alcalde—. A saber a qué podrá referirse.

—Yo creo que está claro —dice Donato—. Es la sede de la empresa que quiere construir una planta para el tratamiento de residuos en medio del bosque, y esos «Espíritus» no tienen la intención de perdonarle los daños que causará esa decisión.

—Si esa decisión fuera a provocar daños —replica el alcalde—, no se habrían concedido los permisos pertinentes, muchacho. Quiero decir, han matado un zorro. ¿Qué ecologista se dedica a ir por ahí decapitando zorros?

—Sargenta, si no se le ofrece nada más —dice Maglio—, nosotros tenemos que irnos a trabajar.

Grazia examina el suelo, la zona alrededor del palo manchado con la sangre del animal. Aquí también hay pintura. Saca el móvil y toma una foto.

—¿Y si estuviera vinculado con la historia del viejo Peter? —pregunta el leñador más joven.

Grazia se vuelve hacia él y se fija en la mirada de Maglio, que lo hace callar sin abrir la boca.

—¿Quién es el viejo Peter? —pregunta Donato.

—Era un sintecho —dice Gracia—. Venía del norte de Europa, no sé exactamente de dónde, pero creo que era de un bosque alemán, donde vivía. Decía que era zahorí. De hecho, desapareció hace unos cuatro años, cuando se produjeron las inundaciones. Fue una muerte que quedó en segundo plano ya que coincidió con el hundimiento del puente. Desde entonces no ha vuelto a verlo nadie.

—Pero no hay nada que perdonar —tercia Maglio—. Era un barbudo que vivía en el bosque. Si le pasó algo, nadie tiene la culpa.

—¿Nunca se encontró el cuerpo? —pregunta Donato.

—No, es uno de los muchos misterios relacionados con este lugar —responde Grazia, que mira hacia el viejo bosque.

# CAPÍTULO 10

Soy el gato naranja. Conozco un secreto.

Pero no es algo importante. Al menos no es importante como lo que ocurrió hace cuatro años. Yo estaba tumbado en el alféizar de la ventana, desde la que se ve todo el prado. Es mi lugar preferido porque hay un radiador justo debajo y el aire calentito que sube es muy agradable. Luego, de la cocina llega el aroma de la comida y me gusta estar ahí para olerlo. Disfruto con esas cosas. Dicen que estoy gordo, pero lo que pasa es que tengo los huesos grandes.

Bueno, a lo que iba. Ese día la cocina estaba cerrada. Creo que fue el primer y último día que no llegaba ningún aroma. Esa historia la han contado todos. Hubo un tiempo en que se reunían cada semana para contársela. Decían que era su forma de no sentirse culpables porque los rostros de las personas que ya no están se desvanecen con el tiempo. La gente los olvida. Es algo normal. Hasta un gato lo sabe.

De modo que hubo un tiempo en que se reunían y recordaban lo que había sucedido. Esas tardes siempre había galletas y dulces que dejaban el suelo cubierto de migas crujientes, y todos, al ver que yo rondaba por ahí, me daban un pedacito y me hacían una caricia.

En el autobús iban siete personas, incluido el conductor.

Y todos murieron.

El problema, a juzgar por lo que decían cuando se reunían y me daban todos esos manjares deliciosos, fue la lluvia. Llovía demasiado. Pero la lluvia cae y ni siquiera ellos, que construyen esas casas calientes con radiadores que emiten ese calor que tanto me gusta, han inventado una forma para evitar que llueva. De modo que echarle la culpa a la lluvia porque llovía me parece que es un poco como decir que si te quemas la culpa es del fuego, que está muy caliente. Lo que pasa es que eres un borracho que ha puesto los bigotes



encima. Así están las cosas.

El auténtico problema, que salió a la luz a medida que se reunían con esa mujer, la que ahora están buscando y a la que, según los rumores que circulan, Giulio mató en un ataque de locura, el auténtico problema, como decía, era el estado del puente. Porque el agua había ido arrastrando la tierra de los cimientos desde su construcción, hace un tiempo. Pero también en este caso me gustaría decir: ¿es culpa del agua que arrastrara la tierra? ¿Es posible que sean capaces de construir casas tan bonitas, con radiadores que desprenden ese calor que tanto me gusta, y aún no hayan comprendido que el agua arrastra la tierra? Es como esa historia del fuego y del borracho que se quema el bigote. Quizá el problema es que no tienen bigote. Y los pocos que lo tienen, digo, lo llevan tan corto que no les sirve de nada.

De modo que llueve, y el agua arrastra la tierra. La cuestión es que cuando el autobús cruzó el puente, este se hundió como si fuera de nieve. Y murieron siete personas.

Al principio se pasaban el día hablando del tema. Era inevitable. Había esas siete fotos, siempre expuestas. Cantaban juntos canciones tristes, con velas encendidas, y las fotos ahí. Lloraban sus muertos. Lloraban a Amanda la bruja; a Michele, el chico que tocaba en la iglesia; a Alberto, el fontanero al que le habían retirado el carné porque la única agua que conocía era la que corría por las tuberías; a Teresa, que era modista y la mujer de Maglio el leñador; a Goran, que trabajaba en el bosque y por la noche se reunía con todos los otros que hablaban su idioma en la estación de tren; a Carmela, que conocía todos los secretos del chocolate, y a Ferdinando, que conducía el autobús. Y luego dicen que los gatos no tienen buena memoria. Vaya.

Y a veces también hablaban de Peter, aquel anciano amable, amigo de Amanda, que cuando me veía me rascaba debajo del mentón, donde tanto me gusta. Nadie ha vuelto a verlo y todo el mundo cree que la lluvia también se lo llevó a él, en el lugar donde se derrumbó el puente y el río se desbordó e inundó el bosque. Él vivía en la naturaleza. Buscaba agua. Eso decía. Qué gracia: digamos que al final encontró más de la que quería. Sin embargo, de él no pusieron ninguna foto con las otras porque no iba en el autobús. Lo dejaron solo y marginado en los recuerdos de la gente. Pero a fin de cuentas, donde se encuentra ahora, no creo que eso suponga un gran problema.

En resumen, todos siguieron con sus vidas a pesar de la historia. Además, es como la lluvia. No es que pare de golpe. Pero de pronto miras a tu alrededor y ya no llueve. Y así llegó un momento en que miraron a su

alrededor y habían dejado de llorar. Y con el tiempo, todos esos discursos sin sentido sobre la lluvia torrencial, sobre el agua del río que había arrastrado el lecho y lo demás..., todos esos discursos se acabaron. La gente solo se reunía cuando volvía esa mujer y hablaba de temas de abogados. Y a mí me gustaba cuando venía porque se reunían aquí y yo me apostaba en mi lugar preferido, a disfrutar del aire caliente que desprende el radiador y que tanto me gusta, y a veces me daban un pedacito de comida.

Sin embargo, me pareció entender que las cosas no salieron como quería aquella mujer. Al final se supo que no había sido culpa de nadie y dejaron de reunirse aquí. Y así están las cosas.

Ahora parece que han vuelto a las andadas. Ya no hablan del puente y del autobús que cayó al río. No hablan de esas siete personas. No hablan siquiera del viejo Peter. Hablan de esa instalación del bosque que nadie quiere. Sea como fuere, cuando vienen, yo me pongo en mi lugar preferido y espero a que alguien me dé un pedacito de comida.

Pero de vez en cuando me lo pregunto: qué le habrá pasado al viejo Peter. Y quién sabe por dónde andará aquella mujer.

Dicen que a veces los gatos percibimos las cosas antes de que ocurran.

Y yo tengo la sensación de que está a punto de pasar algo.

**SEGUNDA PARTE: AMNESIA.  
YO SOY EL GATO NEGRO.  
HE MUERTO VARIAS VECES.**

# CAPÍTULO 11

El abogado lleva un traje gris, camisa blanca y corbata azul celeste. Giulio lo observa mientras extrae las carpetas de la cartera de piel suave, que ha dejado en la mesa del comedor a la que están sentados. Es una cartera gastada, demasiado para un abogado que rondará los cuarenta años. Quizá sea una reliquia familiar. La gente supersticiosa se aferra mucho a este tipo de cosas. Se llama Alberto Colletti. Afeitado perfecto, buen olor de *after-shave*, aliento mentolado. Dentadura resplandeciente de sonrisa semiautomática.

—Bien, bien, bien —dice después de haber organizado ante sí todas las carpetas—. Debo informarte de un par de cosas, Giulio.

—¿Ahora llega la parte en que me dices que quien miente a su abogado cuenta la verdad en la sala?

—Deberías escribir thrillers legales en lugar de cuentos para niños. En cualquier caso, estamos en el mundo real y la verdad no le interesa a nadie. No obstante, debo informarte de lo que puede suceder en caso de que vayas a juicio. De momento aún nos encontramos en la fase de instrucción del caso y quizá no vaya más allá, pero debemos tener una idea aproximada de lo que queremos hacer. Un proceso normal por homicidio y ocultamiento del cadáver podría desembocar fácilmente en cadena perpetua. Sin embargo, si decidieras confesar, colaborar con la investigación, indemnizar por voluntad propia a la familia de la víctima y si tomáramos una serie de precauciones más, podríamos conseguir unos atenuantes francamente buenos para lograr una reducción de la pena de al menos un tercio. Si pasáramos al procedimiento abreviado, obtendríamos la reducción de otro tercio de la pena. Y si lográramos demostrar trastorno mental, algo no imposible desde el momento en que tienes una denuncia por acoso, podríamos conseguir una reducción adicional de la pena. De la perpetua a veinticuatro años, de veinticuatro a dieciséis, de dieciséis a, digamos, unos once. Podrías pasar cinco años dentro

y luego disfrutar de libertad bajo vigilancia.

—¿Cinco años de cárcel por asesinar a una persona?

—Digamos que ese es el mejor escenario posible. En un extremo está este y en el otro, la cadena perpetua. Depende de la ruta que decidamos tomar.

—La prensa ha publicado mucha información personal. ¿Cómo la ha conseguido? —pregunta Giulio.

—¿Has leído el periódico?

—Akan lo compra cada día y mi madre lo deja bajo el sofá.

—Ha sido la fiscalía. Están hurgando en todos los aspectos de tu vida y filtran las noticias a los periódicos para aumentar la presión y obligarte a confesar.

—¿Crees que la maté?

La pregunta toma por sorpresa al abogado, que no hace nada para disimular su reacción. Se reclina en el respaldo de la silla y adopta una postura más relajada, como si aceptara trasladar la conversación a un plano más personal.

—Has admitido el acoso por el que fuiste denunciado. Llamadas en mitad de la noche y mensajes que solo dan pie a una interpretación. Amenazaste de muerte a la víctima en varias ocasiones.

—Patrizia. Llámala así.

Giulio mira por la ventana. Caen los primeros copos de nieve del día.

—Como prefieras. Amenazaste a Patrizia frente a varios testigos y lo has admitido. La noche en que ella desapareció ingeriste una gran cantidad de alcohol que te habría provocado una amnesia parcial. Pero recuerdas que fuiste a buscarla a casa, que estuviste a punto de derribar la puerta de su apartamento, que agrediste a los vecinos que te dijeron que no estaba allí. No recuerdas cómo lo hiciste, pero llegaste al local donde Patrizia tomaba algo con sus amigos y compañeros de trabajo. Sabías que estaba allí porque conoces los sitios que frecuentaba. Y allí perdiste de nuevo los estribos con los guardas de seguridad, hasta que salió ella para evitar que te metieras en más problemas. La gente que la acompañaba ha declarado que Patrizia volvió a entrar en el local y dijo que no podía dejarte en esas condiciones porque habías bebido, algo que no podías hacer, y afirmó que quería llevarte a casa. Todos le aconsejaron que no lo hiciera, por motivos obvios. Uno de ellos se ofreció a acompañarla, pero ella rechazó la ayuda y llamó a un taxi. Y esa es la última vez que la vieron.

—¿Quién se ofreció a ayudarla?

Alberto abre una de las carpetas que tiene ante sí.

—Maccari. Leonardo Maccari. También es abogado. Trabaja en el mismo despacho. —Sigue leyendo y cierra el dossier de forma algo apresurada —. Pero esto es irrelevante.

—Es el tenista.

—¿Cómo dices?

—Alto, rubio, hombros anchos, juega a tenis todos los martes y viernes por la noche, de siete a ocho.

—¿También lo espiaste a él?

—Patrizia tenía otra relación. Se veía con alguien. Solo quería saber quién era.

—Y ¿por qué lo hiciste?

—Porque soy un maníaco obsesivo.

—Fantástico. Todas esas cosas por las que aún no te hayan denunciado quedarán entre nosotros, ¿entendido?

—Era uno de mis mejores candidatos.

—¿Quién? ¿De qué me hablas?

—Del tenista.

—Santo Dios, Giulio.

—¿Por qué has cerrado la carpeta?

—Porque no había nada más que debiera leer.

—Había algo sobre Maccari, pero no lo has leído.

—No había nada que pudiera interesarnos en estos momentos.

—Era él, ¿verdad?

—Déjalo.

—Dame la carpeta.

—Mira que me voy, ¿eh?

—¡Y una mierda te vas a ir tú! Dame la carpeta.

El abogado cede con un gesto de rabia y casi le tira el dossier a la cara. A continuación se levanta y se acerca a la mesa donde la madre de Giulio ha dejado una jarra de zumo de naranja.

Giulio lee rápidamente. Los ojos se deslizan de una página a otra.

—No está aquí. Tiene que haber otra carpeta como esta. ¿Dónde está? ¿No te la han dado?

Alberto vuelve a la mesa con el vaso lleno de zumo de naranja sanguina.

—Ahora hablemos del vídeo de la agresión.

Giulio deja la carpeta y acepta la tregua.

—De acuerdo.

—Lo grabó la cámara de seguridad de un banco que se encuentra a diez minutos de tu casa. La fiscalía está esperando la lista de llamadas del teléfono de Patrizia para examinarla, pero sobre todo la lista de antenas de telefonía con las que estableció conexión para geolocalizarla. En cualquier caso, después de salir de tu apartamento, debió de decidir que iría a pie. Y al cabo de diez minutos la cámara grabó imágenes de ella. Esto significa que tuviste tiempo de salir a la calle y alcanzarla.

—¿Ya has redactado la sentencia?

—La cámara se encuentra en una callejuela y solo grabó una imagen reflejada en un cristal de lo que sucedió. La calidad, por lo tanto, deja mucho que desear. Aun así, permite reconocer a Patrizia, pero no a su agresor, que no es más que una sombra que le salta encima y la mata, de eso no hay ninguna duda. La agarra por detrás con un brazo, ella se retuerce con violencia y el agresor la sujeta con fuerza y le rompe el cuello. El cuerpo de Patrizia cede de un modo poco natural. El agresor lo arrastra y desaparece del campo visual.

—¿Y soy yo el agresor?

—Como te decía, no se le puede reconocer. Tiene más o menos tu complexión. Un metro ochenta, robusto. Pero eres un hombre muy común. No es esto lo que puede causarte más problemas, sino el hecho de que sabías dónde se encontraba Patrizia y, como has dicho antes, que eres un maniaco obsesivo. Un aspecto que ya te confirmo ahora que podría sernos de gran ayuda en caso de necesitar un dictamen psiquiátrico, si quisiéramos ir a buscar una reducción de la pena.

Giulio se levanta de la silla. Reconoce la angustia que lo invade. Es como una película a la que le faltan fragmentos. Blanco. Las calles que se mueven y las luces que se confunden. El seto en el que cayó y se manchó de tierra. La respiración entrecortada, el corazón a punto de estallar. Los vecinos del piso de Patrizia. El local, con luces rojas y azules, y la música a todo volumen, la voz de Lady Gaga. Las estufas de exterior para que la gente pueda consumir en la terraza y fumar. Los faros de los coches en movimiento, olor a plástico y vainilla, quizá de ambientador. Podría ser el interior de un taxi. El rostro de Patrizia, el gesto de compasión. La cama deshecha. El dolor de cabeza. El desagradable sabor del alcohol. El vómito que le sube por la garganta. El dolor de la cara y la sangre del ojo.

Giulio se acerca a la ventana. Su rostro reflejado en el cristal, la tirita de la ceja. Fuera nieve. Un blanco terrible que esconde todo lo demás. Prados,

flores, rocas. Todo está ahí debajo. Todo sepultado bajo esa uniforme, monótona, ininterrumpida y sofocante superficie blanca.

—No me has respondido —dice Giulio.

—No recuerdo la pregunta.

—¿Crees que yo la maté?

Alberto Colletti guarda silencio. Giulio está mirando el manto blanco, pero imagina sus movimientos. La respiración profunda del abogado, mientras se apoya en el respaldo de la silla y dirige la mirada al techo, exhalando el aire ruidosamente, como si estuviera haciendo estiramientos.

Entonces se oye el ruido del motor de un coche.

Se acerca el Alfa Romeo de los *carabinieri*. A bordo del vehículo va Annalaura Lorenzon, fiscal de la República al mando de la investigación de Giulio Rodari.



## CAPÍTULO 12

En el bar, las voces de los distintos miembros del comité para la defensa del bosque viejo se confunden en una masa informe sonora que recuerda a la mezcla que se utiliza como base para un pastel.

En eso piensa Barbara, en esa masa necesaria para que se pueda construir encima algo que tenga la dulzura de la manzana, la impertinencia de la canela, la desfachatez de la nata montada. Escucha las conversaciones, que se convierten en un único murmullo de fondo.

La planta de tratamiento destruirá el bosque; nadie sobrevivirá a esta batalla; los jóvenes se están yendo todos; el territorio no se va a malvender; ¿qué tenemos en el orden del día; ¿qué dejaremos a las nuevas generaciones?; esto son avellanas picadas; no sabía que tuviéramos un orden del día; de aquí tendremos que pasar al sabotaje, como hacen en el Valle de Susa; he oído que los defensores de la artesanía tradicional de la encina siempre tienen un orden del día; no te imagino con un pasamontañas, saboteando unas obras; aún queda un poco de pastel; cuidado que en el 77 encabecé la ocupación del cine Bruschi; yo no creo que sean avellanas sino pistachos, cielo; las nuevas generaciones ya son viejas; solo digo que con un orden del día la cosa sería como más oficial; tiene que haber datos de la ARPAT, en algún lugar siempre hay datos de la ARPAT; encenderemos un fuego y organizaremos turnos de guardia en el bosque; ¿crees que no sé diferenciar la avellana del pistacho?; esta cosa del orden del día se nos está yendo de las manos; cuidado que en la guerra mi padre hizo lo mismo con los alemanes.

Al juez no le hace gracia la presencia del comité en el bar.

—Me había asegurado que la instalación estaba cerrada —ha dicho cuando Barbara ha salido a su encuentro.

—Barbara, cielo... —Barbara se vuelve. Dorina está a su lado y le acaricia el hombro con la mano, con la delicadeza que solo una vieja amiga

como ella puede mostrar—. Siento arrancarte de tus pensamientos, pero Fralassi sigue dando la lata con el orden del día y si no empezamos la reunión es probable que Rosi se entregue a la lucha armada antes del almuerzo.

—Lo siento. Yo me encargo.

Barbara da un par de palmadas para llamar la atención de los demás miembros del comité.

—Amigos, podemos empezar la reunión.

La masa se ablanda. El ruido de fondo se desvanece con sus últimas notas.

—Tengo ganas de ver cómo os las apañáis sin un orden del día —añade el contable Fralassi, que se sienta con aire desafiante.

\*\*\*

Los Lilith también se han reunido. Gracias a la estufa eléctrica reina un ambiente cálido en la sala de ensayos. Arturo hace los estiramientos que le ha visto hacer a Mike Portnoy en un vídeo grabado entre bastidores de un concierto de los Dream Theater. Diego tiene los ojos de un rojo casi escarlata y desprende un fuerte olor a marihuana que explica su estado. Debe de haberse pasado con su pipa del Viejo Toby. Viola ha enchufado el portátil para que el grupo escuche las dos pistas de su primer y último tema original.

—¿Ya tienes un título? —le pregunta Arturo, mientras sigue moviendo los brazos como si estuviera calentándose para un combate de lucha libre.

—Estoy en ello. Será un tema instrumental —responde Viola, que mira la nieve que cae fuera, a través de la pequeña ventana.

—¿Sin letra? —pregunta Arturo.

—Sin letra, solo música.

—Eso va muy en línea con nuestro planteamiento progresivo —afirma el batería, que ya está empapado en sudor.

Un copo de nieve se posa en la ventana. Viola observa cómo se derrite en solo unos segundos y se convierte en una minúscula gota de agua.

—¿Sabes qué dicen de los copos de nieve? —pregunta ella.

—Ni idea —responde Arturo, secándose el sudor de los brazos.

—Que no hay dos iguales, pero todos tienen las mismas proporciones idénticas: un hexágono perfecto. —Acaricia el cristal con los dedos—. Como los momentos que marcan una vida, ¿no crees?

Arturo entorna los ojos para pensar en lo que acaba de decirle.

Mientras guardan silencio y meditan, Diego toca obsesivamente las dos primeras cuerdas del bajo para intentar afinarlo.

—Creo que ha entrado en bucle —dice Arturo, mirándolo—. Eh, Diego, Pruébalo con el afinador electrónico, el que tienes en el teléfono, ¿sí?

Diego sonríe, coge el móvil y se lo queda mirando.

—¿Crees que será capaz de tocar en estas condiciones? —pregunta Arturo.

Viola se vuelve, observa al bajista y sonríe.

—Lo he visto tocar en peor estado.

Diego no aparta la mirada del teléfono. Arturo se seca el sudor con la toalla que siempre deja junto a la batería.

—La primera vez lo dejamos así —dice Viola—, luego entro yo con un arpegio, luego empiezas con los toms, dos veces, y después entras con Diego. ¿Has oído, Diego?

El bajista sonríe con el teléfono en la mano.

—Creo que necesita un café —dice Arturo—. O podríamos meterle la cabeza bajo la nieve. Una vez funcionó.

\*\*\*

Katerina está sentada en un sillón con un paño caliente en los ojos. Se ha subido el dobladillo dejando al descubierto los tobillos y va descalza, con las uñas verde esmeralda recién pintadas, y los pies sobre una toalla. Marica le está haciendo las manos.

—Bueno, un poco extraño siempre ha sido —dice Katerina en referencia a Rodari, tema estrella del centro estético BEAUTY ISLAND: PEINADOS, CORTES DE PELO Y BIENESTAR. En la mesa hay un ejemplar del *Tirreno*, que lleva en portada la fotografía del presunto homicida.

—Pero ¿cómo se conocieron? —pregunta Marica.

—La madre era de aquí. Cuando se hundió el puente, llegó ella para hablar con los familiares de las víctimas porque quería ser su abogada. Si demostraban que el puente se había derrumbado por culpa de alguien, se llevarían un buen montón de dinero. Cosas de abogados, ya sabes. Luego resultó que la tía de él iba en el autobús.

—En el periódico dijeron que la tía nunca tomaba el autobús.

—Cuando te llega el momento... —Mientras lo dice, Katerina toca el marco de hierro de la mesita que tiene al lado.

—¿Las de las manos también de color esmeralda? —le pregunta Marica.

El sonido de un mensaje llama la atención de Katerina, que se vuelve hacia la mesita. Con la mano que no se encuentra bajo el cuidado de Marica, toma el teléfono y lee. Se lo ha enviado Sara.

Mañana por la tarde tenemos que vernos. Quiero que veas algo que te he traído. Un beso donde ya sabes.

Katerina cierra enseguida el mensaje, pero no puede reprimir una sonrisa de satisfacción.

—¿Algún pretendiente? —pregunta Marica.

—Era un mensaje de publicidad.

Sara no existe. Es un hombre casado que la colma de atenciones y que tiene un plan para ambos. Un plan que le gusta porque, si sale bien, por fin podrá largarse de ese lugar tan triste que le hace añorar el sitio del que viene. Sara es un hombre que está a punto de ganar una fortuna y le ha prometido una vida nueva en Santo Domingo. Ya le ha enseñado la casa, en la bahía de Sosúa, rodeada de palmeras junto a la playa caribeña bañada por el sol de las Antillas.

—¿Qué hacemos con las manos? —pregunta de nuevo Marica.

—Esmeralda también.

# CAPÍTULO 13

La fiscal Annalaura Lorenzon está sentada frente al investigado.

El coronel Scalise ha llamado a Grazia para que asista al interrogatorio «como responsable de la vigilancia del sujeto sometido al régimen de arresto domiciliario». En ocasiones Scalise habla como el informe de un proceso judicial. Grazia tiene la sensación de que solo lo hace con ella, que no se siente del todo a gusto con una sargenta. En cuanto han entrado, se la ha llevado aparte, le ha asegurado que se está ocupando del «problema de plantilla que he verificado y del que no he tenido constancia hasta fechas recientes» y le ha recomendado que no se lo diga al magistrado porque no son «argumentos inherentes a la actividad de la investigación que dirige la fiscalía».

Giulio tiene un aspecto cansado, a pesar de que ha intentado adecentarse un poco. Se ha puesto una americana que le queda grande y tiene el pelo alborotado.

Grazia lo observa intentando no llamar la atención. Le viene a la cabeza la imagen de los superiores. Es raro, no había vuelto a pensar en él; sin embargo, cuando eran jóvenes, sentía cierta debilidad por aquel chico trastornado que dibujaba cosas extrañas. Elfos, guerreros, brujos, mujeres guapísimas que vivían en mundos imaginarios. Llenaba cuadernos enteros. Un día le regaló un retrato: ella vestida de heroína de fantasía. Por entonces Grazia no se preguntaba dónde iba a estar dentro de veinte años. Le parecía inconcebible que fuera a convertirse en mujer, esposa o madre. Al final había cumplido dos de tres, no estaba tan mal. Lo que nunca se habría imaginado era que iba a estar a pocos metros de Giulio Rodari, como responsable de la investigación que pretendía esclarecer su responsabilidad en un caso de homicidio y ocultamiento del cadáver.

Además, está al mando de una comisaría vacía, con una hija que

probablemente debe de estar fumando hierba con algún chico con el que quizá también se acueste, una casa que siempre está patas arriba, esos malditos platos en el fregadero todas las mañanas, sin vida social y sin ninguna relación en el horizonte. Obligada a hacer acto de presencia en esa sala por un jefe que se siente incómodo con el hecho de que ella sea mujer, mientras su vida rueda cuesta abajo por la ladera de los cuarenta años. Amén.

—Sargenta Parodi, ¿se encuentra bien? —La voz de Lorenzon la arranca de su estado de ensoñación y la devuelve al comedor de La Gherarda, convertido temporalmente en una sala de interrogatorios.

—Discúlpeme...

—Le estaba preguntando si podía ofrecernos un informe de la actividad de vigilancia que ha llevado a cabo hasta la fecha.

—Ningún problema, señora. Se lo puedo enviar por correo electrónico más tarde.

—¿Aún no lo ha redactado?

—No está acabado.

—Entiendo. —Dirige una mirada a Scalise antes de centrar de nuevo toda la atención en sus documentos.

—Muy bien, señor Rodari, empecemos. —La fiscal se ajusta las gafas sobre la nariz—. Voy a repasar los datos más relevantes y puede corregirme si lo considera oportuno. Veamos, veamos, veamos... —Toma una página escrita a mano y empieza a leerla—. Usted y Patrizia Alberti se conocieron exactamente en 2011.

—Eso no es del todo correcto —la interrumpe Giulio.

—¿Cómo dice?

—Ya nos conocíamos de vista. Durante un tiempo vivió aquí, en el pueblo.

—¿Ya habían mantenido una relación?

—No, es que en el pueblo...

—Todo el mundo se conoce, lo sé. Pero lo que nos interesa es otra cosa, Rodari. Su relación, ¿me entiende? De modo que digamos que en 2011 se reencontraron y que se conocían de vista ya que ambos provenían del mismo pueblo. ¿Le parece?

—Sigamos —tercia el abogado de Giulio, ajustándose el nudo de la corbata.

—El motivo de su reencuentro se debe a las consecuencias de la tragedia que se produjo en noviembre de ese año y que afectó a la comunidad local: el

derrumbamiento de un puente por el que transitaba un autobús y que provocó la muerte de siete personas. Una de las víctimas, Carmela Giomi, era una prima de la madre de la abogada Alberti, que tomó la decisión de representar a los familiares de los difuntos durante la investigación llevada a cabo por la fiscalía, con la intención de ejercer la acción civil en el transcurso de un eventual proceso. Sin embargo, este no tuvo lugar ya que la investigación se archivó porque los investigadores no hallaron responsabilidades objetivas imputables a nadie.

—En dos ocasiones —dice Giulio.

—Perdone, ¿cómo dice?

—La fiscalía pidió el sobreseimiento en dos ocasiones. Después de la primera, el juez aceptó la petición de la abogada Alberti. —Es la primera vez que Giulio la llama así—. Y exigió que se reabriera la investigación.

—Que no aportó nuevas pruebas, ¿no es así? —pregunta Lorenzon.

—¿Esto tiene algo que ver con la investigación? —pregunta el abogado de Giulio.

—De momento no. De momento. —La fiscal prosigue con la lectura de su informe—. Como Giulio Rodari y su madre Barbara Tantulli perdieron en el accidente a la hermana de esta, Amanda Tantulli, ambos decidieron que los representara la abogada Alberti.

Ha pasado apenas una semana del Día del Puente, como han empezado a llamarlo los periódicos. Giulio mira por la ventana de la pequeña sala de espera del despacho de abogados que se ha puesto en contacto con él. Llueve. Las gotas de lluvia se deslizan por el cristal. La puerta se abre a su espalda. Patrizia.

—Hola, Giulio, gracias por venir. Entra.

—¿Es correcto? —dice Lorenzon.

—¿Cómo dice? —pregunta Giulio.

—¿Usted me escucha, señor Rodari? Sabe cuál es el tema que nos atañe hoy aquí, ¿verdad?

—Mi cliente se encuentra muy afectado por todo lo que ha ocurrido. Le pido que lo tenga en cuenta.

La voz de Alberto Colletti transmite calma. A pesar de ello, a la fiscal no le gusta la situación. Giulio tiene la sensación de que a Lorenzon ya le está

bien la idea de que un hombre mate a una mujer y que sea una mujer policía la que lleve el caso. Que todos esos niñatos que se interponen entre ella y esa historia no son más que pequeños y molestos obstáculos de los que le gustaría deshacerse.

—Sigamos, si estamos todos de acuerdo —dice Lorenzon—. ¿Ese encuentro puede considerarse el inicio de la relación entre la abogada Alberti y el sujeto?

—Señora... —dice Colletti.

—Disculpe. Entre la abogada Alberti y el señor Rodari. Una relación que se prolongó durante cuatro años, pero sin que se produjera una convivencia estable. —La fiscal hace especial hincapié en este dato, con un tono reprobatorio—. La abogada Alberti decidió poner fin a su relación el mes de agosto del año pasado, poco antes de irse de vacaciones a Grecia con unos colegas.

Esa noche habían salido a tomar una pizza. Habían decidido que iban a dormir juntos en casa de Patrizia. Giulia había llevado un par de DVD. Acababan de salir del restaurante cuando se abrió la grieta.

—¿Te importaría irte a dormir a tu casa esta noche? —le dice Patrizia.

—¿Pasa algo?

—A veces tengo la impresión de que no me escuchas. Que vives en tu propio mundo, ajeno a la realidad. ¿De qué hemos hablado antes, Giulio?

—De que te vas de vacaciones con unos amigos.

—Necesito que nos tomemos un descanso.

—No te entiendo.

—Quiero estar sola una temporada. No sé si creo en nuestra relación.

—Pero ¿de qué me estás hablando?

—De lo mismo de lo que intento hablar desde hace un tiempo y que tú no haces más que ignorar. Lo siento mucho, de verdad, eres un hombre fantástico... Oh, Dios, lo siento, no creía que fuera a decirlo nunca. La cuestión es que... No sé cuál es el motivo concreto. No creo que lo haya, quizá con el tiempo acabemos entendiendo qué es lo que no ha funcionado. Pero me gustaría que dejáramos de vernos durante una temporada. Creo que sería mucho más fácil si aprovecharas para pasar por mi piso y te llevas tus cosas mientras estoy en Grecia.

Patrizia vuelve de las vacaciones al cabo de dos semanas.



Cuando Giulio ve su nombre en la pantalla del teléfono, decide no responder. No de forma inmediata, al menos. Debería explicarle el difícil concepto de apagón emocional sobre el que aún está reflexionando. Se ha producido así, de repente, mientras estaba en su apartamento para recoger el cepillo de dientes, el pijama, el albornoz, el bote de café soluble, un par de jerséis y unos pantalones. Lo ha metido todo en una bolsa. Y ha sido eso lo que ha hecho que todo saltara por los aires: que su relación acabara metida en una bolsa, así, sin más. La cuestión es que todos los temporales empiezan con una primera gota de lluvia. En el instante en que toca tierra y se fragmenta en varias gotas más pequeñas, ya lleva en su interior la carga destructora que va a desatar. La pequeña bolsa está junto a la puerta de entrada. Giulio siente una especie de llamada. Se da la vuelta. El apartamento está perfectamente en orden. Como si él nunca hubiera formado parte de su vida. Patrizia sigue llamándolo al teléfono. Sabe que tarde o temprano tendrá que responder. Debería explicarle que al principio solo quería dejarle una señal de que había pasado por su casa, algo que no pudiera borrar demasiado fácilmente, como una goma blanca con un trazo hecho a lápiz. Pero luego ocurrió algo. La gota. El apagón. El apartamento arrasado del que solo quedan fragmentos en su memoria. Como si Giulio Rodari hubiera salido de aquel lugar dejando a otro Giulio Rodari sembrando el caos y la destrucción.

—Quizá es con él con quien deberías hablar —susurra mirando el teléfono silenciado, mientras en la pantalla aparece el rostro sonriente de Patrizia, en esa foto tomada durante un fin de semana en París, un viaje al que ella lo había acompañado para entregar un trabajo—. Te parecerá extraño, amor, pero ha sido como si yo no estuviera ahí dentro —sigue susurrando frente a la imagen de ella en la pantalla iluminada—. Ha sido como si yo fuera otra persona.

—¿Rodari? —pregunta la fiscal Lorenzon—. Señor Colletti, ¿cree que su cliente podría dignarse a prestarnos un poco de atención? Que no hemos venido aquí a contar cuentos. Estoy segura de que todos tenemos cosas mejores que hacer.

—Lo siento —se disculpa el abogado—. Creo que será mejor hacer un pequeño receso. Quizá podríamos pedir algo de beber, ¿le parece? Giulio, ¿me oyes? ¿Pedimos algo de beber?

Grazia lo mira.

Parece ausente. A veces es como si estuviera en otro lugar. ¿Es eso lo que le ocurre? Se apaga un interruptor y una persona se convierte en un monstruo. Un clic y la oscura inmensidad lo cubre todo. ¿De verdad asesinó a Patrizia? El abogado que está sentado a su lado lo agarra del brazo, haciendo un esfuerzo titánico para que no se le borre la sempiterna sonrisa que luce. Es como si Giulio acabara de volver de un viaje largo y agotador. La fiscal lo mira impertérrita.

—Les ruego que me perdonen, me había distraído —dice mirando a su alrededor, aturdido.

El teléfono del Cuerpo vibra. Grazia lo saca del bolsillo. Es Donato.

—¿Qué pasa?

—Jefa, ¿recuerda el zorro?

—¿Qué zorro?

—La cabeza que encontraron en GeoService.

—Donato, me parece que no es el momento para...

—Ya estaba muerto, creo.

—Sabes que estoy en un interrogatorio importante y...

—Estaba en el Fuga y he oído la conversación de unos tipos. Uno de ellos ha dicho algo sobre los animales salvajes que cruzan la carretera, desorientados por la nieve. Y ha añadido que justo la otra noche, cuando volvía a casa, atropelló a un zorro. Bajó del coche y comprobó que estaba muerto. El animal quedó destripado, como si lo hubieran metido en una picadora de carne. Al final lo dejó en la cuneta para evitar que lo viera alguien en mitad de la carretera, diera un frenazo brusco para no atropellarlo y tuviera problemas por culpa del hielo.

—Muy interesante, Donato, de verdad. Redacta un informe, que yo aquí estoy...

—En realidad, los Espíritus del bosque no han matado al animal, sino que lo han tomado como prueba de que en ocasiones es la presencia distraída del hombre la que hace daño a las criaturas del bosque. Esto cambia el enfoque de la investigación, ¿no cree?

—Donato, en serio, en el bosque no hay ningún espíritu y no creo que sea necesario investigar una gamberrada como esa con la que nos está cayendo...

—Yo no creo que esto sea una travesura.

—Pero ¿tú me escuchas? ¿Qué hacías en el bar? ¿Te han obligado a beber?

—Unos tipos me han ofrecido un chocolate caliente un poco raro.

El licor de chocolate del Fuga, una especie de bautismo de fuego para los recién llegados, con una graduación que podría tumbar a un elefante.

—Donato, ¿adónde te diriges?

—Voy hacia ahí. Me he dado cuenta de que debo hablar en persona con Scalise.

—¡No! Negativo. Debes irte al cuartel.

—Pero yo creo que...

—Es una orden, cabo. Vete al cuartel.

Lo que le faltaba, el maldito zorro.

# CAPÍTULO 14

La reunión del comité es especialmente tensa. Quizá es la canela, que exacerba los ánimos, o el té que se consume a litros, a menudo aderezado con un chorrito de ron. Fuera nieve.

El alcalde Falconi es como todos los políticos: al final solo piensa en su propio interés; sí, me ha asegurado que no dará su aprobación al proyecto; sí, pero más allá de todo eso, ¿estamos preparados para organizar una resistencia armada o no?; el alcalde Falconi solo puede oponerse por motivos de seguridad, está escrito aquí; aquí ¿dónde?; en el texto que he descargado de internet; ¿cómo va a armarse esta resistencia?; si lo has encontrado en internet es un bulo; sí, pero entonces por qué no ha venido el alcalde; tiene miedo de que lo vean con nosotros; yo digo que deberíamos nombrar un comité reservado para la seguridad que se ocupe de los intentos de infiltración por parte del enemigo, que seguramente los habrá; aún queda té; cuando ocupamos el cine Bruschi; y déjalo; hablo en serio, esa vez me denunciaron por la mierda de cine ese; el té se ha acabado, pero aún queda un poco de ron; tenemos que ir a Bruselas; tú deliras; si la próxima vez no hay un orden del día, no vengo; en Bruselas está Europa; ellos pueden cerrarlo; en internet también he encontrado los datos de ARPAT.

Barbara no está aquí. Está sentada con ellos, junto a la ventana, y acaricia el gato naranja, que ronronea, pero tiene la cabeza en la otra sala. Le habría gustado asistir al interrogatorio, pero la fiscal no lo ha permitido. Y no ha querido insistir porque Lorenzon ya estaba molesta con la reunión del comité. Qué mujer tan estricta.

—Barbara, como dueña de la casa, ¿estarías dispuesta a ser nombrada portavoz del comité? Estamos pensando en nombrar una serie de cargos para tener un organigrama definido.

Una vez abandonado el sueño de tener un orden del día, el contable

Fralassi ha decidido asumir el reparto de cargos y se propone como secretario.

\*\*\*

—Pero ¿dónde has estado?

Gerri ha vuelto a situarse detrás de la barra del Fuga. Los leñadores han regresado al bosque y el bar está vacío. De la otra sala llega la musiquita machacona de las tragaperras. Están hambrientas. Quieren monedas y soledades para engullirlas con sus caritas coloridas y sonrientes. El viejo suelo del bar es un pantano de nieve derretida.

—Estaba en la esteticista, ya te lo he dicho —responde Katerina, que se sienta a una mesa—. ¿Crees que es demasiado oscuro? —dice mirando el esmalte esmeralda de las uñas.

—Pero te has ido hace tres horas.

—¿Qué pasa, que ahora te dedicas a controlar cómo paso el tiempo?

—Me gustaría que me echaras una mano aquí de vez en cuando.

—¿Por qué? —Katerina mira a su alrededor. Todas las mesas están vacías—. ¿Demasiados clientes? Venga, tráeme un *prosecco*, así trabajas un poco.

—¿Por qué no te lo pones tú?

—¿Me trajiste aquí para que trabajara de camarera? ¿Me obligaste a renunciar a la danza para convertirme en tu criada?

—Bailabas en un club nocturno.

—Vete a la mierda, Gerri.

Se levanta y se va dando un portazo.

Gerri se toma otro vaso de vino blanco frío. Pero para tragarse como es debido el exabrupto, necesitará otro más. Venga, un buen trago para apagar las cuarenta y cinco velas que se le han encendido en el estómago y le queman como condenadas. Entra en la sala de las tragaperras. La musiquita parece aumentar de intensidad. Las máquinas tienen hambre. En una pantalla hay una sandía sonriente que lo invita a jugar. Pero Gerri ha venido a buscar otra cosa. El cumpleaños frustrado ha desencadenado algo. Un mecanismo de retroceso que cada vez le cuesta más eludir. Cuando ocurre, no queda más remedio que aguantarlo y comprobar hasta cuándo le permitirán las piernas tenerse en pie.

Ahí está. En la pared, su fotografía de hace diez años. Campeón regional de tiro con arco. Tenía veinte kilos y un matrimonio fracasado menos. Le

gustaba ser arquero. Ver la flecha que alcanzaba el punto exacto que había elegido. Formaba un todo con ella. Se sentía un poco como Kevin Costner en *Robin Hood*. Luego cambia el enfoque y el cristal bajo el que se encuentra la foto de la entrega de premios le muestra la imagen actual. No se había dado cuenta de las lágrimas. La derrota escuece. Ninguna victoria aliviará jamás el dolor de ciertas derrotas. No recuerda la última vez que hicieron el amor, Katerina y él. La cuestión es que a ella le gusta mucho el sexo, por lo que no es normal que lo evite tanto tiempo. Y la sospecha de que lo hace con otro es cada vez más grande. Es de eso de lo que hablan por ahí, se apostaría lo que fuera. Imbécil y cornudo, lo mismo que decían de su padre. Pero a él no, se suponía que no le iba a pasar lo mismo. Al joven arquero no debería haberle ocurrido esto.

\*\*\*

—Es un gran tema, Purple.

Diego la llama así. Aún tiene los ojos rojos e hinchados como dos bolas rojas de billar, pero parece que ha emprendido el camino de vuelta a la lucidez.

—La primera vez que lo oí, entendí enseguida que... —La voz de Viola se vuelve muy sutil y ella se ve obligada a interrumpirse. Con delicadeza infinita, desliza el puño del jersey por el mástil de la Fender para limpiarle el polvo imaginario—. Sé que es raro, pero quiero que Michele esté en el tema. Para mí es importante. Esta guitarra era suya.

La presencia del cuarto Lilith es un vacío casi palpable. En realidad, Michele no llegó a formar parte del grupo, Diego y Arturo apenas lo conocían.

—No tiene nada de extraño, Purple —dice Diego—. Me gusta tocar con él. Y estoy convencido de que a él también le gusta escucharnos. Si de verdad está en el bosque con los demás, creo que les gustarán tus arreglos.

—Está en el bosque.

A Viola le brillan los ojos. Cuando habla de ese chico se vuelve frágil. Diego asiente y le sonríe.

—Si te parece, me gustaría probar un par de variaciones para realzar algunos pasajes. Pásame el archivo y así podré escucharlo con calma.

—Envíamelo a mí también —dice Arturo, mientras se pasa la toalla por el pelo. Bastan quince minutos para que se ponga a sudar como un cerdo—. No estaría mal añadir un par de pasajes a doble bombo, para darle un toque

más *trash*, si os parece. Sería mucho más *prog*, ¿no?

—Pues poned a trabajar —dice Viola—. Yo ahora tengo que centrarme en la línea solista de la guitarra. Grabaré dos pistas distintas.

—Y ¿cómo lo harás en directo? —pregunta Arturo.

—¿En directo? No creo que volvamos a tocar en directo. Faltan tres meses para la separación. Tenemos que acabar este tema, grabarlo bien y subirlo a YouTube. Yo me concentraría en esto.

Tres meses para la disolución de los Lilith. Los últimos noventa días, más o menos, del grupo que los ha acompañado en toda su adolescencia.

Viola mira la hora.

—Aún es pronto para la otra cosa —les dice a sus compañeros.

—Tengo panecillos en la mochila —dice Arturo—. Podemos esperar aquí. Mientras tanto...

Aún no ha acabado la frase y Diego ya se ha arrancado con el *riff* de «Seven Nation Army». Entorna los ojos, balancea la cabeza, que parece una antena destartada que ha captado una señal del espacio y se mueve de un lado a otro para no perderla.

Viola sonríe. Le gusta añadir un poco de distorsión. Pisa el pedal, observa la lucecita roja del *overdrive* y rasga las cuerdas de la Stratocaster.

Arturo adopta un semblante de guerrero maorí. Estira los brazos y gira las baquetas entre los dedos. Espera el momento exacto. Cuando llega, hace un gesto a los demás y se abalanza sobre la batería.

Estalla el tema de los White Stripes.

## CAPÍTULO 15

—Bueno, bueno, bueno, pasemos a la noche del 11 de marzo.

La fiscal Annalaura Lorenzon hojea sus notas. Durante el descanso ha aprovechado para salir a fumar un par de cigarrillos. Ha encendido el segundo con la colilla del primero. Grazia la observaba a través del cristal de la ventana. Llevaba el abrigo sobre los hombros y no ha dejado de hablar por el móvil en ningún momento. Ella le ha enviado varios mensajes a Viola para avisarla de que llegará tarde, pero su hija aún no le ha respondido. Tendrá que prepararse la cena ella misma y probablemente estará fumando marihuana otra vez. Debería estar con ella, hablar de lo que le está pasando, pero Esposito no puede sustituirla. Mira otra vez la hora, pero le cae el teléfono al suelo y Scalise se vuelve hacia ella. Grazia sonríe, se disculpa y lo recoge.

—Noche de la que usted —prosigue la fiscal—, tal y como puede leerse en las declaraciones que ha realizado, no recuerda nada. A menos que en este período de tiempo le haya venido algo a la memoria. Me refiero, por ejemplo, a cómo se hizo esa herida.

Giulio se toca la tirita de la ceja izquierda.

—Mi cliente tiene un problema con la bebida —dice Colletti.

—De acuerdo, abogado, parece que por fin hemos llegado al quid de la cuestión. ¿Podría especificar de qué tipo de problema se trata y si existe alguna documentación al respecto? —pregunta la fiscal.

—Rodari no tolera el alcohol —explica Colletti, buscando un documento en su gastada cartera de cuero—. Nunca lo ha tolerado porque nunca ha bebido. Llegados a este punto, deberíamos adentrarnos en cuestiones muy personales y no sé si mi cliente...

Giulio asiente.

—De acuerdo —dice Colletti—. A la edad de nueve años, el señor Rodari perdió a su padre en un accidente de tráfico debido a su estado de



embriaguez, a pesar del cual había decidido ponerse al volante.

El recuerdo de ese día tiene un color concreto: blanco. Su padre no volvió a casa. La llamada. El coche de los *carabinieri* que pasa a recoger a su madre. Lo habían encontrado. Su vehículo estaba sepultado bajo la nieve.

—Sabes qué ha pasado, ¿verdad? —le pregunta su tía Amanda, que lleva el pelo cardado y los ojos pintados de negro, como una cantante de rock—. Tendrás que ser más fuerte, pero tú ya eres un hombrecito, lo sé. ¿Te apetece un trozo de pastel? Luego, cuando pase el quitanieves, saldremos a dar una vuelta, ¿te apetece? Haremos lo que nos gusta, subiremos al coche y nos pondremos en marcha sin rumbo fijo, y al llegar a un cruce tomaremos la dirección que elijamos al azar. A ver dónde acabamos. ¿Qué me dices?

—El trauma por la muerte de su padre es el motivo por el que nunca ha bebido alcohol. —Colletti está hablando en el comedor de La Gherarda, que se ha convertido en algo muy parecido a una sala de interrogatorios de la fiscal—. De modo que su problema no salió a la luz hasta que un día, en una fiesta, aceptó una copa por primera vez en toda su vida. Tenía veinticinco años. A la mañana siguiente tuvo que llamar a la puerta de una casa para preguntar dónde estaba; aquella noche recorrió veinte kilómetros. Pero todo esto logró averiguarlo más tarde, con el paso del tiempo y la ayuda de un psicólogo. Porque mi cliente no recordaba nada de lo que había sucedido por la noche. El término científico es «amnesia lacunar». Existen artículos y estudios sobre el tema que le proporcionaré en cuanto me sea posible, una vez que se haya nombrado un perito psiquiátrico. Por eso la defensa considera que la noche del 11 de marzo se produjo la misma situación, a causa de un considerable consumo de sustancias alcohólicas, debido al estado emocional en el que se encontraba mi cliente. La ingesta de alcohol provocó la misma reacción en su estado físico y por eso ha olvidado todo cuanto sucedió durante la noche. No creo que sea necesario recordar al ministerio fiscal que la carga de la prueba no recae en la defensa, sino que es la fiscalía la encargada de corroborar la hipótesis acusatoria, según la cual mi cliente, en estado de semiinconsciencia debido a la ingesta de alcohol, salió de casa, siguió a la abogada Alberti, la agredió, la asesinó, y posteriormente recuperó la lucidez necesaria para esconder el cadáver y eliminar cualquier pista que pudiera conducir a las autoridades hasta estos actos delictivos.

—No se emocione más de la cuenta, abogado —replica la fiscal—. Aún no sabemos si ha eliminado alguna prueba.

—No hay ninguna prueba que eliminar porque...

—Eso lo dice usted, no yo. Sin embargo, creo que en estos momentos nadie podría privarnos del inmenso placer que supone llevar a cabo un peritaje psiquiátrico. Por lo tanto, solicitaremos al juez de instrucción que se lleve a cabo esta prueba y más adelante veremos cómo procedemos. Mientras tanto, y para avanzar un poco más, ¿podría decirme las pocas cosas que recuerda de esa noche, señor Rodari? ¿Recuerda, por ejemplo, a los vecinos del edificio de la víctima?

—En parte —responde Giulio—. Recuerdo que intenté derribar la puerta de su apartamento.

—Pero en el pasado usted había tenido llaves de ese apartamento.

—Aún las tenía. Había hecho una copia. Pero Patrizia cambió la cerradura.

—Y ¿por qué motivo fue esto?

—Porque yo había entrado sin su permiso y había...

—Disculpe, pero ¿qué relación guarda esto con la investigación? —pregunta Colletti.

—Abogado, debemos intentar aclarar al menos este punto porque, en caso contrario, no nos quedará más remedio que acudir al juez y pedirle que cite a su cliente en un tribunal, esposado. ¿Qué le parece?

—La acosaba, no es ningún secreto —dice Giulio—. Y me denunció. Por acecho. Iba a su casa de noche, le enviaba mensajes continuamente, la seguía. Convertí su vida en un infierno.

—Y esto lo recuerda porque estaba sobrio, claro.

—Discúlpeme, pero... —intenta terciar Colletti.

—Mire, abogado, quiero subrayar una cosa. Cuando usted nos ha hablado de esta presunta..., ¿cómo la ha llamado?, ah, sí, «amnesia lacunar», ha dicho que Rodari, que tenía a la sazón veinticinco años, pasó la noche caminando. No se quedó embobado mirando el techo esperando a que se le pasara la borrachera, ¿verdad? De modo que el hecho de que no recuerde lo que ocurrió el 11 de marzo, porque empujó el codo, no significa que esa noche se quedara tan tranquilo a dormir la borrachera en su camita. Porque antes del lapso de tiempo en el que afirma haber perdido la memoria, hizo una serie de cosas que son indicativas de cuáles eran sus sentimientos y sus intenciones para con la víctima. Y como me interrumpa una vez más mientras intento

aclarar este punto, pro seguiremos con esta declaración ante el juez. ¿Me he explicado?

Colletti se ajusta el nudo de la corbata azul celeste.

—Había bebido mucho —prosigue Giulio— y estaba intentando derribar la puerta cuando salieron unos vecinos al rellano. Se llaman Castagnini, los conocía porque iba al apartamento de Patrizia con cierta regularidad. Me dijeron que no estaba en casa, o algo por el estilo. Entonces me puse a gritar de tal manera que creo que los asusté y volvieron dentro.

—«¿Meteos en vuestros asuntos u os mato!», declararon los señores Castagnini que les dijo usted —cita la fiscal leyendo una hoja que tiene ante sí—. ¿Lo recuerda?

—Es posible que lo dijera.

—También dijo una cosa más: «Os mato a todos. Primero a ella, luego a los demás, y para rematarlo, me mato yo también».

—Una afirmación que luego no cumplió, obviamente —añade Colletti.

—¿Cómo dice? —pregunta la fiscal.

—Dijo que se quitaría la vida, pero luego no lo hizo.

—Y con eso quiere decir que...

—Que le da una nueva dimensión al valor del testimonio de los vecinos en relación con sus propósitos.

—Esta cuestión la dirimiré ante el juez. Ahora sigamos. Continúe, señor Rodari. Con lo que recuerde, claro.

—Patrizia frecuentaba ese local, el Garden. Así que decidí acercarme hasta allí. Creo que por el camino me paré en un par de sitios a beber.

—Si logra reconstruir el trayecto y recuerda en qué establecimientos se detuvo, podríamos ponernos en contacto con ellos para verificar su afirmación —dice la fiscal.

—Lo intentaré.

—Prosiga.

—Cuando llegué al Garden, me puse a gritar.

—El guarda de seguridad ha declarado que dijo: «Dejadme entrar, que la mato».

—Es posible.

—¿Y luego?

—Luego todo se vuelve confuso. Recuerdo el olor de Patrizia, su perfume. Chanel número 5, como Marilyn. Le gustaba mucho. La publicidad ya tiene ese efecto, ya. Recuerdo el taxi, creo, el olor asqueroso de ambientador

de vainilla. Plástico. Mi cama deshecha. La almohada. La voz de Patrizia que quiere llamar a emergencias. Oigo que habla por teléfono con alguien y se enfada. Lo último que recuerdo es el tubo de los antidepresivos en la mesilla de noche y a mí intentando recordar cuántos había tomado.

—¿Ingirió medicamentos además del alcohol? —pregunta la fiscal.

—Me los había recetado el médico debido a mi fase obsesiva.

—Prosiga.

—Eso es todo, más o menos. A la mañana siguiente, cuando abrí los ojos, estaban los *carabinieri*. Alguien los llamó porque Patrizia no había vuelto al local. Y no estaba en casa.

—Se llama Leonardo Maccari, ¿lo conoce?

—¿Fue él quien los llamó?

Colletti se sujeta la cabeza con la mano.

—¿Lo conoce? —insiste la fiscal.

—El tenista... —Giulio mira a su abogado—. Tú lo sabías, ¿verdad?

—Giulio, yo...

—Quiero cambiar de abogado.

—Espera...

—Mi abogado ha intentado ocultarme esta información.

—Mantenga la calma, Rodari —dice la fiscal—. ¿A qué se refiere? ¿De qué información está hablando?

—Si Patrizia tenía una relación con esa persona, debo saberlo.

—Quizá sea el momento de suspender... —interviene Colletti.

—Es él. ¿No lo entienden? —dice Giulio.

Grazia es incapaz de moverse. Está pegada a la silla. Rodari parece fuera de sí. Quizá sea mejor que Viola almuerce carne en conserva durante unos días en casa.

—La siguió y, cuando bajó, la agredió —dice Giulio.

—Y ¿por qué motivo iba a hacerlo? —pregunta la fiscal.

Giulio se queda callado y Grazia puede interpretar la expresión de sus ojos. Es como si de repente hubiera topado contra un muro.

La fiscal mira la hora.

—Suspendemos la declaración —dice—. Seguiremos en los próximos días. Ahora debo valorar un par de cuestiones. ¿De verdad desea nombrar a otro abogado?

Giulio no responde. Vuelve a tener la mirada ausente, perdida en su callejón sin salida.

—Le informaremos de la decisión que tome —dice Colletti.

La fiscal guarda los documentos en su bolsa y se va, seguida de Scalise, quien, antes de salir por la puerta, le hace un gesto a Grazia para que se acerque hasta él.

—Sargenta, le recomiendo que ordene a sus hombres que hagan alguna ronda más por aquí.

«“Sus hombres”. Esto se llama negación de la realidad», piensa Grazia, mientras asiente, con la esperanza de que a Donato se le haya pasado el efecto del licor de chocolate y se haya olvidado de aquella historia absurda del zorro y los Espíritus del bosque.

—Manténgame informado —dice Scalise, al tiempo que se vuelve hacia la salida.

# CAPÍTULO 16

Es la noche del pan. El gran horno de leña, encendido desde el día anterior, ha alcanzado la temperatura ideal. Hace unas horas que ya no nieva y los habitantes del pueblo y los alrededores han llegado, cada uno con la masa fermentada, en un cuenco o envuelta en un paño.

Akan ha encendido el fuego bajo el brasero, junto al horno, porque la noche del pan es un ritual que puede alargarse y de alguna manera habrá que pasar el tiempo. Como de costumbre, al principio solo había un poco de pan que condimentaban con aceite, ajo y sal, luego empezaron a traer más cosas y ahora el brasero se llena de salchichas, chuletas, panceta y también alguna hamburguesa, que los más sensibles traen porque están convencidos de que Akan es musulmán practicante y no come cerdo. En realidad, la religión no es una de las cosas que logró salvar de su naufragio. Una auténtica pena.

El griterío se confunde entre risas y pequeños cantos tradicionales rescatados entre vaso y vaso de vino.

Barbara está frente al horno. Tiene la cara roja por las llamas que asoman cada vez que abre la puerta de hierro. De vez en cuando mira hacia la ventana de Giulio, situada en el otro extremo del hotel. Tiene la luz encendida.

—Me parece vergonzoso —dice Dorina, junto a ella. Llevaba demasiado tiempo en silencio. Parecía que estaba meditando. En la noche del pan solo debía haber sitio para los buenos pensamientos, pero saltaba a la vista que ella no lo estaba consiguiendo.

—¿Qué pasa? —le pregunta Barbara.

Dorina no responde.

—Que me parece vergonzoso —repite.

Barbara le toca el brazo y le señala la oreja con un gesto. Dorina resopla, mira a su alrededor, como si estuviera a punto de cometer un delito indecible, y se pone el audífono rápida como una centella.

—¿Qué es lo que te parece tan vergonzoso? —repite Barbara.

—Esta gente. Cuando se reúne el comité, nunca somos más de diez. Cuando hay salchichas de por medio, llegan en masa y no se van ni con agua caliente.

—Dorina, ¿tú tienes presente cómo son las reuniones del comité?

—¿A qué te refieres?

—Que, aun siendo pocos, nunca llegamos a ninguna conclusión. ¿Te imaginas cómo sería si viniera toda esta gente a decir la suya?

—La verdad es que son un puñado de inútiles. La mayoría ni se inmutarían si se construyera una central nuclear en el bosque. Bastaría con un par de árboles para adornar un poco el paisaje y dar la impresión de que no ha cambiado nada en sus vidas. Especialmente si todo acaba con una parrillada y hay vino para todos.

—¿Sabes algo de tu hija?

—¿Por qué?

—Porque cuando tienes noticias tuyas siempre te pones de muy mal humor.

—Me ha vuelto a decir lo del préstamo —admite Dorina—. Parece que tiene la intención de llegar hasta el final.

—¿Estás preocupada?

—¿Tú no lo estarías? Lo único que puede ofrecer de aval al banco es mi casa.

—Todo saldrá bien.

—¿Sabes esa residencia de ancianos, la que han abierto en esa finca? Se ve que puedes pedir el ingreso si les cedes la gestión de tu apartamento. Pero no creo que acepten uno que está hipotecado.

—¿Y desde cuándo te ronda por la cabeza la idea de irte a una residencia?

—No quiero ir, pero si tuviera la necesidad de hacerlo, con la pensión y los ahorros no me bastaría para pagarla.

—¿Sabes qué? —dice Barbara, tomando dos vasos de vino. Uno se lo da a Dorina y con el otro la invita a brindar—. Que se jodan los bancos. Si te pasa algo, siempre puedes venir y quedarte aquí conmigo para echarme una mano con tu *castagnaccio*; esta tarta es la mejor de la zona. ¿Qué te parece?

Dorina sonrío. Entrechoca su vaso con el de Barbara. Y beben.

—Un brindis, ¡qué bonito! —Es la voz de Falconi, el alcalde.

Barbara se vuelve. Junto a él está Mirna, su mujer y eterna rival en la

mesa del *burraco*.

—Bienvenidos —dice Barbara.

Mirna deja su tabla de madera junto al horno, quita el paño y toma la masa fermentada. Barbara abre la puerta de hierro y le hace sitio con la pala. Observa los otros panes: uno ya está listo y lo saca.

—Creo que es el tuyo, Assunta.

Se acerca una mujer enorme con una chuleta en la mano. Toma el pan, lo envuelve con el paño y se lo mete bajo el brazo.

—El próximo año traigo el *mazzafegato* que hace mi hermano —dice tirando el hueso al suelo, junto al horno, donde aguarda el gato grande y naranja que, raudo y veloz, casi no deja ni que el hueso toque el suelo. Lo coge y huye.

—No le deis más, que está tan gordo que da miedo —dice Barbara.

—Hoy, en el comité, más de uno tenía ganas de oír tu intervención —le dice Dorina al alcalde.

—Estábamos ocupados, cielo. —La voz de Mirna llega antes de que su marido pueda abrir del todo la boca—. Hemos ido a la ciudad a comprar un nuevo horno eléctrico.

—Dentro de unos días habrá otra reunión del comité —dice Dorina—. Nos gustaría saber cómo van las cosas.

—Dorina —dice Mirna—, ¿no te parece un poco inapropiado pedirle a un doctor que te atienda fuera de su horario de consulta? Quiero decir, Eugenio es el alcalde y es un hombre tan ocupado que bien podrías ir a verlo al ayuntamiento, en lugar de pedirle que haga horas extra por ese comité vuestro que tenéis.

—A ese comité nuestro que tenemos le preocupa nuestro bosque.

—¿Y crees que eres la única, cielo?

—Mantengamos la calma —dice el alcalde, sonriendo bajo su sombrero de vaquero—. Todos estamos muy preocupados por nuestro bosque, y estoy seguro de que esta historia se resolverá fácilmente. Y, Barbara, te prometo que la próxima vez iré y explicaré al dedillo todo lo que sé a «nuestro» comité. Pero esta noche me apetece un vaso de vino y, si es posible, un buen bocadillo de panceta. ¿Qué me decís?

Akan sirve al alcalde, mientras la masa fermentada de Mirna se transforma en una hogaza crujiente.

Barbara se mueve un poco y mira hacia arriba. La ventana de Giulio. La luz encendida.



—¿Hay sitio para mí? —Adele aparece junto a Mirna y deja la masa envuelta en un paño sobre la encimera de piedra, junto al horno—. No encontraba sitio para aparcar y he tenido que andar un cuarto de hora. No me vendría nada mal un vaso de vino.

Dorina saluda a la prima con una sonrisa tan tensa que parece un principio de ictus. Barbara le da un vaso y Mirna hace el gesto de brindis con el suyo. Ahora que su compañera se ha unido al grupo, el cuarteto del *burraco* está al completo.

El alcalde nota la tensión que existe entre las mujeres y decide escabullirse. Se acerca a Akan, que está preparando una tira de panceta en el brasero, con un tenedor de servir.

—Menos mal que ha dejado de nevar —dice Falconi.

El kurdo sonrío con la boca llena. En la otra mano tiene un bocadillo de salchicha.

\*\*\*

Está dibujando. Giulio Rodari tiene el lápiz en la mano, pero no está preparando la próxima aventura del gnomo Teo. Intenta recomponer un retrato con los únicos elementos que visualiza ante sí. Si fuera una ilustración cualquiera, la haría como siempre. Pero en esta ocasión necesita algo más. Necesita que sea auténtica.

Después de lo que ocurrió en aquella fiesta, cuando perdió la memoria, logró recuperar los recuerdos uniendo los rostros de los amigos, recorriendo el camino que había hecho de noche. De ese modo, fragmento a fragmento, casi todo volvió a su sitio. Aun así, le quedó alguna laguna, pero a veces tiene la sensación de que estas se reducen con el paso de los años. Sin embargo, esta vez no tiene tanto tiempo. Debe recordar lo ocurrido. Si es cierto que mató a Patrizia, no intentará defenderse. Pero quiere saber lo que sucedió. Debe aplacar la horrible mezcla de ansiedad y pánico que le reconcome las entrañas.

Su madre guardó muchas cosas relacionadas con el Día del Puente. Están en una carpeta verde. Las fotos de su hermana se publicaron en el periódico. Una parte de ella quedó oculta ahí dentro. Es lo que ocurre siempre cuando muere una hermana gemela. Y ellas eran idénticas en muchas cosas. A veces hablaban entre sí sin abrir la boca. Quizá, si encontrara ese material, Giulio podría remover algo de su memoria. Había entrevistas a Patrizia, sus fotos. De

los días en que se conocieron.

Sabe dónde está la carpeta. Va a buscarla.

\*\*\*

Grazia y Donato están dentro del coche patrulla. Se encuentran en las inmediaciones del edificio prefabricado de GeoService para realizar un servicio de vigilancia especial ordenado por Scalise.

Al parecer, la empresa ha llamado para presentar una denuncia contra unos desconocidos por actos vandálicos. Por ello Scalise ha pedido que envíen «a alguien» para echar un vistazo.

—No sé si me toma el pelo o si es tan tonto como parece —dice Grazia. Donato está en el asiento de al lado, el del acompañante, esta vez. Aún le duele la cabeza por el licor de chocolate que le han ofrecido los leñadores en el Fuga—. O sea, yo le he contado cómo están las cosas aquí, pero él, dale que te pego, hablándome de «mis hombres», y me pide que envíe «a alguien». ¿Para qué? ¿Para vigilar una cabaña?

—Jefa, ¿cree que podré explicarle mi situación?

—Pero, Donato, ¿tú me has oído? Le he dicho que solo estamos tú y yo, y él sigue hablándome como si nada. Como si tuviera a todo el Cuerpo a mi disposición. O está acabado, y esto explicaría cómo es posible que después de lo que pasó en Roma lo hayan mandado aquí, o intenta decirme que el problema de personal del cuartel es asunto mío y que él no va a mover ni un solo dedo. ¿Sabes que también tendremos que hacer algún servicio nocturno? ¿Recuerdas la última vez, cuando no dormiste durante tres días seguidos? Te temblaban las manos por culpa del café. En esas condiciones no servimos para nada. Yo no puedo ni hablar más de cinco minutos con mi hija. Y fuma marihuana, ¿lo entiendes? Lo sé. Debería hablar con ella, pero he tenido que tragarme un interrogatorio que ha durado toda la tarde y ahora esto, y dentro de una hora otra vez a La Gherarda. ¿Quieres un consejo?

—No lo sé, quizá no sea el mejor momento...

—Vete de aquí, hazme caso.

—No me haría mucha ilusión porque...

Un ruido.

—¿Lo has oído? —pregunta Grazia.

Salen del coche.

—Venía de detrás de la caseta —dice Donato, poniéndose derecho.

Encienden las linternas y empuñan la pistola.

—¿Hay alguien ahí detrás? —pregunta Grazia.

Otra vez.

Rodean la cabaña y enfocan con las linternas.

Un gato negro se lame la pata junto a un montón de leña que se ha derrumbado.

—¿Y tú qué haces aquí? —le pregunta Grazia, que guarda la pistola y se acerca al animal—. Menudo susto me has dado, ¿lo sabías? Mira que...

—¡Jefa, ahí!

Donato señala el bosque. Una luz verde, pero desaparece enseguida.

—¿Qué diablos es? —pregunta Grazia.

—Un fuego fatuo —dice Donato.

—¿Un qué?

—Un fuego fatuo. Lo he leído en internet. A veces se ven en los bosques infestados.

—A ver, ¿infestados de qué?

—Jefa, no haga como si no me entendiera.

—No me irás a decir que crees en la existencia de los espíritus, ¿verdad?

—Yo creo en lo que veo. Y lo que he visto ahí podría ser un fuego fatuo.

—Venga, pues vamos a verlo.

Se adentran en el bosque.

—Aquí no hay nadie, Donato. Y tampoco veo ninguna huella en la nieve.

—Otra vez ahí —dice Donato.

Una luz verde, en la dirección que señala.

—¿Hay alguien? —grita Grazia—. Esto no es divertido.

Caminan en esa dirección. La luz verde aparece de nuevo, pero aún está lejos.

—Ahí está —dice Donato—. Parece que se está alejando.

Grazia la observa. Da media vuelta y observa el bosque oscuro que los rodea. Les llevará un rato regresar al coche patrulla solo con la ayuda de las linternas.

—A mí me parece otra cosa, Donato.

—¿Qué cosa?

—Que somos dos imbéciles.

Tardan más de lo previsto. El bosque está oscuro como boca de lobo y el cono de luz de las linternas tiene un alcance limitado, incluso para seguir sus

propios pasos. Cuando llegan al claro donde se encuentra el edificio prefabricado de GeoService, lo que ven no sorprende a Grazia.

En el lugar donde habían hecho la primera pintada, y que los leñadores de Maglio habían limpiado, ha aparecido otra. También de color rojo.

#### LOS ESPÍRITUS DEL BOSQUE NO LO PERMITIRÁN

Y debajo de la pintada, el dibujo de una cabeza de ciervo gigante. Una mirada demoníaca, las gotas de pintura que caen de los cuernos parecen sangre.

—¿Cómo han podido hacerlo en tan poco tiempo? —pregunta Donato.

—Debían de tener preparada una de esas máscaras que usan los grafiteros —le responde Grazia—. Al parecer, esta vez no han encontrado ningún zorro muerto. —Se acerca a la cabeza del ciervo. Saca un pañuelo de papel del bolsillo del abrigo y lo pasa por la pintura. Observa el pañuelo: el rojo parece sangre de verdad—. Estaban bien organizados. Y eso incluye tus fuegos fatuos.

\*\*\*

Giulio abre el armario de la habitación de su madre. Encuentra la carpeta verde donde tiene guardado todo el material de esos días. Pero debajo de la carpeta hay algo más. Es un sobre en el que está la fotografía que en el pasado colgaba de una de las paredes del bar. El marco está intacto, no hay rastro de los daños de los que le había hablado su madre. Quizá ese fue uno de los últimos días de felicidad, cuando aún estaban todos juntos. Una cena de Nochevieja en La Gherarda, una imagen de principios de los ochenta. Su padre, por lo que recuerda, murió poco después. En la foto aparece con mostacho y un traje oscuro ceñido en la cintura. El indefectible cigarrillo en una mano y un brazo sobre los hombros de su mujer. Barbara, con traje de noche, abraza a su marido de la cintura y tiene la otra mano en el hombro de su hijo. Giulio está entre ellos y sonríe. Es un niño con el pelo largo y los dientes enormes. Amanda es la única que no mira al objetivo. Está sentada a la mesa, sonríe con un vaso en la mano y mira hacia la derecha, como si estuviera saludando a alguien. Lo hace para ocultar el lado izquierdo del cuello, donde tiene una cicatriz, una quemadura de cuando era niña y le cayó encima una olla de agua hirviendo. Giulio recuerda perfectamente cómo narraba su madre el episodio. Amanda estaba cocinando los ojos de un gato. Lo había encontrado

en la carretera, muerto, y sabía (aunque Barbara no recordaba de dónde lo había sacado) que una poción preparada con sus ojos garantizaba a quien la bebía una extraordinaria vista nocturna.

Ya de pequeña era toda una bruja.

El gnomo Teo le dice que el tiempo no es más que una ilusión, porque algunas cosas que parecen muy lejos, en realidad están tan cerca que uno puede tocarlas, cerca del corazón. A veces el gnomo dice cosas que no pueden aparecer en un cuento infantil. Porque los niños no tienen sentido del tiempo. Saben que no es más que una ilusión.

Me llamo Theophrastus Grimblegromble, pero podéis llamarme Teo, si lo preferís. Tengo la barba roja y un bonito sombrero verde.

Fue su tía Amanda quien le habló por primera vez de los gnomos.

—Cuando no recuerdas una cosa —le dijo una noche—, deja que sea tu amigo el gnomo quien te la recuerde.

El olor de Patrizia es fortísimo. Es una de las últimas noches que pasaron juntos. Giulio intenta negarlo, pero ya ha empezado a notarla distante. Hay algo que no marcha bien. Ella se está alejando. La abraza contra sí, con todas sus fuerzas. Más allá de ella se abre el abismo, y no quiere caer de nuevo en él.

—Déjame, que me haces daño.

Patrizia se vuelve. Lo mira. Ahora su rostro se encuentra frente a él.

Giulio siente que ahora podría conseguirlo. Podría dar vida a ese retrato que ha intentado hacer antes. Está a punto de cerrarlo todo y volver a dibujar, cuando repara en otra carpeta.

La abre. Hay un dossier. Es un contrato de arras para la venta de un inmueble.

Su madre tiene la intención de vender La Gherarda a GeoService.

## CAPÍTULO 17

Adele aparca el Panda todoterreno de color aceituna siempre en el mismo sitio, junto a la fuente vieja de la plazoleta. Aún es la noche del pan y se oyen las voces de quien ha bebido más de la cuenta. Una moto baja por la carretera. No pararán hasta el alba. Exaltados. Chicos que solo tienen ganas de emborracharse y berrear por las calles.

Gira la llave en la puerta de madera. Son casas antiguas, nadie las quiere comprar y no valen nada. Son muy estrechas y no se pueden ampliar porque habría que reconstruirlas de arriba abajo. Siempre ha envidiado esas casas nuevas de la parte baja del pueblo, donde las han construido en los últimos años. Con sus terrazas, ventanas grandes, escaleras amplias y luminosas. Cuando pasaba frente a la agencia de Carli siempre miraba las ofertas. En una de esas casas alguien podría haber sacado a Marcello a tomar un poco el fresco. Pero ahora ya está a punto de acabar todo.

Sube las escaleras, estrechas. Llega a la puerta, estrecha.

—Ya estoy en casa —dice.

Su voz también parece más estrecha ahí dentro.

Enciende la luz de la entrada. Pasa a la cocina y da también la luz. Deja en la mesa el pan recién salido del horno.

—Ha quedado muy bien, está delicioso —dice antes de arrancar un pedazo y llevárselo a la boca—. Así, calentito, es lo mejor del mundo.

Se quita el abrigo y lo deja en la silla.

—Tendrías que haber visto a Dorina, lo ufana que estaba. Habrase visto. Con el vicio que tiene de agenciarse todo lo ajeno, seguro que ha aprovechado la ocasión para gorronear la cena. Esa vieja tacaña... ¿Qué gastos va a tener si vive sola?

Entra en la habitación y enciende la luz. Adele detesta la oscuridad y siempre enciende todas las luces.

—Está sorda como una tapia. Lleva ese aparato y cree que la gente no se da cuenta. Se lo pone a escondidas.

Marcello, su marido, está en la silla de ruedas, de cara a la ventana.

—Y esa rumana del demonio, ¿no te ha sacado a dar un paseo?

Adele se acerca, agarra la silla y le da la vuelta con una rápida maniobra. Marcello tiene un rostro impasible. Contraído en una mueca. La boca abierta de la que le cuelga un hilo de baba. Adele se lo seca con la servilleta arrugada que tiene en las piernas. Lleva años en ese estado. Ella hace un gran esfuerzo todos los días para no pensar en el tiempo que ha pasado. No quiere ni saberlo. Ni siquiera recuerda las últimas palabras que se dijeron, antes de esos diálogos imaginarios que ella mantiene desde entonces, intentando interpretar lo que él habría dicho si hubiera estado ahí con ella.

—¿Te apetece que te ponga un rato la tele? A ver si hacen una de esas películas del Oeste que tanto te gustan. Pero no vayas a pensar que te voy a dejar toda la noche frente al televisor, que hay que dormir, ya lo sabes, querido. —Adele busca el mando a distancia—. ¿Cómo dices? ¿Que si había gente? Un montón. Cuando se trata de comer y beber gratis, salen como las setas. —Lo encuentra y enciende la tele. Busca una película y pone el sonido al mínimo—. Lo sé, lo sé, nunca sales y te gustaría saber qué se dice en el pueblo..., pero qué quieres que te diga, la gente de aquí siempre cuenta las mismas historias.

—¿Y habéis hablado de ello? —no pregunta Marcello.

—No ha surgido la ocasión, pero no hay mucho más que decir. Ya verás como todo llega a buen puerto.

—¿Estás segura?

—Claro que estoy segura, si no lo estuviera no te lo diría. Me haces muchas preguntas, como si no te fiaras de mí.

—Me fío de ti.

—Y bien que haces, porque si no hubieras descubierto, gracias a mí, que tu padre te había dejado ese terreno del bosque, no sé cómo lo habríamos hecho para salir de esta situación. De esta casa vieja y húmeda que provoca dolor de huesos.

—Eres una gran mujer.

—Lo sé, lo sé, no te preocupes.

Adele le acaricia la cara a su marido, rígida como una piedra. Con los ojos inmóviles, con una inmutabilidad nudosa y antinatural.

—No quiero que te preocupes de nada, lo sabes, ¿verdad?

—Tú sabes lo que más nos conviene a todos. Me fío de ti.

Adele oye un leve rugido en el estómago de su marido y de repente la embarga el olor a caca.

—¿No podías avisarme antes? —le dice—. Te habría puesto el trasto.

—No me ha dado tiempo, estaba pensando en cuándo acabará todo esto y me he emocionado un poco —no le responde su marido.

—¿Crees que podrá encargarse la rumana mañana? Es que hoy tengo un dolor de espalda criminal.

—No te preocupes, Adelina. Claro que puedo esperar. Ve a dormir a tu habitación, yo miraré un rato la televisión y luego la apago.

—Pues buenas noches.

—Buenas noches.

Adele lo mira de nuevo mientras cierra la puerta. Marcello permanece inmóvil, con la luz azulada del televisor reflejada en su rostro contraído.

Antes de irse a dormir va al baño. Abre la puerta detrás del espejo. Hay una cajita con un candado. Tiene la llave colgada del cuello. Dentro hay una jeringuilla ya preparada. En cuanto se complete la transacción, ella podrá irse, para siempre. Irse a un lugar cálido, lejos de ahí. Lejos de su prima. Pero no tiene la intención de dejar solo a Marcello en esas condiciones. Dentro de la cajita cerrada con candado, que solo puede abrirse con la llave que tiene en el cuello, hay una jeringuilla, ya preparada, que le proporcionará una forma de llevarse a su marido consigo, allí donde vaya.

Para siempre.



# CAPÍTULO 18

Grazia ha dejado a Donato en el cuartel para que eche una cabezadita en el catre y así pueda cubrir el turno de mañana. La última misión del día es hacer la ronda en La Gherarda y no necesita que la acompañe nadie. Luego podrá irse a casa.

Se detiene frente al hotel. Apaga el motor. A esa hora Viola ya debe de estar durmiendo. Tendrá que encontrar otro momento para hablar con ella.

Apoya la cabeza en el respaldo del asiento. Intenta relajarse, concentrarse. Pasar revista a las tareas pendientes para reevaluar las prioridades de cada uno, de la forma más lúcida posible en ese momento de pausa.

Mira hacia La Gherarda y ve una nube de humo que se alza a contraluz, en el lugar donde está encendida una de las farolas. Hay alguien sentado en los escalones de fuera. Ahora vislumbra el perfil oscuro, que parecía formar parte del hotel, como un montón de leña. Está tapado con una manta. Es Giulio. Levanta la mano y la saluda. Grazia baja del coche y se acerca hasta él.

—¿Es que quieres morir congelado? —le pregunta.

—Imagino que no debería estar aquí —le dice Giulio, exhalando el humo del cigarrillo que tiene entre los dedos—. Por la ordenanza, digo, o como diablos se llame.

—En efecto. En estos momentos serías un fugitivo de la justicia. Pero si me das uno de esos no se lo digo a nadie.

—Son de Akan —le dice, ofreciéndole el paquete de Camel light—. Los esconde detrás de los botes de tomate. Aunque siempre niega que fume. Yo lo dejé hace diez años, así que también negaré habérselos robado. Menuda conversación.

—Yo lo dejé hace dieciocho años, cuando me quedé embarazada. Te gano.

Se sienta junto a él. Quizá sea un asesino, pero probablemente ni siquiera lo sepa él. ¿Vale igual?

—Se necesita un buen motivo para engancharse otra vez —le dice Rodari.

—¿Recuerdas que una vez me hiciste un retrato?

—Una reina guerrera.

—¿De verdad lo recuerdas?

—Mujer, la cabeza me sigue funcionando más o menos bien. No lo he olvidado todo.

—Lo siento, no me refería a eso. He oído decir que...

—Esta noche no hablemos de la investigación, ¿de acuerdo? Solo somos dos viejos amigos de la escuela que se reencuentran en los escalones de un bar cuando ya ha cerrado para fumar a escondidas.

—Por entonces también fumábamos a escondidas y también te los gorroneaba siempre.

—Los sábados por la noche íbamos a comer pizza a Ghino. Nos cobraba diez mil liras por una de jamón y champiñones y una cerveza, pero la mitad de la jarra era espuma.

—Ghino, donde se come mal y se paga poquito —dice Grazia, como si estuviera recitando el texto de un anuncio.

Sonríen. Fuman. La noche los envuelve.

—Y también recuerdo algunas meriendas aquí en La Gherarda —dice Grazia—. En el verano, cuando el bosque era nuestro. Las noches parecían eternas. ¿Recuerdas las hogueras?

—Es curioso, por entonces me moría de ganas de largarme de aquí y, sin embargo, fue la mejor época de mi vida.

—Siempre puedes volver.

—Sí, eso si no me cae una condena de cuarenta años de cárcel. Pero tampoco sé si La Gherarda seguirá aquí mucho tiempo más.

—¿Quién se la va a llevar?

—No puedo concebir este bosque sin La Gherarda.

Grazia siente la caricia del humo que desciende por la garganta y disfruta de la sensación que había abandonado hace muchos años.

—¿No te resulta extraño? —pregunta Grazia.

—¿A qué te refieres?

—A nosotros dos, aquí. Han pasado más de veinte años, pero me parece que fue ayer cuando hablamos por última vez, al final de las vacaciones de

verano.

—Dicen que es una sensación habitual con los antiguos compañeros de clase.

—¿Crees que los jóvenes de hoy en día son como nosotros éramos entonces? —pregunta ella.

—¿Te refieres a tu hija?

—¿Tan evidente es?

—No lo sé, no tengo demasiada experiencia en este campo.

—Su padre estaba casado. —Tenía ganas de contar la historia. Es una situación tan extraña que, en el fondo, es lo más apropiado—. Cuando supe que estaba embarazada, me dijo que él asumía los gastos del aborto, que se encargaba de todo. Admito que me lo pensé, pero cada vez que veo a Viola me siento culpable de haber sopesado la opción. De haber pasado por ese momento de incertidumbre en el que ella podría haber sido eliminada de mi vida. Me siento culpable por ese único momento en que el miedo tuvo una pequeña posibilidad de vencer. Y ahora no soy capaz ni de encontrar diez minutos para hablar con ella. ¿Te parece normal?

—No me parece que la vida en sí misma sea muy normal, de un punto a esta parte.

—Buena frase, te la robo.

—¿Te acuerdas de Calabrese?

—¿La profesora de matemáticas?

—Siempre decía que éramos una generación que llevaba una vida muy disoluta. Porque habíamos nacido en la década de los setenta y por entonces circulaban muchas drogas.

—Dios mío, es verdad... Tenía una cara monstruosa... Y no se la entendía al hablar.

Giulio se encorva, pone los ojos bizcos y sonrío, mostrando los dientes.

—Dissssolutaaa!

Grazia no puede reprimir la carcajada. Tiene una risa ridícula, escandalosa. Giulio mira alrededor, con gesto culpable, como si pudieran despertar a alguien. Ella se tapa la boca con la mano, como si así hiciera menos ruido.

Ambos sonríen mientras la cálida sensación del momento se desvanece lentamente.

Acaban los cigarrillos. Se despiden.

Giulio se queda en los escalones durante unos minutos, observando el

coche patrulla que se aleja. Nota una sensación de mareo provocada por la nicotina. Estira una mano, coge un puñado de nieve fresca y se la mete en la boca. En aquel libro para dejar de fumar se decía que la nicotina es hidrosoluble, que si bebes mucha agua la eliminas antes. El tipo que escribió el libro murió de cáncer de pulmón.

¿Por qué nadie le ha dicho nada de la venta?

Sentado en los escalones, piensa en la tempestad que debe atravesar, como ha dicho Akan. Piensa en el contrato de arras que ha encontrado por casualidad, mientras buscaba otra cosa. Piensa en las pocas veces que ha vuelto a La Gherarda en todos esos años, y piensa en que el hecho de saber que estaba ahí, que existía ese lugar al que podía regresar es una de esas cosas a las que no habría querido tener que renunciar jamás, a la espera del síndrome de Ulises y de su viaje de retorno. Piensa en la laguna de su memoria, una amnesia como un grueso manto de nieve bajo el que podría ocultarse algo aterrador.

# CAPÍTULO 19

Soy el gato negro. He muerto varias veces.

La primera no tenía ni un maldito año. Había unas luces blancas que se dirigían hacia mí y yo me lancé hacia ellas para ver qué eran. Aún recuerdo el batacazo.

Tardé varios días en recuperarme.

La segunda vez que morí fue por culpa del maldito jabalí. Nunca habréis oído hablar de un gato que se enfrente a un jabalí. ¿Y sabéis por qué? Porque ningún gato ha sobrevivido para contarlo. Pero esa bestia horrible, más tonto que el asa de un cubo, estaba convencida de que podría hurgar con su feo hocico bajo el árbol al que me gusta encaramarme, ya que ahí tiene la costumbre de hacer el nido un pajarraco de pico puntiagudo que ya ha probado mis garras cuando intentó interponerse entre sus huevos y yo. Ese día yo había salido a tomar un aperitivo y cuando apareció debajo de mí el jabalí, con el cuello sudado y apestoso, en cuanto lo vi me sobrevino el deseo irrefrenable de clavarle las uñas y los dientes. Tendríais que haber oído cómo gritan esos animales al sentir una punzada de dolor. Sin embargo, empezó a dar sacudidas como un loco, me lanzó por los aires y me dio un golpe con un colmillo. Pero ¿sabéis una cosa? He vuelto a ese lugar y me he comido los huevos cada vez que me apetecía, mientras que al jabalí no hemos vuelto a verlo por estos lares. Me gusta pensar que ha aprendido la lección y que habrá acabado formando parte de uno de esos platos de pasta que cocina el tipo del mostacho, el de La Gherarda, y que de vez en cuando me da algo a lo que hincarle el diente.

Hace poco me estaba relamiendo los bigotes en mi árbol preferido. Estaba observando a toda esa gente gorda que comía en torno al fuego. Y mi socio, el del pelo naranja, no dejó escapar la ocasión para coger algo de peso también. Yo estaba algo desgano porque no me había metido con nadie en

todo el día, y porque los que me conocen prefieren guardar las distancias porque dicen que soy un «buscabroncas». Con eso está todo dicho. De modo que en cuanto he visto a la ardilla, he salido disparado. No porque tuviera hambre aún, sino por las ganas de cazar. De seguir a la presa, atraparla y derrotarla. Son estas las cosas que te hacen sentir vivo.

He perseguido a esa maldita alimaña durante un rato, pero al final se ha puesto a saltar de un árbol a otro y se me ha escapado. En ese momento me he dado cuenta de que me encontraba en mitad del bosque, un lugar que no conviene atravesar así como así. De modo que he decidido pararme a descansar un poco, detrás de la cabaña, sobre el montón de leña. Siempre voy ahí cuando me apetece pasar un rato a solas. Antes coincidía con aquel viejo medio chalado. Un vagabundo grande y gordo que iba a pasear por el bosque con un extraño utensilio en las manos. En cualquier caso, ahí estaba yo cuando los vi llegar. Todos vestidos de negro, de la cabeza a los pies. Era gente que hace las cosas a escondidas. Creo que no tramaban nada bueno. Por eso me gustan. Estaban a punto de hacer algo divertido, pero entonces ha llegado un coche y han tenido que dejarlo a medias. Se han quedado un rato, escondidos entre los árboles. Luego, al parecer, han tenido una idea y uno de ellos se ha alejado. Pero ha debido de armar un buen escándalo. Yo he tirado un par de troncos y los dos atontados que habían bajado del coche han pensado que también había sido yo el responsable de la primera vez. Ella, que resulta que es la madre de Viola, se ha acercado y ha dicho que se había llevado un buen susto. Fíjate. Luego ha estirado la mano y me apuesto lo que sea a que estaba a punto de hacer una de esas cosas que no soporto, como pasármela por las orejas o algo por el estilo. Ha sido entonces cuando han aparecido las luces verdes. No sé qué eran, pero el verde es un color que, por lo general, no me gusta demasiado. Por eso me he quedado donde estaba. Por eso y porque sentía curiosidad por saber qué tramaban esas personas vestidas de negro.

Mientras los dos que han bajado del coche se adentraban en el bosque para seguir las lucecitas verdes, los otros han bajado de los árboles y han empezado a ensuciar, pero bien, la cabaña. Con todo ese rojo que, al contrario de lo que sucede con el verde, me gusta mucho. Porque es el color de la sangre.

Cuando han vuelto los dos que habían salido del coche, no se han dado cuenta de que los hombres de negro aún estaban ahí. Se habían escondido entre los árboles, pero al ir de negro, solo un gato, y encima negro, podía verlos. Ahí se han quedado, inmóviles, esperando a que esos dos volvieran a subir al

coche y se largaran. Una locura. Qué forma de tomarles el pelo.

Mi socio, no ese gordinflón de pelo naranja que se arrima a quien haga falta con tal de llevarse un pedazo de tarta a la boca, ese no, el otro, dice que últimamente están pasando cosas muy raras por estos lares. Ese viejo loco que me caía bien desapareció y nadie sabe qué le pasó. Luego están esos tipos vestidos de negro que salen de noche a hacer estas cosas. Y alguna más. Mi socio, el del pelo blanco, a veces habla de un modo extraño y no siempre lo entiendo, pero dice que por aquí hay algo que huele mal y que ha ocurrido algo terrible y que, si sus bigotes no lo engañan, está a punto de pasar otra cosa.

Y dice que ha hablado del tema con Ella.

**TERCERA PARTE:  
REVELACIONES.  
YO SOY EL GATO BLANCO.  
SOY EL MALO.**



## CAPÍTULO 20

Es una mañana fría. Una bruma densa se confunde con la nieve y difumina los límites entre la tierra y el cielo. La enorme haya que hay en medio del prado de La Gherarda está cubierta de blanco y permanece inmóvil como un esqueleto. Una escultura de madera y hielo que descuella sobre todo lo demás.

Barbara detiene ahí la mirada mientras bebe su té de la mañana en el umbral de la puerta. Un té de rosa canina y zarzaparrilla. Ha salido temprano. El silencio de ciertos momentos, recogido y guardado para disponer de él en días más bulliciosos. El abrigo pesado, abrochado hasta el mentón, el chal, los guantes de lana suave que entran en calor con la taza y reviven las manos rígidas.

Dentro de poco la nieve se fundirá y el prado empezará a florecer.

Bebe el último sorbo, deja la taza en la entrada y se dirige a la parte de atrás, al horno. Mira la chimenea: ya no hay humo. Con la pala de hierro recoge las cenizas del interior del horno y las deposita en un paño de cocina que ha sacado de un bolsillo del abrigo. Una, dos, tres, recoge cuatro paladas en total. Dobla y anuda bien el paño para que no se caigan las cenizas y se dirige hacia la casa.

Cuando atraviesa la puerta del bar, nota el olor a café.

Giulio está sentado a la mesa, con una tacita delante. Parece que no ha dormido muy bien. Siempre tiene una mirada absorta.

—¿Ya estás despierto? —le pregunta.

—¿Lo haces por ella?

Barbara mira el paño con las cenizas que lleva en la mano.

—Es extraño, pero a veces es como si me hablara.

—No es extraño. No lo creo. Pero no deberías sentirte obligada a hacer todo esto. El horno, las cenizas, ahora irás al bosque y esparcirás cuatro

puñados, uno por el fuego, uno por el viento, uno por la tierra y uno por el agua. Y harás otras cosas sin sentido porque es lo que hacemos cuando no sabemos qué hacer para soportar el vacío que dejan los demás al irse. Yo, por ejemplo, hablo con un gnomo.

—Quizá deberías hablar con una persona de verdad.

—He cogido la carpeta verde. Creía que me serviría para recuperar la memoria.

—Pero ya no estás tan seguro, ¿verdad?

—No, diría que no. No sé si es muy buena idea recordar.

—Tú no le hiciste ningún daño. No debes tener miedo.

—¿Te lo ha dicho Amanda?

—No te hagas el idiota. —Barbara deja el paño con las cenizas detrás de la barra y se sienta junto a él—. Si pudieras recordar lo que hiciste esa noche, podrías ayudar a tu abogado a demostrar que no fuiste tú.

—¿Y si fui yo?

—No fuiste tú.

—¿Alguna vez has oído la historia de un tipo que estaba mirando la televisión y, cuando llegaron los anuncios, se levantó y mató a toda su familia con una escopeta de caza?

—¿Esto también te lo ha dicho el gnomo?

—No, me lo dijo el coronel de los *carabinieri* que me trajo aquí. El gnomo es un ingenuo, convencido de que es posible mantener a los orcos a raya e impedir que entren en casa.

—¿Y no es cierto?

—He encontrado la fotografía que tenías colgada ahí encima. El marco está intacto. —Giulio parece observarla atentamente—. ¿Quieres contarme algo?

Barbara sonríe, entorna los ojos y asiente.

—Lo sé, el problema no es el marco. A ciertas cosas te acostumbras. Con otras te limitas a fingir que ya no piensas en ellas. Pero hay algunas que exigen un esfuerzo extra y te obligan a mirar hacia otro lado.

—No era eso lo que quería...

—No te preocupes. Mira, ¿por qué no trabajas un poco? ¿No tienes que entregar un libro? Intenta utilizar el gnomo para algo útil. Le pediré a Akan que prepare un guiso para comer. ¿Te apetece?

Giulio le toma las manos, aún enfundadas en los guantes. No recuerda la última vez que lo hizo. Son duras, nudosas. Por un momento Barbara amenaza

con apartarlas, avergonzada por los estragos del tiempo. Sin embargo, al final acepta el gesto y sonríe.

—Los gnomos son criaturas del bosque —dice Amanda, un día de hace muchos años—. Y el bosque cuida de ellos. Cuando están el peligro, los protege y los ayuda a desaparecer.

# CAPÍTULO 21

—Yo solo digo que ciertas personas deberían meterse en sus asuntos, eso es todo.

Aurelio Magliarini, conocido con el sobrenombre de Maglio, hijo de Giovagnolo, que fue el primer jefe de los leñadores de la zona y maestro carpintero de gloriosos tiempos pasados, está apoyado en la barra del Fuga, tomando el primer chocolate con gotas del día. Junto a él hay otros hombres del turno del bosque, preparados para subir a la furgoneta y recorrer veinte kilómetros para cortar los árboles talados.

El tema estrella aún no aparece en el periódico, que hoy ha vuelto a publicar en primera página la fotografía de Giulio Rodari. Aparece esposado y sale de la cárcel. Tiene la mirada perdida. El resumen de la noticia promete nuevas y suculentas revelaciones sobre el caso. Pero en el pueblo hoy el tema de conversación es otro. La voz de este nuevo hecho ya corre y resuena por todas partes. Un ciervo monstruoso de cornamenta ensangrentada y la amenaza escrita en la fachada del edificio prefabricado de GeoService.

—Si os dieran carta blanca, no quedaría ni un árbol.

Vannone Ghinozzi es el propietario del restaurante Ghino di Tacco, en honor al bandolero del que presume ser descendiente, a pesar de que no están del todo claras las pruebas que corroboran esta afirmación. Desde hace unos años, es el hijo quien dirige el establecimiento, un mesonero que pesa un quintal, que todo el mundo conoce con el nombre de Franceschino, lo que permite que el padre alargue la mañana con un paseo hasta el Fuga para encontrar a alguien con quien discutir un rato.

—Oye, Ghinozzi, iremos todos a trabajar contigo, ¿qué te parece?

—Cuando tu padre hacía el trabajo que haces tú ahora, querido, eran cinco y trabajaban todo el año. Si ahora contratas a más operarios para acabar antes, y luego aún tienes que organizar los troncos, no entiendo por qué los

mandas a todos a casa.

—No tienes ni idea de lo que hablas.

—Claro que sé de lo que hablo. Haces el trabajo de tu padre, pero quieres ganar más y por eso lo haces peor. Está claro.

—Vete a freír espárragos, a ver si así te relajas un poco. Cuando mi padre se encargaba del negocio, todo era más fácil, no era necesario romperse la cabeza para averiguar dónde se puede talar y dónde no, o cuándo puedes hacerlo y cuándo no. Yo tengo a cinco operarios en casa que no volverán a comer en tu restaurante hasta que no reciban su salario. Y así son las cosas. A este paso, todas las casas quedarán vacías. Como si no tuviéramos suficientes con las que ya están deshabitadas.

—Vaya, tú eres como esos de ahí, que solo quieren destruir el bosque. Antes la gente de aquí cuidaba del bosque porque era su mundo, no porque fuera una forma de ganar dinero. Estás abriendo las puertas de casa a esa gentuza, que quieren enterrar la basura de la mafia, ¿es que no lo entiendes?

—Vaya, la mafia, lo que faltaba. ¿Es que no sabes que esas instalaciones las construye gente como nosotros? Hay personas que han estudiado para hacer ciertas cosas. Pero ¿qué va a saber alguien que siempre ha trabajado en la cocina? Además, sé de buena tinta que el aceite que usas para freír lo tiras en el foso que hay detrás del restaurante. ¿Sabes lo que contamina eso?

—Detrás del restaurante lo que tirarías es tu cabeza. Mira que...

Pero la conversación se interrumpe cuando entra Katerina. Con su melena rubia suelta que cae sobre el plumífero rosa diminuto que le llega a duras penas hasta las caderas, unos vaqueros tan ceñidos que parece que se los han pintado sobre las piernas, botas camperas blancas inmaculadas y un bolso con cierre de Prada, cuyas dimensiones han sido concebidas para que sea visible desde un satélite espía.

En pocos pasos, acompañados del repiqueteo de los tacones, llega a la barra. La única concesión a los presentes es una sonrisa esbozada sin demasiada convicción.

Desliza los dedos, rematados con un esmalte de uñas de un verde intenso, por las teclas de la caja registradora para abrirla. Coge un par de billetes con un gesto brusco y se los mete en el bolsillo de los pantalones, que tienen una cintura tan baja que permiten intuir la visión de unas braguitas de encaje en el instante en que las caderas quedan al descubierto, revelación que corta la respiración de los presentes. Cierra la caja y antes de que acabe de sonar el *ding*, la puerta de la entrada se cierra a su espalda y queda solo la

estela perfumada de su ausencia.

—Hoy ha madrugado —dice Ghinozzi.

Gerri intenta forzar una sonrisa, pero lo cierto es que se muere de ganas de salir corriendo tras ella, agarrarla del pelo y arrastrarla hasta la barra. «Así verías de qué le sirve el pelo a las mujeres como tú», piensa. Y añadiría un bonito «puta asquerosa» de no haber pasado parte de la infancia en los campamentos de la orden de los camaldulenses. La sigue con la mirada mientras, a través de la puerta de cristal del Fuga, ve que llega a su Alfa Romeo Giulietta blanco y abre la puerta. Y piensa, por primera vez después de muchos años, que un arquero nunca pierde su puntería.

\*\*\*

—Mire, sargenta, la gente de GeoService quiere aclarar lo sucedido y yo me he puesto a su disposición para arrojar un poco de luz. —La voz de Scalise es impostada y teatral, algo que destaca aún más por teléfono. Tiene un deje que recuerda a Vittorio Gassman. Mientras lo escucha, Grazia se lo imagina de pie, junto al manos libres, con la espalda recta como un general que observa el campo enemigo antes de la batalla—. La comunidad siempre percibe los delitos contra la propiedad privada como una afrenta insufrible. Y nadie desea una comunidad insatisfecha y afrentada porque esta es nuestra misión preoriginal.

«¿Pre qué? Pero ¿de qué me está hablando?».

—Por lo tanto, y sin ningún tipo de vacilación, quiero que ponga a trabajar a todos sus hombres.

«¿A todos? ¿Está seguro, coronel?».

—Y dé prioridad absoluta a este asunto.

—¿Y la vigilancia de Rodari?

—A ese también, sargenta. Doble prioridad absoluta. Tiene que darlo todo, sargenta Parodi. El Cuerpo confía en usted.

Grazia deja el teléfono en la mesa con delicadeza y mira a su alrededor con la esperanza de ver salir a alguien de debajo de una mesa y pedirle que sonría para los espectadores que la están viendo desde casa. ¿Cómo se llamaba ese programa? Ah, sí, *Scherzi a parte*, *Bromas aparte*. Scalise bien podría ser una invención de ese tipo, el personaje interpretado por un cómico de Italia 1, de la época de Teo Teocoli.

La pantalla del teléfono se enciende. La batería está agotada. Abre el

cajón, pero ni rastro del cargador.

\*\*\*

Donato acaba de salir del supermercado de Fioralba con la bolsa de la compra de servicio: dos medias *baguettes* de mortadela de pistacho, una lata de refresco de naranja para él y una de cola para la jefa.

El quitanieves aún no ha pasado. Hay un vehículo parado en medio de la carretera. Los neumáticos patinan en la nieve, pero no se mueve y hay un tipo dándole indicaciones al conductor. Donato los conoce a ambos y está intentando recordar los nombres, cuando oye que alguien lo llama. Se vuelve y ve a Falconi, con su sombrero de vaquero.

—Hola, alcalde.

—¿Se han quedado atrapados? —pregunta Falconi, señalando el vehículo—. Esto del quitanieves es un desastre. Necesitamos más de uno por estos lares.

—En efecto, sería...

—En cuanto a la investigación, el tema de los vándalos, ¿habéis descubierto algo?

—Sí, no fueron ellos los que mataron al zorro.

—¿Cómo podéis saberlo si le habían cortado la cabeza?

—¿Recuerda que...? —Pero en ese momento oye el tono que tiene asignado al teléfono de su jefa—. Discúlpeme un momento. ¿Diga?

—Donato, tengo que ir a casa, que me he dejado el cargador del teléfono. Mientras tanto, tú reúne a todos los hombres en la sala, que debemos analizar las nuevas directivas de los mandos sobre la «doble prioridad absoluta».

—¿A qué hombres te refieres? ¿Te encuentras bien? ¿Has vuelto a hablar con Scalise?

\*\*\*

La moto avanza por la carretera provincial. La nieve no arredra al piloto, que luce la pegatina de una calavera en el casco negro. En la bolsa que lleva a los hombros, una inscripción: PURPLE RAIN.

\*\*\*

Dorina camina por el arcén con sus botas forradas con piel de conejo. Tiene un par nuevas, compradas el año pasado, pero nunca se las ha puesto porque las viejas son más cómodas ahora que se han adaptado a la forma de su pie. Y le gusta que algo viejo sea mejor que algo nuevo.

Se ha quitado el aparato, que ahora no le sirve de nada. Oye bien igual. Tal y como le ha dicho al médico, lo lleva solo por precaución.

Se dirige a La Gherarda y hoy ha decidido ir a pie. La neblina deja paso lentamente a un tímido sol que, según la previsión del tiempo publicada en el periódico, debería convertirse en un sol radiante en un par de horas. En primera plana aparecía la fotografía de Giulio esposado. Pero será mejor dejarlo al margen de ciertas cosas hoy, al menos por el momento, porque es miércoles, el día en que está prohibido perder la concentración. El día del duelo.

El día del *burraco*.

Sin embargo, sí que debería decirle a Barbara lo que ha oído en el supermercado de Fioralba. Porque nunca está de más saber con quién se codea una.

\*\*\*

—Hoy cojo el coche, estarás contento —dice Adele. Marcello vuelve a estar junto a la ventana. El rostro impertérito, prisionero de esa mueca. La rumana ha venido a limpiarlo y dentro de un rato volverá para ocuparse del resto de las tareas—. Hoy tengo partida, ¿lo sabes? Es miércoles. Aún estamos a miércoles. Cuando esperas con ansia a que llegue un día, el tiempo se hace eterno, ¿verdad?

—Sí, Adelina, tienes toda la razón.

—No te importará quedarte solito un poco más, ¿verdad?

—Claro que no, tengo mi viejo televisor, que ya me hace compañía.

—Bajo un momento a comprar algunos confites para llevarlos a La Gherarda. ¿Necesitas algo?

—No te preocupes, ya se encargará la rumana, que debe de estar a punto de llegar. Pero tú vete. No quiero que coincida contigo en casa, que si no se pone a hablar y no hace nada.

—Pues nos vemos luego. No te canses demasiado.

Adele baja las escaleras, sale y, una vez está en la calle, alza la vista hacia la ventana. Detrás de la cortina apenas se intuye el rostro impertérito,



deformado como una lámina de plástico que ha quedado expuesta demasiado tiempo al sol. Levanta la mano y lo saluda con una sonrisa, feliz de vivir en ese mundo en el que su marido aún puede verla y hablarle.

\*\*\*

Grazia entra en casa. La cesta rebosante de panes está delante del pequeño cuarto de la lavadora. Entra, aparta la mesita de la pared y desenchufa el cargador.

Se lo mete en el bolsillo mientras pasa frente a la puerta de la habitación de Viola.

La habitación de Viola.

Sabe que no tiene permiso para entrar. No en ausencia de ella. Es la ley que regula la vida y las buenas relaciones de la casa.

Pero...

Pero la puerta no está cerrada con llave. Pero esa ley se escribió antes de que su vida privada se precipitara al vacío de un turno continuo de trabajo de veinticuatro horas. Pero si su hija no hace otra cosa que fumar porros, es su deber descubrirlo antes como madre que como *carabiniere*. Además, no es la primera vez que hace una inspección no autorizada sin dejar rastro alguno.

La habitación de su hija es una antología de distintas épocas. En la estantería están los peluches de cuando era pequeña, Winnie the Pooh y Tigger, las cajas del equipo de música viejo, libros, cuadernos, diarios, CD por todas partes, DVD, cables de todos los tipos habidos y por haber. Sus libretas de dibujo. Era buena. En la pared hay el póster de un grupo de rock que parece una banda de asesinos en serie satánicos, y también un póster antiguo de animales del bosque. En la mesita está su vieja edición de *Spoon River*, los poemas de Masters. Los lee a menudo. Quizá le recuerdan a ese chico que le regaló la guitarra. Quizá cree que puede oír su voz como los protagonistas de esos poemas, que cuentan su vida sin el ansia de tener que vivirla. Viola perdió un amigo al que quería mucho, y a veces su madre tiene la impresión de que no la ayudó lo suficiente a «digerir la pérdida», como dijo el psicólogo que llegó al pueblo tras el Día del Puente. Es lo que les sucede a los supervivientes de un desastre. En ese sentido, es como si todos los habitantes del pueblo fueran eso mismo: supervivientes.

Frente a la mesita están las botas que se pone para dar sus paseos y una mochila con el dibujo de una enorme araña. Impresiona bastante, la verdad.

Las botas están empapadas. Debe de haber ido a pasear por el bosque. Qué raro. Están chorreando. Quizá hace poco que ha vuelto. Deja la bolsa para abrir el cajón y oye el ruido.

Al principio solo es una intuición indefinida. Una idea que le atraviesa la mente sin adoptar un aspecto preciso. Luego cobra forma. Viola dibuja muy bien. Ha estado en el bosque hace poco.

Coge la mochila. La deja en la cama, atenta a la disposición de los objetos para reproducirla exactamente en cuanto haya finalizado el registro no autorizado.

Y lo encuentra.

Un espray de pintura roja.

¿Cómo es posible que no se haya dado cuenta hasta ahora? De repente todo encaja. Hay incluso un último detalle que se vuelve cristalino en toda su diáfana evidencia. Está escondido entre todos los otros del póster, el de los animales del bosque. Grazia se acerca, con el espray de pintura en la mano, como si se sintiera arrastrada por una fuerza mística.

En el póster aparece el búho, el lobo.

Y el ciervo. No tiene la expresión demoníaca que ha visto esta noche, pero el perfil es idéntico al que han dejado en la escena los Espíritus del bosque.

## CAPÍTULO 22

El gnomo dice que a veces la mejor forma de encontrar algo es dejar de buscarlo. De modo que Giulio se ha afeitado, se ha puesto el forro polar, ha ordenado el escritorio, dejando en la mesita de noche la carpeta con las fotografías y los recortes de periódico sobre el Día del Puente, y ha preparado la libreta de dibujo con los lápices afilados.

En la nueva historia del gnomo hay una casa en el árbol, un padre que debe irse, un niño que se pierde en el bosque, su hermano que va a buscarlo y un padre, el mismo de antes, que al final vuelve. Las historias del gnomo siempre tienen una estructura circular. Dejan esa reconfortante sensación de que al final todo tiene sentido y encaja.

Giulio coge el lápiz y empieza con el árbol. El gnomo dice que los árboles tienen raíces profundas y sólidas, no como las personas, de modo que ya le está bien empezar así. El árbol tiene un agujero por el que asoma un viejo búho. Al gnomo le gustan los viejos búhos. Y hay dos ramas grandes entre las que está encajada la casa, de la que baja una escalera hasta el suelo. ¿Mariposas? Un par, una azul celeste y otra amarilla, ¿queda bien? ¿Pájaros? En lo alto, a la izquierda, mamá pájara seguida de tres pajaritos. ¿Una ardilla? ¿Por qué no? Corre por una rama, quizá con la indefectible bellota entre las garras. ¿Patrizia? No lo sé, recuerdo que estaba muy enfadado, por la vergüenza que me hizo pasar cuando salió del local, y en lugar de insultarme y hacer que me detuvieran, me llevó a casa. ¿Te llevó a casa? Estaba agarrado a ella, en mi habitación. Es ahí donde me aferré a ella. La imagen es clara, se refleja en el espejo. Ahora la veo. El gnomo tenía razón: para encontrar algo debes dejar de buscarlo.

—Déjame, que me haces daño —le dice Patrizia, que lo ha arrastrado por las escaleras, hasta el interior de su apartamento. Ahora está claro.

Giulio observa los ojos del búho, que lo mira desde el interior de la

cavidad del árbol grande. Parecen sonreír. Deja caer el lápiz. Vuelve a la mesita y coge la carpeta de su madre. Vacía el contenido en la cama. Busca la página con la fotografía de Patrizia. Hay algo que regresa de las tierras del olvido.

—Apártate de una puta vez o llamo a la policía para que te detenga.

Es el guarda de seguridad del local en el que está Patrizia. Giulio no se tiene en pie, pero grita que tarde o temprano los matará a todos. Ella se dirige hacia él. El taxi, las escaleras de su apartamento. La agarra, se aferra a ella para no caer. No quiere que se vaya.

—Déjame, que me haces daño —le dice Patrizia.

—Pues vete. ¿Qué has venido a hacer aquí?

—Estás arruinando tu vida, Giulio. ¿Por qué te humillas de esta manera?

—Deberías saberlo, has desempeñado un papel importante en este espectáculo.

—Esta noche es la última vez, Giulio. La próxima llamaré a la policía y te meterás en un buen problema. Podrían detenerte. ¿Lo entiendes? No quiero seguir viviendo así. ¿Por qué me haces esto? No deberías haber tomado este camino, no debes beber, podría ser peligroso. Voy a llamar a emergencias.

—No.

—Pues para.

Giulio está a punto de decir «no», pero cae al suelo. Patrizia lo ayuda, lo arrastra hasta la cama. Su almohada. Nota un dolor en la cabeza, se tapa la herida con los dedos, sale sangre.

—Te he arañado con el anillo, lo siento —dice Patrizia.

Luego su voz se aleja mientras discute por teléfono con alguien sobre el servicio de emergencias. La voz se aleja, se pierde.

Giulio se mira en el espejo. La herida de la ceja, ahí está. Fue Patrizia, es verdad, pero no porque él la estuviera agrediendo. No hay rastro de su agresión y del intento desesperado de una mujer por defenderse. Solo ha sido un accidente.

Necesita agua fresca. Va al baño, abre el grifo y se lava la cara. Mientras se seca, con la toalla, ve el coche de los *carabinieri* bajo la ventana. Esta vez está solo el chico. Le toca su turno de vigilancia. Vuelve a la habitación. «Deja de buscar», le repite el gnomo. Aquí dentro hace demasiado calor.

Quiere que entre un poco de aire frío, una ráfaga. La ventana que da al lado opuesto de la carretera, al bosque que hay detrás de La Gherarda. Abre la ventana. Entra el aire frío. Hay un tímido rayo de sol, que llega de algún lugar y se refleja en la nieve helada. El aire gélido le llena los pulmones. Entonces, de repente, el gato naranja se cuele dentro. Debe de haber subido por la escalera de mano. Da una vuelta por la habitación y luego elige uno de los cojines de la cama.

—Ponte cómodo, tranquilo.

—Eh, Rodari —dice una voz que susurra bajo la ventana. Giulio se acerca, la busca. La encuentra—. Échame una mano, Rodari. Tengo problemas.

\*\*\*

Katerina ha vuelto a casa de su visita a la perfumería. Se ha quitado las botas camperas blancas, se ha quitado los calcetines y ha apoyado los pies con las uñas pintadas de verde esmeralda en la mesita que tienen delante del televisor. Dan un programa en el que sale una loca que no puede tirar nada, lo guarda todo: cajas, bolsas, cajas grandes, paquetes, todo. Vive sepultada bajo un montón de trastos inútiles. Morirá ahogada.

Antes de tumbarse en el sofá, Katerina ha abierto un paquete de salmón ahumado escocés de veinte euros los cien gramos, uno de tostaditas, mantequilla salada y una botella de Carpenè Malvolti. Falta poco para que se vaya y debe relajarse porque los nervios son fatales para la piel.

Mira a la mujer que vive enterrada en su propia casa y piensa en el sol que brilla en la bahía de Sosúa, rodeada de palmeras junto a la playa caribeña bañada por el sol de las Antillas. Así está escrito en ese sitio, y así debe de ser. No es el hombre más guapo del mundo, pero sabe tomar la iniciativa, y no acabará enterrado bajo una montaña de cosas inútiles tras la barra de un bar triste y sórdido como el resto de ese agujero inmundo.

La voz de Álvaro Soler despierta el iPhone dorado que hay sobre la mesita de cristal.

Yo quiero que este  
Sea el mundo que conteste  
Del este hasta oeste  
Y bajo el mismo sol

El nombre que aparece en la pantalla es el de Sara y la imagen de perfil es un gato que juega con una margarita.

Ahora nos vamos  
Sí juntos celebramos  
Aquí todos estamos  
Bajo el mismo sol

Antes de responder, Katerina coge el mando del televisor y le quita el volumen.

—¿Diga? Cariño... ¿Hoy por la tarde en tu casa? ¿Estás solo, solito, cachorrito? ¿Quieres hacer cositas con tu conejita? ¿Me has preparado una sorpresita? Ya sabes que las sorpresitas me encantan... Oye, y ¿cuánto falta? Ya te he dicho que él me mira mal, creo que se está volviendo loco... No quiero ni pensar en ello, la simple idea me da asco, siempre apesta a vino, suda como un cerdo... Amorcito, yo quiero irme contigo, pero ¿cuánto falta aún? ¿No pueden dártelo antes todo ese dinero? Pues intenta acelerar los trámites, que yo tengo miedo de morir sepultada bajo esta inmundicia... Vale, hoy por la tarde iré a verte... Esta noche se me ha ocurrido un juegucito que podría hacerte... No, tendrás que esperar.

Sube el volumen del televisor, coge una loncha de salmón escocés y la pone sobre una tostada crujiente y dorada. La mujer que ha llenado su casa de toda esa porquería ahora llora, dice que no quiere seguir viviendo así y que quiere que alguien la ayude a deshacerse de todo aquello. Sería mejor que prendiera fuego a ese vertedero y se fuera a vivir a otra parte. Es más, sería aún mejor que se quemara ella misma con la casa. ¿Cómo se le puede ocurrir a alguien la idea de hacer un programa como ese?

Le da un mordisco a la tostada y cambia de canal.

\*\*\*

Barbara está haciendo inventario en la despensa junto con Akan, cuando oye sonar la campanilla de la puerta de entrada. Es Dorina.

—¿No sabes lo que ha pasado en el súper de Fioralba!

—¿Qué ocurre? —pregunta Barbara, que empieza a preparar el café de cebada con la cáscara de naranja para la amiga.

—Conoces a Rachele, ¿verdad? Estaba ahí, dale que te pego, con

Panciardi, hablando de Giulio. Las he oído bien. —Se quita el abrigo y lo deja en una silla. Barbara le mira la oreja. Se ha puesto el aparato, mejor así. Es el día de la partida de *burraco*, y cuando se lo quita, a veces le da un poco de vergüenza tener que repetirlo cada dos por tres si quiere té—. Decían que tiene los genes de su tía, ¿te das cuenta? Decían: «Se ha echado a perder, es culpa de los genes de Amanda». Pero han parado enseguida, fíjate, en cuanto me han visto esas dos víboras.

—La gente habla, Dorina. Siempre lo ha hecho. Y esas fotos que publica el periódico no fomentan la discreción.

—Entonces, ¿has comprado el periódico?

Barbara le sirve la taza con el café de cebada y la corteza de naranja.

—No te distraigas, Dorina. No quiero perder con Mirna y Adele. Hoy menos que nunca.

—Pero ¿la oíste ayer? «Estábamos ocupados. Hemos ido a la ciudad a comprar un nuevo horno eléctrico». Cuánto la odio. Y luego, ¿te fijaste en lo babosa que es con él? «Que si Eugenio esto, que si Eugenio lo otro, Eugenio es el alcalde y está muy ocupado». Me la imagino. A veces creo que lo hace a propósito cuando está con nosotras, en serio. Estoy convencida de que disfruta restregándonos por la cara que ella sí que tiene marido.

—¿Qué cosas más horribles dices, Dorina!

Se miran un rato en silencio. Dorina intenta contenerse. Barbara cede y estalla en carcajadas.

\*\*\*

Bajo la ventana hay alguien con un casco negro.

—¿Quién eres? —le pregunta Giulio.

El desconocido se quita el casco negro. Es la chica, la hija de Grazia, la que fue a comer el otro día.

—Soy yo, Viola —dice.

—¿Te has perdido?

—La patrulla anda por aquí.

—¿Has atracado un banco?

—¿A ti qué te pasa, has comido pan y simpatía? Como me vea, se lo diré a la Sargenta y me meteré en un buen problema. Justamente ahora, cuando menos me conviene.

—Menudo problemón, estás casi peor que yo.

—¿Puedo subir?

—Creo que es mejor que no. Estoy bajo arresto domiciliario, ¿recuerdas?

—No se lo diré a nadie.

—Y estoy ocupado.

—Me quedaré en un rincón y no te molestaré. Yo también tengo cosas que hacer.

La chica saca el teléfono del bolsillo del abrigo y mira la hora.

El teléfono.

—¿Tiene internet ese trasto? —pregunta Giulio.

—Sí, y también tengo un adaptador USB con datos ilimitados.

\*\*\*

Los leñadores han vuelto al trabajo. En el Fuga han quedado Gerri, su sed, las maquinillas que cantan hambrientas y Ghinozzi, que está hurgando en un monedero y alinea en la barra una larga fila de monedas pequeñas para pagar sus Campari con la calderilla.

—Debes prestar más atención, Gerri. Esa te va a desplumar vivo —dice, contando un puñado de monedas de cinco céntimos—. Te va bien que te pague en suelto, ¿verdad? Es que me pesan mucho en el bolsillo.

—¿Qué rumores corren por ahí? —le pregunta el dueño del bar, mirando la estela de calor que dejan sus dedos en el acero frío de la barra.

—¿No te los imaginas?

—También lo decían de mi padre, pero no eran verdad.

—Lo sé, Gerri. La gente habla. Yo sé que no eran ciertos. Pero la rubia... Ella no es como tu madre. He oído decir que está siempre en la esteticista, en el balneario, en la perfumería, que va dejando un rastro de dinero por donde pasa, como si fuesen las babas de una babosa. Sé que no es asunto mío, pero a este paso te arruinará. Y me ha parecido que tenía el deber de decírtelo, aunque solo fuera por la buena relación que siempre tuve con tus padres. —Ghinozzi se pone el gorro con orejeras y le señala la hilera de monedas que ha dejado en la barra—. Cuéntalas, nunca me ha gustado engañar a la gente.

Mientras la puerta se cierra a la espalda de Ghinozzi, Gerri piensa en sus padres. En las habladurías que circulaban por el pueblo, solo porque su madre era una mujer guapísima. Decían que Carmela conocía todos los secretos del



chocolate. Y era cierto. El licor de la casa, el que hacían con chocolate, el que beben los leñadores para entrar en calor, era receta suya. Esa mañana había salido de casa para ir a recoger unos análisis. Gerri le oyó contar la historia a su padre miles de veces. Estaba convencida de que estaba enferma, pero lo cierto era que no tenía nada. Estaba más sana que una manzana. Pero no llegó a saberlo porque esa mañana el autobús en el que viajaba para acudir a la cita en que debían comunicarle que estaba bien pasó por el puente equivocado. Su padre se fue del pueblo al cabo de un año para volver a Sicilia, con su hermana. A Gerri le dejó el bar y un par de buenos consejos sobre las mujeres que él no ha seguido.

## CAPÍTULO 23

—Iba a trabajar a la sala de ensayos, pero me he cruzado con la patrulla —dice Viola, entrando por la ventana—. Por eso me he metido aquí detrás. Estaba esperando a que se fuera, pero al parecer ese chalado se va a pasar el día ahí debajo. ¿Qué pasa, tienen miedo de que huyas?

—¿Qué significa que ibas a trabajar? ¿No vas a la escuela?

—Minucias. Estaba aquí detrás, he visto que el gato subía por las escaleras y la ventana estaba abierta. —Ve el gato en la almohada y se acerca a acariciarlo—. Por cierto, muchas gracias, amigo. Hoy me has salvado.

—Creía que era yo quien te había salvado —dice Giulio.

—Pues podrías cerrar la ventana, así me evitas un problema.

—Lo siento, no estoy acostumbrado a recibir visitas. Ya sabes, como estoy...

—Bajo arresto domiciliario, sí. No paras de repetirlo. ¿Estabas trabajando? —le pregunta, señalando el escritorio. Viola se acerca a las hojas—. ¿Qué es?

—Un árbol. Estoy preparando una historia que debería empezar aquí.

—Tienes un trazo muy sencillo. Parece que te sale sin esfuerzo. Un día me gustaría enseñarte mis dibujos. Quizá podrías darme algún consejo.

—Sin duda, siempre que no me caiga la perpetua. Por cierto, ¿me prestarías tu USB de datos?

La chica lo mira fijamente. Giulio se siente observado, como si estuviera pasando un examen. Los adolescentes lo hacen y tienen reacciones imprevisibles.

Esta chica, en concreto, parece muy inquieta. Lleva varios *piercings*, tiene un mechón que le tapa los ojos y un maquillaje muy recargado. Se frota con los dedos una larga ristra de aros que le cuelgan de la oreja izquierda.

—¿Para qué lo quieres? —le pregunta.

—¿Y a ti qué te importa? —Quizá debería intentar congraciarse con ella —. Mira... —No recuerda cómo se llama.

—Viola.

—Mira, Viola, tengo que buscar una cosa importante. Te prometo que te lo devuelvo en cuanto la haya encontrado. Mientras, puedes esconderte aquí.

—Me parece que no deberías usarlo. Imagino que si estás bajo arresto domiciliario no deberías mantener contactos con el exterior.

—No deja de ser extraño que esto me lo diga alguien que acaba de colarse por mi ventana.

La chica aún está analizando la situación. Resopla, como si se hubiera visto obligada a dar su brazo a torcer para hacer algo que no acaba de convencerla. Deja la mochila en la cama y se pone a hurgar en un bolsillo, que parece lleno de cosas, hasta que saca un adaptador wifi USB.

—Aquí está. Pero si te descubren, yo no quiero saber nada.

Giulio coge la bolsa del portátil, lo saca y lo enciende.

—¿Puedes usarlo?

—Tranquila, lo ha dicho el juez en su escrito. Puedo usar el ordenador para trabajar, pero no puedo acceder a internet. Por eso han desconectado el wifi aquí. Y por eso necesito tu adaptador. No te preocupes, no te pasará nada. Como mucho podría hacer alguna llamada con Skype, si no me han cerrado la cuenta. Pero lo dudo. Creo que en la vida real las reacciones de la justicia no son tan inmediatas como en las películas.

La chica asiente, parece convencida. Se quita el abrigo, se tumba en la cama y coge el gato naranja en brazos.

—Y ¿qué trabajo vas a hacer a escondidas? —le pregunta Giulio mientras el portátil carga el sistema operativo.

—Estoy trabajando en una canción, pero creo que será instrumental, de modo que no sé si se puede hablar de una canción propiamente dicha. Quizá sea más correcto decir «tema musical», ¿no crees?

—Suenan interesante.

El portátil ya está casi preparado.

—Tengo un grupo, como te decía el otro día: los Lilith. Nos separaremos el 21 de junio, y antes de hacerlo queremos grabar este tema inédito para subirlo a YouTube.

—Y ¿de qué va?

—No tiene letra, es instrumental, ya te lo he dicho.

—Y, según tú, ¿los temas instrumentales no tratan de nada? Menuda

música estás hecha.

—Está inspirado en algo que nadie debería olvidar. Quizá trata de esto.

—Parece un tema compuesto pensando en mí.

—Entonces, ¿es cierto? —Viola deja el gato y se sienta—. Lo que han publicado los diarios, quiero decir. Que has perdido la memoria y todo lo demás.

—No sé qué es todo lo demás. Pero que he perdido la memoria es verdad.

—Y ¿qué se siente?

—¿Es eso lo que quieres saber?

—¿Por qué?

Giulio se vuelve.

—Porque has entrado en la habitación de un sospechoso de homicidio. Y ahora estás a solas con él. ¿De verdad es eso lo que más te interesa? ¿Saber lo que se siente al perder la memoria?

—Mi madre dice que no fuiste tú.

—¿En serio? Espero que tenga razón.

—¿Cómo era de joven?

—Una buena chica, diría yo. No de las que entran en una casa por la ventana —dice Giulio, señalando la que ha utilizado Viola.

Cuando dirige la mirada a la pantalla, el portátil ya está preparado. Introduce el USB y se abre una ventana que le pide la contraseña.

—¿Qué pongo?

—No me has respondido.

—Íbamos juntos a la escuela. Han pasado veinte años, ¿qué quieres que te...?

—No me refería a eso. Quiero saber qué se siente al perder la memoria. Olvidar algo, pero saber que se trata de algo importante.

Giulio observa la pantalla del ordenador. El cuadro de texto necesita la contraseña. Solo eso.

—Una vez estaba en un cine. Daban una película sobre los sueños, de un director iraní. Cuando acabó, yo tenía la sensación de que faltaba una parte de la película, de modo que fui a la taquilla y les pregunté si habían montado bien todas las bobinas.

—¿Bobinas?

—Cuando el mundo aún no era solo digital, las películas se montaban en bobinas. La mayoría tenían más de una.

—Sigue.

Viola se quita los zapatos y cruza las piernas en la cama.

—Al final, el tipo de la taquilla me dijo que faltaba una bobina porque no se la habían mandado y que él había tomado la decisión de proyectar las que tenía. Así, sin avisar a nadie. Yo no conocía la historia de la película. Y puedo asegurarte que la comprensión narrativa era el último de los problemas que tenía el director. Sin embargo, enseguida tuve la sensación de que faltaba algo. Y me quedó esa especie de laguna. Pues es la misma sensación que tengo de esa noche. Sé que pasó algo, pero es como si alguien me lo hubiera borrado de la cabeza. Sé que me falta información, pero no puedo unir los diversos fragmentos porque es como si nunca los hubiera tenido. Es como si nunca hubiera visto ese fragmento de la película. Y no sé dónde buscarlo.

Qué raro, hasta ahora nadie le había preguntado cómo se sentía. Le habían hecho todo tipo de preguntas, pero no la que le había planteado esa chica tan extraña, con un toque punk.

—*Procolharum*, todo está vinculado. ¿Sabes cómo se escribe? —le pregunta Viola.

—¿De qué hablas?

—De la contraseña que me has pedido.

Le gustaría saber cómo es posible que una chica como ella conozca un grupo como ese, pero en estos momentos tiene asuntos más urgentes que atender.

Introduce la contraseña. El ordenador se conecta a internet.

\*\*\*

Katerina quema salmón, mantequilla y *prosecco* en la bicicleta estática de 999 euros que tiene en la habitación, frente a un televisor de 42 pulgadas en el que una chica muy guapa, muy simpática y con un cuerpo esculpido en el gimnasio debe vivir en la misma habitación que un tipo obeso, vago, que cree que lo sabe todo y que es tan aburrido como esos libros que afirma haber leído, pero que luego resulta que solo ha leído el argumento en Wikipedia, como hace la gente normal. Si van a perder el desafío del *reality*, debería quedar claro que la culpa es de ese gordinflón engreído.

El iPhone dorado que descansa en la pantalla de la bicicleta se enciende. El nombre y la cara que aparecen se parecen mucho al gordinflón aburrido. Gerri la está llamando desde el bar. Pero ¿por qué la llama tan a menudo?

¿Por qué no puede vivir su vida sin tener que estar interrumpiéndola cada vez que hace algo importante?

—Estoy haciendo ejercicio —le dice después de responder a la llamada con todo el resentimiento que es capaz de reunir.

—Tienes que ayudarme con los almuerzos.

—¿Necesitas que alguien te explique cómo se calientan los bocadillos?

—Necesito que alguien me caliente los bocadillos mientras yo hago otras cosas.

—¿Y qué otra cosa vas a hacer en ese antro de mala muerte?

—Como no vengas ahora mismo, voy yo y te traigo a rastras del pelo. Pronuncia unas erres muy suaves por culpa del vino blanco espumoso.

—¿Estás borracho?

—Estás jadeando. ¿Qué haces?

—Ejercicio con la bicicleta estática, ya te lo he dicho.

—Voy a llamar al fijo de casa, a ver si respondes.

Y cuelga.

Katerina mira el iPhone, mudo. Ojalá fuera la cara de Gerri para estamparla contra el manillar de la bicicleta.

Suena el teléfono de casa.

Intentando reprimir las ganas de gritar, se levanta de la bicicleta y se dirige al inalámbrico que tiene en una estantería del pasillo.

—¿Contento?

—Ven al bar.

—Eres un maníaco. Y un borracho. Me das asco. Me llega hasta aquí el pestazo de vino.

—Como no vengas, voy yo a buscarte.

—Vete a la mierda. Primero duerme la mona y luego ya hablaremos.

Coloca el teléfono en la base con un golpe tan fuerte que está a punto de partirlo en dos. Solo le faltaba eso. Como ese imbécil se atreva a dar al traste con su plan, se enterará. No habrá marcha atrás.

\*\*\*

—No me gusta ser una aguafiestas —dice Viola—, pero todo lo que hacemos en internet queda registrado y, lo siento, pero resulta que mi madre es sargenta de los *carabinieri*, por lo que no me gustaría meterme en problemas por culpa tuya. Y esto que estás haciendo me pone un poquito nerviosa. Creo

que no deberías, en serio. —Giulio ha abierto un perfil de Google. Cuando ha aparecido la página, Viola ha visto que el nombre de usuario es Patrizia Alberti—. Al menos dime qué intentas hacer. Le he prestado mi conexión de internet a un tipo sospechoso de haber asesinado a su prometida y de haber hecho desaparecer el cadáver, no me parece tan raro estar algo nerviosa.

Giulio se vuelve, como si de pronto se hubiera dado cuenta de algo importante.

—Siempre puedes decir que lo has perdido, quizá en el bar de aquí abajo. Yo lo he encontrado y así es como lo he utilizado.

—¿No se te ocurre nada más convincente?

—Tengo que comprobar una cosa. A lo mejor puedes ayudarme. El juez ya ha decidido que soy un monstruo sediento de sangre y si no logro hacerle dudar, la cosa acabará mal.

—¿Y no debería ser tu abogado quien se ocupara de estas cosas?

—Aún no he decidido si será él quien me defienda.

Giulio ha consultado la lista de contactos. Ha encontrado el que estaba buscando, al parecer. Se llama Leonardo Maccari. Es rubio, sonrío y tiene los ojos claros. Parece salido de un anuncio de chicles como los que hacían en los ochenta.

—Aquí está.

—¿Puedes explicarme al menos qué estás haciendo?

—El despacho de Patrizia gestiona los mensajes de correo electrónico y la mensajería a través de una cuenta de Google.

—Y que tú acabas de violar.

—Soy un acosador. ¿No era eso lo que decía el periódico?

—Creo que he cometido un grave error al venir aquí. Quizá deberías devolverme el adaptador wifi.

Giulio se vuelve hacia ella. Respira hondo y frunce los labios en una mueca de preocupación.

—Escúchame bien, Viola que escribe temas instrumentales para un grupo que se separará antes del verano. Grazia, tu madre, quizá tenga razón. Al menos espero que así sea. Pero los demás ya me han condenado, y si no encuentro algo que pueda ayudarme, nunca sabremos si tienen razón o no. ¿Eres consciente de lo que supone vivir con una duda como esta?

—Me voy a meter en un buen lío, lo estoy viendo.

En el Fuga, la hora de la comida se aproxima siguiendo el ritmo alterno de los Campari y los combinados de gaseosa con vino blanco. Los precios son bajos; tanto, que el dinero que les sobra a los clientes acaba en las maquinillas, que están ahí al lado y los seducen con su música, tan hambrientas como siempre.

Gerri apoya un brazo en la barra. Esta mañana se ha pasado con el blanco espumoso y ahora está un poco aturdido. No entiende demasiado bien lo que dicen los clientes. Sobre todo los kosovares que acaban de salir de su turno en la carpintería. Hablan, hablan y hablan a voz en cuello, como si estuvieran en una verbena. Levantan los vasos y los vacían de un trago. Y no le queda más remedio que llenarles otra vez los malditos vasos. Además, debe llevar la cuenta de todo lo que toman porque vale que los precios son bajos, pero como te distraigas, estos pagan uno sí y uno no. ¿Y si fuera uno de ellos? Uno de esos jóvenes de hombros fornidos y musculosos. A lo mejor primero se tira a Katerina y luego pasa por ahí a tomar el aperitivo. Y paga uno sí y otro no.

Animales.

Esa es la imagen que se apodera de su cabeza. Los kosovares de hombros fornidos están desnudos, en el bosque. Jóvenes, musculosos, manchados de tierra. Entre los árboles, de repente, es como si se encendiera la luz y apareciera ella, Katerina. Con su larga melena ondeando al viento. La carne pálida de su cuerpo desnudo, tapado solo por un arbusto de mirto. Los labios rojos. Los pechos turgentes y los pezones erectos por culpa del aire frío. Los kosovares la miran. Se excitan. Se dirigen hacia ella. Parece un ritual de caza, se mueven en manada. La rodean. Ella es preciosa y está en peligro. El primero está a punto de saltarle encima, pero la flecha le perfora la garganta. Los demás miran a su alrededor. Su compañero cae al suelo sacudiendo las piernas, pero solo durante unos segundos, luego se queda quieto. Los demás están aterrorizados. La segunda flecha le atraviesa el corazón a otro. Apenas tiene tiempo de darse cuenta de que va a morir antes de caer sobre un arbusto. Huyen. Escapan. Al final Katerina le sonrío. Gerri echa el arco a los hombros. Se acerca hasta ella. La besa. Es un beso largo y apasionado, antes de tumbarse en un lecho de musgo y besarla una vez más.

—Gerri, ponme otro Campari, que me duele la cabeza.

Maglio está ante él. Es un bisonte. Tiene la frente sudada. ¿Dónde estaba antes? ¿Por qué suda? ¿Y si es él el cabrón que se cepilla a Katerina?

—¿Me oyes, Gerri? —le pregunta—. Tienes una cara rara.



\*\*\*

Giulio busca los mensajes que recibió de Maccari. Encuentra varios. Asuntos de trabajo. Y de otras cosas.

Nos vemos esta noche.

Así pasamos un rato a solas, ¿te apetece?

Pero ¿qué te pasa?

Quiero vivir sin miedo.

Tarde o temprano tendrás que dejar esta historia, ¿no crees?

Me he dado cuenta de lo especial que eres.

Esta vez no me des plantón.

—Este tiene futuro como poeta —dice Giulio.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —pregunta Viola.

—Hay muchas cosas. Necesito un poco más de tiempo.

—Pues sigue. Yo, mientras, echo una cabezadita, si no te importa.

Giulio se da la vuelta. Viola se ha metido bajo el edredón mientras él leía los mensajes del ordenador. Tiene la cabeza apoyada en la almohada y se está poniendo los auriculares del iPhone.

—¿Duermes? ¿Aquí? ¿En mi cama?

—Hueles bien, no me importa. Al final, si voy a meterme en problemas, es mejor que descanse un poco.

La chica que conoce a los Procol Harum y escribe canciones de cosas que no deberían caer en el olvido ha cerrado los ojos. Giulio la mira y le parece reconocer la necesidad apremiante de encontrar un lugar en el que refugiarse. Quiere correr las cortinas para que tenga un poco de oscuridad. Se acerca a la ventana y ve que el coche patrulla ya se ha ido. Y tiene la sospecha de que Viola lo sabe.

\*\*\*

Donato examina las huellas que hay en la nieve, concentradas en torno a la cabaña de GeoService. Los Espíritus llegaron de la carretera. Con la luz del día ha examinado las marcas, y entre las que han dejado los empleados de Magliarini Servicios Forestales y las del coche patrulla de la policía, cree haber identificado al menos un par de moto. Pero los leñadores han espalado la nieve que había alrededor del edificio prefabricado, quizá de madrugada, ya que son ellos los encargados de cuidar del edificio. Y en el bosque no había ninguna huella. Aparte de las que han dejado ellos mismos.

Donato mira entre los árboles, intenta repetir el camino que han recorrido de noche, siguiendo el resplandor verde que, según el sitio de internet en el que se ha documentado sobre el tema de bosques infestados de espíritus, podrían ser fuegos fatuos. Habitualmente son azules y están provocados por materia orgánica, pero en este caso eran verdes y se movían a demasiada velocidad para ser fenómenos de combustión natural.

Un reflejo. El único rayo de sol que se ha visto por aquí desde hace mucho tiempo. Demasiado para un cabo arrancado de su pueblo de mar y arrastrado a la montaña. Debe de haber sido el brillo provocado por algo metálico, o quizá un cristal.

Donato mira en esa dirección. De nuevo un reflejo, en mitad del bosque. Se dirige hacia allí. Las huellas que la Sargenta y él dejaron la noche anterior vuelven hacia atrás. Sin embargo, él avanza.

Otra vez el reflejo. Es algo que parece colgar de un árbol.

\*\*\*

Grazia ha regresado al cuartel. Ha puesto a cargar el teléfono, le ha ordenado a Donato que se encargue del servicio de vigilancia de La Gherarda y ha buscado el sobre donde había guardado el pañuelo manchado de pintura que encontraron en la sede de GeoService. Lo abre sobre el escritorio. Solo quiere confirmarlo, pero si el rojo no fuera el mismo, habría una mínima esperanza de que las cosas... El color es idéntico. Ha rociado un par de gotas, pero le basta para eliminar cualquier duda sobre el motivo por el que las botas de Viola estaban empapadas a primera hora de la mañana.

\*\*\*

Donato ha llegado al objeto que emitía el reflejo. Parece un extraño artefacto: tres hélices montadas dentro de una estructura metálica ligerísima.

Tiene un ojo pequeño que recuerda al objetivo de una videocámara, y un segundo dispositivo más parecido a un reproductor minúsculo.

Nunca ha tenido uno en la mano, pero la última vez que entró en Euronics, para hacerse con la nueva versión de *Call of Duty* para PlayStation 3, se acercó a los extraños dispositivos expuestos en un estante.

La luz verde procedía de ese objeto volante, que debe de haber quedado atrapado entre las ramas. Ahí está la explicación de lo que son los Espíritus del bosque.

Son drones.

\*\*\*

Viola abre los ojos. Giulio sigue frente al ordenador. Aún estará leyendo todos los mensajes de su ex. ¿Se puede estar obsesionado con alguien hasta tal punto? ¿Hay forma de dejarlo? ¿De sobrevivir al pasado sin sentirse culpable? ¿Logrará hacerlo?

De no haber sido por el coche patrulla, probablemente a estas alturas ya habría recuperado el dron que había quedado atrapado en el bosque la otra noche. Le ha enviado un mensaje a Diego, que se encargue él. Pero no le disgusta seguir ahí, incluso después de haber visto que el *carabiniere* ya se había ido.

Consulta la hora en el teléfono. Ha llegado casi el momento de salir de la habitación de Rodari y volver a casa, que hoy la Sargenta ha decidido dejarle la comida preparada en la cocina. Cuando lo hace, normalmente suele ser un plato de pasta fría con atún, tomate y mayonesa que, junto con las tostadas, constituye el recetario que domina su madre.

—¿Sigues ahí? —le pregunta a Giulio.

Rodari se vuelve. Le sonrío. Tiene los ojos rojos. Ha llorado.

—Buenos días.

—No tienes muy buena cara.

—Es lo que suele pasar con los recuerdos, que a veces quedan ocultos en el lugar donde hacen más daño.

## CAPÍTULO 24

El Panda todoterreno de Adele tiene una misión que le permite seguir funcionando una revisión tras otra: dos kilómetros a la ida y otros dos de vuelta, los miércoles por la tarde. En esta ocasión, el asiento del acompañante lo ocupa Mirna, su compañera histórica en el duelo de La Gherarda, la partida de cartas que cada semana celebran en el hotel y que las enfrenta a Barbara y a esa maldita tacaña, su prima Dorina.

Antes de subir al coche, Adele pasa por la Farmacia Novelli para comprar un paquete de confites y llevarlos como homenaje a sus rivales. Hasta ahora nunca han comido uno de esos durante la partida, pero en la composición dice que contienen una pequeña parte de aceite de ricino, y el placer de regalarle uno a Dorina no tiene precio.

Cuando llega la hora, Adele arranca el Panda, que enciende a la primera y recorre la carretera para llegar a la casa de Falconi, de la que Mirna sale corriendo con una bandeja de galletas recién salida del horno en cuanto ve aparecer el coche de su compañera desde la ventana.

El viaje de ida transcurre en silencio. Cargado de tensión. El clima del viaje de vuelta depende en gran medida del resultado de la partida. Una batalla que se libra al mejor de tres y que, entre pausas para el té y alguna que otra pequeña discusión que acaba alimentando la competitividad, les permite pasar toda la tarde.

Al otro lado de la barricada, Barbara y Dorina esperan junto a la ventana, imaginando las mejores manos del juego para darles una buena paliza a sus adversarias. Porque aquí no se trata de ganar. El verdadero objetivo del juego consiste en humillar al enemigo. Cerrar la partida en la ronda antes de que el rival decida cobrarse todos los puntos que tenga en la mano, porque de ese modo el bochorno será aún mayor. Y una frase como «qué pena lo del comodín» se convierte en el sutil canto de triunfo que todo jugador de este

juego despiadado espera entonar al menos una vez en cada partida.

Llega el Panda. Mirna y Adele bajan y cierran a la vez las puertas tras de sí. Cruzan la carretera con paso seguro, casi arrogante. Como si fuera la escena de una antigua película del Oeste. Mirna, con bandeja de galletas caseras y Adele con su cajita de confites digestivos. Barbara se acerca para abrir la puerta con una sonrisa de bienvenida que desaparecerá en cuanto se sienten a la mesa, vestida con un mantel verde y tazas de té.

—Hace mucho frío hoy —dice Mirna—. Y parece que aquí aún hace más que en el pueblo —añade, abriendo las hostilidades.

\*\*\*

Viola le ha dejado el adaptador USB para que se conecte. La cuenta no está controlada y puede utilizarla. Sin vienen mal dadas, siempre tiene la opción de decir que lo perdió en el hotel y Giulio debió de encontrarlo. Violar la prohibición de mantener contacto con el exterior, aunque sea mediante instrumentos informáticos, es lo que menos preocupa a Giulio.

Está cribando los mensajes de correo electrónico de Patrizia. No sabe a ciencia cierta qué busca. Es como intentar satisfacer una abstinencia con pequeños fragmentos de ella. Los que tratan de su nueva relación son dolorosos. Y no porque aquel tenista imbécil pueda estar relacionado con su desaparición, sino por el modo en que Giulio se siente reemplazado, excluido. Porque eso es lo que tienen las obsesiones. Te encadenan a algo que no puedes tener y no te queda más remedio que mirar cómo destruyes todo lo que tienes para obtenerlo. Y cada dos por tres le viene a la cabeza esa historia, siempre la misma. La ballena blanca. Y se repite: «¿Recuerdas el Pequod?».

La primera vez que leíste a Melville te preguntabas por qué Ahab no podía renunciar y volver atrás. No podía evitarlo. Y ahora eres tú quien va a bordo de una nave destrozada, una tripulación dispersa por el mar, y lo único que te tiene en pie es tu desdicha, esa obsesión blanca que te arrastrará al abismo de una vez por todas.

Tú eres el malo. Y cada historia, si la leemos desde el punto de vista del malo, es esto lo que cuenta.

Patrizia se veía con el tenista. Una sonrisa a escondidas en la oficina, un almuerzo juntos en el bar, ella que quiere empezar a jugar al tenis y él que es un apasionado del tenis, y mira tú qué casualidad, que a lo mejor empieza a llover y se protegen con la chaqueta de él para volver a la oficina y corren

bajo la lluvia, tan cerca el uno del otro que pueden percibir sus aromas, como en una de esas historias románticas cuando llega el momento de la canción que lo transforma todo en un videoclip de los años ochenta, de un heavy convertido a la canción melódica gracias a la intermediación del dios del dinero. Es horrible, Patrizia. Te besuquearás con una canción de Bon Jovi. Sorprende el hecho de que tú, la mujer que nunca da nada por descontado, haya acabado convertida en un tópico como este.

—¿Es un alba o una puesta de sol? —le preguntó ella ese día.

Están en la cama. Desnudos bajo las sábanas. En el apartamento de Patrizia. Hace pocos meses que son pareja. En la pared hay una fotografía de Erwitte que le ha regalado él porque no soportaba el blanco de la pared desnuda. Le contó el motivo, su teoría sobre el blanco. La pared le provocaba una sensación de vacío, la impresión de que aquel lugar no tenía alma.

Ahora, sin embargo, hay una pareja que se besa y ríe, reflejados en el retrovisor de un coche aparcado frente al mar, en el que ríe el sol desde el horizonte.

—¿Es un alba o una puesta de sol? —le pregunta Patrizia.

—¿Quieres saberlo?

—¿Hay forma de saberlo?

—Basta conocer el punto exacto en el que se tomó la fotografía.

—Entonces no quiero saberlo.

—Cambias de idea muy fácilmente.

—Habrá días en los que al mirar la foto pensaré que es un alba, y otros en que será una puesta de sol. Y así será siempre bonita de la misma forma.

Hay mensajes de colegas, amigos, conversaciones privadas de trabajo. Giulio no puede dejar de husmear entre los mensajes de correo electrónico. Cada fragmento deviene algo valioso. Cada avistamiento de la ballena, el monstruo blanco, es un paso más hacia el fin.

Hacia el abismo.

—¿Y por qué le has puesto ese nombre absurdo? —le pregunta Patrizia.

Caminan por el paseo arbolado que rodea el parque. Al atardecer, Giulio y ella suelen ir por ahí a tomar un aperitivo. Aún no es el bar con las mesas

tiradas por el suelo y los vasos rotos de aquel día en que perdió el control por primera vez. El inicio del descarrilamiento. Aún no. Es una bonita noche estival. Están hablando de su trabajo. Del gnomo.

—Theophrastus Grimblegromble —le dice Giulio, como quien presenta a un viejo amigo.

—Vaya. ¿Qué significa?

—Es una cita.

—Me lo imaginaba. Eres uno de esos a los que les gustan las citas.

—Philippus Aureolus *Theophrastus* Bombastus von Hohenheim, también conocido, de forma mucho más simple, como Paracelso.

—¿Tenía la barba pelirroja y un sombrero verde?

—Fue un alquimista del siglo XV, la primera persona que empezó a hablar de los gnomos, tomando el nombre de la raíz griega *gnosi*, conocimiento.

—Así que se trataba de una cita culta. ¿Y el apellido?

—Grimble Gromble es el nombre del gnomo de la canción de Syd Barrett, el lisérgico fundador de los Pink Floyd.

—Misterio desvelado. Pero ¿crees que es algo que hará mucha gracia a los padres que compran tus libros para sus hijos?

—Por eso me resulta tan divertido.

Mientras pasa páginas y páginas de mensajes, encuentra uno que le llama la atención por el asunto: «Reapertura de la investigación del derrumbamiento del puente».

No sabía que Patrizia quisiera reabrir la investigación. Hace clic en el mensaje. El remitente es un geólogo. Un tal profesor Ubaldo Giampedretti.

Estimada Patrizia:

Tal y como habíamos señalado, han aparecido nuevos elementos relacionados con la lamentable tragedia, en el sentido de que el reciente descubrimiento del que le hablaba no puede guardar relación con esos hechos. Sin embargo, hay una novedad que considero interesante y que podría poner en conocimiento de quien considere oportuno. Adjunto el informe y permanezco a su completa

disposición para lo que necesite.

Atentamente,  
Giampedretti

—Pero en las historias del gnomo también hay orcos. ¿No tienen miedo los niños?

—Los orcos existen.

—¿Y eso qué importa? ¿Todas esas historias del gnomo sirven para decirles a los niños que los orcos existen?

—Es un poco lo que decía Chesterton sobre las fábulas. Él se refería a los dragones, pero los orcos vienen a ser lo mismo. Los niños ya saben que existen. Y las historias del gnomo les dicen a los niños que es posible derrotarlos.



## CAPÍTULO 25

La pasta fría con atún, tomate y mayonesa escondía una deliciosa novedad: alcaparras. Viola confía en volver antes que Barbara.

Sale de casa con la bolsa y el ordenador. Sube a la moto y deja atrás el pueblo. Un poco más adelante, cerca del cruce con la carretera provincial, hay un vehículo detenido en la calzada. Un Alfa Romeo Giulietta blanco. El ruido del acelerador, las ruedas que patinan. Viola se para. Apoya la moto contra un árbol que hay al lado de la carretera, cuelga el casco del retrovisor y deja la bolsa en parrilla de la parte posterior. Se acerca al coche.

En el interior está Katerina. Con las gafas de sol de espejo y su maquillaje rosa de estrella pop.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunta Viola.

—¿Por qué no llamas a alguien?

—A lo mejor te basto yo.

—¿Sabes conducir?

—Lo intento.

Katerina baja del coche. Viola da un par de vueltas en torno al Giulietta y examina la situación. Su madre le ha enseñado a conducir con nieve, está obsesionada con eso de que tiene que saber conducir en la nieve. Viola intenta compactar la que hay bajo las ruedas y que se está transformando en una papilla fangosa. De este modo los neumáticos se agarrarán mejor.

—Un gato negro ha cruzado la carretera —dice Katerina para explicarle los motivos del derrape—. Para que luego digan que no es verdad que da mala suerte.

—Lo importante es mantener la calma en el momento justo —dice Viola, que se sienta al volante—. Hay que hacer girar las ruedas muy lentamente.

Tras un par de intentos, el vehículo se mueve y sale del lodazal.

Katerina le da las gracias, pero sube enseguida. Parece que tiene mucha

prisa. Abundan los rumores sobre ella.

—Si sigues por la provincial, atenta, porque a esta hora la nieve empieza a derretirse y es fácil patinar —le dice Viola porque salta a la vista que, si está en la provincial, no se dirige al bar, y quiere ver la reacción de Katerina al oírla.

—Gracias —responde con una sonrisa forzada que no se esfuerza en disimular.

Viola sonrío mientras espera que el vehículo se aleje. No toma la carretera para volver al pueblo: tal y como había previsto, sigue por la provincial. Pillada.

Vuelve a la moto, se echa la mochila a la espalda y se pone en marcha.

No sabe que hay cuatro miradas ocultas que lo han visto todo. Dos son humanas, mientras que las otras, a juzgar por el destello que desprenden, pertenecen inequívocamente a dos gatos.

## CAPÍTULO 26

La primera investigación sobre el hundimiento del puente finalizó, al cabo de un año, con la petición de archivo del caso. Siete vidas engullidas por la nada, en lo que el fiscal había definido como un «acto divino», una catástrofe natural e imprevisible, que escapaba al control humano. Ninguna responsabilidad. Giulio está sentado al escritorio, con las piernas estiradas y los pies apoyados en el alféizar de la ventana. En el suelo se encuentra la bandeja con la que ha subido el almuerzo a la habitación y la botella de naranjada amarga. En la cama está la carpeta con el material que había apartado su madre. En el portátil, la pantalla de Gmail con los últimos días de Patrizia y sus conversaciones de trabajo. Las horas de envío, lectura y archivo confirman que Alberti trabajaba sin descanso. Giulio era un cliente suyo y, a partir de cierto momento, se había convertido también en su pareja. Por lo tanto, no habría podido negar a nadie que esos días en los que su abogada le hablaba de la investigación, junto a los demás defendidos, eran también los días más felices que recordaba. Y si el gnomo le hubiera pedido que se concentrara en un pensamiento feliz para ayudar a brotar a una flor más perezosa que las demás, a buen seguro él habría elegido un recuerdo de aquel período, entre las lágrimas de los otros afectados por la tragedia, incluida su madre.

Como abogada de la parte civil, Patrizia se había opuesto a la petición de la fiscalía y había solicitado al juez la instrucción sumaria para disponer de nuevos datos; quería pedir un informe pericial hidrogeológico de toda la zona. La vista oral y la deliberación del tribunal se prolongaron casi durante la mitad del año siguiente. Al final, el juez aceptó sus peticiones en parte. Ordenó que se llevara a cabo una nueva investigación y que se enviara la información a la fiscalía, pero su solicitud fue muy vaga en algunos aspectos.

La segunda investigación duró aún más. Veinte meses. En la práctica, el

magistrado repitió todo cuanto había hecho ya la primera vez, y llegó a las mismas conclusiones. Idénticas. Un acto divino. Segunda petición de archivo.

Una noche, Patrizia le había explicado que, llegados a ese punto, el único modo de obtener una imputación era convencer al juez de la fase preliminar de las investigaciones para que la solicitara directamente a la fiscalía. «Imputación forzosa», le había dicho. Pero para convencer al tribunal de que tomara esta vía, en lugar de una más asequible como la de «relaciones de cortesía entre juez y fiscal», Patrizia había encargado por cuenta de sus defendidos un estudio privado, a un profesor de geología de cierta fama, para que realizara el informe pericial que el juez instructor no había ordenado y el fiscal no había realizado (o al menos no en los términos que Patrizia habría querido).

Sin embargo, los tiempos que habría requerido el estudio no se ajustaban a los del tribunal, el cual, tras casi cuatro años transcurridos del Día del Puente, mostraba de repente un gran apremio.

Giulio recuerda la noche en que Patrizia convocó a todos los defendidos a su despacho, en la ciudad. Estaba el tipo de los leñadores, Magliarini, y el viejo del bar Fuga, Torloni; ambos habían perdido a sus esposas. Estaba aquella mujer distinguida, que había perdido a su hijo. Estaban los familiares del fontanero y del conductor del autobús. Nadie por parte del kosovar. En la mesa había botellas de agua y de naranjada, una bandeja de aperitivos salados, una de bocadillos y varias copias del dossier con las actas de la investigación que el despacho había puesto a su disposición. Patrizia había convertido aquella investigación en su pequeña obsesión profesional. Y las obsesiones nunca traen nada bueno, algo que Giulio Rodari está en condiciones de suscribir.

Las obsesiones son blancas. No hay ninguna duda al respecto.

—Yo sigo pensando que una tragedia como esta tiene que ser por fuerza culpa de alguien —explicó Patrizia—. En el sentido de que, si se hunde un puente, es imposible que no sea culpa de nadie. En tal caso, todos los conductores deberían ser conscientes de que existe un riesgo concreto de que colapse el puente por el que están a punto de cruzar. Porque nadie asume las responsabilidades que deberían evitar una tragedia de este tipo. Y esto, es obvio, no puede ser admisible.

Esa tarde Akan había tomado el viejo Ford de Amanda para acompañar a Barbara a la ciudad, al despacho de la abogada, y había pasado a recoger a Giulio, que no sabía conducir. Por primera vez desde hacía mucho tiempo,

subía a aquel coche en el que su tía, cuando él era pequeño, lo llevaba a dar una de sus «vueltecitas», que así las llamaba si duraban solo un par de horas. En cambio, si duraban más de un día, nadie sabía nunca adónde iba. Entre las diversas cosas que no tenían explicación se encontraba también el motivo por el que Amanda había tomado el autobús el Día del Puente.

—Por desgracia, tras varios años de papeleo, trabas burocráticas y retrasos, de los que no podemos culpar ni al magistrado ni al juez instructor, pero tampoco a nosotros, el tribunal parece decidido a cerrar el caso aceptando la petición de archivo que ha formulado la fiscalía. Y nosotros, por culpa mía, ya que he tomado esta decisión demasiado tarde, no estamos a tiempo de presentar la documentación que podría obligar al juez (porque, llegados a este punto, se trataría de obligarlo) a que realice una imputación forzosa al menos de las personas investigadas, aunque yo creo que no se les puede imputar la responsabilidad principal de lo ocurrido. —Por aquel entonces, las cosas con Patrizia no iban tan bien. Ella estaba absorbida por el trabajo—. Lo único que puedo hacer en este punto es seguir adelante con mi investigación, encargar un informe pericial a una eminencia en la materia, y pedir más adelante la reapertura de la investigación basándome en la nueva información de la que dispongamos.

El profesor Ubaldo Giampedretti era la eminencia encargada del informe pericial. Giulio había coincidido un día con él mientras esperaba en el despacho de Patrizia para hablar con ella. No se veían desde hacía tiempo. Él se había presentado sin previo aviso y había hecho algo que bien podría calificarse de irrupción intempestiva.

Recordar ahora todas estas cosas es como abrir una ventana a una historia que había permanecido en la sombra. El período en el que Patrizia dirigía su investigación fue para Giulio el período del naufragio, del deslizamiento progresivo hacia el abismo, de su degeneración de ser humano a acosador.

—¿Lo entiendes ahora? —le diría Patrizia si estuviera ahí, junto a él, en ese momento—. Ahora puedes ver lo que ocurría al otro lado de tu barricada. Me sentía culpable por haber calculado mal los tiempos de la investigación e intentaba recuperarlo, trabajando de noche, porque no podía desatender el resto de los casos. Y por si ello fuera poco, tenía que aguantar tus escenitas porque no te sentías comprendido, creías que no te dedicaba suficiente tiempo, malcriado. Me acusaste de ser una egoísta, ¿lo recuerdas? Estabas tan pagado de ti mismo que te resultaba inconcebible algo que no se ajustara a tus

necesidades. Y cuando intenté mantenerte a raya, me mostraste tu peor cara.

—¿Y el tenista? —le preguntaría Giulio.

—Ah, de eso se trata, ¿no, Giulio? Ahora resulta que tu problema es Maccari, ¿verdad? Si alguna vez encuentras el tiempo para ser honesto contigo mismo, teniendo en cuenta lo despiadado que eres con todos los demás, a los que no perdonas nunca ni una sola debilidad, quizá entenderías que Maccari no es el motivo por el que te dejé. Pero no lo harás, ¿verdad? Prefieres buscar respuestas entre mis correos electrónicos, hurgar en mis mensajes, consolarte con la ilusión de que la explicación, el sentido de todo esto, se oculta en otro lugar.

Giulio baja la pantalla del portátil con un gesto de rabia.

«Yo solo quería entender, no busco ningún consuelo».

No es que el gnomo tenga el poder de desaparecer, sino que es el bosque el que lo ayuda a hacerlo. Porque es el bosque el que lo protege.

Amanda eligió el día equivocado para tomar el autobús. Un puente es como un cuadro colgado en la pared que un día se cae y ya está. Te vuelves un momento y la persona con la que estabas hablando ya no existe. Un día alguien te dice que a partir de este momento tu vida va a ser muy distinta. Y solo tienes dos opciones: sobrevivir o precipitarte. Adaptarte o morir.

Patrizia recibió el mensaje con el informe adjunto de Giampedretti tres días antes de su desaparición. Tres días antes de la noche de aquel maldito 11 de marzo en el que ese hombre, que según la fiscalía responde al nombre de Giulio Rodari, la agrediera en aquel callejón sin darse cuenta de que la imagen reflejada en una vidriera acabó en el ojo de una videocámara de vigilancia. Y quizá sea cierto que Patrizia estaba trabajando todas las veces que no respondía a sus llamadas y se lo quitaba de encima con un mensaje del tipo: «Estoy trabajando, hablamos mañana». Con la pizca de lucidez que Giulio cree haber reunido en ese momento, quizá podría estar dispuesto a creer que no eran un puñado de excusas, si hasta Maccari le escribía: «Tarde o temprano tendrás que dejar esta historia, ¿no crees?». La historia, siempre lo mismo. El Día del Puente. La investigación. Patrizia no podía dejarlo. Acosada por su ex, que había perdido el juicio y se había convertido en un acosador en toda regla, seguía trabajando porque quería solicitar la reapertura de la investigación.

Giulio nota que se enciende una débil luz en la oscuridad.

Patrizia había encargado un estudio hidrogeológico para recabar los argumentos necesarios para convencer al juez de instrucción de que reabriera

el caso. Argumentos que deberían haber sacado a la luz las responsabilidades claras y objetivas de la muerte de siete personas.

Es una luz débil, pero ahí está.

Patrizia recibe el informe encargado al experto. Y al cabo de tres días desaparece.

Giulio se acerca al ordenador y levanta de nuevo la pantalla. Pulsa la barra espaciadora y reaparece la página de Gmail. La conexión se ha interrumpido porque ha sobrepasado el límite de inactividad. *Procolharum*.

Las investigaciones de las autoridades se centran en su exaltado exnovio. La prensa lo define como «homicidio pasional», como si fuera menos grave ya que obedece, de algún modo, al dictado de un sentimiento. La mató pero la amaba. ¿Y si no fuera así? ¿Y si su exaltado exnovio, cuya memoria tiene una laguna de casi cuatro horas, se hubiera quedado exactamente donde estaba y el agresor no tuviera nada que ver con la arrolladora pasión?

Una abogada quiere reabrir una investigación por homicidio imprudente. Encarga un estudio a un geólogo. Llega el informe, pero la abogada desaparece.

Giulio abre de nuevo el mensaje de Giampedretti.

Estimada Patrizia:

Tal y como habíamos señalado, han aparecido nuevos elementos relacionados con la lamentable tragedia, en el sentido de que el reciente descubrimiento del que le hablaba no puede guardar relación con esos hechos. Sin embargo, hay una novedad que considero interesante y que podría poner en conocimiento de quien considere oportuno. Adjunto el informe y permanezco a su completa disposición para lo que necesite.

Atentamente,  
Giampedretti

Un descubrimiento que, aunque no pudiera estar relacionado con los hechos acontecidos, había que comunicar a alguien.

El árbol de la nueva aventura del gnomo tendrá que esperar. Giulio ha

decidido que puede tomarse el tiempo necesario para leer un informe. Coge el portátil, se lo pone en las piernas, descarga el archivo y empieza a leer.



# CAPÍTULO 27

Alguien ha decidido inmiscuirse.

Katerina ha vuelto a subir al coche. Ha salido de la casa del hombre que le ha prometido un futuro mejor sin un triste regalo. Es la primera vez que su cachorrito no cumple una promesa. Pero no es culpa suya. Alguien se ha metido en medio. Alguien que obviamente no tiene nada mejor que hacer que tocarle los cojones a quien intenta hacer realidad sus sueños.

En cuanto ha entrado en casa de su cachorrito, ha dejado la bolsa en el suelo y se estaba quitando los vaqueros cuando se ha dado cuenta de que él estaba sentado en el sofá, todavía vestido, con un sobre amarillo al lado.

Fotografías que alguien le ha dejado en el buzón, dentro de un sobre amarillo. Y en las fotos aparecían ellos dos, en el coche, en una posición que solo acepta una posible interpretación. Y el problema es que la cuenta a la que tendría que llegar todo el dinero para irse a disfrutar de la bahía de Sosúa, rodeada de palmeras junto a la playa caribeña bañada por el sol de las Antillas, esa maldita cuenta, que quema como un tizón, está a nombre de su mujer. Lo demás es bastante lógico, porque si su mujer llegara a saber que la conejita y el cachorrito tienen una relación, el problema sería de proporciones épicas. No tanto por el dinero que ya ha llegado, a escondidas de la mujer, a la cuenta que está a su nombre, sino por los que están a punto de hacerlo; a estas alturas no resultaría tarea nada sencilla cambiar el destino de esta transferencia, sobre todo después de haber organizado un reenvío entre diversas cuentas del extranjero, etc. La situación es incierta, pero si se le escapara media palabra de más, la que se organizaría a estas alturas sería buena.

Katerina espera que ese alguien que ha tomado las fotos, y que ha planteado una petición que podría poner en apuros los planes de la conejita y el cachorrito, se vaya por la pata abajo. También porque, por prudencia, la

cita de hoy se ha ido al traste y ella se había hecho a la idea de que iba a divertirse un poco con él, porque ese es el modo que tiene de sentir su poder. Y necesita esa sensación porque está harta de los sueños que siempre se quedan a medias.

\*\*\*

El jugador de *burraco* bisoño razona en función de su propio turno. Piensa en lo que hará en la próxima jugada y programa el orden en que se va a descartar y a jugar sus cartas. El jugador de *burraco* experto, sin embargo, toma sus decisiones en función de los turnos de los demás jugadores: los del compañero y los de los rivales. El jugador inexperto piensa en sus cartas, el jugador experto siempre piensa en las cartas de los demás. El jugador de *burraco* experto sabe que en cualquier partida siempre vence quien primero entiende y se adelanta a las decisiones del adversario. El jugador inexperto es goloso y tiende a quedárselo todo en la mano, para ponerlo en la mesa en una jugada muy avariciosa y dejar pasmados a rivales y compañeros. Piensa en su jugada, siempre. Interpreta el mundo desde su propio punto de vista. Puede llegar a quedarse seis cartas, a un paso del *burraco*, regodeándose en la dicha de su momento triunfal, que, por desgracia, nunca llega. Pero el *burraco* no es un juego complicado. Técnicamente, se trata de jugar y emparejar cartas. Pero es la empatía con el compañero lo que marca las diferencias. Cuando ambos interpretan la misma melodía, la música se convierte en una maravilla. Pero si cada uno intenta interpretar su propio tema, ahí es cuando surgen los problemas. Y para el jugador de *burraco*, ya sea experto o inexperto, el tema equivocado siempre es el del compañero. De ahí que incluso las amistades más sólidas pueden enfrentarse a una dura prueba cuando se sientan a una mesa de *burraco*. Porque Mirna, en este momento, cree que está claro como el agua de la montaña que si juega todo lo que tiene en la mano y se queda solo con una carta y sonrío satisfecha, es porque con esa carta cierra y solo quiere regalar una ronda a su compañera para que pueda jugar todas las cartas que tiene en la mano, ya que la muy avariciosa ya ha tomado dos barajas de descartes y no ha puesto ni un trío en la mesa. Y teniendo en cuenta que faltan doscientos puntos para ganar, solo un loco insensato cogería el tercer mazo de descartes en lugar de jugar todas las cartas de su mano.

Pero eso es justamente lo que hace Adele.

La reacción más natural habría sido darle una patada a la mesa y

abalanzarse sobre esa imbécil. Estrangularla. Aún mejor, ahogarla obligándola a comer una a una todas las cartas que tiene en la mano cuando su compañera podría haber cerrado. Pero en el momento en que Mirna se da cuenta de que Barbara le ha leído el pensamiento, entiende que debe disimular. El primero que adivine las intenciones del adversario gana. Nunca hay que darle al rival esa oportunidad. Sobre todo a Barbara, que se cree quién sabe qué con ese comité suyo. Debe de pensar que es más importante que el alcalde. Todo el mundo pendiente de sus palabras, en el pueblo, todos la buscan cuando tienen un problema y, sin embargo, es a la mujer del alcalde a quien deberían pedir audiencia. Pero nadie llama nunca a su puerta. Es Barbara a quien acuden cuando tienen un problema. Es Barbara quien organiza la noche del pan. Porque si Mirna encendiera ese bonito horno de leña que tiene detrás de casa, la única que se presentaría para cocer el pan sería la demente de Adele. Pero ha de llegar el día de la venganza. Para todos los que saben esperar. Y cuando se instale un centro de última tecnología para la clasificación de residuos en el viejo bosque, ese que tanto ama la pobre Barbara, La Gherarda cerrará sus puertas para siempre.

Dorina cierra. Adele paga trescientos puntos y entrega la segunda partida a las dos enemigas. Dos a cero. Una victoria relámpago.

Mirna intenta forzar una sonrisa, pero cuando se da cuenta de que está rechinando los dientes, toma un sorbo de la taza de té.

—Qué pena, tenía la partida en mis manos —dice Adele—. Una ronda más y podría haber cerrado.

—Quizá tendrías que haberlo hecho antes, querida —dice Mirna, con todo el veneno de que es capaz sin saltarle al cuello.

—Aún nos queda la mitad de la tarde por delante —dice Dorina, exaltada por su jugada ganadora y por los trescientos puntos que ha pagado la prima—. ¿Os apetece una segunda ronda?

Por supuesto. Porque cuando parece que el viento sopla de una dirección, no cambia de repente. Hoy Adele no acierta una, quizá tiene un principio de alzhéimer que solo se activa cuando coge las cartas. La segunda ronda sería un desastre peor que la primera, y no solo lo sabe Adele, sino también las demás. Por eso lo ha propuesto Dorina, y por eso Barbara la ha secundado con un «claro, ¿por qué no?» que ha obligado a Mirna a defenderse con uñas y dientes y ha replicado con un «es mejor que vuelva pronto a casa porque Eugenio no se encontraba muy bien». Retirada. Con dignidad. Cuando no puedes vencer, es la única alternativa a la derrota. Y para vengarse, antes

hay que sobrevivir.

—En los últimos tiempos lo he visto un poco preocupado —dice Dorina—. Será por toda esa historia de la concesión. Imagino que no le resultará nada fácil encontrar el modo de detenerla.

—Si no le resulta fácil detenerla —dice Mirna—, quizá sea porque no es necesario hacerlo.

Cuando ya es demasiado tarde se da cuenta de que es peligroso mostrar sus cartas de forma tan abierta. Tendría que haber domado la rabia, pero la debacle que se ha producido por culpa de la ineptitud de Adele, quien a pesar de los años que lleva jugando al *burraco* aún no ha aprendido a descartarse, le ha quitado el freno.

—¿Qué quieres decir, querida? —le pregunta Dorina.

—Lo que he dicho, tesoro. Que quizá hemos valorado mal el asunto desde el principio.

—No estarás intentando convencer a tu marido, ¿verdad?

—Eugenio no necesita que lo convenzan de nada. Es el alcalde, tesoro.

—Sí, pero lo que dices, querida Mirna..., ¿es por eso por lo que no asististeis a la reunión del comité?

—No asistimos porque tenía que comprar un horno eléctrico nuevo, ya te lo he dicho, tesoro.

—Pero... —Dorina no se da por vencida y se vuelve hacia Barbara—. Pero ¿tú no le dices nada? ¿Has oído lo que ha dicho? —Y en ese instante su expresión se transforma, como si hubiera tenido una iluminación—. No la aguantas porque a ella sí que la escucha la gente. Eres una envidiosa y te corroe por dentro porque sabes que es mérito solo suyo que seas la presidenta de la Misericordia.

—Ya basta, Dorina —la interrumpe Barbara.

—Ni hablar, quiero saber lo que tiene que decir —replica Mirna, cruzándose de brazos.

—Lo sabes perfectamente —responde Dorina.

—Os lo pido por favor —dice Adele—. Debemos recordar que nuestras partidas de *burraco* son una forma de no pensar en los problemas de nuestra vida diaria. Sobre todo ahora que Giulio... Sí, no debe de resultarte nada fácil, Barbara. Es normal que estés un poco nerviosa.

—Creo que no es ella la que está nerviosa —dice Dorina—. No sé si te has dado cuenta.

—No hablaba contigo, tacaña.

—¿Tacaña?

—Lo sabes...

—Creo que estamos todas un poco nerviosas —dice Barbara—. Me parece que es mejor que dejemos las cartas y tomemos un pedazo de tarta.

—Toma un confite, Dorina —dice Adele, mostrándole la caja aún intacta.

—Yo me voy a mi casa —replica Mirna.

Dorina pagará por lo que ha dicho. Le meterá en la garganta, uno a uno, todos esos confites asquerosos que Adele insiste en traer cada vez que quedan.

Los saludos se convierten en un formalismo que despachan rápidamente. Mirna y Dorina ni siquiera se miran. Adele y Dorina se miran fijamente.

Fuera empieza a caer la noche y a bajar la temperatura. Mirna sube al coche sin abrir la boca. Las palabras de Dorina resuenan en su cabeza y está demasiado ocupada pensando en lo que debería haberle dicho para darse cuenta de que Adele ha roto a llorar. Lo ve cuando ya se han puesto en marcha y oye que se suena la nariz mientras conduce.

—¿Qué te pasa?

—No, nada, solo pensaba.

—¿De verdad? ¿Y en qué pensabas, tesoro?

—En Barbara. Su hijo está encerrado en esa habitación y ni siquiera le hemos dado las gracias.

—¿Las gracias? ¿Por qué?

—Por organizar la partida de cartas. A pesar de todos los problemas que tiene, nos ha recibido sin lamentarse. Y su actitud me ha conmovido.

—¿Estás segura de que no te pasa nada más? No estarás pensando en aquella cosa, ¿verdad?

—¿Y si me he equivocado?

—Adele, tesoro, nadie sabe lo que has hecho, y ahora está todo tan revuelto que nadie lo sabrá nunca. No te preocupes por esto, no te preocupes por Barbara y su hijo, no te preocupes por nada ni por nadie. Preocúpate por estar tranquila y, sobre todo, cuéntame lo que te pase por la cabeza, que cargar tú sola con todo ese peso en tu conciencia no te hará ningún bien. ¿Recuerdas cómo estabas antes de contármelo todo?

—Pero a Eugenio no le habrás dicho nada, ¿verdad? No sé si debería habértelo contado. Él me ha dicho que...

—Tesoro, nosotras somos amigas, ¿recuerdas? ¿Existe algún vínculo más fuerte que la amistad?

—No, Mirna.

Adele debería estar encerrada en una clínica de tratamiento, ese el problema. Ahora está claro que su cerebro va cada vez peor. Para ella habría sido mejor un golpe seco como el que redujo a su marido Marcello a un estado de larva humana. Por primera vez durante el trayecto de vuelta no han hablado de la partida. Cuando baja del Panda todoterreno de color aceituna y recorre el camino de su casa, Mirna se da cuenta de que aún está rechinando los dientes. No sabe qué le molesta más: si lo que ha dicho Dorina o el hecho de que tuviera razón.

Por la ventana se ve la luz de la chimenea. Eugenio ha encendido el hogar.

\*\*\*

C1P8 está escondido al otro lado de la carretera. Los Lilith, antes de empezar la sesión de ensayo, tienen otra misión que llevar a cabo y es importante que el droide provisto de videocámara controle el perímetro. La madre de Arturo, la señora Assuntamaria Novelli, no ha perdido la costumbre de presentarse a intervalos aleatorios con bocadillos y minipizzas como si fuera el cumpleaños de un niño de doce años. Y hay ciertas cosas que es mejor que la madre de Arturo, la señora Assuntamaria Novelli, de la Farmacia Novelli, no vea.

—Estas son buenas de verdad —dice Diego, mostrando las imágenes que están pasando en el monitor de 27 pulgadas de Arturo.

Diego tiene en la mano una larga pipa que se lleva a la boca de vez en cuando. Ha dicho que ese es definitivamente su nuevo modo de fumar. Ha dicho algo así como «al estilo hobbit», que debe de estar relacionado con ese libro de fantasía, *El señor de los anillos*, del que tomó la idea de llamar a la marihuana con ese nombre estúpido, la hierba para pipa del Viejo Toby.

—Con estas los tenemos en un puño —confirma Arturo.

Las videocámaras fueron idea suya. Los Lilith nacieron en torno al mito de aquel bosque. Fue Viola quien trajo consigo —y las transmitió al grupo— esas viejas historias sobre los espíritus de las personas del pueblo que se reencontraban ahí dentro, como los personajes de *Spoon River*. Era un tema que guardaba relación con ese chico, Michele, que le había enseñado a tocar la guitarra y le había regalado la Fender. Quizá sentía la necesidad de saber que su amigo se encontraba ahí, para saber que estaba a salvo. Toda la idea de

componer aquel tema, el primero y el último de los Lilith, nacía de la necesidad de contar aquella historia, porque el hecho de transmitirla era para Viola la única forma de hacerla suya para siempre. Las grabaciones, el tema de Michele, todo giraba en torno a aquel lugar mágico que era el corazón del bosque.

Sin embargo, luego llegó el asunto de GeoService. Al parecer, era una historia que llevaba en marcha desde hacía un tiempo. De repente, la gente del lugar había descubierto que una parte del bosque, muy cerca de la Roca del Cuervo, se había vendido y que estaba a punto de ser destruida para construir una fábrica. Necesitaban un cambio de estrategia. La amenaza de la fábrica exigía recurrir a acciones más concretas. Y tras una rápida consulta interna, habían decidido que los Lilith iban a generar los Espíritus del bosque para defender la tierra.

Nacidos como un proyecto derivado del principal, los Espíritus iban a vengar cada árbol, cada arbusto, cada trozo de tierra de aquel lugar. Y como el primer movimiento de una batalla es conocer los enclaves del enemigo, Arturo había ideado el sistema de videovigilancia conectado al ordenador central de la base operativa. Iban a espiarlos. Iban a controlar cada cambio que se produjera en el interior del bosque, lo cual permitiría que los Espíritus se movieran con seguridad para llevar a cabo sus operaciones de sabotaje. Sin embargo, las videocámaras habían grabado muchas cosas, todas en torno a aquellas casas que, como sucede siempre, ocultan los secretos más inconfesables, lo cual proporcionó a los Espíritus un arma inesperada.

—Lo tenemos en el puño, sin duda —dice Viola—. Al menos hasta que se enteren los *carabinieri* y mi madre nos pille a todos.

—Querías meterlo en problemas —dice Arturo—. Cuando decidimos poner en marcha toda la historia de los Espíritus del bosque, sabíamos que íbamos a tener que hacer cosas peligrosas. Ahora hay que decidir qué hacemos y dentro de unos días se reúne la comisión.

—No me lo imagino quedando como el culo y llamando a los polis —dice Diego, después de quitarse la pipa de la boca y mientras se acaricia la larga barba—. Este material es de primera, en serio.

—Gracias, socio —dice Arturo—. Pero ahora debemos abordar otra discusión, si no te importa.

El dron. Cuando, la noche anterior, la Sargenta y el otro llegaron a la cabaña de GeoService y estuvieron a punto de pillarlos a los tres, Arturo lo accionó y realizó una difícilísima maniobra de vuelo entre los árboles, y de

noche, por si fuera poco, para activar el láser verde y distraer a los polis. El plan le salió mejor de lo esperado, ya que en un principio solo quería distraerlos el tiempo necesario para huir, pero Diego y Viola reaccionaron con rapidez y tuvieron la sangre fría de llevar a cabo la misión y hacer todo lo demás. El único lunar fue que el dron quedó atrapado en un árbol y perdió la conexión con la tableta desde la que lo manejaba Arturo. No podían recuperarlo esa misma noche porque el dispositivo no emitía ninguna señal y decidieron intentarlo a la mañana siguiente. Cuando Viola se dirigía al bosque, se encontró con la patrulla de *carabinieri* en la carretera y tuvo que cambiar de planes y colarse en la habitación de Giulio. Arturo era el único que estaba en fuera de juego: el vástago de la familia Novelli, de la Farmacia Novelli, nunca se salta un día de clase. Solo quedaba Diego. Sin embargo, el problema es que cuando llegó al lugar, no encontró ni rastro del dron.

—Tenemos más —dice Diego.

—Sí, tenemos otros —confirma Arturo—, pero el problema no es ese. El dron que hemos perdido tiene las imágenes que grabó, lo cual podría provocarnos algún problemilla.

—¿Crees que podrían descubrirnos? —pregunta Viola.

—No lo sé a ciencia cierta, pero no lo descarto.

—Tenemos compañía —añade Diego, señalando un monitor que tienen junto al ordenador.

Muestra la imagen que toma el C1P8. La patrulla de los *carabinieri* se acerca a la guarida de los Lilith.

—Mierda —exclama Arturo—, el local está lleno de cosas que no nos conviene que vean.

—¿Podemos hacerlas desaparecer? —pregunta Diego.

—Esto no es como tirar la hierba al váter. Necesito tiempo.

—Vuelve a probar suerte con el dron, nosotros metemos los otros y los discos duros que contienen las imágenes en el baúl y lo llevamos a la leñera —dice Viola.

Arturo abre la ventana y coloca un dron idéntico al de la noche anterior en el alféizar. Coge la tableta y empieza a maniobrarlo. Lo dirige al bosque. Con cuidado de no repetir el mismo error, se adentra entre los árboles y aterriza con delicadeza para lanzar la señal. La luz verde. El «fuego fatuo», como decía el *carabiniere* la otra noche.

En el monitor, el coche patrulla se detiene a pocos metros del C1P8. Viola ve a Donato, que baja y mira hacia el bosque. Está solo.



—Nos está buscando —dice.

—Vamos a esperar —replica Arturo.

Donato mira hacia el bosque. Ha visto la luz verde. Se encamina hacia los árboles.

—Estad preparados —dice Arturo—. En cuanto esté dentro, llevadlo todo hacia atrás.

Donato está en el bosque. Arturo aleja de nuevo el dron y logra esquivar los árboles. Lo posa otra vez en el suelo y activa la señal, la luz verde. El monitor pasa a mostrar las imágenes del dron. Donato se está adentrando entre los árboles. El almacén está fuera de su campo de visión.

—Adelante —dice Arturo.

Viola y Diego agarran el baúl. Abren la puerta.

Y topan con la Sargenta.

\*\*\*

—¿Qué significa todo esto?

Maglio piensa en voz alta. Aparte de él están los tres leñadores del turno. En cuanto bajan del coche se van directos al Fuga para beber. El licor de chocolate es la única medicina que puede mitigar el dolor provocado por la fatiga y el frío. Pero en la puerta del bar hay una hoja cuadriculada pegada con cinta adhesiva que tiene un mensaje escrito con bolígrafo.

CERRADO POR VACACIONES

\*\*\*

—Donato, puedes volver —dice Grazia, hablando por el walkie-talkie—. Creo que a los Espíritus del bosque les espera una noche muy desagradable.

\*\*\*

La chimenea del salón está encendida. En el aire aún flota el perfume de Katerina, a la que ha debido echar. Alguien los espía y, como se entere su mujer, se liará una buena. Toca esperar. Hay que saber aguardar para coger la fruta cuando está madura.

Eugenio Falconi se ha quitado el sombrero de vaquero y ha decidido

darse una ducha, mientras el fuego devora las fotografías que le han dejado en el buzón. De nuevo. La primera vez solo había una, pero en esta ocasión le han dejado al menos una docena. ¿Y si hubiera llegado a casa Mirna antes que él? El sobre iba dirigido a él, sí, y su mujer no suele abrirle el correo. Pero ¿y si lo hubiera hecho? Menudo problema.

La chimenea del salón está encendida y el fuego devora las pruebas. En el aire aún flota el perfume de Katerina, pero el fuego lo hará desaparecer enseguida. Solo hay una cosa que las llamas no podrán hacer desaparecer.

Así es como acaban algunas cosas. Basta un instante. Estás concentrado en tus problemas, tan absorto que no reparas en un detalle que se te escapa. Coges un puñado de fotos, piensas en lo que habría sucedido si no las hubieras encontrado tú, y mientras bebes un vaso de tu whisky preferido para diluir el miedo que se ha apoderado de ti, una de esas fotos cae al suelo, escondida bajo la mesita que hay frente al sofá.

Tú no puedes saberlo, en ese momento. Estás frente a la chimenea, paladeando tu whisky preferido. Te sientes algo más relajado, ahora que ves que el papel en el que habían imprimido las fotografías ha quedado reducido a cenizas. Recuerdas que siempre eres el más avisado y recuperas la convicción de tus acciones, la certidumbre de que todo saldrá como habías previsto. Y no puedes saberlo, pero ha aparecido una grieta en tus planes. Una grieta minúscula. Una fisura que nadie podría detectar, al menos por ahora. Pero pronto. Muy pronto.

Y mientras te duchas, Mirna entra en casa y se dirige al sofá.

# CAPÍTULO 28

Soy el gato blanco. Soy el gato malo.

Soy el que oye ciertas cosas antes que los demás. Sobre todo las malas intenciones. Es sorprendente el número de personas que tienen malas intenciones, el número de personas que, si tuvieran la posibilidad de decir lo que piensan o de hacer lo que quieren, estarían dispuestas a hacer daño. Todo el mundo cree que los malos están locos, que son gente que de repente pierde la cabeza y deja de ser alguien normal. Pero la verdad es muy distinta. Lo cierto es que los humanos, a pesar de la ropa que usan y de todas las cosas que les hacen sentirse tan distintos al resto de las especies, al final no son mejores que nosotros. Ellos también se excitan con la sangre, pero no lo exteriorizan. Yo sé todas estas cosas y las acepto. Y por eso dicen que soy malo. Bonita paradoja.

Aun así, hay gente que me gusta. Algunas personas, en concreto, me proporcionan grandes satisfacciones. Está ese tipo, por ejemplo. El que siempre está detrás de la barra de su bar y bebe como un cosaco. A veces va tan cocido, que tiene que agarrarse a la barra para tenerse en pie. Y yo digo que está tramando algo interesante.

Hoy, mi socio, el negro, ha hecho derrapar a su mujer, la rubia, que ahora mismo no recuerdo cómo se llama. Sabía que si se le cruzaba en mitad de la carretera acabaría derrapando. Y así ha sido. Se ha quedado a un lado y ha disfrutado de la escena. Yo andaba por ahí cerca, pero nadie ha reparado en mí. La gente nunca repara en mí.

La rubia es tonta de remate. Cuando algo no le sale, vuelve a intentarlo de la misma manera y no se da cuenta de que es la mejor opción para seguir cometiendo el mismo error, hasta el infinito. Si los seres humanos no se ayudaran mutuamente, se habrían extinguido. Una mujer como la rubia, por ejemplo, estaría condenada. Por suerte para ella, apareció una chica que le

echó una mano para salir del atolladero. He disfrutado a rabiar con la escena. Pero lo más divertido de todo era que a ambas, a la rubia y a la chica, las seguían a su vez dos personas que, a pesar de que ignoraban su mutua presencia, ya que se hallaban en dos puntos de observación distintos, han visto la escena como yo y mi socio.

La primera era la Sargenta, que estaba siguiendo a su hija. Y creo que continuó siguiéndola después de que la chica se dejara la piel para ayudar a la rubia. Sin embargo, a mí me llamó más la atención el otro observador clandestino de la escena. El tipo del bar.

Se había ocultado entre los árboles, vestido con uno de esos monos llenos de manchas que deberían, en rigor, ayudarlo a ocultarse entre la vegetación, aunque no creo que lograra el objetivo deseado, ya que por aquí está todo cubierto de blanco. Aun así, no me parece que el tipo estuviera muy sobrio cuando pergeñó el plan. Llevaba consigo una de esas cosas que se ponen ante los ojos para ver de lejos. Los humanos no tienen muy buena vista, pobrecitos, y necesitan esos artilugios ridículos. Lo cierto es que la extinción ha sido muy benévola con ellos.

En resumen, que el tipo ese se quedó allí presenciando toda la escena. Luego, cuando la lluvia ha arrancado de nuevo, él ha hecho lo propio. Tiene una moto de nieve. Así es. Había llegado hasta ahí arriba con ella, atravesando el bosque, y luego ha seguido avanzando a escondidas entre los árboles, para no perder de vista a la rubia. Yo lo seguí a él, sin que se diera cuenta. Y llegamos a la casa en la que se detuvo la rubia.

El tipo del bar se quedó ahí, escondido entre los árboles, con aquel trasto ante la cara, mientras su mujer entraba en la casa. Cuando salió de nuevo y se fue, él subió a su moto y la siguió también. Yo, sin embargo, me quedé ahí. Porque me gustan las casas. Me gusta espiarlas desde fuera y ver lo que no pueden ver los demás. Porque yo veo las cosas. Las oigo. Y las casas son lugares donde suceden cosas de lo más raras. Ocurre de todo, detrás de las ventanas entornadas. Hay personas que solo muestran su peor cara ahí dentro. Sería lógico pensar que una madriguera como esa fuera un lugar seguro, pero a menudo no es así. Si algunas paredes hablaran, la de cosas que contarían. Y yo me huelo que en esa casa, en concreto, han ocurrido muchas cosas. Intenté decírselo a Ella, pero últimamente está un poco distraída. Si alguien me hiciera caso, se daría cuenta de que todas las cosas ocurridas que aparentemente carecen de explicación, desde la desaparición del viejo Peter, no han ocurrido por azar. Pero todos están muy ocupados con sus asuntos y son

incapaces de ver un palmo más allá de su nariz. Luego se sorprenden al comprobar que lo han entendido todo cuando ya es tarde, convencidos como están de que lo saben todo, sin la más mínima duda. Cuanto más estúpidos son, menos dudas tienen. Creen que saben lo que están haciendo los demás, pero solo saben lo que los otros quieren que sepan. Y para ellos todo tiende hacia la tragedia.

Como entendió demasiado tarde la persona que acaba de ser asesinada.

# **CUARTA PARTE: LA EVASIÓN.**

**<<¿VIOLA? ¡VIOLA!>>.**

## CAPÍTULO 29

La claridad que precede al alba. Reina una calma absoluta en torno a La Gherarda. Pero el aire ha cambiado, la primavera ya está llegando. En las próximas semanas la nieve empezará a fundirse y poco a poco resucitará el prado, las flores, las hojas y los colores del bosque. Todo aquello que había quedado enterrado bajo la nieve volverá a salir a la luz, y florecerá el espino blanco.

Barbara camina en torno al hotel. En una mano lleva el paño húmedo donde guardó las cenizas la otra vez, recogidas del horno que había estado encendido toda la noche para hacer pan. Es un rito antiguo.

Las cenizas deben rodear las casas y luego hay que trasladarlas al corazón del viejo bosque, ofrecerlas a sus habitantes, que en el pasado vivían en esas mismas casas y que tras la muerte hallaron refugio entre los árboles. Todo esto con el objetivo de que las cenizas que quedaron del rito del pan, de la cena compartida, se conviertan en tierra, y de la tierra vuelva a brotar vida.

Abre la mano y deja caer las cenizas. No sopla nada de viento. Ni una brisa. Han pasado cuatro años de aquel día. Eran otras cenizas las que llevaba en la mano. En el corazón del bosque. Aquel día lo hizo por su hermana. Aquellas cenizas que habían sido un cuerpo y un alma, sueños y debilidades, los días pasados juntas, la mano que la agarraba de niña, el abrazo de toda la vida, la voz que no habría de volver a oír. Aquel día dejó caer las cenizas en el corazón del viejo bosque para que aquello que en el pasado había sido su hermana se transformara en tierra y la vida se nutriera de ella para brotar de nuevo.

Echa mucho de menos la Roca del Cuervo. Le gustaría volver, una noche, para escuchar la luna. Pero ahora no puede. Pero puede esperar al alba. Caminar junto al prado nevado y observar cómo se ilumina el blanco lentamente, mientras el sol invade el cielo con su vanidad, reflejándose en los

cristales de hielo. Bienvenido, luminoso. El que sana las heridas de las tinieblas.

\*\*\*

Podría venderlo todo y largarse. Llevársela con él. Por un tiempo, el necesario para recuperarse de los agravios sufridos, y al final, cuando se acabe el dinero, acabar con todo de una vez por todas por los dos.

Gerri no ha dormido esta noche. Se ha quedado sentado en el sillón, el que hay junto a la ventana, en el que ha tomado las decisiones más importantes de su vida. El viaje a Europa del Este para encontrarse con alguien a quien había conocido por Facebook y que necesitaba imperiosamente sentir el sol italiano. Y aún antes, la decisión de quedarse con el bar de sus padres, renunciando al tiro con arco, que el deporte profesional no proporciona las mismas garantías que un negocio en marcha en el pueblo. Quizá el problema de todas las decisiones equivocadas que ha tomado se deba a eso, al sillón. Es demencial no haberse dado cuenta hasta ahora de que podría haber sido culpa de aquel maldito sillón el que haya ido encadenando una serie de fracasos que lo han llevado hasta aquí, esta noche, a meditar la posibilidad de venderlo todo, embolsarse lo necesario para disfrutar de unas vacaciones de un par de meses de lujo junto con su mujer. Solo con un billete de ida. En el fondo, no es un mal plan. Pero hay algo en la idea de tener que morir por culpa de aquella puta que no acaba de convencerlo.

Gerri se levanta y observa el cielo, que empieza a clarear. Se ha preparado una cafetera solo para él porque incluso antes de que se le pasara la borrachera había decidido que al alba habría tomado una decisión. Pero aún no lo sabe. Sin embargo, sí que sabe todo lo demás. Sabe con quién lo traiciona su mujer, y el pensamiento parece un perro hambriento que le devora el estómago. Que le arranca un trozo de sus entrañas, mordisco a mordisco.

Se levanta. Se acerca a la ventana. Está a punto de salir el sol. Es el sillón el que se ha equivocado, Gerri. Ha sido un mal consejero. Intenta cambiar al menos esta costumbre. Elige un punto de vista distinto. Elige un lugar donde sea más fácil apuntar.

Abre la contraventana. Fuera hace frío y él está en pijama. No hace nada. Sale al balcón y nota los músculos que se contraen por el aire gélido de la mañana. Respira hondo para llenarse los pulmones. Desde aquí todo es distinto, caray. Cambia la perspectiva. La luz del alba ilumina el cielo, pero



no solo eso. Y llega. Desde detrás del bosque, allí abajo, en dirección a la parte inferior del pueblo, el sol rebasa la línea de los árboles del horizonte y la luz rojiza del alba se derrama sobre los tejados de las casas, entre chimeneas y antenas parabólicas. Por los balcones, entre las macetas de plantas y flores y tendederos llenos de trapos de cocina. Entre el campanario de la iglesia y, más arriba, la torre del castillo. Y el balón de fútbol abandonado bajo la marquesina del patio de Adastro, del que nadie ha limpiado la nieve. Ahí está la pelota. Lejos, pero aun así puede verla. Siempre ha tenido buena vista. Y lo sabe, ahora. Está seguro, ahora. No tiene la más mínima duda, ahora. De que acertaría.

\*\*\*

El árbol ha cobrado forma. Las persianas no cierran bien y el alba irrumpe en la habitación de Giulio, y llega a tocar la hoja en la que ha estado trabajando hasta bien entrada la noche porque no podía dormir. Le gusta dibujar de noche porque a esas horas solo están el gnomo y él. La historia empieza ahí, en la casa del árbol con una escalera que baja hasta el suelo. El agujero del búho, las mariposas, los pajaritos.

\*\*\*

Han hablado largo y tendido, antes de rendirse.

Viola le ha contado el plan de los Espíritus. Defender el bosque, el lugar que custodia la memoria de las personas que ya no están. Hacía años que no veía a Viola en un estado tan frágil. Que no veía a su hija afectada, al borde de las lágrimas, mientras hablaba de Michele, el chico que le había enseñado a tocar la guitarra y que murió el Día del Puente.

—Las heridas se curan, mamá —le ha dicho ella—, pero cuando son profundas, dejan cicatrices.

No te imaginas cuánta razón tienes, pequeña.

Viola nunca había olvidado a aquel chico, pero Grazia ignoraba que hubiera trabado un vínculo tan estrecho con él. Todo había sucedido en aquel período de su vida en el que dejaron de ser amigas, de modo que había muchas cosas que no se habían dicho mutuamente. Espacios vacíos. Y frente al vacío que deja una ausencia, Grazia lo sabe, todo el mundo tiene la necesidad de aferrarse a algo para no precipitarse al vacío. Para Viola, ese algo era el corazón del bosque. La Roca del Cuervo. Aquel lugar que ya de niña le habían

contado que era mágico y maravilloso. Y mágico y maravilloso es el modo en que todo esto ha echado raíces, en su hija, y ha llegado a convertirse en algo tan importante. Tan fuerte. Escuchar su relato ha sido como conocerla por segunda vez. Pero incluso ese encantamiento no deja de ser más que un lujo que Grazia solo se ha podido conceder por poco tiempo. Porque, además de escuchar, también tenía que pensar, y rápido, en cómo debía comportarse. Qué iba a hacer con la denuncia, con las presiones de Scalise para resolver el caso de los actos vandálicos, con esa historia de los Espíritus del bosque que preocupa a GeoService, y los eventuales actos de sabotaje contra las valiosas instalaciones que quieren construir en la zona. Esos cabrones atacarán con la caballería para desalentar cualquier intento de resistencia de ese tipo. Y Viola y los otros dos se enfrentarán a problemas serios. Y luego está la historia de las fotografías y del chantaje. Esa es la peor parte. Lo único bueno es que si todo acaba así, sin otra genialidad de ese estilo, ese cerdo podría no presentar denuncia para no quedar como un imbécil.

Su trabajo, su hija. Si tuviera que decidir de qué bando iba a ponerse, ya habría elegido. Lo sabe. Ese es el motivo por el que a Scalise no le gustan las mujeres. Tienen razón todos esos hombres que desaparecieron en cuanto la pusieron al mando del cuartel. Tenía razón Friguglia cuando se puso enfermo, porque no tiene sentido tener una comandante que cuando debe elegir entre su papel de comandante y el de madre, elige siempre el segundo.

Viola duerme junto a ella. Hacía años que no ocurría, que no dormían juntas, en la «cama gigante», como la llamaba ella de pequeña. Una cama de matrimonio que siempre ha estado medio vacía porque la comandante y la madre nunca han dejado sitio para la mujer. Y solo Dios sabe las ganas que tenía la mujer de formar parte de aquella vida.

Grazia se pone de lado. Se vuelve hacia Viola, que tiene una respiración pesada, sumida en aquel sueño profundo que dentro de poco también la abandonará a ella. Le acaricia el pelo, por encima de la oreja llena de *piercings*, donde lo lleva rapado casi al cero y le hace un poco de cosquillas. ¿Cuándo se hizo tan grande su pequeña? Conoce hasta el último milímetro de aquel cuerpo. Le viene a la memoria el corte de la nuca que se hizo cuando tenía ocho años y cayó de la bici. Y se pregunta cómo es posible que se haya distraído de esa forma. Tiene la sensación de que se ha dado la vuelta y alguien le ha robado esos diez años que tenían por delante y que solo quería pasar con ella.

Fuera ya es de día. Dentro de poco tendrá que empezar su turno. Donato

lo sabe todo, tenía que informarlo de cómo había ido todo. Su compañero la ha escuchado y ha entendido. Le ha dicho que a él ya le está bien cualquier solución que decida tomar.

—Tengo la sensación de que nos han dejado tirados aquí arriba, jefa — le ha dicho—. Teniendo en cuenta la situación en la que nos encontramos, bien podemos hacer lo que mejor nos parezca.

No ha tenido la reacción habitual que cabría esperar en alguien como él. Grazia lo sabe y por ese motivo es consciente de que estará en deuda con él. Si los Espíritus del bosque desaparecen, todo el mundo dejará de buscarlos dentro de un tiempo. Tiene que pensar en eso, antes que nada. Debe convencerse de que Viola lo entienda, que no vale la pena meterse en problemas para proteger el recuerdo de Michele. Sin embargo, después de darle tantas vueltas al asunto, quizá ni siquiera ella, comandante y madre, está del todo convencida de lo que piensa. Si ese motivo no basta, entonces, ¿por qué otro vale la pena luchar?

\*\*\*

Barbara ha vuelto. Se ha quitado el abrigo, se ha puesto el chal de lana y se ha preparado su té aromático. Se ha sentado a la mesa del bar. Las tuberías, de nuevo ese rugido. Akan debe de haberse levantado y abierto el agua para darse una ducha. Se ducha muy a menudo, al menos tres veces al día.

En la mesa, frente a ella, ha dejado el teléfono. La conversación que acaba de finalizar ha sido la peor que podía esperar.

# CAPÍTULO 30

Katerina sale temprano de casa. Ya hace varios días que Gerri está algo raro y no le apetece intentar averiguar qué le ocurre. Debe de estar borracho, como siempre. Hay gente que muere por culpa de la bebida, a lo mejor le pasa a él. Un infarto y a tomar por culo. Pero hoy es el día que destina al cuidado del cuerpo y debe relajarse ya que, de lo contrario, el masaje regenerador y el tratamiento exfoliante no servirán de nada.

Se dirige a paso ligero al lugar donde ha aparcado su Alfa Romeo Giulietta. El balneario donde tiene la cita se encuentra a veinte kilómetros, distancia suficiente para escuchar un poco de música, cantar mientras conduce y no pensar en nada más. Son los últimos días de mierda que va a pasar en ese lugar de mierda antes de empezar a disfrutar del sol de las Antillas en la bahía de Sosúa.

Yo quiero que este  
Sea el mundo que conteste  
Del este hasta oeste  
Y bajo el mismo sol

La voz de Álvaro Soler sale del cocodrilo de Prada que lleva colgado del brazo. Mira la pantalla del iPhone. Esperaba que fuera Sara, el nombre tras el que ha escondido a su cachorrito. Pero no, es ese hombre odioso. Desliza el pulgar por la pantalla y responde.

—¿Qué mosca te ha picado ahora?

—Intenta controlarte un poco. Tu marido está raro y no quiero que descubra nada.

—Pero ¿de qué me hablas? Lo que le pasa es que bebe, eso es todo.

—Gerri bebe desde que descubrió que tiene boca. Pero yo creo que le

pasa algo más. Como sea así, nos puede meter en problemas. Ahora tenemos que mantener la calma; si no, saltará todo por los aires y nos vamos a la mierda.

—Sí, lo entiendo. Pero ¿qué quieres que haga si es tonto?

—Tú sabrás, pero intenta tenerlo contento.

—¡Vaya mierda! Hoy por la mañana no puedo, que estoy ocupada.

—Hay una cosa que no entiendo. Ayer por la tarde el bar estaba cerrado.

—¿Cerrado? ¿Qué quieres decir?

—¿Dónde estaba?

—¡Y yo qué sé?! ¿Me puedes explicar por qué de repente es tan importante lo que haga ese gordinflón de mierda?

—Oye, Katerina, dentro de poco todo esto habrá acabado. Pero si no acaba como yo digo... Tú lo entiendes, ¿verdad?

Katerina cuelga y deja caer el teléfono en el bolso.

—Pues ahora vete a la mierda tú también —dice, y retoma el camino hacia el coche. Da un par de pasos. Se detiene. Patalea contra el suelo. El masaje, el tratamiento, el agua caliente—. ¡Menuda mierda! Pero ¡qué mierda!  
—exclama, y da media vuelta.

\*\*\*

Maglio guarda el teléfono en el bolsillo de la americana y observa a Katerina desde el escaparate del supermercado de Fioralba. La había visto pasar, mientras esperaba a que le preparasen los panecillos, y se había dado cuenta de que iba a hacerse sus cosas.

Deben tener vigilado a su marido porque lo ha visto raro. Está esa historia de la foto que han enviado a Falconi y que tienen que aclarar. Gerri no parece el autor, pero si descubre que su mujer tiene una aventura con Falconi, corre el riesgo de sembrar el caos y enviarlo todo al traste. Y él no puede permitírselo. No ahora que está metido hasta el cuello.

\*\*\*

—¿A que no sabes qué?

Dorina irrumpe en el bar de La Gherarda. Se quita el abrigo, lo cuelga en el lugar de siempre y se sienta a la mesa de Barbara. Normalmente un arranque como ese precede a una noticia que en la escala de Dorina tiene una

puntuación de primera página.

—¿Qué pasa? —le pregunta Barbara, que aún tiene delante el teléfono y el eco de lo que le ha dicho el abogado de Giulio.

—Mirna no se ha dejado ver en el mercadillo de la Misericordia. Se ha ido al apartamento de la playa para pasar un fin de semana largo, ha dicho Adele, que se ha cruzado con Eugenio, que es quien se lo ha contado. ¿Te das cuenta? Se va a la playa el día del mercadillo de la Misericordia. Y digo yo: nos ha estado tocando las narices para que la eligiéramos presidenta del comité, y el día más importante del año ¿se va? Se ha ido a la playa a pasar un fin de semana largo. Pero ¿tú me escuchas? ¿Qué te...?

—Ha llamado Colletti, el abogado de Giulio.

—¿Ha pasado algo?

—Lo ha llamado un amigo de la fiscalía cuando aún no eran ni las seis. Al parecer, la fiscal Lorenzon salió del interrogatorio convencida de que Giulio debía volver a la cárcel. Dice que es una persona peligrosa y que si es cierto que ha reprimido lo que ha hecho, podría reincidir. Según Colletti, no tiene fundamento científico, pero cree que el juez le dará la razón.

—¿Y cuándo lo sabremos?

—Estoy esperando la llamada.

—Lo siento, Barbara. A veces olvido el infierno que estás viviendo.

—No te preocupes. A mí también me convendría olvidarlo un poco.

\*\*\*

—¿Cariño? —Gerri se está vistiendo cuando oye que se abre la puerta y la voz de Katerina—. ¿Dónde estás, cariño? —Pero ¿qué hace? ¿Por qué ha vuelto a casa?—. ¿Estás aquí, cariño? Mira, estaba pensando en una cosa. ¿Por qué no te tomas la mañana libre, dejas a esa panda de borrachos y me llevas al balneario?

¿A qué está jugando?

# CAPÍTULO 31

El rostro de David Bowie en la cubierta de *Space Oddity* desaparece y en su lugar surge el de Tom Waits, en la portada de *Blood Money*.

El salvapantallas del portátil está configurado para reproducir aleatoriamente las cubiertas de los álbumes de la biblioteca de iTunes. Detrás del salvapantallas aún hay abiertas dos ventanas: la del PDF con el informe del profesor Giampedretti y la de Skype con la llamada que acaba de hacer, usando la conexión de Viola y la cuenta en la que aún tiene crédito.

Y mientras Tom Waits lo mira mostrándole las cartas que tiene en la mano y que está a punto de jugar en su partida, piensa que Patrizia no habría sido capaz de reabrir la investigación con las cartas que tenía ella en la mano. Con aquel informe.

Ha tenido que ponerse a dibujar, de noche, para dejar de pensar en el informe e intentar dormir. Luego la fantástica noticia, esa misma mañana, de su más que probable regreso a la cárcel. Por eso se ha puesto a trabajar de inmediato, porque si hubiera encontrado algún material para dárselo a Colletti, se habría sentido más tranquilo, aunque hubiera tenido que seguir enfrentándose a la hipótesis, no muy tentadora, de volver a ver el mundo detrás de los barrotes. Y el único hilo del que ha podido tirar ha sido la exigua posibilidad de que la agresión y la desaparición de Patrizia, lo que según los investigadores solo puede ser un homicidio, estén vinculadas de algún modo con la decisión de su ex de solicitar la reapertura de la investigación del Día del Puente.

Pero tal y como admitió su propio autor, el informe no le habría permitido conseguir ese objetivo. Sin tener en cuenta la escena final que el eminente hidrogeólogo que encontró Patrizia le acaba de servir.

El elemento novedoso al que se refería el geólogo en el informe era, en realidad, otro. A saber: la presencia de un pequeño acuífero, no descubierto

hasta entonces, en la zona del viejo bosque. Agua, ahí mismo.

Para entender mejor la magnitud de la noticia, Giulio se ha conectado a Skype y ha llamado al número fijo que aparecía en el margen del informe. Le ha respondido alguien del despacho del profesor Giampedretti, en Milán, y él se ha presentado como amigo y colega de Patrizia Alberti.

—Claro, la abogada Alberti, ¿cómo está?

Obviamente, existe la posibilidad de que aún quede alguien sobre la faz de la Tierra que no esté al corriente de la historia, ha pensado Giulio cuando le han hecho esa pregunta.

—Hace algunos días que no hablo con ella —le ha respondido su interlocutor.

Giulio no ha perdido más el tiempo y ha preguntado por el informe, por el motivo que lo había llevado a insistir en el hecho de que la presencia del acuífero era importante.

—Mire, abogado, el problema de estos yacimientos es que las tareas para trazar los mapas suelen recaer en los ayuntamientos —le ha explicado el experto—. Pero los ayuntamientos, que ni siquiera tienen dinero para llorar, no lo hacen. Una solución podría ser consorciarse, unirse para contratar un geólogo, repartir los costes y encargarle el trazado del mapa de una gran área. Es cierto que un trabajo como este lleva su tiempo, pero créame: no existe otra forma de averiguar dónde encuentran las capas freáticas para adoptar las medidas necesarias para su preservación. Los humanos bebemos sin pensar de dónde procede el agua que sale del grifo. ¿No es cierto? Es algo que damos por descontado, pero las cosas no funcionan así. ¿Sabía usted que el agua es nuestro elemento? —Giulio no ha podido evitar pensar en el hecho de que el agua también había destruido un puente y se había llevado por delante la vida de siete personas. En su interior habían empezado a sonar las primeras señales de alarma—. Se creía que el porcentaje de agua de nuestro cuerpo rondaba entre el setenta y el noventa por ciento. Pero según los últimos estudios publicados por Gerald Pollack, un profesor de bioingeniería de la Universidad de Washington, el contenido de agua real puede llegar hasta el noventa y nueve por ciento. En la práctica, estamos hechos casi exclusivamente de agua. Y ello se debe a que este elemento es el constituyente químico principal de gran parte del tejido muscular. Esto obliga a estudiar el agua si queremos estudiar las enfermedades y el funcionamiento del cuerpo humano. De modo que, cuando ponga un vaso bajo el grifo, piense que usted, su vida y su cuerpo están hechos de agua. ¿No le parece, entonces, que, teniendo en cuenta todo esto, es muy



importante saber de dónde viene el agua? Por cierto, ¿por qué no me ha llamado su colega? Parecía muy interesada en el tema.

—Eso es lo que quería saber, profesor. ¿Por qué motivo cree usted que estaba tan interesada en este tema?

—Solo puedo aventurar alguna hipótesis.

—Aventúrese, se lo ruego.

—Quiero que tenga en cuenta que se trata de una hipótesis del todo personal.

—Entiendo. ¿Cuál es?

—La abogada Alberti es piscis.

—¿Cómo dice?

—El signo del zodiaco. ¿Cree usted en la astrología, abogado?

—¿Astrología?

—La posición de la Tierra con respecto a su propio eje influye en el agua. Piense en las mareas. En su relación con las fases lunares. Y nosotros estamos hechos de agua, ¿recuerda?

Todo eso de las fases lunares es lo que Giulio recuerda con más claridad, ahora que mira fijamente el informe del profesor Giampedretti en aquel PDF que le ha hecho pasar la noche en vela. Patrizia era piscis, he ahí la explicación de todo. Es obvio. Le parece incluso que oye las carcajadas del gnomo. Quién sabe el efecto que tendría en la fiscal Annalaura Lorenzon si se lo dijera: «Mire, señorita, tenga en cuenta que Patrizia Alberti, la mujer que usted defiende que yo asesiné, era piscis». Sería bonito decírselo solo para ver la cara que pone. Quizá la incompatibilidad de signos zodiacales podría utilizarse como atenuante. O quizá las mareas, o las fases lunares. La tía Amanda habría dado lo mejor de sí con una historia como esta.

Se ha acabado. Giulio no puede pensar en otra cosa. Con el astrólogo se acabaron los juegos, en serio. En este punto, seguir buscando una vía de escape sería como tomárselo a broma. Si alguna vez recupera la memoria, no le quedará más remedio que esperar que se haga pública la sentencia. Y luego, si es posible, intentar que reabran el caso.

Akan le ha prometido la sopa de setas y castañas. La última comida antes de volver al comedor de la cárcel. No le queda más remedio que buscar el valor necesario para enfrentarse con dignidad a lo que le queda por delante. Porque la dignidad es importante.

Tom Waits desaparece y su lugar lo ocupa Paul Simonon, que destroza su bajo en el escenario del Palladium de Nueva York, en la portada del *London*

*Calling* de los Clash.

## CAPÍTULO 32

Hablar con los padres de Arturo ha sido lamentable. La familia Novelli, de la Farmacia Novelli, ha intentado defender la opción de ocultarlo todo «por el bien de los chicos», peticiones que la sargenta Grazia Parodi no suele encajar muy bien. Hay gente que cree que está por encima de todo, así que es un gran placer recordarles que las cosas no funcionan así. Sin embargo, esta vez no le ha quedado más remedio que darles la razón, asentir, porque uno de los tres jóvenes es su hija. Novelli cae de pie.

—Antes de todo debo saber cuál es la situación actual —les dijo a los Novelli la noche anterior, después de condenar a Arturo a una especie de arresto domiciliario oficioso.

Con los padres de Diego fue menos humillante. Su madre decidió estar algunos días de baja y se quedará en casa con él hasta que no hayan tomado una decisión definitiva al respecto.

El problema es Viola. Y recordárselo no la ayuda a aliviar el velado sentimiento de culpa que es totalmente injusto, pero aun así ineludible. Los platos sucios en el fregadero, la casa hecha una pocilga llena de ropa sucia y zapatos por todas partes, su hija que se ha metido en un buen lío y no sabe qué hacer con ella.

Por eso ha decidido llevarla a La Gherarda, donde acaban de comunicarle que muy probablemente Rodari volverá a la cárcel y podrían ir a buscarlo a lo largo del día, lo que significa que podría encontrarse ante el comandante provincial Scalise, ansioso por saber en qué punto se encuentra la investigación sobre los actos vandálicos atribuidos a los supuestos Espíritus del bosque.

—Lo siento, Barbara —dice.

—La verdad saldrá a la luz —le responde la propietaria de La Gherarda.

—Si te supone un problema quedarte con Viola, puedo organizarme de

otra forma. No quiero que se quede sola en este momento. Ya te lo contaré luego con más calma.

—Ningún problema.

Mientras regresa al coche patrulla, Grazia tiene la sensación de que alguien la observa. Cuando está a punto de subir al vehículo, se da la vuelta. Y en la ventana, arriba, está Giulio. Ha apartado las cortinas y mira hacia fuera, a ella. La saluda. Sabe que irán a buscarlo dentro de poco y tendrá que dejar el hotel. Volverá a prisión. Su estancia en La Gherarda ha durado el tiempo justo para el interrogatorio, en el que la fiscal ha conseguido lo que quería, y para el cigarrillo que fumaron juntos la otra noche, recordando días mejores.

Grazia le devuelve el saludo. Una de esas sonrisas sin alegría, con los labios fruncidos, a las que se recurre cuando no es un buen momento.

Giulio se encorva, pone los ojos bizcos y sonrío, mostrando los dientes.

«¡Disssolutaaa!».

# CAPÍTULO 33

Nada de masaje. Nada de tratamiento exfoliante. Nada de baños termales. Nada de agua oligomineral que sabe a azufre. Nada de pagar una cuenta astronómica fingiendo clase y presumiendo de tarjetas de crédito de lujo.

Katerina tiene los ojos abiertos de par en par por culpa de la rabia. Junto a ella, Gerri duerme. Y ronca. Al gordinflón no le apetecía ir al balneario. Tenía esa mirada extraña. Se le ha acercado sin quitarle los ojos de encima. Estaba más salido que un adolescente. La ha desnudado. Le ha quitado la ropa lentamente, sin decir una palabra. Primero el plumífero, luego el jersey, la camiseta, las botas, los vaqueros, las medias, el sostén, las braguitas. Se la ha quedado mirando, sin abrir la boca. Y a ella no le desagradaba especialmente. Era raro. Le acariciaba el cuerpo desnudo con los dedos, como si lo estuviera viendo por primera vez. Katerina ha pensado que el alcohol le había fundido el cerebro. Luego la ha agarrado de un modo brusco. Con cara muy seria. La ha tirado en la cama, boca abajo. Y ha seguido mirándola. Ella ha intentado volverse, pero Gerri se lo ha impedido. Katerina ha oído el cinturón que se aflojaba. Estaba convencida de que no tardaría en sentirlo dentro. Pero nada. Ha intentado volverse de nuevo, pero él no la ha dejado. Y luego lo ha entendido, cuando ha oído su respiración acelerada. Y al final el chorretazo caliente en la espalda. Ha permanecido inmóvil, intentando entender qué le había pasado por la cabeza, mientras él iba al baño a lavarse. Cuando ha vuelto, solo llevaba la camisa. Se ha tumbado a su lado en la cama. Tenía los ojos rojos. Katerina se ha dado cuenta de que Maglio tenía razón: Gerri está mal de la cabeza y tiene que calmarlo. De modo que le ha quitado la camisa, con delicadeza. Lo ha besado en el pecho. Ha deslizado la lengua, caliente, por el cuello. Por la oreja. Por los labios. Lo ha ayudado con las caricias y lo ha invitado a ponerse encima, entre sus piernas. Lentamente, casi con dulzura.

Cuando Gerri se ha dormido, le ha venido a la cabeza su plan de pasar la mañana en el balneario. El olor del aceite de masajes, las células muertas que iban a exfoliarle para regenerar la piel, todas esas personas que la veneran porque saben que en cuanto entra por la puerta lo hace dispuesta a exprimir la tarjeta de crédito.

Se levanta, busca la camiseta y, mientras se la pone, coge el teléfono y se va al baño. Se sienta en la taza para hacer pipí y abre el WhatsApp.

Es muy raro. ¿Dices que sabe algo?

Una marca gris.

Dos marcas grises.

Pasan varios minutos.

Dos marcas azules.

Y aparece el icono del globo.

No lo sé. Tú vigílalo de cerca

No tengo ganas de quedarme en casa

No salgas de esa maldita casa

Imbécil

Puta

No me insultes

Para ya y piensa en Gerri. No lo mandes todo a la mierda  
ahora

No vuelvas a llamarme eso

Entendido, pero mantén la calma

Se levanta, tira de la cadena y vuelve a la habitación para coger las

bragas. Gerri duerme. Y ronca. La pone de los nervios cuando ronca así. Se va a la cocina y abre la nevera. Aún queda salmón.

—No voy a quedarme aquí todo el día —dice, buscando un cuchillo para la mantequilla.

Yo quiero que este  
Sea el mundo que conteste  
Del este hasta oeste  
Y bajo el mismo sol

Álvaro Soler está a punto de despertar a Gerri, y Katerina se abalanza sobre el iPhone.

Es Sara.

\*\*\*

Grazia llega al cuartel. Baja del coche patrulla y abre el maletero, donde ha guardado la bolsa que los Espíritus del bosque querían ocultar. Discos duros y tarjetas de memoria en los que hay varios terabytes de vídeos obtenidos con los drones. A veces los dejaban grabando durante horas. Es mejor controlarlo todo antes de formatearlos. Es mejor entender cuál es la situación exacta de la historia del chantaje. Coge la bolsa y entra en el cuartel.

Atraviesa la puerta y oye el chirrido de la cama, el ruido de la hebilla del cinturón y de las botas.

Donato sale de la habitación de descanso con el pelo apelmazado y los ojos hinchados.

—No pasa nada si duermes —le asegura Grazia—. Tarde o temprano, uno de los dos tendrá que hacerlo.

—¿Alguna novedad?

—La lista sería demasiado larga. Te hago un resumen rápido de lo más importante. Necesito que vayas a La Gherarda. Creo que dentro de poco llegará Scalise porque dicen que van a revocar el arresto domiciliario de Rodari, pero lo más probable es que no nos avisen y se presenten aquí en cualquier momento. Así podrán localizarnos enseguida. También está el tema de Viola. He visto a Diego Chessa y, al menos, creo que ya sé quién le pasa la hierba a mi hija. La buena noticia es que esa atontada no tiene nada que ver con el chalado de Solfrizzi. Yo ahora tengo que examinar estos discos duros

porque, como ya te he explicado, además de los actos vandálicos de los Espíritus del bosque, también son responsables de algunos chivatazos, chantajes y amenazas. Solo espero no meterte en ningún problema porque eres el único que no se lo merece. Quiero comunicarte que cuando acabe todo esto, dimitiré. Quería que lo supieras cuanto antes. Y si quieres un consejo, pide el traslado.

Sin esperar respuesta alguna, Grazia entra en la sala de descanso donde han instalado un ordenador portátil para las actividades de investigación. Y empieza a conectar los discos duros con la esperanza de no encontrar más sorpresas.

\*\*\*

Siete vidas destruidas en el derrumbamiento del puente. Giulio está tumbado en la cama. No le apetece hacer nada más. Ha cogido la carpeta de su madre y se ha puesto a releer los artículos de aquel día. Los títulos. Las fotografías. Todas están tomadas de Facebook, más o menos. Para los periódicos, la manía que tiene la gente de subir sus fotos a internet ha sido un maná caído del cielo, ya que les permite encontrar las fotografías de los muertos. El único que no es muy reconocible es el viejo Peter. No tenía perfil en las redes sociales. Aparece en una instantánea antigua, que alguien debió de hacerle cuando estaba en el bosque, enfrascado en sus cosas.

El rugido de las tuberías. Giulio mira alrededor. Akan debería hacer algo para resolver este problema. Cualquier persona normal acabaría volviéndose loca con ese lamento aterrador. Es curioso que no se oiga siempre. Debe de haber un problema de fontanería en algún lado.

El agua.

La foto del viejo Peter.

Solo es una idea. El próximo callejón sin salida.

¿Y si no fuera así?

Giulio busca la foto de Peter. Hurga entre los recortes de periódico que ha conservado su madre. Está la fotografía de su tía, Amanda. Las de todos los demás. Y al final encuentra también el artículo sobre Peter. Es un breve, de los que aparecen en una esquina, porque oficialmente su desaparición no se atribuyó al derrumbamiento del puente y la crecida del río, a pesar de que desapareció esos días. Hace cuatro años. Encuentra la foto de Peter. En la mano tiene aquellas muletas extrañas con las que caminaba por el bosque. Era



zahorí.

Buscaba agua.

—Un zahorí busca agua bajo tierra —dice Giulio.

—¿Y si la encontró? —le pregunta el gnomo.

El portátil. Barra espaciadora. El PDF con el informe de Giampedretti.  
El acuífero. Skype.

—Profesor, soy otra vez el colega de Patrizia, ¿me recuerda?

—Por supuesto. Usted dirá.

—Tengo que hacerle una pregunta importantísima.

—Le escucho.

—¿Es posible conceder una autorización para construir una central de almacenamiento y tratamiento de residuos en una zona bajo la que hay un acuífero?

—Por supuesto que no. Habría que estar loco para conceder un permiso de este tipo. El riesgo de filtraciones pondría en peligro no solo el acuífero, sino toda la red hídrica de la que formara parte. ¿Por qué me lo pregunta? ¿Oiga? ¿Me oye? Debe de haber algún problema con el teléfono... Abogado...

La voz de Giampedretti resuena en la habitación, pero Giulio no está. La puerta ha quedado abierta.

Técnicamente, se trata de una fuga.

# CAPÍTULO 34

El despertador tiene la cara sonriente del ratón. Gerri acostumbra a dormir sobre el lado derecho, en posición fetal, y lo primero que ve al abrir los ojos, incluso desde que era demasiado pequeño para tener recuerdos, es la cara sonriente de Mickey Mouse. Fue así en la casa donde pasó los primeros años de vida, una finca en la que sus padres convivieron con los abuelos maternos durante un tiempo. Y fue así en la segunda, un apartamento del pueblo, con la televisión y los muebles de plástico de colores, que parecían el futuro. Fue ese su despertador en sus años de adolescencia, cuando se encerraba en la habitación con las revistas porno que conseguía a través de los amigos más lanzados que tenían la valentía de ir al quiosco y comprar una. Fue el despertador que vio en los años en que compitió, cuando se despertaba al alba, incluso los domingos, para ir a entrenar con el arco y ganar trofeos. Y fue también el despertador que siguió usando después, cuando dejó el arco, las flechas, las ganas de cambiar y la ilusión, por un trabajo indefinido tras la barra del Fuga, una hipoteca para comprarse un apartamento con garaje y trastero, un viaje en coche de un día y una cita con la mujer preciosa que iba a traer luz a su vida, que parecía un triste remedo de la de su padre. Y aunque la sonrisa del ratón no había cambiado en todo ese tiempo, una expresión inalterada e inalterable, no puede evitar la sensación de que últimamente hay algo en aquel gesto que ha cambiado. Como si sus intenciones fueran otras. Lo que tiempo ha eran unos buenos días sonrientes, en la actualidad parece una burla. La mirada se ha vuelto sarcástica, hiriente, cada vez más difícil de soportar. Esa maldita rata de cloaca tan remilgada se ríe de él, aunque ya no tiene ningún motivo para hacerlo. Porque en todos esos años su vida se ha ido a la mierda, es como si hubiera notado el hedor, pero hubiera seguido disimulando. Día tras día, en la barra del bar, mientras su mujer se volvía más exigente y más distante, mientras a la cuota de la hipoteca de la casa se

sumaba la del coche, la del televisor que ocupa media pared, la de la bicicleta estática, la bañera de hidromasaje, la ropa, los zapatos, los tratamientos de belleza, la peluquería, la esteticista, el balneario. Un sinfín de gastos que han entrado con embudo en la cuenta del banco de alguien que no puede permitirse ese tren de vida, pero que tampoco puede decirle a esa mujer guapísima que pare porque sería como rendirse a la evidencia de que su vida no tiene aquella luz especial que buscaba. Y mientras se hunde en ese pozo de mierda, ella se lo pasa en grande con otro.

La imagen que le viene a la cabeza es la misma. Es como si de repente, entre los árboles, se encendiera la luz y apareciese ella, Katerina. Su larga melena ondeando al viento. La carne pálida de su cuerpo desnudo, tapado solo por un arbusto de mirto. Los labios rojos. Los pechos turgentes y los pezones erectos por culpa del aire frío. Y ahora aparece Falconi. Con un cuerpo extraño, joven y musculoso. Olfatea el aire como un animal y la busca.

Gerri se levanta. Sabe cómo acaba la visión.

Va al baño. Abre el grifo para refrescarse y ahuyentar el pensamiento que se ha apoderado de su cabeza. Pero dejar que corra el agua, que aumente el caudal, que el río crezca... es peligroso.

¿Acaso no es lo que ocurrió con el puente? ¿No es ese el motivo por el que murió su madre, su padre volvió a Sicilia y él buscó la salvación casándose con una mujer guapísima de la que no sabía nada? Se lo dice a sí mismo sin hablar, mirándose al espejo mientras el agua corre por el lavamanos. Y así es como pasan las cosas. Llega el día en que ya no hay marcha atrás. Y reconoces ese día porque todo lo que te rodea se vuelve distante, carece de sentido, se vuelve irrelevante. Te importa un carajo la maldita rata del despertador que te da por culo cada vez que abres los ojos. Cuando llega ese día, solo puedes hacer una cosa. Y es por eso por lo que ya no hay marcha atrás.

Porque, una vez que das ese paso, no tienes adónde volver.

## CAPÍTULO 35

Barbara los ha reunido a todos en la mesa del bar. Viola, Akan y Donato. Una reunión improvisada por una serie de urgencias, de soledades, de errores. Hasta hace poco también estaba Dorina, pero se ha ido cuando ha llegado Viola, y les ha dicho que volverá por la tarde. Barbara le ha dicho que no se preocupe, pero su compañera del *burraco* se había quitado el audífono y no ha oído nada.

La dueña de la casa ha cogido un pastel con crema, piñones y nueces, y ha repartido platitos, tazas de café, cucharillas, servilletas y todo lo demás. No hay mejor forma de pasar el tiempo juntos que compartir mesa. Es una costumbre que la gente de hoy en día parece haber olvidado, y conviene que alguien se la recuerde. Además, tampoco había otra forma de reunirlos todos al mismo tiempo.

—Es una cocinera fantástica —dice Donato, mientras comprueba que no se haya manchado el uniforme.

El gato naranja, encaramado al alféizar que hay sobre el radiador, también disfruta de la escena.

—Necesito un teléfono. —Todos se vuelven hacia la persona que ha irrumpido en el bar y acaba de pronunciar esas palabras. Giulio—. Y el número de Grazia.

—Disculpe, Rodari —dice Donato—, pero usted no puede utilizar el teléfono. A decir verdad, ni siquiera debería abandonar la estructura reservada al régimen...

—La mataron porque había descubierto un acuífero. —Hay un reloj en la pared que funciona a pilas. Nunca se había hecho un silencio tan absoluto en el bar como para oír el mecanismo que mueve las manecillas—. Ese alemán, Peter, era zahorí, ¿no es cierto? Seguramente también lo mataron a él.

—Pero ¿de qué está hablando? —pregunta Donato.

—Tengo que llamar a Grazia antes de que me lleven a la cárcel. Tenemos que hablar con el alcalde, que nos cuente quién está detrás de GeoService. Podría ser alguien peligroso, vinculado a la mafia. No sería la primera vez que ocurre algo así en estos lares. Si no, recordad cuando se presentaron esos tipos para comprar el viñedo de Francini, y él se negó, y al día siguiente encontró una vid cortada con láser. Quizá sean los mismos. Tengo que hablar con Grazia y con Falconi.

—Creo que, antes que nada, debería calmarse —repite Donato.

—Llama al cuartel por Skype —le dice Viola.

—¿Cómo? ¿Skype? ¿De qué habláis? —pregunta Donato.

—A ver, vuelve a empezar, Giulio —le pide Barbara.

—Vuelva a la habitación, Rodari —le ordena Donato—, o me veré obligado a intervenir.

—El teléfono del cuartel tiene activado el desvío de llamadas al móvil de mi madre —dice Viola.

Giulio chasquea los dedos y sube corriendo por las escaleras.

Barbara no entiende qué está pasando, pero hay algo en esa historia del acuífero. Hay algo que aún no es lo bastante grande para decir que podría estar en lo cierto, pero se le ha quedado grabado. Peter. Un día, el alemán le dijo que estaba convencido. Le había oído hablar del tema a un anciano y lo estaba buscando. Pero ¿qué relación tiene Patrizia con todo eso?

—Disculpen, pero no me queda más remedio que intervenir —dice Donato.

Todo sucede en un instante. Cuando el cabo está a punto de levantarse, el gato naranja salta sobre la mesa y provoca un caos de tazas, trozos de pastel, crema y todo lo que sale volando, como si una lavadora hubiera empezado la fase de centrifugado. Y antes de huir y dejar tras de sí aquella lluvia de fragmentos de cerámica y devastación, con un golpe de cola derrama dos tazas de café hirviendo sobre los pantalones del *carabiniere*, que profiere un grito y se los baja al instante, intentando salvar las joyas de unas quemaduras más o menos inevitables, quedándose en calzoncillos frente a los demás.

—¡Mierda! —grita—. ¡Quema!

—Ponte hielo enseguida —dice Akan.

—Pero ¿qué diablos haces? —le pregunta Barbara al gato, que se ha detenido en un rincón mientras parece disfrutar de la escena y se lame una pata.

\*\*\*

—Hola, ¿Grazia? Soy yo, Giulio...

—¿Giulio?

—No me hagas más preguntas y escúchame. Creo que sé qué le pasó a Patrizia. Hay que ir a ver a Falconi y que nos diga cómo podemos ponernos en contacto con la empresa GeoService. Y que nos diga, sobre todo, quiénes son, porque podrían estar detrás de la desaparición de Patrizia.

—Pero ¿de qué me hablas? Y, además, ¿por qué hablas? ¿Por qué tienes un teléfono?

—Ya te he dicho que no me hagas preguntas. Tenemos que...

—Mira, Giulio, me espera un día de mierda, así que cuelga el teléfono y dáselo a Donato.

—No lo entiendes. Hoy vendrán a buscarme y...

—Y si te encuentran con un teléfono en la mano, me meterás en un buen lío que ahora mismo es lo último que necesito.

—Dame al menos el número de Falconi. No lo he encontrado en internet y tengo que llamarlo.

—¿En internet? ¿Que tienes que llamarlo? No puedes hacer nada de eso, Giulio. ¿Dónde está Donato? Voy a colgar y lo llamo ahora mismo. A ver si acabamos de una vez por todas con esta historia, por favor.

Cuelga de verdad.

¿Y ahora?

\*\*\*

Akan ha ido a buscar el hielo. Barbara está ayudando a Donato a quitarse la chaqueta del uniforme. El cabo se ha mojado los calzoncillos y se tapa con una toalla, aún dolorido, en el umbral de la puerta del baño que hay al fondo de la sala. En medio de la confusión, solo Viola oye el tono de llamada del móvil del trabajo.

—Mamá —dice al responder.

—¿Viola? ¿Por qué has respondido al móvil del trabajo?

—Porque en estos momentos Donato no puede ponerse.

—¿Y por qué?

—Un gato ha tirado todo lo que había en la mesa y el café hirviendo ha acabado donde te imaginas.

—Pero ¿qué está pasando hoy? Ponme con Donato, por favor.

Donato tiene que abrir la toalla para aplicarse más hielo y Barbara se vuelve hacia el otro lado. Es entonces cuando pone los ojos como platos.

—Pero qué... —se le escapa.

Viola mira en la misma dirección que Barbara. A través de la ventana ve a Giulio, que sale a la terraza y mira hacia abajo. Parece estar calculando la altura. En el suelo hay un montón de nieve.

—No está pasando nada extraordinario, mamá —dice Viola, hablando por teléfono—. Pero tendrías que hablar con tu amigo, con Rodari. Creo que tiene que contarte algo importante.

—Póntelo de una vez —dice Akan, que le da la bolsa de hielo a Donato.

—A ver, Viola, cuéntame cuándo has hablado tú con Rodari —le pide Grazia—. Porque de pronto tengo la sensación de que a Giulio le ha dado por hablar con mucha gente.

Giulio salta por el balcón y cae sobre el montón de nieve. Barbara y Viola se quedan boquiabiertas. La nieve estaba helada y Rodari se da un buen golpe y rueda por el suelo.

—Mierda —dice Viola.

—¿Qué has dicho? —pregunta Grazia.

—No, nada, es que...

Viola y Barbara se miran. Barbara está a punto de dejar al cabo, pero Giulio se levanta. Parece aturdido. Se toca la espalda. Se inclina hacia delante y recupera el aliento. Barbara también recupera el aliento.

—¿Y ahora qué hace? —se pregunta, pensando en voz alta.

—No tengo ni idea —responde Viola.

—¿De qué hablas? —pregunta Grazia—. Oye, Viola, ¿quieres hacer el favor de ponerme con Donato, a ver si acabamos de una vez por todas con esta historia, que ya ha durado demasiado?

Giulio entra en el garaje.

—Vale, te lo paso. Espera un momento, que tiene una bolsa de hielo en la entrepierna.

Viola está a punto de levantarse, pero ve que Barbara vuelve a abrir los ojos de par en par, como si se le fueran a salir de las órbitas. Se vuelve hacia la ventana para comprender lo que está ocurriendo. El viejo Ford de Amanda sale del garaje marcha atrás y acaba atravesado en la carretera.

—No sé qué pretende hacer —le dice Barbara—, pero no lo conseguirá como tenga que ponerse al volante.

—¿No sabe conducir? —le pregunta Viola.

—¿Quién? —pregunta Grazia—. ¿Quién no sabe conducir? Pero ¿de quién hablas?

—No, no sabe conducir —dice Barbara.

—A lo mejor podrías salir y sentarte en la nieve —sugiere Akan al cabo, que al ponerse la bolsa de hielo en la entrepierna ha cerrado los ojos, en una expresión de dicha infinita.

—¿Viola? ¡Viola! —Se oye la voz de Grazia en el teléfono que su hija ha dejado en la mesa, antes de ponerse el abrigo y salir corriendo—. Viola, como estés haciendo algo que no deberías, te juro como hay Dios que lo pagarás con intereses. ¿Me oyes? ¿Viola? ¡Viola!

Su madre sigue llamándola mientras Barbara observa el viejo Ford de Amanda, que pasa zumbando frente a la cristalera del bar.



**QUINTA PARTE: LA CAZA.  
«PERO SI HAY SANGRE POR TODAS  
PARTES...».**

## CAPÍTULO 36

El coche patrulla se pone en marcha. Los *carabinieri* han llegado a las oficinas de GeoService para hacer una inspección tras la llamada recibida denunciando actos vandálicos. Está la cabeza de zorro, ante la que se ha detenido el *carabiniere* más joven, el cabo. Mientras el coche se aleja, Falconi y Maglio se quedan ahí.

—Ve tirando —le dice Magliarini al leñador, que es quien ha visto lo que ha ocurrido y el que ha llamado a todos—. Me reúno contigo dentro de cinco minutos, que tengo que hablar con el alcalde.

El leñador se aleja silbando.

—Quizá hubiera sido mejor no montar todo este lío —dice Falconi—. Habría sido más conveniente evitar el tráfico en esta zona.

—La ha encontrado el chico, que había venido aquí para controlar que todo estuviera bien. ¿Qué querías que hiciera?

Miran a su alrededor y las miradas de ambos convergen en el mismo punto. Entre los árboles.

—¿Te sientes culpable? —pregunta Falconi.

—Creía que habría sido peor.

—No había otra forma de hacer las cosas. Si queremos llegar hasta el final, tenemos que pagar el precio que hay que pagar. Y lo sabes.

—No es necesario que me convenzas. Solo quiero irme. —Ambos echan un vistazo al mismo lugar, entre los árboles, es como si no pudieran evitarlo—. A veces pienso en Teresa. No lo sé. Si aún estuviera con nosotros, todo esto... Quiero decir, no sé si lo habría hecho igual. Pero es como si aquel día hubiera muerto la mejor parte de mí. Por eso no me siento culpable, como debería. Porque la parte de mí que debería sentirse culpable murió aquel día. Cuando se derrumbó el puente.

Falconi aparta la mirada del bosque y se vuelve hacia él.

—Llegados a este punto, no nos queda otra que llegar hasta el final.

—Lo sé, no es necesario que me lo recuerdes.

Maglio se vuelve y lanza una mirada oscura e intensa a su compañero.

—Hay otro problema —añade Falconi.

—¿De qué se trata?

—El otro día recibí una foto.

—¿Una foto?

—Salimos Katerina y yo. Si la hubiera visto Mirna, se habría armado una buena.

—¿Sabes quién puede haber...?

—No, pero ten los ojos bien abiertos, ¿de acuerdo?

Se despiden. Maglio se reúne con el leñador que lo está esperando junto a la furgoneta de la empresa Magliarini Servicios Forestales. Falconi regresa a su vehículo. Enciende el motor y toma la carretera para volver al pueblo.

# CAPÍTULO 37

Una de las peores veladas de *burraco* de la historia. Al menos sobre eso no alberga ninguna duda. Adele ya no sabe jugar, de eso tampoco alberga ninguna duda. Y luego está la fanfarronada de su prima Dorina, que aún le escuece.

Mirna acaba de bajar del Panda todoterreno de color aceituna de Adele. A través de la ventana del salón ve que la chimenea está encendida. Quizá haya llegado la noche de la revelación. Adele le ha dicho algo sobre un trabajo que su marido está haciendo. Le ha dicho que no podía contarle nada, pero se le ha escapado una cosa. Está relacionado con el terreno de Marcello que Adele vendió a aquellos señores por mediación de Eugenio. No se sabe cómo, pero Marcello ha logrado estampar su firma.

Eugenio, el marido que ha sabido dárselo todo. Una casa bonita, un apartamento en la playa, dos hijas ya mayores que viven su vida. Eugenio le ha permitido ver mundo, en viajes organizados, cruceros... De todo ello dan fe las fotografías que ella saca de vez en cuando, para mostrárselas a las amigas que van a tomar un té. Eugenio es un hombre respetado, al que acude todo el mundo cuando necesitan ayuda. Siempre será el punto de referencia de la comunidad, como lo ha sido hasta ahora. Y ella podría haber asumido el papel de primera dama, tal y como le correspondía, pero a esa Barbara Tantulli siempre le ha gustado entrometerse para hacer de contrapeso a su marido, y le ha arrebatado un espacio que era suyo. Sin embargo, la victoria que ha obtenido con el nombramiento como presidenta del mercadillo de la Misericordia es solo el primer paso para su anhelada redención. Y Eugenio no tardará en contárselo todo. Habría podido obligar a Adele a que desembuchara todo lo que sabía, pero entonces ella se lo habría contado a Eugenio y le habría estropeado la sorpresa. Le ha seguido el juego porque está convencida de que se trata de algo grande. Y esta vez sí que le enviará una

bonita postal a su querida y vieja amiga Barbara. Barbara, cariño, te envío esta postal para que la cuelgues en tu hotel y le des un toque de alegría, que siempre parece muy triste.

Mirna entra en casa. Se quita el abrigo. El fuego de la chimenea está encendido, pero no ve a Eugenio. Oye el ruido de la ducha. Todo está en su sitio. Mirna adora su salón acogedor. Ha llegado a tiempo a casa para relajarse un poco antes de ponerse a preparar la cena. Se quita los zapatos y se sienta en el sofá. Se masajea los pies por encima de las medias.

En la mesa de cristal templado, frente al fuego, hay un vaso y la botella de whisky de Eugenio. Se ha tomado un trago. Se lo merece. No hace más que trabajar. Quién sabe dónde ha decidido llevarla. Quizá a Sudamérica, donde ahora hace calor. O a alguna isla del Pacífico, de esas que te ponen un collar de flores nada más llegar y te sirven un cóctel de frutas con pajita, y suena música en la playa, donde puedes bailar descalza, rodeada de hogueras y se oye el murmullo de las olas que rompen en la orilla. Esperemos que no haya hecho la reserva para dentro de poco porque a veces Eugenio no se da cuenta de que lleva su tiempo preparando el equipaje si no quieres correr el riesgo de olvidarte cosas importantes. Primero se prepara una lista de lo que tienen que llevar y se van tachando las cosas a medida que llenan las maletas. No hay nada peor que echar a perder las vacaciones porque has olvidado algo importante y de pronto te encuentras, por ejemplo, sin el alisador del pelo en una isla del Pacífico donde no puedes comprar uno que esté a la altura del tuyo. Le bastaría con saber el lugar, así podría empezar a preparar las maletas, pero fingiendo que no sabe nada, claro, pero así al menos podría concentrarse en lo que necesitarán.

Mirna se tumba en el sofá y piensa en el Pacífico. Tendrá que enviar un montón de postales. ¿También venderán allí? En todo caso, será mejor que se informe con tiempo para comprarlas en el aeropuerto si es necesario. Que una no puede irse de vacaciones en mitad del Pacífico y no enviar ni una triste postal. Sería como si no hubiera ido.

Hay algo debajo de la mesa. Una hoja. A lo mejor es un folleto. No, se trata de una fotografía.

\*\*\*

La combinación de agua caliente y whisky obra milagros. Eugenio se queda un buen rato bajo la ducha, deja que el chorro de agua le masajee las

cervicales, en el punto donde anidan todas las tensiones. Y de un tiempo a esta parte ha tenido que gestionar demasiadas. Todo recae sobre sus hombros, como es habitual. De no ser por él, no serían capaces de hacer nada útil. Pero todo esto se paga, con estrés y tensión. Tendrá derecho a un extra, tal y como están las cosas. Un extra que lo compense todo. Y luego, adiós, partirá a la nueva vida que lo espera en las Antillas. Lejos de todos. Lejos de las malditas sanguijuelas que son sus hijas y sus respectivos maridos, un par de fracasados que le piden dinero cada Navidad. Cuando no son las reformas de la casa, es el coche nuevo. Y espera a que tengan hijos, ya verás. Basta, el cajero ha cerrado. Siempre ha dado mucho a los demás, y ahora ha llegado el momento de que se dé un homenaje a sí mismo. Y lo único que quiere es a Katerina. Haría cualquier cosa por ese cuerpo que se desliza por encima del suyo de esa manera. Por esos labios que saben hacer cosas que parecen de otro mundo. Y menudo efecto tienen: no necesita la pastilla, le basta pensar en ella para izar la bandera.

Cierra el agua, abre la puerta de la ducha y se pone el albornoz blanco y perfumado.

Katerina, la diosa del sexo. Tenerla a su disposición día y noche, en una playa paradisíaca. Lejos de ese agujero frío y oscuro. De esa vida sórdida. De Mirna, que ha envejecido. Él no es así, se siente más joven. Tiene ganas de bailar. Y de follar, sobre todo. Se mira en el espejo. Él no es tan viejo. Podría dejarse crecer una barba blanca, que contraste con el bronceado y le dé un aire a Paul Newman en aquella película, *El juez de la horca*, en la que salía Ava Gardner. Mirna se parecía un poco a ella cuando era joven. Y ahora no hay nada como tumbarse en el sofá, con el albornoz, frente a la hoguera, con otro vaso de ese whisky excelente.

Se acaricia la cabeza bajo la capucha y se va al salón.

\*\*\*

Gerri llega a la cabaña. La llama así, aunque en realidad es una estructura sólida, con calefacción, bien aislada y cédula de habitabilidad. En el pasado había sido una simple cabaña de caza, pero ahora es su refugio mágico, donde solo entra él. Es el lugar donde tiene la moto de nieve. Y no solo eso.

Se pone el uniforme de camuflaje con forro. Es una noche fría.

Katerina ha salido de casa de Falconi hace poco.

Gerri enciende la luz y mira a su alrededor. Todos sus tesoros. Incluida una caja de madera que contiene una botella Mathusalem de Dom Perignon, que guardaba para una gran ocasión. Hasta hace poco pensaba que la abriría para celebrar una buena noticia, como, por ejemplo, que iba a ser padre. Sin embargo, Katerina cambió de opinión al respecto en cuanto se casaron. Y ahí quedó la botella, esperando que llegara una gran ocasión. Junto a la caja de madera hay un estuche con su otro gran tesoro.

Una funda de piel.

Lo coge. En la parte superior hay un escrito bordado a mano. Lo acaricia con los dedos para quitarle el polvo. Se detiene en esas palabras, luego abre la cremallera y se sienta en la moto de nieve para disfrutar de la preciosidad que va a extraer.

Un Riser de Dymondwood fabricado en negro. Con palas de acero claro, recubiertas a ambos lados con fibra de vidrio negra de gran resistencia. Con puntas hechas a mano en fibra de vidrio, blancas y negras.

Su arco. Una obra maestra personalizada con su nombre grabado.

Agarra la empuñadura. Se pone en pie. Le sobreviene una sensación maravillosa. Imagina la flecha.

Imagina el impacto.

\*\*\*

Mañana nos encargaremos de solucionar todo esto. Falconi se lo repite como un mantra. Pero qué pena de noche, que había empezado con unas intenciones muy distintas. Tenía que verse con Katerina y sin embargo... Primero las fotos que echaron a rodar el programa, luego Mirna. En cuanto ha entrado en el salón, ha visto su cabeza gris que asomaba por encima del respaldo del sofá. Estaba ahí, inmóvil, mirando las llamas. Siempre ha tenido esa forma de comportarse que podría acabar con la paciencia hasta de un santo. Está inmóvil, con cara de malas pulgas, esperando que le preguntes por qué está callada y con cara de malas pulgas. Siempre con esa actitud de quien juzga, condena y tiene razón. La actitud de vieja tocacojones con la virtud de hacer que todo lo que la rodea parezca más viejo de lo que es. Hace que te preguntes qué has hecho mal, si te has acabado el zumo de arándanos sin querer porque no puede irse a la cama sin tomarse un vaso, o si te has olvidado de cambiar el rollo de papel higiénico, o si has cambiado de sitio algún objeto porque después de usarlo lo has dejado ahí mismo, sin

preguntarte cuál era su maldita ubicación original, o si has incurrido en cualquier otro tipo de error que una persona normal jamás notaría. Pero que Mirna sí nota. Nunca te lo dice a la cara, sino que te lo insinúa. Del mismo modo asfixiante en que cada cosa tiene su sitio, el de Eugenio es una cama dorada con su hueso para que tenga dulces sueños. Como un perro cualquiera. Pero el viejo Falco ya está harto y ha decidido volver a levantar el vuelo.

De modo que Eugenio ha rodeado el sofá para averiguar la que se le avecinaba. Y entonces ha visto la foto. Mirna la tenía en las piernas. Para que la viera. La maldita foto que debía de haberle caído del montón antes de tirarlo al fuego. A partir de ahí, los acontecimientos se han precipitado. Pero todo tiene solución, se ha dicho el señor Falconi. Y en pocos minutos ha resuelto el problema. En esos pocos minutos en los que la voz estridente de Mirna lo ha torturado por última vez.

Después de hacer lo que debía, se ha dado cuenta de que aquella cabrona arrogante ni siquiera había preparado la cena.

Falconi entra en la cocina. Deja la escopeta de caza, aún caliente, sobre la encimera, frente al nuevo horno eléctrico que han comprado gracias a los puntos acumulados, una auténtica ganga. El albornoz blanco está manchado de sangre. Tendrá que meterlo todo en la lavadora, a lo mejor Katerina sabe cómo se hace, y luego darse una ducha. Relajante. No es mala idea. Pero antes toca cenar. Hay que echarse algo al colete, que con el estómago vacío uno no puede hacer nada, ni siquiera pensar.

Abre la nevera, saca un paquete de jamón cortado en lonchas, un bote de alcachofas confitadas en aceite, un trozo de queso curado y una cerveza bien fría. Prepara el plato, corta dos rebanadas de pan casero y se sirve la cerveza en un vaso porque solo los jóvenes beben a morro de la lata, llenándose el estómago de espuma. Regresa al salón y se sienta frente a la chimenea encendida.

Echa otro tronco al fuego y se sienta en el sofá.

Junto a Mirna.

Su mujer sigue en la misma posición. Incluso tiene en la mano la fotografía que no paraba de agitar. Si no fuera porque le falta media cabeza, sería una típica noche de pareja, cenando frente a la chimenea con un plato sobre las piernas y los pies, envueltos en calcetines de lana, apoyados en la mesa. Mirna siempre ha preferido una buena hoguera antes que la televisión para cenar. El sitio del televisor siempre ha estado en el dormitorio, donde no han hecho muchas otras cosas en los últimos treinta años.



Eugenio pone una loncha de jamón sobre la rebanada de pan y le da un mordisco. Mastica lentamente, el viejo Falco, porque sería una pena que se le rompiera alguna funda justamente ahora, antes de irse. A saber qué dentistas habrá en la bahía de Sosúa. Más vale prevenir.

El sofá está lleno de sangre, menuda guarrada. El albornoz ya no lo puede salvar, pero a estas alturas, ¿a quién le importa? El problema es que ella se había empecinado en ponerlo a parir, quería contarle a todo el mundo todos sus tejemanejes y todo lo que le había perdonado en los últimos años. Hasta quería quitarle la firma de la cuenta bancaria. Quería arruinarlo. Estaba ahí sentada con la foto en las manos, farfullando como una loca, hablando de denuncias, abogados y *carabinieri*, con ese tono de sabelotodo y que disfrutaba restregándotelo por la cara. Estaba fuera de sí. Y nada. De nada han servido todos los «Intenta calmarte, Mirna» o «Por el amor de Dios, que lo vas a echar todo a perder» y también «Mirna, también te quedará dinero para ti» y Mirna, Mirna, Mirna. Pero Mirna no quería ni oír hablar del tema. Todos esos «Me das asco» y «Nunca te lo permitiré» y todo lo que no ha entendido, como, por ejemplo, «Estará contenta esa cerda» y «Va a disfrutar bien de esto» y «No pienso acabar así por ella».

Para el señor Falconi, el problema es la tensión. Cuando es demasiada, es demasiada.

Ella no paraba de gritar, estaba fuera de sí. Con esa voz del demonio, cada día más insoportable. De modo que él ha decidido abrir la vitrina de caoba donde guarda el fusil, ha cargado dos cartuchos para cazar jabalíes y mientras ella seguía gritando «Pero tú has echado la cuenta sin la huésped, cerdo», le ha disparado en la cabeza. Bendito silencio. Lo que necesitaba para pensar en cómo iba a resolver la situación.

Mirna debe desaparecer.

El jamón no está mal. El que cortan a mano, como antiguamente, es mejor, claro, pero también se estropea antes, se pone duro y salado, mientras que este, el que viene envasado y cortado a lonchas, conserva mejor el sabor. Ahora necesita un buen trago de cerveza y luego una deliciosa alcachofa confitada. Es una pena que no tenga cebolla.

Eugenio sigue masticando lentamente para proteger las fundas dentales, junto a su mujer, con el cráneo abierto, mientras las gotas de sangre caen al suelo. Le llevará un buen rato limpiarlo todo y eliminar esa papilla oscura que debe de ser su cerebro, desparramado por el sofá y que ha llegado hasta la pared de detrás. Pero ya tiene una idea para deshacerse del cuerpo. Debería

informar a los demás de este acontecimiento inesperado, pero esta noche tiene que relajarse un poco. Tiene que cenar y beberse su cerveza.

Y echarse un buen sueño.

## CAPÍTULO 38

Los acontecimientos inesperados relacionados con la señora Falconi han provocado la convocatoria de una reunión, pero, al parecer, la persona que la ha convocado se lo ha tomado con calma. En primer lugar, lo ha limpiado todo y ha tapado el sofá con una funda, por seguridad, aunque en la pared ha quedado una buena mancha.

Maglio ha sido el primero que ha llamado a la puerta. Estaba en el bosque con dos de sus hombres, pero cuando ha visto el nombre en la pantalla del teléfono, ha comprendido que era un marrón y ha adelantado una hora la pausa del almuerzo. La segunda en llegar ha sido Adele. Estaba en la cocina, pensando en lo que iba a preparar para comer, una menestra o un poco de pollo con hinojo al microondas, cuando ha recibido la llamada de Maglio. Y al cabo de cinco minutos, después de la habitual conversación imaginaria con su marido, ya estaba sentada al volante del Panda todoterreno de color aceituna. La última en llegar ha sido Katerina. Le ha dejado una nota a Gerri, que aún estaba en la cama, diciéndole que iba a comprar algo para beber con burbujas. Ha tardado bastante en llegar.

—Me dijiste que me quedara con Gerri, ¿recuerdas? —dice Katerina, volviéndose hacia Maglio, que le ha echado en cara su tardanza—. No podía desaparecer así como así. Ni siquiera sé dónde está. A lo mejor no debería haber venido.

—Al menos podrías haber dejado el coche en el bosque —dice Maglio—. Ahí donde lo has dejado, en la parte de atrás, podría verlo alguien si le da por rodear la casa.

Falconi intenta que las aguas vuelvan a su cauce.

—¿Por qué motivo alguien debería rodear la casa?

—No sé qué pinta aquí esta golfa de tres al cuarto —dice Adele, señalando a Katerina enérgicamente con el dedo índice—. Ese es el problema.

Katerina se cruza de brazos.

—Como esta siga así, yo me voy.

—No empieces, Adele —le pide Falconi.

—¿Qué has hecho con Mirna? —pregunta Maglio, que tiene ganas de ir al grano.

—Está abajo, en el congelador.

—¿Y se puede saber por qué la has metido ahí?

—Porque si empezaba a moverla de un lado a otro iba a dejármelo todo pringado de sangre, por eso la he puesto ahí. Al menos, si luego tenemos que cortarla a trozos para que sea más fácil trasladarla, nos resultará más fácil.

—Pero ¿vosotros os estáis oyendo? —pregunta Adele—. Estáis hablando de Mirna, por el amor de Dios. Tu mujer, Eugenio. ¡Tu mujer!

—Te he dicho que lo dejes correr, Adele —repite Falconi.

—No lo dejo correr. No pienso dejar correr nada. Cuando empezó esta historia, acepté porque me dijiste que ibas a hacer feliz a Mirna, a mi amiga Mirna. Pero luego cambió todo y empezaste a acostarte con esta ramera, y, encima, yo no podía contarle a Mirna, a mi amiga Mirna, lo que estábamos tramando. ¿Entiendes lo que ha significado para mí?

—Pobrecilla... —dice Katerina, frunciendo los labios en una mueca infantil.

—Tú cierra el pico, putón verbenero —le espeta Adele.

—Vuelve a insultarla y te enviaré al mismo sitio al que he enviado a tu querida amiga Mirna —la amenaza Eugenio.

—Pero ¿lo estáis oyendo? —Agita los brazos, como si estuviera hablando ante un público imaginario—. ¿No os dais cuenta de que es culpa suya que hayamos acabado metidos en este problema? Es un cerdo viejo y asqueroso que...

—Venga, no exageres, Adele —dice Maglio—. No olvides que lo hemos hecho todo nosotros. Tú te has limitado a vender una finca que había llegado a manos de tu marido, sin que él supiera muy bien cómo. De lo demás nos hemos encargado nosotros. Así que ahora piensa en todo el dinero que vas a tener y no nos toques los cojones.

—Lo que yo decía. Si no tiene que hacer nada —dice Katerina—, podías haber dejado que se quedara en su casa.

—También podrías haberte quedado tú en la tuya —le replica Adele—. Mejor nos habría ido a todos si el imbécil de Gerri te hubiera dejado donde estabas.

—¡Adele! —grita Falconi, con los ojos desorbitados—. Ella está conmigo y no vuelvas a meter las narices donde no te llaman.

—¡Pero es que le has disparado! ¿Te das cuenta? —insiste ella—. ¡Has disparado a Mirna! ¡La mujer que te cuidó cuando estabas enfermo está dentro de un congelador para que sea más fácil cortarla en pedazos! ¡La mujer con la que has compartido las alegrías y las tristezas de tu vida! ¡Con la que hiciste un juramento ante Dios! Con la que has tenido dos hijas que ahora...

—¡Dos tocacojones! —grita Falconi—. Que desde que se casaron se han convertido en cuatro tocacojones. Son unas sanguijuelas que han dilapidado todo el dinero que tenía. ¿Y quieres que me quede aquí para ver cómo me desangran? ¿Quieres que me quede aquí sentado para complacer todos los deseos de esa panda de tocacojones hasta que me muera? Cada uno elige lo que más le conviene, Adele, ¿recuerdas?

—Pues has elegido muy bien. Enhorabuena. Llegar a los sesenta y cinco con una ramera que a las primeras de cambio...

—¿Qué? ¿Qué haré? —Katerina se pone delante de ella—. Venga, di lo que haré. ¡Dilo si te atreves! ¿Sabes cuál es tu problema? Que eres una envidiosa porque en esta sala hay alguien de tu misma edad que aún tiene ganas de follar. ¡Eso es lo que te pasa!

—¡Retira ahora mismo lo que has dicho! —grita Adele.

—¡Basta! —Maglio levanta la voz y permanece inmóvil, con los brazos estirados y la respiración entrecortada, intentando contenerse—. Parad de una vez por todas, que tenemos entre manos un problema que debemos resolver.

—Sí, un gran problema —dice Adele—. Porque yo a esta no la soporto más, ¿entendido? Tendría que estar Mirna en su lugar. Al principio me dijisteis que íbamos a dejarle a Mirna su parte del dinero, pero que se lo comunicaríamos en el último momento para que no hubiera problemas con las firmas del banco. «Problemas con las firmas del banco», esas fueron vuestras palabras. Y yo creía que tarde o temprano podría hablar del tema con mi querida amiga. Sin embargo, ahora me habéis dicho que no, que esto ya no será posible, y no me gusta nada lo que habéis hecho, ¿de acuerdo? ¡No me gusta en absoluto! Y llegados a este punto, yo ya no sé qué hacer. Tengo que pensar en ello porque no me gusta nada lo que le habéis hecho a mi amiga y creo que esta cabrona no debe quedarse con su parte. No quiero, eso es, no quiero que esta puta, y lo digo así, porque es una puta, se quede con la parte

que le correspondía a Mirna. No lo quiero. Y como se quede con un solo céntimo, os juro que...

El disparo de la escopeta impacta en pleno abdomen y le abre un agujero que casi la atraviesa de parte a parte. Adele abre los ojos desorbitados, sorprendida, y tampoco puede cerrarlos cuando le ceden las piernas y se desploma sobre la mesa de cristal templado, haciéndola trizas. Una gran esquirla le atraviesa el cuello. El reguero de sangre empieza a formar un charco en la alfombra.

Los dos cañones de la escopeta que tiene Falconi en las manos escupen un hilo de humo. Nadie se había dado cuenta de que la había cogido.

—Pero ¿qué coño has hecho? —le pregunta Maglio, que no puede apartar la mirada del cuerpo de Adele.

—Se lo había advertido. Si la ofendía una vez más, la enviaba al otro barrio para que se reuniera con su amiga. Así ahora ya puede estar con esa cabrona.

—No digas estupideces, Falconi. Lo has hecho porque no quería darle la parte de Mirna a tu novia.

—El resultado es que ahora no tenemos que dar nada a Mirna ni a ella, por lo que vamos a repartirnos un pastel más grande entre tres.

—Llegados a este punto, no estoy muy convencido de que sea justo dividirlo entre tres.

—El cartucho que queda en la recámara dice que sí.

—¿Me estás amenazando?

—El pacto era que Katerina tendría su parte.

—El pacto era que...

—¡Viene alguien! —lo interrumpe Katerina, señalando la ventana.

—¿Cómo? —pregunta Falconi.

—Se ha parado un coche ahí, junto a la verja.

—Oh, mierda.

Maglio se acerca al cuerpo de Adele y valora la situación.

—Rápido, hay que enrollarla en la alfombra, así puedo llevarla hasta la otra habitación.

—Pero si hay sangre por todos lados... —le dice el alcalde, mirando alrededor.

—¿Y quién sabe cuál es el motivo? —replica Maglio—. Además, genio, tu coche está ahí fuera. Si llaman, abre y finge que te encuentras mal, así se irán enseguida. De todos modos, es mejor que quitemos a Adele de en medio.

—¿Es ese tipo, el hijo de Barbara! —dice Katerina, que mira por la ventana.

—Oh, mierda —repite Falconi.

—¿Deja de decir «Oh, mierda» y échame una mano! —grita Maglio—. Tira de ahí. ¿De verdad era necesario que le pegaras un tiro a esta imbécil? ¿No te bastaba con darle un golpe en la cabeza? Menudo problema nos has creado.

## CAPÍTULO 39

—Pero ¿qué has hecho? ¿Me explicas lo que pasa?

Grazia está sentada frente al portátil del cuartel. Ha conectado un disco duro de los Espíritus del bosque y está observando las imágenes para averiguar cómo podía hacer desaparecer la historia del chantaje a Falconi. Al final logró hablar por teléfono con Esposito.

—Nada, jefa, todo bien. Estaba en el baño porque ese gato gordo me ha tirado encima el desayuno y ha derramado el café donde usted ya se imagina...

Las imágenes avanzan a cámara rápida, como confirma la progresión del reloj situado en la esquina inferior derecha.

—Antes he hablado un momento con Viola, pero luego debe de haberse cortado la conversación. ¿Dónde está ahora?

—En el baño, jefa. La señora Barbara ha dicho que se ha metido corriendo en el baño.

Cada disco duro contiene las imágenes grabadas con un dron. Al parecer, los Espíritus del bosque tenían una buena dotación.

—¿Se ha metido corriendo en el baño? Pero ¿se encuentra bien?

En un disco duro hay las imágenes grabadas frente a la casa de Falconi. Parecen las imágenes entre bastidores de un espectáculo teatral: llega el Panda de Adele, baja Mirna, el Panda se va, llega el Giulietta de Katerina, que entra en casa. En otro disco duro hay las imágenes tomadas en las instalaciones de GeoService. Aparece a menudo su coche patrulla. Por eso nunca podían atraparlos: lo tenían todo controlado. Iba a necesitar varios meses para visionar todas las grabaciones de los drones. Pero el que está viendo ahora es otra cosa.

—La señora Barbara dice que está bien, pero es Rodari el que me preocupa más —dice Donato—. Estaba desvariando, hablaba de no sé qué historia de un acuífero...



—Calmémonos un poco. Intentemos no hacer más de una cosa a la vez.

—La cuestión es que, según Rodari, toda esa historia estaba relacionada con la desaparición de la abogada Alberti, y si vuelven a encerrarlo en la cárcel, tiene miedo de que todo el mundo pierda el interés por el tema.

Grazia estaba observando las grabaciones de uno de los discos duros, cuando se ha dado cuenta de que algo no encajaba. Conocía el vehículo y sabía que no debía estar ahí.

—¿Jefa? ¿Me oye?

Grazia empezó a estar más pendiente de esos desplazamientos y se fijó en otro coche. Tuvieron que pasar algunas horas, pero al final localizó una serie de movimientos interesantes.

—Esposito, no puedo hacer tantas cosas a la vez y ahora estoy viendo las grabaciones. Diles que te cuenten la historia con pelos y señales, y luego me haces un resumen. ¿De acuerdo?

Tiene que saber lo que está buscando porque cada dron grabó un fragmento del recorrido. Y no solo de eso. Al parecer, en los días anteriores, entre motos, coches patrulla, motos de nieve y vehículos privados hubo un tráfico muy intenso en las carreteras de la zona. Y el radio de acción de los drones es muy amplio. Llega hasta la carretera provincial que lleva a la ciudad. ¿Y no es curioso que ese coche se mueva justo esa noche, y justo en esa franja horaria, que es precisamente la noche y la franja horaria en la que desapareció Patrizia Alberti?

\*\*\*

—¿De verdad que no sabes conducir?

Viola está sentada al volante del viejo Ford con el que Giulio ha salido del garaje de La Gherarda. Él va en el asiento del acompañante y tiene la frente manchada de nieve, de cuando se ha golpeado contra el salpicadero y ha recordado que no tenía carné de conducir.

—Lo he heredado de mi madre. Ella tampoco tiene ni idea de cómo se manejan estas cosas.

—Entonces, ¿de quién es el coche?

—De mi tía. Era ella la que conducía.

—¿Quieres explicarme esta historia del acuífero?

—Si hay un acuífero, existen motivos importantes y más que lógicos para denegar el permiso de construcción de una planta de tratamiento de residuos

como la que quería hacer GeoService. En realidad, es muy raro que pudieran comprar solo esa parcela del bosque, que se encuentra en mitad de la reserva pero que no formaba parte de ella. La cuestión es que la existencia de ese acuífero podría dar al traste con todos esos planes. Pero se trata de gente sin escrúpulos. Lees los periódicos, ¿no?

—Hazme un resumen.

—Abren estas plantas lejos de todo el mundo, en lugares apartados, donde nadie se da cuenta de lo que ocurre ahí dentro. Se embolsan una fortuna de quien tiene que deshacerse de residuos peligrosos pero no quiere pasar por los canales legales al resultar demasiado caros. Así, ellos aceptan bidones de todo tipo y encuentran una forma de cambiarles el nombre, hacerlos desaparecer, incluso de venderlos como fertilizante agrícola, o simplemente los dejan ahí, abandonados en cualquier lugar hasta que deciden que ya han ganado lo suficiente y encuentran la forma de cerrarlo todo. Y ¿sabes quién hace estas cosas? La mafia. Las personas que se ven obligadas a eliminar a alguien que podría poner en peligro sus planes no se andan con rodeos. Y eso es lo que le pasó al viejo Peter y a Patrizia. GeoService podría estar registrada a nombre de cualquier testaferro, pero cuando se aclare la historia, yo no seré el único sospechoso. El loco que se cargó a su ex porque estaba obsesionado con ella. No fui yo. ¿Lo entiendes? Toda esta historia es una trama donde se mezclan dinero e intereses ilícitos, no un crimen pasional.

—¿Y el cerdo? —pregunta Viola.

—¿El cerdo?

—Falconi. ¿Por qué tienes tanta prisa por hablar con él?

—Por lo que he podido entender, estaba buscando una forma de desestimar la concesión. Se alegrará mucho cuando le cuente esta historia y me echará una mano para sacar a la luz todos los trapos sucios de GeoService. Si lograra un poco más de información, averiguar quién dirige la sociedad, podría proporcionarle a mi abogado el material necesario para empezar a trabajar. Tengo que hablar con Falconi. Pero ¿por qué dices que es un cerdo?

—Es una larga historia, te la cuento luego. Ya hemos llegado, ¿ves? Su casa es esa de ahí. Ahora paro y sigues a pie.

—Pero espérame en el coche. Oficialmente, soy un fugitivo, así que es mejor que no te vean conmigo. Escóndete en algún sitio para que no te vea nadie. He conducido yo.

—Vale, pero no tardes demasiado, que si me pilla la Sargenta, esta vez me detiene.

—Solo necesito unos minutos. Conozco a Falconi y enseguida entenderá cuál es la situación.

\*\*\*

—Donato, soy yo otra vez.

—A sus órdenes, jefa.

—Tengo que hablar con Rodari.

—¿Ahora?

—No, después de las vacaciones de verano. Te he llamado ahora porque quería avisarte con tiempo.

—¿Las vacaciones?

—Ve a buscar a Rodari, Esposito.

—Enseguida.

\*\*\*

—Señor Falconi, ante todo me gustaría disculparme por presentarme en su casa de esta forma, pero debo hablar con usted cuanto antes.

—Pero ¿usted no está bajo arresto...?

—Domiciliario, sí. De hecho, no debería estar aquí. Pero, mire, es que tengo que decirle algo muy importante.

—Lo siento, pero es que no estoy muy fino.

—Solo le robaré un par de minutos. Y después podrá llamar a los *carabinieri* para que vengán a detenerme. Es más, los llamaré yo mismo.

—¿Quiere llamar a los *carabinieri*?

—Para entregarme.

—Un momento, quizá no sea el mejor momento...

—Deme cinco minutos. He descubierto algo importantísimo: hay un acuífero en el bosque.

—¿Cómo dice?

—En el lugar donde GeoService quiere construir su planta. ¿Lo entiende? Patrizia Alberti lo había descubierto y por eso desapareció. ¿Lo ve? Debe ayudarme a encontrar la forma de...

—¿Ha venido solo?

—¿Cómo dice?

—¿Ha venido solo hasta aquí?

—Sí, claro. Con el coche viejo de mi tía. ¿Lo ve? Está en La Gherarda

desde que...

—Entre y póngase cómodo, así podremos hablar con calma al calor del hogar, si no aquí corremos el riesgo de coger una pulmonía con este frío. ¿Le parece?

\*\*\*

—Rodari ha desaparecido, jefa.

—¿Qué me estás diciendo, Esposito?

—Que no está en su habitación.

—¿Cómo? ¿Barbara está ahí?

—Sí.

—Pásamela.

—Hola, Grazia.

—¿Qué está pasando, Barbara?

—Creo que Viola está ayudando a Giulio a descubrir algo importante...

—¡Viola es una adolescente! ¡La había dejado contigo para evitar que se metiera en problemas! Dime ahora mismo dónde está.

—Creo que han ido a buscar al alcalde.

—¡Santo Padre de Dios! Ponme con Esposito.

...

—Hola, jefa.

—¡Ni hola, ni hostias! Te dejo ahí para que vigiles a mi hija y a Rodari, ¿y se han ido los dos de paseo sin que te dieras ni cuenta?

—¿De paseo?

—Ve a la casa de Falconi. ¡Ya!

—De acuerdo, pero tengo que ir a pie.

—Barbara tiene coche. Dile que te dé las llaves.

—Negativo, jefa. Al parecer, lo está utilizando alguien.

—Pero ¿qué me estás contando?

—Se lo han llevado Viola y Rodari.

—Rodari no sabe conducir, todo el mundo sabe que es algo que ha heredado de su madre y que...

—Rodari no, jefa. Viola sí.

# CAPÍTULO 40

Mira, Mirna, yo sé que tú aún pintas algo en todo esto. Nunca has sido una de esas que se resigna a las primeras de cambio, ¿verdad? No sé cómo te las has apañado para crearme todos estos problemas, pero mientras este tío está aquí, delante de mí, contándome la historia de no sé qué acuífero que amenaza con echarlo todo a rodar, yo tengo la absoluta certeza de que detrás de este nuevo escollo estás tú. Lo he visto muy claro en el momento en que Rodari me ha dicho que iba a llamar a los *carabinieri*. Y no es el mejor momento para hacerlo, teniendo en cuenta que tú estás en el congelador, Adele está enrollada dentro de una alfombra y hay manchas de sangre por todas partes, que no le pasarán por alto a este tocacojones.

¿Y ahora qué?

Faltan dos días, Mirna. Dentro de dos días la comisión aprobará los permisos de GeoService y el pago de una cantidad de dinero que no puedes ni imaginar pasará de una cuenta a otra cuenta a otra cuenta y a otra cuenta más. Una transferencia que pasará de un país a otro, y que prácticamente impide rastrear el origen de todo ese dinero, porque requeriría de la colaboración de gobiernos que dominan a la perfección la defensa de los intereses de gente que ha amasado una gran fortuna. ¿Lo entiendes, Mirna? ¿Entiendes dónde me he metido? Tú que no parabas de tocarme los cojones cuando no metía los calzoncillos y los calcetines en el cesto de la colada, cuando dejaba una taza sucia de café en el fregadero, si no echaba ese ambientador asqueroso de perfume del bosque en el lavabo después de «hacer popó». Ni siquiera eras capaz de decir «caca», ¿te das cuenta? El sexo para ti era un deber más, con la luz apagada y sin decir nada. Llegué a pensar que eras una lesbiana reprimida. Sin embargo, yo no quería que acabara todo así. No es que no me invadiera una pequeña satisfacción cuando te abrí la cabeza, cariño, pero tenía otros planes. Falco solo quería irse y dejarte aquí para que pudieras vivir sin

problemas en esta casa, hasta el fin de tus días. Habrías seguido con todas tus malditas rutinas, lo mismo que has hecho durante toda tu vida, o habrías podido irte con esa imbécil de Adele. Pero no, has tenido que entrometerte también en esto. Esta vez Adele no quería dejarte sola y ha decidido ir a hacerte compañía. Pero Falco no se detiene tan fácilmente. Falco es un cazador. No, señor. El señor Falconi ya se ha hartado de esta vida, de quedarse sin hacer nada mientras las sanguijuelas que tiene pegadas en los cojones le chupan la poca vida que le queda. A la mierda, Mirna. Lo que nunca has entendido es que la vida es breve, pero puede ser amplia, que nadie puede obligarnos a ser lo que no somos, que si te gusta bailar y divertirte, no debes dejar de hacerlo porque no está bien, que si solo pudiera follar para tener hijos, no tendría sentido tener pajarito toda la vida, que puedes limpiarte el culo con lo que piensen los demás de ti, que solo tenemos una vida, Mirna, y como nadie puede devolvértela, no tiene sentido vivirla como querrían los demás, como estaría bien, como sería correcto. Tengo derecho a esa playa, a Katerina, a las pastillitas mágicas del placer, a todo ese dinero que me han prometido por estampar una firma. Aquí no hay futuro, Mirna. Todo aquel que ha podido se ha largado, ha huido, y eso antes de que el maldito autobús cayera al vacío cuando se derrumbó el puente. Así pues, ¿por qué no voy a embolsarme todo ese dinero? ¿De verdad crees que los espíritus de los muertos viven en el bosque? ¿Qué sentido tiene embarrancar en el fondo cenagoso de la nostalgia, de los recuerdos, de aquello que ya no está? Eso no es vivir, solo es un reflejo condicionado. Es como un corazón que solo late gracias a una descarga eléctrica. Un músculo involuntario. Como quitarse el hambre con lo que hay en casa. Un plato precocinado recalentado en el microondas, un día tras otro. Tienes que admitirlo, Mirna. Admite que no era esto lo que querías. Admite que, a la larga, conformarse con esto no tiene sentido. Y ahora déjame que me vaya. Sal de mi cabeza. Deja de gritar esas cosas horribles sobre mi cuenta, como estás haciendo ahora. Ni siquiera has sufrido. No te has dado cuenta de nada. Déjame en paz. Deja de gritar de este modo.

—¿Falconi? ¿Ha entendido lo que le estoy diciendo?

Eugenio mira fijamente a Rodari y piensa que la escopeta de dos cañones está en la cocina, junto al móvil y la cafetera. Y piensa que aún queda un cartucho en la recámara, después del que ha usado para acabar con Adele.

\*\*\*

Los tres caramelos en forma de alubia roja desaparecen y hacen caer un grupo de caramelos en forma de uvas violeta que desaparecen para dar paso a dos caramelos en forma de óvalos naranjas, que nunca ha sabido muy bien qué representan. Semillas, quizá. O dátiles, quizá, vete a saber. Caramelos en forma de dátil. Viola está en el coche, estirada en el asiento para que no la vea nadie, y pasa el rato echando una partida al *Candy Crush Saga*. De vez en cuando consulta la hora en el iPhone y mira hacia la casa de Falconi, un bonito chalé de dos plantas, casi oculto entre los árboles y con el tejado nevado. Ese cerdo asqueroso. Si la Sargenta le hubiera dado dos días más... Pero es demasiado tozuda. Y ese desgraciado se salvará. Si Rodari pudiera hacerlo entrar en razón con la historia del agua... Pero está tardando demasiado. Cuando Esposito se dé cuenta de que ha pasado demasiado tiempo desde que ha dicho que iba al baño y vaya a buscarla, se habrá metido oficialmente en un buen lío. Y no le resultará nada fácil explicar por qué ha decidido ayudar a Rodari. El hecho es que ese tipo tiene algo, quizá le recuerde un poco a Michele. O quizá le recuerde a alguien que podría haber sido un padre como el que habría podido tener. El condicional perfecto que, como dice el profesor de lengua, indica hechos que ya no son posibles. De modo que cuando ha visto esa expresión en los ojos de Barbara, le ha venido a la cabeza esa frase de «Heroes» que le dijo él, y que es su estrofa preferida de la canción, y de ahí a salir para echarle una mano ha sido un abrir y cerrar de ojos. Si además logra salvar el bosque... Dicen que las cosas que hacemos sin pensar suelen ser las mejores. Pero cuando la gente dice que algo «suele ser» es que no está muy convencida de lo que dice. En fin, cinco habas rojas. Pero la partida se interrumpe y aparece en pantalla la cara de Mussolini. Es la imagen que tiene asociada al teléfono de su madre. La Sargenta la está llamando. Viola observa la imagen, pero no responde. Porque la Sargenta, está claro, ha descubierto algo, y en estos momentos ella no puede decirle dónde se encuentra. Ignora la llamada. Desactiva el sonido. Mira de nuevo hacia la casa de Falconi y piensa que a estas alturas Rodari ya debería dar señales de vida.

\*\*\*

Donato corre como un loco. Esta vez la ha liado buena. La Sargenta está fuera de sí. Está corriendo por la carretera cuando oye un ruido. En la parte del bosque.

Una moto de nieve entre los árboles.

\*\*\*

Falconi parece distraído. Están sentados en el sofá. Giulio le está hablando del informe de Giampedretti, pero el alcalde luce un gesto raro en su rostro. Después de hacerle entrar, Falconi no ha parado de mirar a su alrededor, como si estuviera buscando algo. Daba la impresión de que ni siquiera lo escuchaba. De vez en cuando sacude la cabeza como si quisiera espantar una mosca que lo está molestando. Pero no hay ninguna mosca en el salón.

—¿Falconi? ¿Ha escuchado algo de lo que le estoy diciendo? —le pregunta Giulio.

—¿Cómo dice?

—Me da la sensación... de que está un poco ausente.

—¿Ausente?

—¿Ha ocurrido algo?

—Ah, sí. Ni se imagina cuántas cosas han ocurrido.

—Pues ahora debería concentrarse un poco en lo que le estoy explicando, alcalde. Tengo el informe y se lo puedo enviar de inmediato, si quiere.

—¿Le apetece un café?

—¿Un café?

—Sí, un café. Tengo una máquina muy buena, de las que funcionan con cápsulas. Hace un café excelente.

Falconi se va a la cocina. Giulio se vuelve y observa la chimenea apagada. Aún quedan troncos ennegrecidos por el humo, señal de que ayer la habían encendido. Qué curioso. Frente al sofá quedaría muy bien una mesita, pero solo hay un espacio vacío. Es raro porque el resto de la casa está llenísima de cosas. Hay muebles en todos los rincones, señal de que es una casa habitada, con vida. Eso es lo que hace la gente: con el paso de los años las casas se llenan de un montón de trastos que un día alguien tendrá que tirar en cualquier lugar y pagar una pequeña fortuna para que lo hagan. Hay muchos adornos, fotografías, objetos de decoración. También hay una mancha oscura en la pared. Y en el sofá, debajo de la horrible funda que le han puesto, asoma otra mancha enorme. Se nota un olor raro. Giulio no lo identifica, pero le viene a la cabeza la caza. Y hay un extraño rastro oscuro que conduce a la puerta que hay junto a la cocina.

El gnomo tiene un sexto sentido para detectar las cosas que no encajan, y en ese salón hay algo que no encaja. Se trata de una sensación extraña. Como



si hubiera pasado algo por alto. Quizá sea mejor renunciar al café.

Giulio se levanta del sofá. Mira alrededor y luego se vuelve hacia la cocina.

Y se encuentra frente al señor Falconi, que tiene una escopeta en la mano.

—Falconi, pero qué...

Un sorprendente instinto de supervivencia lo hace saltar a un lado y, gracias a ello, el disparo no le alcanza de lleno. Giulio no sabe si se produce primero el ruido del disparo o la sensación de quemazón en el costado. Apenas tiene tiempo de darse cuenta de que le ceden las piernas. Se apodera de él un sueño fulminante que lo transporta lejos de allí. A un lugar oscuro.

\*\*\*

Los óvalos naranjas desaparecen en el momento exacto en que Viola oye el disparo. Se incorpora. Mira hacia la casa del alcalde. ¿Qué está pasando?

\*\*\*

Grazia oye que el coche derrapa. Va demasiado rápido para el estado de la carretera. Pero está cabreadísima con su hija, que se ha convertido en una criminal, que ha pasado de los porros a convertirse en cómplice de un presunto homicida que, además, acaba de violar su arresto domiciliario. Y no le coge el maldito teléfono. Lo peor de todo es que quizá sin saberlo a lo mejor se ha metido en un problema más gordo, teniendo en cuenta lo que han grabado los drones y de lo que obviamente los Espíritus del bosque, demasiado ocupados en conseguir las imágenes de Falconi con Katerina, no se han percatado. Bastaba con juntar los fragmentos adecuados, tener en cuenta los horarios. Que es justamente lo que nunca hace Viola.

Grazia se siente como el personaje de un videojuego, uno de esos hombrecillos que esquivan los peligros con el único objetivo de seguir haciéndolo hasta que uno lo alcance de lleno y adiós, muy buenas.

En cuanto sale del pueblo, llega al cruce de la carretera provincial y ve a alguien que corre como un loco por la carretera. Es Donato. Le había dicho que moviera el culo y el pobre desgraciado se ha puesto a correr para llegar a La Gherarda. Toma la provincial, mete la marcha atrás y va a buscarlo.

—He llegado tan pronto como me ha sido posible, jefa —le dice mientras toma asiento a su lado.

—¿Tienes la pistola?

—¿La pistola?

—Sí, ya sabes a lo que me refiero, esa cosa que dispara...

—Sí, claro que la tengo. Pero ¿qué pasa?

\*\*\*

En cuanto Rodari se ha desplomado, Maglio y Katerina han salido por la puerta de la habitación en la que han metido a Adele.

—¡Tú no entiendes nada! —grita Maglio.

—Cachorrito mío, ¿de verdad era necesario que te cargaras a otro? —pregunta Katerina.

—Lo habéis oído, ¿no? —dice Falconi, con la escopeta de dos cañones aún humeante en la mano—. Ha descubierto algo. Ya os decía yo que tendríamos que haber cogido el ordenador de la abogada. Si nos lo hubiéramos llevado, a lo mejor no habría sido necesario liquidar a otra persona más.

—Podrías haberlo cogido tú. Es lo mínimo teniendo en cuenta que todo lo demás he tenido que hacerlo yo —dice Maglio.

—¿Todo lo demás? ¿Se puede saber qué has hecho tú? ¿Ahora me vas a venir lloriqueando por la abogada? Fuiste tú quien tuvo la genial idea de enterrarla allí arriba, con tus manías de película americana.

—Las pruebas de ADN de los cadáveres no las hacen solo en las películas, imbécil. Cuando lleguen aquí, tardarán cinco minutos en darse cuenta de lo que ha pasado. Hay pistas por todas partes. ¿Cómo vas a salirte con la tuya ahora?

—¿Qué problema hay? ¿Acaso va a venir alguien en los próximos dos días? Mirna está en la playa. ¿Y Adele? ¿Por qué motivo va a venir hasta aquí si su queridísima Mirna está en la playa? ¿Y este idiota de aquí? Basta con esconder su coche en cualquier lugar del bosque. Con dos días nos basta. ¿Te enteras? Dentro de dos días todo habrá acabado y te saldrá el dinero por las orejas. Podrías irte hoy mismo, ni tan siquiera necesitamos tu firma en la comisión. Esta noche coges y te vas, y dentro de dos días recibirás el dinero en tu cuenta.

—Y una mierda me voy a ir. Porque si no me llega el dinero, ¿cómo me las apaño para encontrarte? No, querido. El pacto era que nos separaríamos cuando cada uno tuviera su parte. Y hablando de partes...

—Ahí fuera hay alguien —dice Katerina, señalando la ventana.

—¿Otra vez? —pregunta Maglio.

Falconi se vuelve. La hija de la Sargenta está en la ventana. Tiene los ojos abiertos de par en par. El cuerpo de Rodari está en el suelo, prácticamente delante de ella. Lo ha visto. Y ahora mira a Falconi, que tiene la escopeta en la mano.

—¡Oh, mierda! —exclama Falconi.

—¿Y ahora? No irás a... —dice Maglio.

Falconi se planta ante él y lo mira fijamente.

—Ordenad un poco todo esto.

Se dirige a la vitrina donde guarda los fusiles. Junto a la puerta de las escaleras que bajan al sótano. El tirador está manchado de sangre. Ya lo limpiará luego. Abre una caja y coge un puñado de cartuchos. Carga la escopeta con dos y se guarda los demás en el bolsillo. Coge su sombrero de vaquero y se dirige a la salida.

—Es una niña... —dice Maglio.

—Cachorrito... —lo llama Katerina.

Falconi se vuelve hacia ella. El sol le ilumina el rostro demacrado.

—Dime, conejita...

—Piensa en el sol de las Antillas.

Falconi le sonrío. Se cala el sombrero. Sale y se va de caza.

\*\*\*

El portón de dos hojas de la cabaña ha quedado abierto. La caseta está escondida entre los árboles del bosque. En el aire aún flota una estela del humo que ha dejado la moto de nieve que había ahí dentro.

En el interior de la cabaña hay una mesa en la que se han dispuesto varios objetos: una cajita de madera y, al lado, la tapa. Hay una Mathusalem de Dom Perignon cuyo corcho se encuentra en algún lugar del bosque, y un vaso, vacío, al lado. Las burbujas del champán todavía bailan en el cuello de la botella. Y hay un último objeto. Un estuche de piel. Está abierto. Y vacío. Tiene una inscripción bordada a mano.

UNA FLECHA NUNCA VUELVE ATRÁS

# CAPÍTULO 41

Viola corre. Cuando abre la puerta del viejo Ford, oye un portazo en casa de Falconi.

—¡Detente, Viola! ¡Te lo puedo explicar! —le grita el alcalde.

Pero mientras gira la llave en el contacto, ve que aún lleva la escopeta en la mano. Alguien que quiere explicarte algo no se presenta armado con una escopeta de caza. El que estaba en el suelo era Giulio. Le ha disparado. Y había más gente. Katerina, seguramente. Y quizá Magliarini. Le han disparado. Gira la llave, el motor arranca, pero el coche no se mueve.

Las ruedas patinan en la nieve fundida por un sol radiante.

Lo importante es mantener la calma, ¿recuerdas, Viola? Hay que actuar con calma.

—Sal para que al menos podamos hablar —dice Falconi, que casi ha llegado junto a ella.

El coche no se mueve.

El bosque.

La historia del gnomo. El bosque lo defiende.

Viola abre la puerta del acompañante y, protegida por el vehículo, corre hacia los árboles.

—¡Detente, solo quiero charlar un rato contigo!

Pero Viola no se detiene y se tira al suelo, entre los árboles, en el preciso momento en que un proyectil provoca una lluvia de astillas de haya a su espalda. Falconi le ha disparado. El muy cerdo ha matado a Giulio y ahora quiere matarla a ella. Nota un sabor ácido que le sube del estómago hasta la garganta.

Resbala en la nieve. Tiene que llegar hasta la cima, pero corre el riesgo de acabar delante de ese loco si se cae al suelo. Sin embargo, cuando haya

llegado arriba puede echar a correr y buscar la forma de esconderse. Tiene que llamar a su madre. En cuanto llegue a lo más alto, la llama al teléfono.

Otro disparo, que también impacta en un árbol.

Viola corre. Está a punto de caer otra vez. Se agarra a una raíz. No puede tropezar y caer rodando hasta abajo porque es justamente el lugar donde la espera aquel cerdo. Las lágrimas que ni siquiera se había dado cuenta de que había empezado a derramar le nublan la vista. Tiene que seguir adelante, sea como sea.

\*\*\*

Una voz a lo lejos. La voz de una mujer. Es Patrizia. Giulio se levanta, muy ligero, y se vuelve hacia ella. Ni rastro de Patrizia. Giulio corre, sin cansarse. Mira a su alrededor. Un largo pasillo lleno de habitaciones. Y su vieja escuela. ¿Qué hace ahí? Oye de nuevo la voz. No es Patrizia. No está corriendo. Nota que le pesa todo el cuerpo, que permanece inmóvil. Rodeado por la oscuridad. Tengo que moverme, tengo que moverme, tengo que moverme. Le han disparado. Nota el dolor. Pero está todo oscuro. Tengo que abrir los ojos, tengo que abrir los ojos, tengo que abrir los ojos.

—Vamos a meterlos a todos en el congelador —dice la mujer.

—¿Crees que cabrán? —pregunta otra voz, un hombre.

—Tiene dos, enormes, para los jabalíes.

¿Qué van a meter en el congelador? ¿Desde dónde hablan? ¿Estoy muerto?

Lo primero que hace es abrir los ojos.

El gnomo dice que es fácil, basta con abrir uno y después el otro. Valor. Hay que levantar las persianas. Abrir un párpado es algo tan sencillo que uno nunca piensa que pueda convertirse en una empresa tan difícil. Hay que separar el superior del inferior. Es como si estuvieran pegados. Pero según el gnomo, en cuanto los despegas ya está. Ya verás. Cuando logras separar el párpado de arriba del de abajo, ya es pan comido.

\*\*\*

Ahí está. Falconi la ve. La chica está entre los árboles. Falco siempre tiene buen ojo, piensa. Pero desaparece de inmediato al llegar a la cima. Esa chica corre como una endemoniada y quizá habría sido mejor coger al menos un par de escopetas, para no tener que andar cargándolas cada dos por tres.

Tiene que alcanzarla. A lo mejor no es necesario matarla. Podría atarla, amordazarla, encerrarla en algún lugar. Pero si conoce la historia del acuífero, es un problema. Y también sería un problema cuando ya tuvieran el dinero. Porque si por algún motivo se fuera al traste la concesión, si la revocaran o algo por el estilo, encontrarían a los demás. Y de nada les serviría un exhorto. No, tienen que pasar varios años. Además, las pistas quedarán ocultas y entonces también podrían encontrar la maldita agua. Pero necesita tiempo. Y si la chica conoce la historia, es mejor que no se la cuente a nadie. Solo es una mujer de la que tiene que deshacerse. Sería de auténtico idiota, ceder a los escrúpulos ahora. Una auténtica tocada de cojones, como todas las demás. La abogada, Mirna, Adele, Rodari y ahora la chica. Las mujeres no saben más que crear problemas, y así les va. Es culpa de los hombres, que no saben tenerlas a raya. Demasiadas libertades se toman. Y es la verdad. En la época de su padre, piensa Falconi, no habrían tenido tantos líos. Los hombres habrían encontrado la forma de ponerse de acuerdo. Incluso con tipos como Rodari, tarde o temprano se llegaba a un acuerdo. Pero no. Las mujeres son envidiosas, celosas, codiciosas, egoístas. Si Katerina se vuelve así, se deshará de ella como ha hecho con todas las demás. Pero ahora lo importante es liquidar a la chica.

Falconi llega a la cima. Frente a él se extiende el viejo bosque. La chica está ahí abajo. Cerca. Sus huellas se adentran entre los árboles. A un viejo cazador no le resultará difícil levantarla.

\*\*\*

El coche patrulla llega a la casa de Falconi unos segundos después de que él desaparezca al otro lado de la cima. Los *carabinieri* no lo han visto, pero el gato negro escondido en un arbusto sí.

\*\*\*

Un, dos, tres. Con fuerza, tiramos del párpado. Un, dos, tres. El gnomo está ahí, con la cuerda en la mano, tira, tira, tira y tira. Utiliza todas sus fuerzas. Un, dos, tres. Lo importante es separarlo del de abajo. Un, dos, tres.

\*\*\*

Viola corre por el bosque. Busca el teléfono en el bolsillo para llamar a

su madre. No está.

\*\*\*

Grazia y Donato bajan del coche patrulla.

—No sé quién era, jefa. Solo he visto la moto de nieve que se movía entre los árboles. Se dirigía al bosque, pero no he podido reconocer al conductor.

Se acercan a la casa del alcalde.

Grazia intenta llamar a Viola. Oye sonar el móvil de su hija. Mira alrededor. Sigue el tono *vintage*, como de teléfono antiguo, que utiliza su hija, ya que detesta usar las cancioncitas habituales para las llamadas entrantes. Se acerca y el tono se vuelve cada vez más fuerte. Llega del viejo Ford de Amanda. Así es como han llegado hasta ahí arriba. Grazia mira en el interior del vehículo, el iPhone está en el suelo, junto a la puerta abierta del acompañante. En la pantalla aparece la cara de Mussolini.

—¡Están en el bosque!

Grazia se vuelve hacia el lugar del que proviene la voz. Hay alguien entre los árboles, cerca de la casa del alcalde.

—¡Se han metido en el bosque por ahí! ¡El alcalde tiene una escopeta!

\*\*\*

Un, dos, tres. El gnomo tira con todas sus fuerzas. Tiene la cara roja, como la barba. Un, dos, tres. Le falta muy poco, un último esfuerzo y podremos abrir los párpados. Valor. Un, dos, tres. Un resquicio de luz. Por fin... el párpado se mueve y... nada. Ha sido en vano. Vuelve a caer. Está cerrado. Regresan las voces.

—¿Los *carabinieri*? —dice la mujer.

—No te muevas. Hagamos como si no hubiera nadie en casa —dice el hombre.

—He dejado el coche en la parte de atrás...

—Pues ha sido una estupidez. Pero ahora calla.

—Se acercan...

—¡Calla! Mira. A lo mejor hemos tenido suerte.

—Pero ¿qué hace? Dime qué está pasando, que desde aquí no veo nada...

—La Sargenta tiene el teléfono en la mano... Pero ¿qué pasa? Mira hacia el bosque. Hay alguien aquí fuera.

\*\*\*

Viola debería volver sobre sus pasos, como hacía el niño de *El resplandor*, pero tardaría demasiado y no estamos en un laberinto. Sigue corriendo, tiene que pensar en algo. Debe esconderse. La Roca del Cuervo. La cueva. No está muy lejos. Y el bosque protege al gnomo.

\*\*\*

Grazia mira hacia los árboles. Y entre los árboles aparece Dorina.  
—Dorina, ¿qué haces aquí?

\*\*\*

—¿Y ahora? ¿Puedes explicarme qué está pasando ahí fuera, Maglio? —  
La voz de mujer tiene un deje de preocupación. De gran preocupación.

—La Sargenta corre hacia el bosque —dice la voz de hombre.

—¿Y qué hace el otro *carabiniere*?

—Se queda aquí. Ha sacado la pistola. Mierda. Los han avisado. Estamos listos. Debemos escondernos. Rápido. Métete ahí dentro. No podemos permitir que nos encuentren.

\*\*\*

La puerta de entrada está abierta. Donato empuña la pistola. Por primera vez. Para estar seguro de que ha quitado el seguro, tendría que hacer un disparo de prueba, pero algo le dice que no sería muy buena idea. La empuña con ambas manos, una en el gatillo y la otra debajo, como punto de apoyo, como hace en el campo de tiro. El corazón le late desbocado.

Entra en el salón. No hay nadie. En el suelo ve manchas de sangre. Conducen a una puerta cerrada. Quizá debería decir algo del estilo «Salid con las manos en alto», pero le parece una tontería que solo sale en las películas, y en estos momentos tiene la garganta tan seca que si intentara hablar solo farfullaría algo incomprensible.

Se acerca lentamente a la puerta. Da unos pocos pasos. Una puerta de madera clara. El rastro de sangre conduce al otro lado. Un paso más. La puerta



de madera clara.

\*\*\*

Grazia sigue las huellas de la nieve. Hay momentos en que le parece ver la figura de Falconi entre los árboles. Aunque a lo mejor solo es una ilusión. Tiene la pistola en la mano.

Nota el reguero de sudor que le corre por la espalda. Las punzadas en los muslos por culpa del esfuerzo. Le falta el aliento.

—¡Ahí está la Roca del Cuervo! —dice Dorina, que ha hecho un gran esfuerzo para seguirle el ritmo, pero ahora tiene que pararse y se apoya en un árbol.

Grazia echa a correr por la nieve.

\*\*\*

La moto de nieve sale del bosque y llega a la parte trasera de la casa de Falconi.

El Giulietta blanco está aparcado ahí.

\*\*\*

Donato está ante la puerta. Aparta la mano izquierda de la empuñadura y coge el tirador de la puerta.

Abre.

## CAPÍTULO 42

—Te lo pido, quédate esta noche.

Patrizia tiene ese perfil etéreo que ha adoptado en sus recuerdos. Pero esta vez hay un telón de fondo. Es como si hubiera vuelto. Como si la tormenta hubiera amainado. Los recuerdos regresan al lugar que les corresponde. Ya le había sucedido lo mismo la otra vez, cuando se pasó la noche entera andando y no se acordaba de nada. Tardó varios meses, pero al final acabó recordando muchas cosas, aunque no todo. Ahora están en casa de ella. Se conocen desde hace poco. Él debería participar en las sesiones en grupo con el psicólogo junto con su madre, pero no le apetece. Solo puede pensar en ella. En Patrizia. Llevan dos días encerrados en su apartamento. Se presentó en su casa el viernes por la noche con una botella de barolo y zumo de manzana. Han hecho el amor, han comido *spaghetti* con ajo y guindilla en la cama, vestidos solo con camisa, han visto una película que contaba una historia al estilo de Jane Austen y quizá estaba basada en una novela de la propia Jane Austen, han hecho el amor, han tomado un café, se han duchado juntos, han hecho el amor, han hablado de la posibilidad de irse de vacaciones, quizá a un lugar cálido, han hecho el amor.

Ahora es domingo por la tarde y él tiene que irse. Y ella le dice:

—Te lo pido, quédate esta noche.

—Hoy no puedo.

—Es así como fue, ¿recuerdas? Yo te lo pedí, tú me dijiste que sí y te quedaste. Todo esto ya ha sucedido. Ahora lo recuerdas.

—Lo sé, es raro. Ahora lo recuerdo, pero tengo que irme.

—Y ¿por qué sabes que no fuiste tú?

Giulio busca la respuesta. Todo eso ya ha pasado, solo es un reflejo del pasado.

—A lo mejor sí que fui yo. Tenía miedo de verdad de haberte matado.

—¿Y ahora te has dado cuenta de que quieres irte?  
—Decide tú. Elige si me dejas ir o no.  
—Nunca te ha gustado tomar decisiones.  
—¿Por eso me lo has preguntado?  
—Eres tú quien debe desearlo. A partir de ahora, recuérdalo.

\*\*\*

El hombre que baja de la moto de nieve lleva al hombro un carcaj con doce flechas de madera de abeto y con la punta reforzada.

\*\*\*

—Ya no hay tiempo, debes tomar una decisión —dice Patrizia.  
—Me quedo.  
—Lo sé, pero no ahora.  
—¿Qué quieres decir?  
—Que debes abrir los ojos. Debes volver atrás y hablar con ella.  
—¿Por qué tengo que hacerlo?  
—Porque ella lo necesita.  
—Pero ¿cómo lo hago para volver atrás?  
—Pide ayuda, grita.  
—Pero si no puedo ni abrir los ojos, ¿cómo quieres que grite?  
—Inténtalo. Debes tener valor.

\*\*\*

—Mantengamos la calma, ¿vale? —dice Aurelio Magliarini.  
Donato ha abierto la puerta de la pequeña habitación y ha encontrado al leñador. El *carabiniere* da un paso atrás y vuelve a agarrar la pistola con ambas manos.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta Donato.  
—Yo había venido a ver a Falconi, pero no está...  
—¿Y ha decidido esconderse aquí dentro?  
—Uuuuh...

Mientras Magliarini busca una respuesta, se oye un extraño gemido que procede de la oscuridad. Parece un lamento.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Donato—. ¿Hay alguien con usted?

—Uuuuh...

De nuevo el lamento.

Donato mira hacia el suelo y ve algo en un rincón. Parece una alfombra enrollada. Y al lado está... Reconoce el forro polar gris de Rodari.

—Salga de ahí, Magliarini, y encienda la luz. Y cuidado porque...

Un fuerte dolor de cabeza.

La oscuridad.

\*\*\*

Katerina tiene una sartén de hierro en la mano, que ha cogido en la cocina. En cuanto ve que está manchada de sangre, la deja caer al suelo y grita.

—Mantén la calma —le dice Maglio—. Ayúdame a meterlo aquí dentro y luego ya los colocaremos bien. Esto no hace más que empeorar. Lo mejor que podríamos hacer es largarnos ahora mismo.

—Ahora mismo no se salva nadie, así que coge una escopeta y ve a echarle una mano. ¿A qué esperas?

—¡Mierda, mierda, mierda! —grita Maglio, cada vez más fuerte—. En menuda nos hemos metido. A ver cómo salimos de esta ahora.

—Tienes que ir al bosque y ayudarlo.

—¡Yo no me muevo de aquí! Y tú, calladita. ¿No te das cuenta de que se ha ido todo a la mierda? ¿No ves el problema en el que nos hemos metido? Yo me largo, eso es lo que voy a hacer.

Maglio se acerca a la vitrina y coge una escopeta. Abre la caja y saca varios cartuchos para el jabalí. Mete dos en la recámara y los otros se los guarda en el bolsillo.

—Si quieres, quédate a esperar a que vuelva —dice. Pero cuando se da la vuelta hacia Katerina, la ve petrificada.

Ha aparecido su marido en el salón. Y tiene un arco cargado con una flecha.

—¿Qué coño haces, Gerri? —le pregunta Maglio.

—Os lo habéis pasado muy bien, ¿verdad? —pregunta el dueño del bar.

Tiene los ojos muy abiertos, el gesto crispado.

—Mira, Gerri, nos hemos metido en un buen lío —dice Maglio—. Pero con un poco de tranquilidad lograremos salir adelante. Ahora baja ese trasto y hablemos del tema. ¿Verdad que sí, Katerina? Dile que todo va bien y que

ahora podemos hablar.

—Cielo... —intenta decir Katerina.

—Calla, puta —le ordena Gerri en un tono tajante.

—No le digas esas cosas, amigo —le pide Maglio—. Esto no es lo que parece...

—Os la habéis tirado los dos, ¿verdad? Os lo habéis pasado en grande. Sois un hatajo de cerdos pervertidos.

—Te equivocas, Gerri...

—¡Calla!

Maglio responde al grito empuñando la escopeta y apuntándolo.

—Gerri, te digo que no es necesario...

—Yo creo que sí.

La flecha sale disparada. Y un segundo después, el disparo.

\*\*\*

Viola llega a la Roca del Cuervo. Los árboles la tapan. Tiene pocos segundos para hacer como el chico de *El resplandor*. Salta sobre las rocas. Ahora sus huellas conducen hasta ahí. Si logra escalar, una vez que esté arriba podrá bajar por el otro lado y entrar en la cueva.

\*\*\*

Maglio tiene los ojos abiertos de par en par. Parece que miran hacia dentro, en un grotesco intento de ver la flecha que le atraviesa el cráneo y lo ha clavado al armazón de caoba de la vitrina. Al principio el cuerpo se movía a sacudidas, como una marioneta loca. Luego se ha quedado inmóvil. Con la boca abierta. Katerina se vuelve hacia su marido. Gerri está herido. Pierde sangre como un barril de cerveza agujereado. Pero aún se tiene en pie y ha cargado el arco con otra flecha.

—Cielo... Gerri... Ahora cálmate. Soy yo, Kati, tu Kati. Estás herido, deja que me ocupe de ti. Olvidémonos de todo. Y todo será como hoy por la mañana. Ha estado bien, ¿verdad? Nos hemos quedado en la cama. Yo... Yo no quería irme. —Se acerca a su marido, muy lentamente, con las manos abiertas para calmarlo—. Te has enfadado cuando no me has visto, ¿verdad? Es que... tenía que venir aquí porque... Olvidémonos de todo, amor mío. Hagamos como si no hubiera pasado nada. Ya verás como se arreglará todo. —Pasa junto al cuerpo de Maglio—. ¿Recuerdas al cura? ¿Recuerdas la luna

de miel? ¿El crucero? Nosotros dos solos... Empecemos otra vez por ahí. Vámonos hoy mismo. El tiempo necesario para curar esa herida tan fea. Estás perdiendo mucha sangre, amor mío. —Está a pocos pasos de su marido—. Les diremos que has venido a salvarme porque ellos querían hacerme daño. Has venido, él te ha apuntado con la escopeta y tú me has salvado. Y nos vamos de crucero, como cuando nos queríamos tanto. Así volveremos a amarnos. Yo nunca he dejado de amarte. Lo dejamos todo y nos vamos. ¿Qué te parece? Vámonos juntos, los dos solos, ¿qué te parece?

\*\*\*

Falconi no puede con su alma. La chica tenía ganas de correr. Pero ahora ya basta. Está aquí. Tiene que estar aquí. Las huellas llegan a la roca y la nieve de alrededor está intacta.

—Estás aquí, ¿verdad? Venga, sé que estás aquí. Voy a contarte lo que pasará ahora. Pasará que voy a encontrarte. Pero después de mí no te encontrará nadie más, maldita hija de puta. —Falconi rodea las rocas. Tiene que estar por aquí, en algún lado—. He trabajado muy duro para llegar hasta aquí. Pero vosotros no paráis de entrometeros. Merezco todo ese dinero, ¿lo entiendes? Merezco poder irme de aquí. ¿Qué mal había en ello? Dentro de unos años ya no quedará nadie aquí, solo los viejos. ¿Y entonces? ¿Tan malo era que quisiera sacar algún rédito? Estampaba una firma, cogía el dinero y me largaba. Pero no, primero fue esa abogada cabrona. Que me llama y me dice que ha encontrado la forma de echarme una mano, ¿te lo puedes creer? La forma de ayudarme a no otorgar la concesión. Yo le pido que no se lo cuente a nadie, pero ella ni caso. Al menos ahora duerme plácidamente. Ese leñador energúmeno no quería partirle el cuello. Sin embargo, eso fue lo que pasó. Y luego Mirna, menuda tocacojones. Quería enviarlo todo a la mierda porque yo prefería a una mujer que tiene treinta años menos que ella y que me deja follar como no he follado en la vida. Una elección difícil, ¿verdad?

Un ruido. Se ha delatado.

Falconi se vuelve hacia la roca.

\*\*\*

¡Corre, Grazia! ¡Corre! Corre, que ya casi has llegado y Viola está ahí.

\*\*\*

Casi lo consigue. La entrada de la cueva queda oculta tras la maleza y Viola hubiera estado a salvo ahí dentro, pero ha pisado en la piedra equivocada y ha hecho ruido. Falconi ha dejado de hablar. No tardará en plantarse ante ella y apuntarla con la escopeta. Viola se queda inmóvil por culpa del miedo. Lo ve asomar detrás de la roca.

Pero entonces oyen el ruido de un arbusto, algo que se mueve en otra parte. Viola percibe algo, una especie de mancha negra. Y Falconi retrocede. Viola aprovecha la ocasión y entra en la cueva. Un disparo. Un gemido felino, casi un grito. Era el gato negro de La Gherarda. Es él quien la ha salvado.

Viola permanece en el interior de la gruta. Oye que Falconi se dirige de nuevo hacia ahí. Lo ve. Está a menos de un metro de ella. Al entrar en la cueva ha movido el arbusto y ya no está tan protegida. Si se da la vuelta, la verá.

Falconi se vuelve. Dirige los ojos hacia ella. Por un momento parece que la esté mirando. Sin embargo, no la ve. Es como si de pronto se hubiera vuelto invisible. El bosque. El gnomo. ¿Será posible?

—Falconi, deja la escopeta y levanta las manos.

La voz de su madre. Está aquí.

Falconi se acerca a la roca. Está junto a ella. Viola nota el mal olor, apesta a sudor, el mal aliento y la respiración afanosa, como la de un animal. Y percibe una sonrisa, una mueca de satisfacción mientras coge el fusil y lo levanta. La ha visto. Ha visto a su madre y va a dispararle. Debe hacer algo. Falconi tiene el dedo en el gatillo. Va a apretarlo.

—¡No!

Viola aparta la escopeta y Falconi yerra el tiro. Sin embargo, el alcalde aprovecha la situación para agarrarla del brazo y la arrastra hacia fuera.

—¡Muy bien, Sargenta! —grita de satisfacción—. Creo que tengo una sorpresa para usted.

La agarra del brazo. Le hace daño. Ahora le apunta a la garganta con la escopeta.

\*\*\*

Grazia sale al descubierto.

—¡Estoy aquí, Falconi! Suéltela —dice con las manos alzadas, mostrando la pistola que ya no empuña—. Deje a mi hija, se lo pido. Ella no tiene nada que ver en todo esto.

Viola tiene miedo. Está llorando.

—Tranquila, amor mío. Mamá se encargará de todo.

—Tire la pistola a mis pies —le ordena Falconi.

—¿Qué piensa hacer? ¿No ve que esto ya se ha acabado?

—¡Y una mierda, se ha acabado! —grita—. Tire la pistola a mis pies o tendrá que ir a recoger la cabeza de su hija a lo alto de un árbol, ¿me ha entendido?

Grazia obedece y tira la pistola. Está desarmada.

Falconi le suelta el brazo a Viola, pero sigue apuntándola al cuello. Se agacha lentamente, coge la pistola y de inmediato apunta a Grazia. Utiliza el cañón de la escopeta para empujar a Viola y que se dirija a donde está su madre.

Grazia la abraza. Le acaricia la cabeza contra el pecho, como si fuera una niña.

—Todo saldrá bien, pequeña. Tranquila.

Pero no sabe cómo se las va a apañar para que salga todo bien. La única esperanza es que aparezca Donato.

\*\*\*

Pero Donato está tirado en el suelo. Le han abierto la cabeza con una sartén gris. Tiene la mirada fija en un vacío lejano y la sangre le corre por la frente. A pocos metros de él, Maglio está clavado a la vitrina de caoba de estilo inglés, con una flecha que le ha atravesado la cabeza.

Yo quiero que este  
Sea el mundo que conteste

La voz alegre de Álvaro Soler proviene del bolso de piel de cocodrilo de Prada, tirado junto al sofá, e inunda la sala con su melodía.

En el centro de la habitación se encuentra Giulio. Inmóvil. No muy lejos de él, Adele descansa envuelta en una alfombra empapada en sangre. En la planta de abajo está el congelador donde se encuentra el cuerpo de Mirna.

Del este hasta oeste  
Y bajo el mismo sol

El bolso de Prada está abierto y el teléfono descansa sobre el resto de



los objetos. El número que aparece en la pantalla es el del balneario donde Katerina tenía cita hoy por la mañana. Masajes, tratamientos exfoliantes, aguas termales, toallas blancas, música relajante, infusiones aromáticas y drenajes linfáticos.

Pero nadie puede responder a la llamada.

Los ojos claros de Katerina están apagados. Nunca verán la bahía de Sosúa, rodeada de palmeras junto a la playa caribeña bañada por el sol de las Antillas. Tiene la cabeza inclinada a un lado. Parece una estatua de cera, con una expresión de estupor. Está clavada a la puerta del sótano.

Una flecha le atraviesa el corazón. Su marido le ha dado de lleno.

Y la música latina que habla del sol y del amor sigue sonando, mientras la sangre se derrama por el suelo de baldosas.

Fuera de la casa, el rastro de la moto de nieve se adentra en el bosque siguiendo una trayectoria irregular. Parece como si hubiera dado varios bandazos y ha dejado tras de sí un rastro de sangre.

\*\*\*

—¿Qué piensa hacer ahora, Falconi? ¿También piensa enterrarnos en el bosque?

Grazia intenta ganar tiempo. Donato es el único as que le queda en la manga. Tiene que hacer hablar a Falconi. La gente que se encuentra en su situación suele tener la necesidad de justificarse.

—¿Tendría sentido dejarlo ahora?

—Hay grabaciones. Mis colegas no tardarán en comprender lo que ha ocurrido, como he hecho yo.

—¿De qué habla?

—De las fotos en las que aparecen Katerina y usted.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Porque alguien le espiaba, Falconi. Y grabó cosas que ni siquiera sabía que estaba grabando. Como ciertos desplazamientos en coche que hicieron Maglio y usted la noche de la desaparición de Patrizia Alberti. Tuvieron una actividad frenética esa noche. Y acabaron en las instalaciones de GeoService. La persona que lo espiaba también lo vio. Al parecer, los Espíritus del bosque tenían ojos en todas partes. De las grabaciones se puede inferir que tramaban algo. Yo misma iba a desplazarme hasta ahí para ver qué habían hecho, pero lo hará otro en mi lugar. Y el misterio de la desaparición

de Patrizia Alberti encontrará por fin su explicación.

—¿Dónde están las grabaciones?

—En el cuartel de los *carabinieri*.

—Pues su hija va a quedarse conmigo y usted va a ir a buscarlas.

—Y ¿por qué iba a hacerlo? Creía que ya había tomado la decisión de acabar con nosotras.

—Me está haciendo perder la paciencia, ¿lo sabe?

—Solo quiero hacerle entrar en razón, Falconi. Su plan se ha ido al garete.

—¡Y una mierda! —Falconi grita, Viola se abraza a su madre y Grazia espera haber tomado la decisión correcta—. Aquí no se ha ido nada al garete. —Se oye un murmullo a lo lejos. Algo que parece un motor que se aproxima—. ¿Qué es eso? ¿Quién más había?

—Son mis hombres, Falconi. Ha caído en la trampa.

Grazia no tiene ni la más remota idea de qué puede ser ese ruido, pero parece una moto de nieve. Quizá la que Donato decía que había visto en el bosque.

Falconi se echa la escopeta al hombro y con la mano libre agarra de nuevo a Viola. Tira de ella con fuerza y le apunta a la garganta con la pistola. La chica está llorando.

—¿Qué pretende, Falconi? —le pregunta Grazia.

—Ya no oigo nada. ¿Qué ha pasado con el ruido?

—Lo están rodeando. Ahora solo puede empeorar las cosas.

—¿Por qué no oigo el ruido? —grita Falconi.

Mira a su alrededor, pero hay algo que le pasa desapercibido. En la roca. A su espalda. En el blanco de la nieve hay otro blanco que se mueve. El espeso manto ebúrneo. Los ojos rojos y feroces. El paso lento y ligero de un tigre albino, los músculos en tensión en el instante previo al salto. El gato blanco.

\*\*\*

El motor está apagado. La moto de nieve está junto a un árbol, a escasos metros de la linde del bosque. Gerri está sentado en el manillar, de espaldas. Los ojos abiertos de par en par. Vacíos. Por la mano izquierda, estirada hacia delante, corre un reguero de sangre que cae en la nieve blanca. Sujeta algo entre los dedos. La medalla de oro de los campeonatos regionales de tiro con

arco de 1999.

\*\*\*

El gato blanco salta, en un abrir y cerrar de ojos, sobre la cabeza de Falconi. El sombrero de vaquero cae al suelo. El animal blanco busca los ojos con las garras. Falconi se ve obligado a soltar a Viola para quitárselo de encima. Grazia la agarra y se tira al suelo con ella, intentando cubrirla para evitar que el alcalde la hiera si se le escapa un disparo. Sin soltar la pistola, Falconi intenta agarrar al felino, grita por el dolor que le están provocando las garras. El gato le arranca la piel: busca los ojos. Falconi profiere otro grito y por fin logra quitarse de encima al animal. Lo lanza contra las rocas. Tiene el rostro ensangrentado, crispado en una expresión de rabia, odio y dolor. El gato ha estado a punto de arrancarle un ojo. Tiene la respiración entrecortada, como un animal herido. Apunta con la pistola a Grazia, pero la sangre se le mete en el ojo sano y duda un instante. Un instante más de la cuenta.

El ruido del disparo procede de los árboles. Falconi levanta la cabeza. Boquiabierto, pone cara de sorpresa. Busca el lugar donde se ha producido el disparo, mientras en el abrigo, a la altura del pecho, aparece la mancha de sangre, como una rosa escarlata que brota de forma inesperada. Deja caer la pistola, da un paso atrás y se apoya en la roca. Ahora tiene los dos ojos desorbitados. El miedo se apodera de él. La sorpresa ha dejado paso a la trágica conciencia. Intenta tomar aire, para respirar o para decir algo. Pero el segundo disparo le niega ambas opciones. Otra mancha roja, en el pecho, junto a la primera. Las piernas ceden y Falconi se deja caer de espaldas a la roca y acaba sentado en el suelo. La respiración se vuelve más pesada. Todavía tiene los ojos abiertos. Pero en un instante fugaz, la artificiosa inmutabilidad de la muerte se apodera de él.

Barbara baja la escopeta. Mira hacia la Roca del Cuervo. Le da la Remington semiautomática con el cañón humeante a Akan, que aún está sentado en la moto de nieve de La Gherarda, y se dirige hacia Grazia y Viola.

**SEXTA PARTE: CUANDO  
FLOREZCA EL ESPINO BLANCO.  
<<¿RECUERDAS LA FOTOGRAFÍA?>>.**

## CAPÍTULO 43

*Carabinieri*, guardas forestales, equipos de salvamento, leñadores, periodistas. Las instalaciones de GeoService son un ir y venir de gente. Viola está sentada en la parte trasera de una ambulancia, con una taza de chocolate caliente en las manos. Akan le tapa los hombros con una manta.

—¡Lo hemos encontrado! —grita el tipo que está maniobrando la excavadora.

Grazia se acerca, acompañada de Scalise. Del furgón gris de la empresa de pompas fúnebres de la Misericordia bajan dos hombres que tendrán que llevarse los cuerpos en bolsas de plástico y dejarlos a disposición del juez. Hoy están haciendo horas extra y ya han tenido que realizar dos viajes.

Los equipos de las televisiones y los fotógrafos también se acercan a la excavadora.

La máquina se detiene, los hombres pertrechados con palas se acercan al hoyo. Enseguida lo encuentran.

Desentierran un saco grande. Scalise hace un gesto a uno de sus hombres para que lo abra un poco y aparece el rostro de Patrizia Alberti. Lívido y contraído, si bien reconocible.

—La ha encontrado, sargenta —dice Scalise.

—Aquí hay algo más —anuncian los hombres encargados de sacar el cuerpo—. Es otro saco.

—El viejo Peter —dice Grazia, mientras lo desentierran—. Mi hija me ha contado la teoría de Rodari, que, por lo visto, era correcta.

—Ocho muertos, sargenta —dice Scalise—. Esperemos que la cifra no llegue a diez. Nunca había visto semejante cosa. Una auténtica carnicería. Una explosión de locura. Dos cadáveres enterrados, uno en un congelador, otro envuelto en una alfombra, dos ensartados con sendas flechas, uno que estaba conduciendo una moto de nieve con las tripas en las manos y otro que ha

muerto en el bosque, a manos de la hija de Allan Quatermain. Y menos mal que el hotel está aquí cerca y han oído los disparos del loco que estaba siguiendo a la chica. Necesitaré un informe detallado, sargenta Parodi. Le pido que asigne prioridad absoluta y que me envíe un primer borrador en las próximas horas. Huelga decir que debemos destacar especialmente la actuación del Cuerpo.

El coronel carraspea, se estira el abrigo, toca los botones y las insignias, y se prepara para hablar con los periodistas. Para parecer más alto en televisión, ha ordenado a sus hombres que improvisen una pequeña tarima junto al edificio de GeoService, hacia la que ya se dirige cuando la voz de Grazia lo obliga a detenerse.

—Coronel...

—Dígame, sargenta.

—Le adelanto que este será mi último acto de servicio. Tengo la intención de presentar mi dimisión con efecto inmediato.

—Pero ¿de qué me habla?

—Creo que no he gestionado el caso de la mejor forma posible. Hay ciertos aspectos que...

—Escúcheme con atención. Siempre hay aspectos, en todo. Nuestro deber es esforzarnos al máximo. Y usted lo ha hecho. Además, me está costando encontrar a hombres dispuestos a trasladarse aquí. Dimisión denegada, sargenta. Y le comunico que recibirá un reconocimiento especial.

—¿Por qué motivo?

—Por haber descubierto lo que estaba ocurriendo, por haber salvado a su hija y quizá a Rodari, por haber resuelto el caso de la desaparición de la abogada Alberti y, al parecer, de otra persona, por haber frustrado un plan criminal organizado por un grupo de asesinos de los que nadie sospechaba, y quizá por haber salvado al pueblo de las garras de una empresa que en los próximos días deberá aclarar su implicación en todo lo ocurrido. Sargenta, usted ha hecho lo que debía. Y en lo que respecta a los vídeos que le han permitido descubrirlo todo...

—Coronel, yo...

—Creo que ciertos aspectos de lo ocurrido ya carecen de importancia. Dimisión denegada, así que cójala y guárdela con el resto de los aspectos de los que me hablaba. Cuando haya acabado con el papeleo, cójase una semana de permiso. Friguglia ha manifestado, por propia voluntad, el deseo de reincorporarse al servicio. Deben de haber llegado a sus oídos algunos

rumores, del todo infundados, sobre un posible traslado a las unidades especiales contra el crimen organizado. Sea como fuere, la cuestión es que su estado de salud ha mejorado de forma milagrosa y, por lo tanto... —Lo interrumpe un estornudo. El coronel hurga en los bolsillos del abrigo. Busca algo. Lo encuentra. Saca una castaña. La observa, enarcando la ceja con una expresión circunspecta—. ¿Sabe qué le digo, sargenta? Lo único que sirve contra el constipado es la aspirina. —Lanza la castaña hacia el bosque y sigue su trayectoria con la mirada, hasta que desaparece entre los árboles—. Ahora vamos a hacer esa rueda de prensa, que nos esperan los focos.

# CAPÍTULO 44

Giulio abre los ojos. Ahí está ella, a su lado. Lleva el chal de siempre sobre los hombros, envuelto en torno al cuello, con las manos apoyadas en el radiador y la mirada perdida fuera. Le falta su inseparable taza de té, que debe de haber dejado en La Gherarda.

Fuera luce un cielo gris. La última vez que lo había visto brillaba el sol. Debe de haber dormido mucho. Será el efecto de la morfina. Enseguida ha preguntado en qué estado se encontraba y le han asegurado que todo había ido bien, pero que habían decidido dársela para ayudarle a sobrellevar el dolor durante los primeros días. La luz amarillenta de la habitación le molesta. Parece que alguien ha dormido en la cama que tiene al lado. A lo mejor le han permitido pasar la noche con él. Tiene la sensación de que no se ha apartado de su lado mientras dormía. Se lo han contado todo.

Grazia ha pasado a verlo. Donato se ha salvado, pero nadie le ahorrará un buen dolor de cabeza durante unos cuantos días. Grazia y él han hablado a solas. Al comparar la grabación de la agresión a Patrizia con las de los drones encontrados en casa de Grazia, la hipótesis que barajan es que fue Maglio quien la mató y posteriormente enterró, con la ayuda de Falconi, cerca de las instalaciones de GeoService. Están haciendo varias pruebas para comparar el ADN encontrado en el cuerpo de Patrizia, quien, según los indicios, había intentado defenderse, con el de Maglio. ¿Debería consolarle todo eso? Quizá, con el tiempo, le sirva de algo. Pero ahora no. Ya no es un sospechoso, esa historia absurda y terrible se ha acabado, pero lo cierto es que Patrizia murió asesinada en un callejón oscuro para lograr una concesión. El gnomo tiene razón: el mal anida donde menos lo esperas. Donde no miras, donde no parece haber nada de extraordinario. Y sin embargo...

—¿He dormido mucho? —pregunta Giulio.

Ella se vuelve. Se le empañan los ojos. Apenas es capaz de esbozar una



sonrisa, se los seca y se acerca a la cama para cogerle las manos.

—Un poco. ¿Cómo te encuentras ahora?

—No lo sé. Creo que me llevará un tiempo asimilarlo todo.

Ella toma asiento en una silla al lado de la cama.

—Ahora que ya ha acabado, tendrás todo el tiempo que necesites.

—Y tú no estarás obligada a vender el hotel, imagino.

—¿Cómo?

Un arcoíris de emociones le atraviesa los ojos. Al principio es una mirada de desconcierto, que da paso a la sorpresa y luego a la culpa, pero de un modo casi aliviado, como si el peso de un secreto que había intentado ocultar se hubiera desvanecido de golpe.

—Te chantajeaba, ¿no es verdad? Por eso estabas a punto de vender La Gherarda. Falconi había descubierto tu secreto.

Ella agacha los ojos, como si fuera incapaz de mirarlo.

—¿No dices nada? —le pregunta Giulio—. Grazia me contó lo que ha pasado. Corriste un gran riesgo con el segundo disparo. Falconi ya estaba en el suelo cuando le disparaste de nuevo. No querías detenerlo únicamente, ¿verdad?

—No seas muy severo —dice alzando la vista, como si hubiera reunido el valor necesario para mirarlo a los ojos—. Hay muchas cosas que no sabes.

—¿Por dónde empezamos? El bosque me parece una opción ideal.

—¿El bosque? ¿A qué te refieres, Giulio?

—Tu cómplice, Dorina, hizo un buen trabajo. La vi cuando entraba en casa de Falconi. Lo estaba espionando. Imagino que estaba ahí por Adele, ¿no es así? A lo mejor se había quitado el audífono, como hace siempre, por eso no oyó los disparos. No sabía lo que estaba pasando. Pero cuando vio huir a Viola en dirección al bosque, seguida de Falconi, que iba armado con su escopeta, te llamó.

\*\*\*

Dorina se quita el audífono en cuanto sale de La Gherarda y lo guarda en el bolso. No le gusta que la gente la vea con ese trasto en la oreja. Siempre tiene la opción de hacerse la distraída. Además, se siente bien, así que al diablo con todos, el único problema es la maldita cera que se le acumula sobre el tímpano y que un día u otro tendrá que quitarse de una vez por todas con una limpieza a fondo. El aparato para sordos solo es una ayuda, en el

fondo ella no lo necesita; si la vieran con ese trasto podrían pensar que está sorda de verdad.

Por suerte, siempre tiene un par de raquetas de nieve en La Gherarda, de esta forma puede tomar el sendero que se adentra un poco en el bosque, pero le permite atajar para llegar al pueblo antes. Y caminar por la nieve fresca, en días soleados como el de hoy, cuando llevas unas botas cálidas y cómodas como las tuyas, forradas con piel de conejo, es una sensación maravillosa.

El sendero desciende en una suave pendiente. Los menos avezados creen que bajar es más fácil que subir, pero no es cierto. Para ascender se necesitan buenos pulmones, para bajar se necesitan buenos músculos y articulaciones, sobre todo en las rodillas. Cuando llega al Alto del Caminante, un claro con unos cuantos bancos y una fuente, lugar predilecto de la gente para hacer parrilladas en verano, se detiene a reposar un rato.

Quita la nieve de un banco. El abrigo le quedará empapado, pero sentarse en este lugar es una invitación que no puede resistir. Es un día magnífico. Dorina mira a su alrededor. Necesita un par de minutos para recuperar el aliento y masajearse las piernas. Pero el aire fresco ayuda. Está sola, no se ve ni un alma, aparte de algún que otro pájaro aterido y una ardilla que corre por la nieve hasta que llega y trepa al árbol que ha convertido en su hogar. Dorina mete la mano en el bolso, aparta el aparato para sordos y saca su paquete de Chesterfield. Lo ha hecho toda la vida, desde que era joven. Ha llegado a los sesenta sin que nadie se haya dado cuenta nunca de su pequeño secreto. Le basta con llevar algún caramelo de menta encima y no entrar enseguida en un lugar cerrado después de haber fumado. Ese es el error que cometen más a menudo los fumadores clandestinos, porque ellos no notan el olor a humo de su ropa tan fácilmente como los demás. Enciende un cigarrillo.

El bosque es un lugar maravilloso. Deberían avergonzarse de los planes para construir aquella aberración. Pero hay gente que ignora lo que es la vergüenza. Te distraen con una sonrisa mientras afilan el puñal. Su único objetivo es tomar la delantera. Vender La Gherarda a aquella gentuza. Chantajear a gente honrada aprovechando sus pequeños secretos, sus debilidades y dolores. Todo ello sin dejar de sonreír. Hay gente que merecería acabar de la peor manera posible. Habría que reunir el valor, encontrar la ocasión ideal.

Cuando acaba el cigarrillo, Dorina se toma un caramelo y se pone en marcha. Pero cuando retoma el camino, nota algo. Hay un vehículo entre los árboles. Sería imposible no reconocerlo. El Panda todoterreno de color

aceituna de Adele. ¿Qué hace ahí?

Dorina se acerca al coche y descubre que no es el único. Detrás de una hilera de árboles está también la furgoneta de la empresa Magliarini Servicios Forestales. ¿Qué hacen todos ahí? Están aparcados en un claro al que se accede desde la carretera provincial. El clásico lugar al que acuden las parejitas a hacer sus cosas. Un sitio oculto, cerca de una curva. Y detrás de la curva... está la casa de Falconi. El maldito chantajista. Quizá también los chantajea a ellos. El terreno donde van a engendrar el monstruo es de Adele.

Dorina quiere averiguar qué pasa. Abandona el sendero y se dirige a la curva de la provincial, oculta tras los árboles. Después de la curva está la casa de Falconi. Un bonito chalé unifamiliar, con el tejado cubierto de nieve. ¿Es posible que también esté aparcado ahí el viejo Ford de Amanda? Pero ¿qué pasa aquí? Será mejor que se ponga el aparato para sordos, que hasta que no se quite el tapón de cera pasará su tiempo.

Mientras se lo pone y lo enciende, sigue acercándose, y por el rabillo del ojo ve una silueta oscura que se adentra en el bosque.

—¡Detente, solo quiero charlar un rato contigo!

Es Falconi. Ha salido de casa y tiene la escopeta en la mano. Ese cabrón está persiguiendo a alguien que ha llegado hasta aquí con el coche de Amanda.

Dorina hurga en el bolso y busca el móvil.

\*\*\*

—Fue así como te llamó —dice Giulio. Estira la mano y toma el agua azucarada de la mesita. Ella se ciñe el chal en torno al cuello, como si de pronto tuviera frío. Parece incapaz de decir nada, no sabe si admitirlo todo o lanzarse a un último intento desesperado por negar lo ocurrido. Giulio toma un sorbo y prosigue para que no tenga tiempo de elegir la solución equivocada—: Porque si hubieras tenido que esperar a oír los disparos que se produjeron en el centro del bosque, como les has dicho a los *carabinieri*, luego no habrías tenido tiempo de reaccionar, coger la escopeta, cargarla y pedirle a Akan que te llevara con la moto de nieve hasta el lugar exacto donde se encontraba Falconi. No, tú lo seguiste desde un primer momento, en cuanto Dorina te llamó. En el momento exacto en que empezó la disparatada persecución por el bosque.

—No sabía nada de lo que Maglio y él le habían hecho a Patrizia. De haberlo sabido...

—Te chantajeaba, quería obligarte a vender La Gherarda, supongo que a estas alturas ya había alcanzado un acuerdo con GeoService. Imagino que en breve averiguaremos cuál era la situación exacta en este sentido, en cuanto se llegue a la cúpula de esta extraña sociedad. Pero de tu relación con Falconi no saldrá nada a la luz, solo una intención de venta que no llegó a concretarse. Siempre puedes aducir que te lo estabas pensando, que no estabas convencida del todo. Pero yo sé que si no te hubieran chantajeado, no habrías vendido La Gherarda a nadie. Y luego lo entendí.

—¿Entendiste...?

—Falconi se aprovechó de un secreto que intentas ocultar desde hace cuatro años. ¿De verdad creías que no iba a darme cuenta? ¿Que ibas a engañarme como has engañado a todos los demás? Porque a ellos sí que lograste engañarlos, ¿verdad? ¿No es cierto, Amanda?

Ella no responde. Solo una sonrisa triste, que tiene el sabor de lo único que es capaz de admitir en este momento.

—Pero hay algo que me extraña, tía —prosigue Giulio—. El golpe de la verdad tendría que haber sido fuerte, ¿no crees? Un descubrimiento que nos habría dejado tiesos. Pero no. Es un poco como si hubieras aceptado algo que yo ya sabía. La cuestión es que nunca he entendido por qué motivo tenías que tomar el autobús aquel día. Nunca lo habías cogido, te encantaba ir en coche y lo hacías, incluso, cuando no tenías que ir a ningún lado. A veces me llevabas contigo. «Vamos a dar una vuelta», ¿recuerdas? Pero un día cogiste el autobús, y el único que coges en toda tu vida acaba en el fondo de un barranco, junto con un puente que se derrumba. Y luego está la fotografía desaparecida en la que se ve tu cicatriz del cuello, esos chales que llevas siempre, el asunto de las cenizas del bosque. ¿Creías que no te veía? Yo estaba en la ventana cuando fuiste a esparcirlas como hacías siempre. Amanda la bruja. Até cabos cuando subí al coche y estaban las llaves en el contacto. Al salir marcha atrás vi que había huellas de neumáticos en la nieve. Pero el asiento estaba demasiado bajo para Akan. Yo ya lo había entendido antes de que Grazia me dijera que había visto en las grabaciones de los drones el viejo Ford que iba arriba y abajo por la provincial en plena noche. No podías reprimir las ganas de ir a dar una vueltecita, ¿verdad? Sin embargo, mi madre no sabía ni ponerlo en marcha. Y no sabía apuntar con la escopeta. No le habría dado a Falconi ni a un metro de distancia. Tú, en cambio, le has dado de lleno. Y así has resuelto muchas cosas.

—He salvado a Grazia y a Viola.

—Y La Gherarda. Por la que ya habías firmado un contrato de arras para su venta a GeoService. No había que hacer ningún trabajo de reforma. Habías cerrado el hotel porque estabas a punto de venderlo.

—Debería tener más cuidado y no ir dejando las cosas por ahí, creo.

—Venga ya, querías que lo encontrara. Querías que lo entendiera todo, así te habría ahorrado el enorme esfuerzo de darme un montón de explicaciones. Siempre has hecho lo mismo.

—Después de cuatro años, empezaba a dudar de tu capacidad de observación.

—Fue Falconi quien te obligó a firmar. De algún modo, había averiguado lo que habías hecho. Había estado más atento que yo.

—Lo sabía desde siempre —admite Amanda—. Aquel maldito día, se había acercado a Barbara y había hablado con ella mientras esperaba el autobús.

—¿Ya le había propuesto la venta?

—Al parecer, el plan de GeoService llevaba un tiempo cocinándose. Ya puedes imaginarte la respuesta de tu madre.

—Por eso, cuando descubrió lo que estabas haciendo, después del accidente, esperó a que ocuparas el puesto de tu hermana, y al cabo de un tiempo, cuando ya no podías dar marcha atrás, él dio un paso al frente y te amenazó con revelar a todo el mundo quién eras. Por eso el otro día decidiste que era el momento ideal para dar carpetazo a la historia.

—Hablas como si fuera una asesina.

—Eso lo has dicho tú.

—He salvado a la madre y a su hija. ¿Crees que le habría disparado si no hubieran estado ellas? ¿Crees que habría asesinado a alguien por un contrato?

—No era un contrato. Era tu secreto.

—¿Crees que podría haberlo asesinado por ese motivo?

—Digámoslo así, tía: creo que si no hubieran estado Grazia y Viola, no lo habrías hecho, del mismo modo que no lo has hecho durante todos estos años. Pero creo que hubo un instante en el que pensaste que había sido toda una suerte que Grazia y Viola estuvieran en ese apuro y necesitaran de tu buena puntería. Y luego está ese segundo disparo. Grazia dice que no sabías si Falconi estaba desarmado, que estabas conmocionada, que no sabes disparar con la escopeta y que el segundo disparo fue así. Pero mi padre era cazador, y algunas cosas las sé y las tengo claras. Fue un tiro perfecto. Y creo que ahora

eso te da miedo. Hasta tal punto que necesitas que alguien te recuerde quién eres. Pero a estas alturas... eres tú quien debe decirme quién eres. Porque, de lo contrario, no puedo ayudarte. Tienes que decirme por qué motivo quisiste ocupar el lugar de mi madre, su vida, transformarte en ella, condenarte a permanecer encarcelada en un secreto tan grande. ¿Por qué lo hiciste?

—¿Sabes lo que se dice de los gemelos? ¿Que uno siente lo que le ocurre al otro? Pues es verdad. —Amanda respira hondo, como si se estuviera preparando para hacer una confesión que lleva mucho tiempo reprimiendo—. Ese día estaba limpiando alcachofas. Hacía poco que había vuelto de un viaje a Egipto, ¿recuerdas? Te traje una momia pequeña. —Sonríe—. El televisor estaba encendido. Yo limpiaba el cuchillo bajo el grifo, mientras cantaba, cuando de pronto escuché la noticia. Fue como si me hubieran dado un puñetazo a la altura del corazón. Lo entendí todo. Dejé caer el cuchillo y busqué una silla porque no me tenía en pie. Barbara había muerto. Lo sabía. Se abrió un abismo ante mí y me pareció que iba a precipitarme al vacío. Me quedé paralizada durante horas. Estaba aterrada. Como si quedándome quieta pudiera detener el tiempo e impedir que la pesadilla siguiera su curso. Me faltaba el aliento. Luego se produjo la llamada. Los *carabinieri*. En aquel momento no lo entendí, porque estaba aturdida. Pero al parecer creían que la muerta era Amanda. Tu madre y yo teníamos un bolso igual. No lo habíamos hecho a propósito, pero son cosas que les pasan a los gemelos. Al menos a nosotras nos pasaba a menudo. Y esa mañana ella había cogido el mío por error. Por eso cuando rescataron su cuerpo y vieron la documentación, creyeron que la muerta era yo. Es difícil de explicar, pero cuando el *carabiniere* que telefoneó me llamó Barbara, fue como si ella no estuviera muerta. Como si se me hubiera ofrecido la posibilidad de no aceptarlo. De tenerla conmigo un poco más. Pero lo más sorprendente ocurrió luego. Cuando todo el mundo se convenció de que yo era ella. Me hicieron sentir tan cerca de ella que no tuve el valor de admitir la verdad. Sé que te costará comprenderlo, pero en los días posteriores al accidente entendí que toda esa gente del pueblo necesitaba a Barbara tanto como la necesitaba yo. La dueña de La Gherarda. Cuando salió a la luz la historia de la planta de tratamiento de residuos, enseguida acudió mucha gente a preguntarme qué se podía hacer. A Amanda, la bruja, nunca habrían venido a verla. Amanda la trotamundos. Amanda la mujer que no era de fiar. Aquí... todo el mundo necesitaba a Barbara.

—También Dorina...

—Yo necesitaba a una aliada. Sobre todo cuando Falconi empezó a

chantajearme para vender el hotel. Cuando se lo conté, apenas se inmutó. Creo que ya lo sabía. Pero aquello que debíamos defender, La Gherarda, el bosque, era algo muy valioso, algo demasiado importante para dar marcha atrás. De modo que me ayudó a comprender cosas de mi hermana que ni siquiera yo había comprendido cabalmente. Y con los años me convertí en una mezcla de ambas: era un poco ella y un poco yo. Al final no fue necesario que me deshiciera de todas las cosas de Amanda: la buena puntería, cierta clase para el *burraco* y una buena relación con los tres gatos que han velado La Gherarda como tres valientes guardianes. Pero era a Barbara a quien buscaba siempre todo el mundo. Fue la primera vez que tuve esa sensación. Después de toda una vida, me había convertido en la hermana buena, en la favorita de todos, y dejé un poco de lado a la otra, cuyo único don era su capacidad para entretener a un niño con sus extravagantes historias de gnomos y bosques mágicos.

—Esas historias fueron importantes para aquel niño.

—No eran más que historias. Y aunque aquel niño creció y dejó de venir tan a menudo por estos lares, fue bonito ayudar a su madre a mantener el contacto con él.

A Giulio lo embarga una emoción que anida en su interior desde hace tiempo. Deja que se le humedezcan los ojos. Acepta las lágrimas y sonrío.

—¿Es una de esas historias de espíritus? —le pregunta a su tía.

—Todas las historias son historias de espíritus.

Amanda sonrío. Se levanta, algo dolorida. Mira por la ventana.

—Está a punto de llegar la primavera. Dentro de poco florecerá el espino blanco. ¿Recuerdas lo que decía siempre tu madre? Que en invierno la nieve esconde muchas cosas bajo sí, pero cuando llega la época del espino blanco, desaparece la nieve y todo vuelve a florecer. A veces me viene a la cabeza.

Aún le brillan los ojos. Se seca las lágrimas, se vuelve hacia Giulio y hurga en el bolsillo.

—Todavía me quedan algunas monedas para la máquina de ahí fuera. También hace té. O sea, no hace exactamente té, pero en las instrucciones he visto que decía «Bebida con sabor a té», y no sé qué será. Pero no está mal si te gusta el limón y el azúcar. Pero me niego a beberla en esos vasitos de plástico que se deforman y le dan ese gustillo tan asqueroso. Si te apetece, hablo con la enfermera, creo que puede prestarnos un par de tazas.

—Me parece una idea fantástica —le dice Giulio.

Amanda se acerca a la puerta. Abre. Se detiene.

—Akan me ha pedido que te salude de su parte. Me ha dicho algo sobre una tormenta. —Entorna los ojos para concentrarse y recordar—. Ha dicho que no mires atrás porque cuando te enfrentes a ella, una parte de ti quedará ahí dentro. Y debes estar dispuesto a perderla para sobrevivir. Me ha asegurado que tú lo entenderías.

Sonríe de nuevo. Ella también entiende a qué se refiere.

—¿Akan lo sabe? —pregunta Giulio.

—No se le puede ocultar nada a ese hombre. Le dije a todo el mundo que fui yo quien le enseñó la receta del ragú de jabalí, porque esa era la tradición de La Gherarda. Por suerte, tu madre tenía un recetario, porque yo no tengo ni la más remota idea de cómo se prepara el ragú.

Cuando Amanda cierra la puerta al salir, Giulio abre el cajón de la mesita y saca lo que le ha dejado Grazia. Es su teléfono. Ahora que ya no está bajo arresto puede usarlo. Se pone los auriculares y abre el WhatsApp. Hay un mensaje con un archivo adjunto. Es un número que no tiene en la agenda, pero sabe de quién es. Viola.

Es curioso. ¿Sabes lo que dice el gnomo? ¿Que el bosque lo protege? Creo que tu amigo tiene razón. Creo que cuando lo necesitas, el bosque te protege, en serio. Será difícil olvidar lo que ha ocurrido, pero hay cosas que una no debe olvidar. Y quiero recordar para siempre lo que ha ocurrido en uno de los peores momentos de mi vida. Él estaba ahí, a menos de un paso de mí, yo estaba delante de sus ojos y, sin embargo, no sabría explicar por qué, pero no me ha visto. Es raro. En ese momento pensé en mi amigo. Se llamaba Michele y murió el Día del Puente. Es él quien toca el teclado en el tema. Es una larga historia, una grabación antigua que me quedé sin saber exactamente por qué, y ahora es como si por fin se me hubiera revelado el motivo. Hay otra pista, aparte de aquella en la que tocamos nosotros. Creo que, de algún modo, está relacionado con lo ocurrido y aún no puedo explicarlo. Es un sonido, creo, pero es imperceptible. No llego a comprender lo que es, pero está ahí. Parece un impulso, un susurro, quizá sea la respiración del bosque. O



también podría ser el murmullo del agua que pasaba por debajo, aunque nadie lo sabía. La cuestión es que de algún modo sé que ese sonido está ahí, pero no llego a oírlo. Un poco como pasa con tu gnomo, que nadie lo ve nunca. Y quizá he llegado a comprender algo con todo lo que ha ocurrido: nos rodean muchas más cosas de las que vemos u oímos. Cosas que quizá están ahí desde siempre y que somos nosotros los que debemos aprender a reconocerlas. Quizá un día pasaré frente a tu ventana y hablaremos de ello en persona, pero, mientras tanto, quería que escucharas el tema. Aún no está acabado y no tiene título, pero ahora ya sabes de qué trata.

Giulio descarga el archivo y toca el botón de reproducir.

El teclado. Ese chico, Michele, toca un blues lento en una escala menor. Una música hipnótica, que lo traslada muy lejos de ahí. Al cabo de poco aflora la guitarra de Viola. Un punto, con un toque disonante que recuerda ciertos temas de *dark wave*, algo psicodélicos.

Giulio cierra los ojos y escucha.

La música, sobre todo cierta música, siempre ha tenido el poder de trasladarlo muy lejos. Es algo que le gusta al gnomo porque sabe que alejarse ayuda a observar las cosas con perspectiva y permite comprender el sentido del regreso.

—Se dice que a menudo quien sobrevive a una tragedia tiene un sentimiento de culpa. —Es del primer encuentro que tuvo con Patrizia. Una de las primeras frases que intercambiaron. En su despacho, después del Día del Puente—. Es algo normal, por eso recomiendan ir a ver a un psicólogo.

Todos hemos sobrevivido a algo, Patrizia. A diario. Ahora sabría decírselo. Ahora que la tormenta ya ha pasado. Ahora que será «de ahora en adelante».

—¿Recuerdas esa fotografía? —le pregunta Patrizia. Es un día indeterminado, están en cualquier lugar, en un antes o un después, ya no importa—. La que me regalaste, los dos amantes que se besan reflejados en el espejo, con el sol en el horizonte.

—Sí, la recuerdo. Te gustaba, pero nunca has querido saber si era un amanecer o una puesta de sol.

—Eso es lo que quería decirte. No tiene sentido saberlo, Giulio. Son dos amantes. Para ellos, el amanecer y el atardecer son lo mismo.

## CAPÍTULO 45

—¿Se lo has dado? —pregunta Viola, que está en el coche, en el asiento del acompañante.

—Sí, se lo he dado —dice Grazia, que se sienta a su lado.

Llueve. Frente al hospital, el gris del cemento se confunde con el del cielo. Viola consulta el WhatsApp y ve las dos marcas que cambian de color. Pasan del gris al azul. Significa que Giulio ha visto su mensaje. Ahora descargará el archivo.

—¿Le has quitado la cara de Mussolini a mi contacto? —le pregunta su madre.

—Sí, la he cambiado.

—Y ¿qué has puesto?

—A Pinochet.

—Mira que...

Y mientras se vuelve hacia ella, Viola le toma una foto.

—Voy a poner esta. Creo que te representa, ¿no crees?

—Salgo con cara de cabreo...

—Siempre tienes cara de cabreo.

Grazia gira la llave en el contacto. El motor se enciende y se activa el limpiaparabrisas.

—Tengo una idea.

—A ver —dice Viola, que guarda el iPhone.

—Como ya casi es la hora de cenar, podríamos ir al McDonald's, hincharnos a guarradas y meternos en el cine multisalas a mirar películas hasta que cierre.

—Pero nada de películas de esas en las que solo se besan.

Grazia pone el intermitente, mira por el retrovisor y mete primera.

—¿Qué tienes en contra de la gente que se besa?

—Los besos están muy bien, pero tampoco es necesario hacer una película sobre el tema.

—Precisamente como están muy bien...

—También está muy bien ir al baño cuando estás a punto de mearte encima, pero nadie hace una película sobre ello.

—Pues nada de gente besándose.

El coche se pone en marcha para salir lentamente del aparcamiento del hospital. A su alrededor hay otros vehículos aparcados, gente que corre bajo un paraguas, un autobús que se detiene frente a una marquesina.

—Y... otra cosa —añade Viola.

—¿Mayonesa para las patatas?

—Yo pensaba más bien en dar un par de caladas.

—¿Cómo? ¿Me estás diciendo que tienes maría?

El vehículo se vuelve más pequeño, en medio de todos los demás que circulan entre el tráfico que intenta incorporarse a la carretera de circunvalación. Las farolas ya están encendidas debido a la oscuridad artificial que arroja el cielo plúmbeo y que engulle toda la ciudad.

—Te recuerdo, mamá, que aún estoy conmocionada por todo lo que ha ocurrido, y que puedes encontrar varios estudios en internet que afirman que un poco de hierba puede ayudar a relajarme y a superar más fácilmente...

—Viola, soy sargenta de los *carabinieri*. No puedes decirme que vas por ahí con una bolsa de maría en el bolsillo.

—Es que no la tengo en el...

—Basta de bromas.

Vista desde aquí, la ciudad es un rompecabezas formado por muchísimas piezas descoloridas. En continuo movimiento, de pronto encajan y al cabo de unos segundos se separan para unirse con otras.

—Me refería a que no la llevo en el bolsillo. Normalmente la tengo en casa...

—¿Tienes maría en casa?

—Una pequeña cantidad.

—Es lo primero que dicen los camellos cuando los detengo.

—¿Has detenido a muchos?

—No me cambies de tema.

Y todas esas piezas parecen formar parte de un movimiento aleatorio y, al mismo tiempo, perfecto.

—Te quiero mucho, sargenta. Pero, oye, que el McDonald's queda hacia

el otro lado.

—¿Dónde la guardas?

—En serio, mamá, tendrías que haber tomado el desvío que acabamos de dejar atrás. Te has equivocado de carretera.

# EPÍLOGO

Y esto es todo. Más o menos. Una vez que hemos puesto orden en todo este embrollo, buscando el nexo que unía los diversos hechos, aún queda un asunto por esclarecer. Algo que no se entiende. Es fácil tener la sensación de que hay algo más entre los pliegues de la historia. Algo que no has acabado de comprender. Quizá ocurra lo que dice ese tipo, que el mal no tiene siempre una explicación. Y, de hecho, cuando la gente pierde algo de su vida, cuando no son capaces de explicarse las cosas que ocurren, siempre les invade una sensación de vacío, de ausencia, de soledad, que no les queda más remedio que asimilar y aprender a gestionar antes de que se llene de lo que no toca. Porque cuando pierdes algo, no puedes volver a ser quien eras: debes convertirte en otra cosa, algo que hasta entonces no existía. Y si no lo haces, estás perdido. Piensa en ello, tú que te has salvado esta vez: ¿qué otra cosa habría matado a estas personas?

En cuanto a nosotros tres, ella nos trajo aquí para defender La Gherarda y sus habitantes, y hemos cumplido con nuestro cometido. Hemos dado y hemos recibido, sin andarnos con rodeos. Por eso ahora solo nos queda tumbarnos ante la chimenea a lamernos las heridas, como buenos gatos hogareños que somos, a la espera de que nos traigan un buen bocado al que hincarle el diente.

Dentro de poco se habrá fundido la nieve. El blanco desaparecerá y volverá todo lo demás. Los prados, las flores. Y La Gherarda reabrirá sus puertas. Ella siempre ha tenido una fe ciega en esto. Nunca ha dejado de creer que La Gherarda abriría de nuevo en primavera. Así son las cosas. Tienes que creer en lo que haces porque, si no crees tú, ¿cómo vas a convencer a los demás? Es una de esas cosas que siempre dice el gnomo. Y tiene razón. Tiene más razón que un santo.

Sí, el gnomo.

Nunca ha dejado de creer en ellos. Es cierto que al principio no parecían los más adecuados para llevar a cabo un plan tan importante. Estaban solos y asustados. Pero él, el gnomo, nunca dudó de que lo lograrían. Que iban a aprender. Siempre creyó que eran las personas ideales y que, en cierto modo, iban a salvar su viejo bosque. Por lo tanto, si al final todo ha salido como ha salido, en este lugar de paso que todos atravesamos en un abrir y cerrar de ojos, es, en primer lugar, mérito suyo. No habrás creído de verdad que tres gatos y una vieja bruja iban a poder hacer todo eso solos, ¿verdad?

Existen lugares que son distintos.

Había que salvar el bosque y eso es lo que hemos hecho. Hemos logrado detener a quien había que detener, y quien se había perdido ha encontrado el camino de vuelta a casa. Si algún día decidieras creer en estas cosas, creer en serio, entenderás que esto era justamente lo que quería el gnomo. Piensa en ello. Hay historias que no empiezan de verdad hasta que han acabado.

*Pero tú que te vas, quédate*

*La nieve morirá mañana*

*El amor no nos abandonará*

*Cuando florezca el espino blanco*

Fabrizio De André, *Inverno*<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Ma tu che vai, ma tu rimani / Anche la neve morirà domani / L'amore ancora ci passerà vicino / Nella stagione del biancospino.